

BREVE HISTORIA DE LOS EJÉRCITOS:

LOS TERCIOS DE FLANDES

Antonio José Rodríguez Hernández



Descubra la épica historia de la legendaria e invencible infantería que mantuvo bajo soberanía española los Países Bajos más de ciento cincuenta años. Una visión innovadora y rigurosa de las hazañas, armamento, estrategias y azarosa vida del mítico y glorioso ejército

BREVE HISTORIA
DE LOS **T**ERCIOS
DE **F**LANDES

BREVE HISTORIA
DE LOS **T**ERCIOS
DE **F**LANDES

Antonio José Rodríguez Hernández



Colección: Breve Historia

www.brevehistoria.com

Título: *Breve historia de los Tercios de Flandes*

Autor: © Antonio José Rodríguez Hernández

Director de la colección: Ernest Yassine Bendriss

Copyright de la presente edición: © 2015 Ediciones Nowtilus, S.L.

Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid

www.nowtilus.com

Elaboración de textos: Santos Rodríguez

Revisión y adaptación literaria: Teresa Escarpenter

Responsable editorial: Isabel López-Ayllón Martínez

Maquetación: Patricia T. Sánchez Cid

Diseño y realización de cubierta: Onoff Imagen y comunicación

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN edición digital: 978-84-9967-658-6

Fecha de edición: Enero 2015

Depósito legal: M-33744-2014

*Para Patricia,
por su gran apoyo,
amor y comprensión.*

Índice

Introducción

Mito, leyenda e historia

Las fuentes

La merecida fama de los españoles

El carácter de las guerras de Flandes

Fortificaciones y la guerra de sitio

1. Los tercios: estructura y organización

El tercio: origen y concepto

Efectivos: entre la teoría y la práctica de la guerra

Los tercios por dentro

Los tercios y sus motes

También había tercios de naciones

La plana mayor

La compañía ordinaria (o de picas)

Las compañías de arcabuceros

Los españoles fuera de los tercios: castillos y guarniciones fijas de Flandes

Oficiales de primera plana y oficiales menores

2. Los tercios en combate: el armamento

La evolución del armamento en la Edad Moderna: las armas blancas frente a las de fuego

Las armas de fuego: arcabuces y mosquetes

El combate y el arte de escuadronar

La caballería

3. Los soldados

Los atractivos de la vida del soldado

Los motivos para alistarse

Los requisitos del soldado

Los hombres y sus orígenes

El recluta típico

4. Incorporándose al ejército: el reclutamiento

Métodos y etapas

El sistema administrativo de reclutamiento

La planificación y los lugares

El proceso de alistamiento

Los métodos de captación

Vestuario y uniformes

5. El viaje a Flandes por tierra

Génesis del Camino Español: la primera ruta a través de Saboya

La política exterior y los corredores militares: los valles alpinos

[El camino a través de Alsacia, el Franco Condado y Lorena](#)

[Las condiciones del viaje](#)

[El Camino Español, una ruta de ida y vuelta](#)

[España mi natura; Italia mi ventura; Flandes mi sepultura](#)

[Bisoños y veteranos](#)

[6. La vía marítima](#)

[Los problemas de la ruta marítima \(s. XVI y ppios. del XVII\)](#)

[Los cambios en el sistema \(de 1630 a 1700\)](#)

[Puertos y barcos](#)

[La travesía: distancia, tormentas, corsarios y naufragios](#)

[7. La vida cotidiana de los tercios](#)

[Rutina diaria: la vida en una guarnición y la vida en campaña](#)

[Un ejército marcha sobre su estómago](#)

[Las condiciones de vida del soldado: la paga y el fraude](#)

[Los alojamientos](#)

[La huelga organizada: los motines](#)

[La vida familiar y los acompañantes de los soldados](#)

[Bibliografía](#)

[Libros de la época \(ss. XVI y XVII\)](#)

[Libros modernos](#)

[Colección Breve Historia...](#)

[Próximamente...](#)

Introducción

Durante los últimos años, hemos venido asistiendo a un creciente interés por los soldados de los tercios, gracias a numerosas publicaciones, novelas históricas y películas, pero una de las grandes preguntas que debemos hacernos es ¿dónde está el origen de la fascinación por esta época, y cuál es su base histórica?, cuestión que pocas veces las publicaciones con poco rigor pueden contestar o debatir ante su falta de argumentos y de conocimientos históricos serios.

Realmente, nuestro interés por la época tiene una extensa tradición, algo a lo que ha contribuido notablemente la literatura del Siglo de Oro en todos sus géneros, ya fueran el teatro o la novela picaresca. Pero lo realmente interesante y esencial ha sido que nos han llegado numerosos relatos originales sobre los soldados que combatieron en los tercios, verdaderos diarios autobiográficos, que aunque a menudo parecen ficticios y algo fantasiosos, el tiempo ha demostrado que, dejando de lado algunas exageraciones, contienen un amplio margen de hechos reales, y que llegaron a ocurrir. Conocemos las vidas y desventuras de varios soldados de la época, gracias a varias autobiografías que nos han dejado. De hecho, claramente personajes novelescos recientes, como el capitán Alatríste, se basan en relatos como los del capitán Alonso Contreras, un personaje real que dejó una historia de su vida –como él mismo define–, y que a pesar de ser verídica no deja de tener un aire novelesco y algo fantástico, repleto de duelos en los que siempre vence, y amoríos en los que siempre triunfa, mostrándonos un aire pendenciero y desenfadado. De hecho, históricamente hablando, estas obras, pese a ser reales, nos dan una visión algo distorsionada e idealizada de la realidad.

Los tercios, dentro del contexto imperial y de la época dorada de España, han constituido desde siempre un elemento interesado y usado por la historiografía y la política para mitificar el dominio de España en los campos de batalla de medio mundo durante el siglo XVI y parte del XVII. Usados por el franquismo, como prototipos del español universal (combativo, valiente y honorable), en otras épocas de la historia han sido controvertidos e incluso ocultados, ante la leyenda negra que rodeó la hegemonía española y la conquista de América. Especialmente la historiografía europea nacionalista del siglo XIX vio a los soldados españoles como ladrones y seres sedientos de sangre, acusándolos de los saqueos de las ciudades flamencas, debido a las exageraciones provocadas por el odio hacia lo diferente y el extremismo religioso.

Últimamente, diversos autores españoles han escrito bastante sobre los tercios, la mayoría periodistas o personas que con mucha pasión por el tema –pero sin excesiva formación histórica–, nos ofrecen su visión de segunda mano del tema basándose en las obras de historiadores actuales o del pasado. Estudios que generalmente carecen de originalidad y rigor histórico, y que no han realizado un estudio exhaustivo de fuentes originales de archivo, sino que se han centrado en la divulgación, usando la literatura y otros estudios anteriores como fuentes primordiales sin aportar una sola línea de originalidad. Todo ello ha ayudado a crear una visión algo mítica de la imagen de los tercios, envuelta siempre en un halo de leyenda, ante la enorme sucesión de victorias. Por todo ello, a veces es difícil distinguir la realidad del mito, motivo por el cual debemos acudir a los documentos históricos, que con rigor –y sin tomar partido– nos hablan de la vida cotidiana de la época, esfuerzo por el cual se distingue este nuevo libro, que aunque breve, aporta novedades al utilizar también fuentes inéditas y menos conocidas, y abarca toda la presencia española en Flandes, y no sólo la más conocida por todos.

Durante más de ciento cincuenta años, los soldados españoles de los tercios defendieron y mantuvieron los Países Bajos bajo soberanía del rey de España, forjando una leyenda –en muchas ocasiones no tan real– que ha llegado hasta nuestros días. Su vida, hazañas, desventuras y derrotas han dejado huella en el arte del Barroco, y especialmente en los cuadros de Velázquez o la pintura flamenca, pero también en la literatura, en autores como Cervantes, Lope de Vega, Garcilaso, Calderón de la Barca, Quevedo, entre otros muchos.

Si bien esto lo conocemos bien –al igual que otras fuentes históricas impresas, como los cronistas que escribieron sus obras en la época sobre las guerras de Flandes o incluso soldados que nos dejaron autobiografías–, también los soldados de los tercios nos dejaron otras muchas huellas documentales en los archivos, en gran medida cartas y documentos administrativos más fiables e imparciales, a través de las cuales podemos interpretar de manera más directa las vivencias de aquellos hombres, sus inquietudes y necesidades, además de reconstruir sus vidas lejos de cualquier ficción o hecho novelesco. En los archivos se conservan informes oficiales redactados por el Gobierno, o por los mandos del Ejército, que nos ofrecen una visión de primera mano del Ejército. Es muy abundante la documentación que nos habla del dinero, o de los costes, además de las muestras o listados de soldados que nos dan una visión más realista de los hombres que se alistaron en el ejército de Flandes. Gracias a esta documentación podemos saber cómo se fueron organizando los tercios a través de todo este período, cómo combatían, de qué manera y con qué armas, hasta llegar al verdadero pilar que originó la leyenda de la imbatibilidad de la infantería española de los tercios. Aunque este trabajo, por su reducido tamaño, no tiene el aparato crítico que aportan las notas de pie de página, integra las nuevas investigaciones poco conocidas, datos originales, e integra los conocimientos vertidos por trabajos científicos de historiadores cuya divulgación tiene un ámbito más restringido.

LA MERECIDA FAMA DE LOS ESPAÑOLES

Desde la perspectiva histórica, es cierto que los soldados de los tercios vencieron en situaciones muy adversas, aunque quizá considerarlos invencibles es algo exagerado, ya que en ocasiones perdieron batallas. Lo primero que debemos intentar al tratar el tema es no dejarnos influenciar por los tópicos, e intentar encontrar la raíz de la cuestión. Si los soldados de los tercios eran buenos soldados no era porque sí, porque fueran españoles o porque tuvieran un alto sentido del honor.

La supremacía militar hispana del siglo XVI se cimentó en distintos factores, tanto técnicos y financieros como fundamentalmente humanos. Si en muchos casos España militarmente se mostró una potencia superior, fue en gran medida por la atención que prestó a sus soldados, a los que disciplinó y mantuvo más allá del final de los conflictos bélicos, creando un sistema defensivo en el que los profesionales eran la clave, sumándose a estos las milicias –en caso de ataque o invasión– para defender el propio territorio.

El laboratorio de las guerras italianas de inicios del siglo XVI (conquista de Nápoles por el Gran Capitán) enseñó a los españoles dos lecciones primordiales. Por un lado que los modelos tradicionales de movilización militar utilizados en la Reconquista no eran válidos para emprender acciones ofensivas en lugares distantes. Métodos que mantenían importantes contingentes de tropas por poco tiempo, sólo durante la campaña militar estival. Pero para combatir en Italia se necesitaban soldados profesionales, primando la calidad frente a la cantidad. Por otro lado, se demostró que las armas de fuego portátiles eran enormemente útiles, por lo que su precoz uso en las formaciones de infantería ayudó a los españoles a hacerse con innumerables victorias en Italia, perdiendo muy pocos soldados. De hecho, la palabra *Bicoca*, cuya definición en castellano es la de ‘ganga’, viene de una batalla de igual nombre librada en Italia contra los franceses en 1522, donde los españoles cosecharon una aplastante victoria a cambio de pocas bajas. Con posterioridad a esta campaña, y a la de Pavía, se fue configurando el sistema militar que dio lugar a los tercios.

Los soldados españoles de los tercios eran voluntarios de cualquier origen social que pretendían ganarse la vida, adquirir honor y reputación, o ascender socialmente. Posibilidades que durante mucho tiempo el Ejército ofreció, por lo que no faltaron los voluntarios. Sujetos animados ante el hecho de que el Ejército español contaba con una estructura profesional clara, en la que los ascensos y remuneraciones eran acordes al valor y la experiencia. Soldados que ante la clara voluntad de los reyes se encuadraron en el Ejército de la monarquía, transformándose en unos profesionales que convirtieron el oficio de las armas en su forma de vida. Para ello, cuando se alistaban, firmaban un compromiso que los ataba al Ejército hasta que murieran o fueran licenciados por el rey.

El modelo hispano de soldado plebeyo o de extracción hidalga humilde, pero profesional y en activo todo el año, demostró ser efectivo cuando las pagas y los premios no faltaban. Estos soldados demostraron su veteranía y capacidad frente a los ejércitos formados apresuradamente por alemanes u holandeses, y compuestos fundamentalmente por nobles a caballo, milicias urbanas o puros mercenarios, a los que se apercibía y armaba para luchar en cualquier ocasión puntual o exclusivamente en la campaña militar veraniega. Durante las guerras de Italia o las primeras

campañas en Flandes, las tropas españolas cosecharon importantes victorias militares –pese a su inferioridad numérica–, gracias a la conjunción de profesionalidad, oficio militar, precocidad en el uso de las armas de fuego y uso conjunto de estas con la pica.

Estas tropas formarán los primeros ejércitos permanentes de Europa, todo un signo de modernización para la sociedad y una necesidad para el Estado moderno, ya que a lo largo de los siglos XVI al XVII la guerra fue continua, especialmente en Flandes. La guerra se estaba convirtiendo en un arte complicado que necesitaba oficiales y soldados con mayor disciplina y preparación, que combatieran durante todo el año, y que no se retirasen al llegar la paz, sino que estuvieran siempre movilizados, algo de lo que rápidamente se dieron cuenta los reyes españoles. Estas tropas formarán el primer ejército permanente de Europa, tras la caída del Imperio romano, algo que a la historiografía militar europea le ha costado mucho tiempo reconocer. Los ejércitos permanentes fueron uno de los grandes signos de modernización de la sociedad, y una necesidad para cualquier Estado moderno, aunque estos no aparecerían en países como Inglaterra o el Sacro Imperio Germánico hasta las décadas centrales del siglo XVII. La monarquía española mantuvo casi una guerra continua, por lo que ya desde las primeras décadas del siglo XVI contó con unidades permanentes, especialmente en Italia, adelantándose en más de cien años al resto de los países europeos.

A comienzos del siglo XVI, la guerra se convirtió en un monopolio de los reyes, por lo que la sociedad española dejó atrás las guerras privadas entre nobles y otros conflictos a pequeña escala, concentrando todos sus esfuerzos en las guerras exteriores. Conflictos que a la postre serían los más importantes de todo el siglo, en los cuales no sólo estaba en tela de juicio la reputación, sino la integridad del imperio. Esta realidad hizo que en España se desarrollara un sistema militar bastante diferente al resto de naciones europeas, dejando muy rápido atrás las huestes feudales para concentrar sus recursos en la captación de soldados profesionales que sólo debían rendir cuentas ante el rey y el consejo de guerra.

En este trabajo nos centraremos en conocer mejor a los españoles que combatieron en Flandes, tanto por el mayor interés que hay en ellos, como por el mayor número de datos de los que disponemos. Realmente, los españoles eran una minoría en Flandes, ya que como mucho suponían entre el quince y el veinte por ciento del total de la infantería, de un ejército que debemos denominar de naciones, ante la integración de todas las nacionalidades –españoles, italianos, valones, alemanes, borgoñones, británicos...– en las acciones bélicas para causar la imitación y emulación de las demás. A pesar de que sus números eran la élite militar, y los españoles eran los primeros en salir en campaña, y en batalla eran situados en primera línea por la alta consideración que se tenía de ellos. Es curioso observar este hecho, ya que el Ejército español mantenía una dinámica opuesta a la de sus homólogos, que situaban sus unidades mercenarias en primera línea para salvaguardar las suyas propias. La Monarquía Hispánica lo hacía al revés, y la infantería española combatía y avanzaba en vanguardia, siempre en los puestos más peligrosos, lo que suponía un honor que defendían siempre ante todos los generales.

EL CARÁCTER DE LAS GUERRAS DE FLANDES

Flandes fue a lo largo de los siglos XVI y XVII un foco continuo de tensiones y conflictos debido a la expansión del protestantismo, también fue un verdadero muro de contención que salvaguardó a España de algunos de sus principales enemigos –ya fuera Francia, Holanda, Inglaterra o los protestantes alemanes–, librándose en sus campos de batalla la mayor parte de los combates y asedios. Incluso tras la independencia de Holanda después de la Paz de Westfalia (1648), el ejército de Flandes será siendo el más importante de la Monarquía Hispánica. Este se encargaba con mayor efectividad de alejar el peligro francés sobre la península, ya que hasta la época del Cardenal Infante siempre fue fácil penetrar en la frontera y asestar duros golpes a los franceses, llegando a estar muy cerca de París, como ocurrió en 1636, el año de Corbie. De hecho, ese sector fronterizo francés, a pesar de estar dotado de más fortificaciones modernas, era mucho más sensible y rico, y se encontraba más cerca de París. Además, el ejército de Flandes, a pesar de que durante algunos períodos debió combatir a dos enemigos a la vez, estaba más capacitado que los ejércitos creados en la península ibérica al tener tropas experimentadas, pertrechos adecuados, artillería y disponerse sobre un sistema militar muy asentado, en el que las provincias aportaban dinero y se encargaban del alojamiento de las tropas durante el invierno, lo que reducía los costes generales del Ejército y permitía que los soldados continuasen en el Ejército cuando las pagas no eran regulares.

Durante los siglos XVI y XVII, lo defensivo predominó sobre el arte de la guerra, ya se tratase de una batalla en campo abierto o un sitio de una plaza fuerte. Las contiendas se convirtieron en unas verdaderas guerras de desgaste en las que los vencedores eran los que más recursos tenían a su disposición. En unos siglos plagados de guerras entre los Estados europeos, apenas veremos conquistas rápidas, siendo la tónica los conflictos largos y enquistados en los que es difícil saber quién va venciendo, concertándose las paces más por agotamiento que porque uno de los bandos haya conseguido una victoria decisiva. Gran parte de la culpa de este modelo de guerras la tenía la mejora en la arquitectura defensiva.

A diferencia de otros conflictos, como el vivido en Alemania durante la guerra de los Treinta Años, las guerras mantenidas entre la Monarquía Hispánica, Francia y los rebeldes holandeses tenían como principal característica la existencia de unas fortificaciones modernas muy consolidadas, que hacían que la posibilidad de conquistar territorios con rapidez y facilidad fuera casi imposible. El objetivo político de la guerra era la adquisición o recuperación de una provincia –es decir, la conquista o reconquista territorial–, por lo que era necesaria la ocupación física del territorio, única manera de controlarlo eficazmente. La toma de las plazas y fortificaciones que defendían los centros políticos, las poblaciones urbanas y las zonas que de ellos dependían fue el método militar por excelencia que aseguró la consecución de tales objetivos. La guerra de asedio ocupaba también el puesto de honor si el objetivo se circunscribía a obtener beneficios o ventajas temporales y limitadas de cara a las negociaciones, porque las presas más codiciadas y las bazas más comunes de negociación política entre Estados eran las ciudades y villas con sus comarcas, muchas de las cuales estaban fortificadas.

Por ello la guerra se centró en las grandes ciudades defendidas por sus fortificaciones, haciendo que la territorialidad fuera el eje central de la actividad político-militar en todas sus dimensiones. No sorprende que en la mayor parte de los casos, se tuviera generalmente por vencedor en términos militares a aquel bando que hubiera conquistado y retenido el mayor número de plazas importantes al finalizar las hostilidades, y no precisamente aquel que más batallas hubiera ganado, algo que podemos comprobar en todos los tratados de paz entre España y Francia, siendo siempre el vencedor el que más plazas obtenía.

En el Estado absolutista, la búsqueda de expansión territorial y la consiguiente defensa de estas ganancias constituyó la mayor ambición política de las potencias, porque la riqueza principal en esta época todavía provenía de la tierra, la cual aportaba el alimento necesario, aunque en ese momento vayan surgiendo otras formas de riqueza. La mentalidad y concepciones políticas de la época concebían el Estado territorialmente, y la guerra de posiciones o asedios se enmarca en esta idea. La conquista del territorio y su defensa, la cual se lograba con la ocupación física del espacio, hará que la toma de fortificaciones que aseguraban eficazmente dicha ocupación esté más próxima a la consecución de los objetivos marcados por los Estados en las guerras que la destrucción de los ejércitos enemigos en una gran batalla campal y decisiva que entrañaba grandes riesgos.



Las acciones a pequeña escala, las escaramuzas y emboscadas, fueron muy importantes durante la guerra de Flandes. En ellas se solían destacar los veteranos españoles. Escaramuza pintada por Sebastiaen Vrancx. Gothenburg Museum of Art, Gotemburgo.

También en Flandes se practicó una guerra irregular a pequeña escala a nivel local, basada en golpes de mano, escaramuzas o acciones de caballería que tenían como objetivo cortar el abastecimiento al enemigo. Pero en general, la existencia de esta gran cantidad de fortificaciones hará que la guerra fuera fundamentalmente estática, a pesar de la profesionalidad de los soldados. Además, las poblaciones, campos y granjas de las zonas fronterizas se mantuvieron relativamente protegidos y libres de saqueos, al contrario de lo que sucedía en otras partes, debido al miedo a las represalias y por un pacto entre los dos bandos implicados en el conflicto. Las últimas fases de la guerra de los Ochenta Años se caracterizaron por mantener una guerra civilizada lejos de los horrores propios de las guerras de ese mismo siglo. Junto a esta guerra defensiva, se siguieron otras medidas mediante las cuales se intentaba desgastar económicamente al enemigo a través del bloqueo de sus rutas comerciales, a través de sus ríos y puertos, realizando ataques corsarios al comercio marítimo y a las rutas de abastecimiento.

FORTIFICACIONES Y LA GUERRA DE SITIO

Desde la Edad Media, la guerra defensiva se había convertido en la más importante y eficaz. La toma de los castillos era la fase más importante de las guerras, más allá de las propias batallas, ya que la construcción y mantenimiento de pequeñas guarniciones era la opción más barata y eficaz para controlar el territorio. Pero a principios de la época moderna, esta concepción táctica y estratégica cambiará debido al notable avance de la artillería, ya que esta fácilmente podía destruir las viejas murallas verticales con torres cilíndricas del Medievo. De esta manera, en los ejércitos aparecieron los trenes de sitio, que consistían en una serie de cañones y sus pertrechos que tenían como principal misión rendir cualquier castillo. La respuesta de los arquitectos a la artillería no se hará esperar, y ya a finales del siglo xv se conocía que las murallas con forma de estrella perduraban a pesar de un fuerte bombardeo. Pero pocos Estados lo tomarán en serio, salvo en Italia, en donde varias décadas después comenzarán a construirse fortificaciones de este tipo, de ahí su nombre, *trace Italienne*. La generalización de esta técnica fue lenta ante sus diversos detractores, entre ellos Maquiavelo, que en su mítica obra *Del arte de la guerra* planteaba la inutilidad de las fortificaciones ante la existencia de cada vez mayores ejércitos. Además, este mantenía la idea de que estas fortificaciones «llenas de entrantes y salientes» —como él las definía—, eran inútiles, abogando aún por unas fortificaciones con muros altos. Maquiavelo no tenía razón, aunque el principal problema de la difusión de este método será realmente su elevado coste.

Esta técnica se fundamentaba en la creación de unas murallas cada vez más bajas y de mayor espesor. Esto hacía que las fortalezas estuvieran más protegidas contra el fuego artillero, pero desde sus muros no se podía vigilar el territorio inmediatamente debajo, y resultaban vulnerables al ataque por sorpresa, por ello se las debía dotar de anchos fosos que dificultaran la aproximación de los atacantes. Además, se construían baluartes que sobresalían del muro y eran plataformas artilleras, los cuales mantenían los cañones enemigos alejados y permitían el fuego cruzado sobre los asaltantes de las murallas. A este complicado sistema de traza poligonal se le podían añadir revellines, hornabeques, medias lunas, reductos exteriores de forma estrellada para controlar el territorio, además de otros innumerables elementos que hacían cada vez más difícil el asalto frontal. A medida que pasa el tiempo, el sistema tiende a complicarse, conformándose en torno a las ciudades que mantienen fortificaciones modernas diversos circuitos de murallas que hacen cada vez más difícil la posibilidad de un asalto, si bien su coste podía ser prohibitivo.

De esta manera, durante ciento cincuenta años las ciudades de los Países Bajos fueron invirtiendo inmensas cantidades en adecuar sus murallas y modernizarlas en un claro intento de librarse de la guerra. En unas primeras fases, las primeras décadas de la guerra de los Ochenta Años, van introduciendo en las murallas medievales bastiones con artillería para reforzar el perímetro. Con el tiempo van mejorándose los viejos lienzos lineales de las murallas, que se ven reforzados con revellines y obras exteriores que tienen como objeto proteger la muralla, hasta el punto que en muchos casos queda fuera de la vista del atacante y de su artillería. Con el tiempo, ya a mediados del siglo xvii, los sistemas se van complicando más, aumentando los perímetros defensivos de las

ciudades con la instalación de numerosos fuertes exteriores que hacen que el enemigo deba invertir más tiempo y medios en completar cualquier conquista.

La toma de las ciudades fortificadas mediante estas técnicas se convirtió en algo muy complicado que llevaba mucho tiempo. Tradicionalmente consistía en derrumbar una parte del lienzo de la muralla con fuego de cañón o mediante una mina, a lo que seguía un asalto en masa de la infantería. Pero gracias a los nuevos sistemas arquitectónicos los bastiones mantenían a los cañones sitiadores alejados, de manera que sus disparos no conseguían derrumbar las murallas de ladrillos, ya que no se rompían con tanta facilidad como las antiguas murallas de piedra. Además, al ser muros más anchos y con un mayor foso, los intentos de hacer minas para derrumbar los muros eran más costosos y difíciles que en la Edad Media.

Las ciudades defendidas según este sistema de fortificaciones eran cada vez más numerosas y más difíciles de tomar. De ahí que a partir del último tercio del siglo XVI, la mayor parte de las ciudades que tenían estas fortificaciones sólo podían ser conquistadas por hambre, realizando para ello un bloqueo total. Por ello, los sitiadores debían realizar grandes obras de fortificación, que consistían en un recinto defensivo, que podía ser doble, que abarcaba un perímetro muy extenso produciendo un aislamiento de los sitiados del mundo exterior y una protección del ejército sitiador frente a los posibles ejércitos de socorro. En estas construcciones se usaba sobre todo tierra que se utilizaba no sólo de parapeto, sino también como plataforma para montar las baterías de asedio protegidas por innumerables hileras de trincheras y reductos. La organización de un asedio en toda regla era –salvo la construcción de algún canal grande o de un gigantesco recinto fortificado– la obra de ingeniería de más envergadura de cuantas se realizaban en esta época. A su vez, para custodiar todas estas construcciones que conformaban el doble perímetro, se utilizaban miles de hombres ante las enormes extensiones de este, que hacía de los sitios algo muy costoso, al prolongarse a menudo durante varios meses. A medida que pasaba el tiempo, los problemas surgían tanto entre el ejército sitiado como el sitiador debido a la carencia de suministros, el frío, las malas condiciones sanitarias y el hacinamiento de este elevado número de soldados, lo cual provocaba enfermedades a las que se unía el aburrimiento y la frustración provocada ante la falta de paga y las malas condiciones, lo que motivaba que las deserciones se elevaran. Un asedio era una prueba de fuerza también para el sitiador, que podía perder muchos más soldados que su enemigo ante la aparición de enfermedades o cualquier otro problema que aumentase el ritmo de las deserciones. Ejércitos inmensos podían quedar prácticamente deshechos asediando una ciudad sin apenas combates, teniendo incluso más bajas que si hubieran perdido una batalla.

El sitio de Breda de 1625 se convirtió en uno de los más importantes y conocidos del siglo XVII. Las fuerzas hispanas que rodearon la plaza fueron enormes, al igual que el coste de su mantenimiento como el del desplazamiento de las miles de toneladas de tierra con que se construyeron las fortificaciones que rodearon la plaza. La ciudad cayó después de nueve meses de asedio sólo por hambre, no habiendo realizado los españoles ni una sola descarga de sus cañones sobre cualquier hornabeque o revellín de la ciudad. Todo este coste tan desorbitado para las arcas hispanas produjo que tanto ese mismo año como al siguiente no quedara dinero para realizar ninguna operación más contra los holandeses, teniendo que pasar a la defensiva durante todo ese tiempo, de esta manera el asedio a una ciudad importante –aunque terminara en victoria– podía agotar los recursos de los países más ricos del momento.



Toma de Breda, por P. Snayers. Se pueden advertir las enormes obras realizadas por los españoles para sitiar la ciudad en 1625. Museo del Prado, Madrid.

Las nuevas técnicas posibilitarán que una ciudad pequeña dotada con las nuevas fortificaciones abaluartadas pudiera resistir varios meses a un duro asedio. Esto hará que los asedios y conquistas de zonas bien defendidas sean tremendamente difíciles, ya que para ello se debía mantener un gran ejército mucho tiempo, algo que por su gran coste era prohibitivo. Por eso, durante el siglo XVI muchos afirmaban con mucha razón que una ciudad bien defendida bastaba para arruinar un poderoso ejército. Todos estos factores hacían que en la guerra no hubiera una fórmula para la conquista rápida. Las batallas resultarán cada vez más irrelevantes en las zonas donde se construyeron estas nuevas fortificaciones, siendo cada vez más escasas, salvo cuando se establecía entre un ejército sitiador y una columna de socorro, como ocurrirá en San Quintín (1557), Rocroi (1643), Nördlingen (1634), entre otras muchas. Aunque se pudiera derrotar al enemigo en campaña, la victoria podía estar lejos, ya que aún se debía tomar un número indeterminado de ciudades, las cuales llevaría su tiempo conquistar. En palabras de Vauban, el gran arquitecto militar del siglo XVII: «En los Países Bajos, la pérdida de una batalla suele tener pocas consecuencias, pues la persecución de un ejército derrotado se prolonga sólo durante dos, tres o cuatro leguas, ya que las fortalezas vecinas del enemigo detienen a los vencedores y proporcionan refugio a los vencidos, salvándose de una ruina completa».

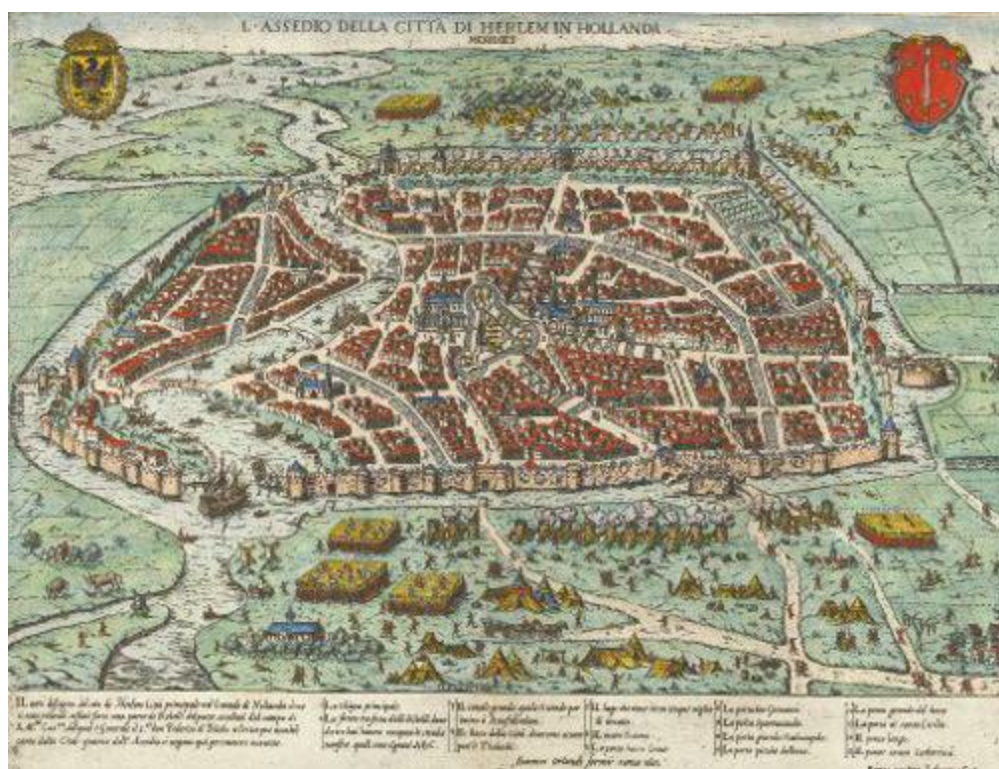


Las fortificaciones abaluartadas hicieron que en Flandes –donde había muchas ciudades fortificadas y líneas defensivas–, las conquistas rápidas fueran difíciles. Como podemos advertir, a pocas leguas de distancia se situaban ciudades fortificadas que impedían el progreso por el territorio. Incluso los canales y esclusas disponían de fuertes que los protegían. Rijksmuseum, Ámsterdam.

Un largo asedio significaba muchas veces un enorme coste en dinero, armas, suministros y soldados, mucho mayor que una batalla. Este sistema de combate era para ciertos gobernantes de Europa occidental un signo de civilización avanzada, en el que tenía lugar una táctica bélica sistemática con fuertes exigencias tecnológicas. Incluso los grandes asedios de la época congregaban a multitud de viajeros curiosos que querían apreciar la magnitud de las obras como si se tratara de la inauguración de una gran catedral.

El asedio se convirtió en la forma más común y extendida de operación militar debido al predominio de la defensa, tanto en la guerra de sitio como en la batalla campal, a lo que ayudaba el mayor desarrollo de los medios defensivos disponibles, cuya tecnología era quizá superior a los medios ofensivos, sobre todo en el caso de las fortificaciones. Por tal razón, estas ciudades y fortalezas fuertemente defendidas se convirtieron en los puntos de apoyo obligados de los ejércitos, tanto en el combate como en la logística de los abastecimientos. Debido a la importancia de estas plazas fuertes, su captura y defensa se convirtieron en las acciones de mayor importancia en las guerras, haciendo que durante el siglo XVII la gran mayoría de las operaciones militares giraran en torno al ataque y la defensa de fortificaciones.

Los asedios requerían una planificación cuidadosa y una organización detallada, tanto de las acciones bélicas como de la coordinación del reclutamiento y los suministros que todo el ejército necesitaba durante el período que duraba el sitio. Pero estas técnicas produjeron que la guerra se eternizase. Estas operaciones exigieron, por su duración, un esfuerzo sostenido y continuado, además de enormes conocimientos técnicos de arquitectura y balística, una organización administrativa y logística amplia, y la disposición de la infraestructura necesaria para todo ello, algo que no estaba al alcance de todos los estados del momento. Por tal razón, los soldados y políticos de la época más versados en asuntos bélicos consideraron los asedios como puntos de referencia básicos del arte militar y un signo de cultura.



El asedio de Haarlem ejemplifica un asedio de las primeras fases del conflicto, dentro de una campaña que no fue muy habitual, al producirse en pleno invierno, y estar rodeada de una violencia extrema. La ciudad, gracias a estar virtualmente rodeada por el agua, pudo resistir siete meses, pudiendo ser aprovisionada por agua y a través del hielo, usando trineos. Los padecimientos de los sitiadores fueron extremos, al no disponer de rutas seguras de abastecimiento y estar en un medio totalmente hostil, sin cobrar sus soldadas, algo que explica su agresividad y en muchas ocasiones su temeridad. Pese al uso de la artillería, los intentos de asalto no tuvieron el éxito esperado. En la empresa, el ejército de Flandes perdió cuatro mil de los trece mil hombres desplegados, de los que ochocientos eran españoles, debido a las malas condiciones de alojamiento y a la acción del invierno. *Asedio de Haarlem* (1572-1573), por Antonio Lafreri. Rijksmuseum, Ámsterdam.

La artillería había sido la impulsora del cambio en los sistemas de fortificación, e incluso había estado muy presente en el paso hacia la modernidad, siendo el enorme tren de asedio turco el que propició la conquista de Bizancio (1453), estando presente la artillería tanto en el fin de la Reconquista como en las primeras guerras de Italia (1494-1498). Pero durante el siglo XVI, la arquitectura fue más rápida en sus innovaciones que la artillería, que siguió teniendo un papel limitado en las batallas campales, debido a su enorme peso y poca movilidad, cadencia de fuego y fiabilidad, que hacían que no siempre fuera un arma tan efectiva y práctica. En los asedios, en cambio, se mostró más esencial, al tener que disparar siempre a blancos fijos, pero nuevamente su escasa movilidad restringió mucho su uso y su incremento numérico. En la transición hacia el siglo XVII, la artillería de asedio aumentó su eficacia al mismo tiempo que se multiplicó por cinco, siendo la clave para conseguir que una plaza se rindiese. Si en las décadas de 1560-1580 lo normal era que los trenes de asedio no llegaran a veinte piezas de sitio, sesenta años después las piezas de artillería podían incluso pasar del centenar, y sobre todo eran más eficaces y tenían un calibre más adecuado, funcional y unificado entre ellas.

La peculiaridad geográfica de Flandes, y la existencia de grandes fosos y masas de agua que rodeaban las plazas fuertes dificultaban los asedios, que necesitaban construir minas para volar las murallas o cruzar los fosos para intentar asaltar la plaza, algo que el agua dificultaba mucho. En algunos casos, el hambre había sido la clave de algunos asedios, pero con el tiempo las rendiciones no duraban tanto ante la mayor actividad de la artillería.

En muchos casos, la misión de cualquier guarnición era intentar retrasar la conquista de la plaza el

tiempo suficiente para que un ejército de socorro forzara al enemigo a levantar el asedio. Dicha circunstancia no siempre se producía, ya fuera porque el sitiado era incapaz de reunir un ejército de socorro lo suficientemente grande como para enfrentarse a su enemigo, o simplemente porque el alto mando consideraba arriesgada o imposible la operación de socorro. En estos casos, la iniciativa estaba siempre en manos del sitiado, ya que el enemigo lo esperaba protegido tras las obras de circunvalación a la espera de que la plaza cayese. En ocasiones el bando sitiado intentaba eludir el sitio sitiando a su vez otra plaza de menor importancia, algo que podía funcionar, desarrollándose una guerra de movimientos y amagos.



El sitio de Ostende (1601-1604) sigue siendo uno de los más largos y cruentos de toda la historia mundial, que para muchos fue una nueva Troya. Duró más de tres años, ante la enconada resistencia holandesa, potenciada por un circuito amurallado moderno y porque la ciudad estaba rodeada por las aguas. La inferioridad naval española hizo que los defensores pudieran recibir refuerzos y provisiones sin problemas. Los cálculos sobre los muertos en ocasiones superaron los cien mil hombres, aunque parece una cifra exagerada. Lo cierto es que sólo un veinte por ciento de los muertos se deberían a los combates, ya que el resto de las bajas se produjeron por las enfermedades o malas condiciones de vida. Rijksmuseum, Amsterdam.

Si se conocía que los sitiados no serían socorridos, las guarniciones solían ser más proclives a la rendición, y a no alargar la lucha más de lo necesario, sobre todo si los burgueses también incidían en ello para que sus vidas y haciendas fueran respetadas por el nuevo conquistador. No había defensas numantinas o hasta el último hombre, sino que existían unos parámetros muy civilizados que concedían al derrotado importantes concesiones para que abandonara sus posiciones lo antes posible. Cualquier ciudad que se rindiese antes de que la artillería consiguiese derruir una parte del lienzo de la muralla más interior de la plaza era respetada, pudiendo la guarnición militar abandonar la ciudad con sus armas sin tener que pasar a ser prisioneros de guerra.



Asedio y toma de Arras por los franceses en 1640. Durante esa campaña, el ejército francés logró tomar la plaza tras dos meses y medio de asedio. En la ilustración se ven claramente las líneas de contravalación que rodeaban la plaza y los campamentos de los sitiadores. Un asedio en toda regla empezaba con la edificación de las zanjas que aislaban la plaza enemiga. El cardenal infante intentó socorrer a los sitiados, como se advierte en el margen inferior de la ilustración, pero la llegada de nuevos refuerzos (izquierda de la imagen) frustró la operación. Los sitiadores disponían de superioridad numérica y de obras defensivas en las que parapetarse. Rijksmuseum, Ámsterdam.

Posteriormente, desde la década de 1660 hasta final de siglo, aparecerán nuevos cambios de la mano de Vauban y otros ingenieros, que fueron perfeccionando tanto las técnicas de sitio y asalto a las fortalezas como la protección de estas ante estas tácticas. Se aplicará la precisión científica y las matemáticas al arte de la guerra y de la fortificación. Tras el bloqueo a la plaza los sitiadores comenzaban a realizar diversas trincheras en zigzag dirigiéndose hacia el punto más débil de la fortificación enemiga, conformando unos pasillos seguros en los que ninguno de los cañones de la plaza pudiera batir la trinchera al ser enfilada. De esta manera, mediante el trabajo constante –sobre todo a lo largo de la noche– de los ingenieros y zapadores protegidos mediante parapetos, se comenzaban a realizar estas labores de aproximación al recinto amurallado, que concluían cuando se realizaba una mina o cuando los cañones de sitio podían ser situados cerca del muro enemigo, en el cual se intentaba hacer una brecha para que la infantería y los granaderos asaltaran el perímetro en masa a través de unos corredores paralelos y a cubierto del fuego enemigo. Este sistema hacía que los asaltantes tuvieran muchas menos bajas y que sus ataques fueran mucho más efectivos.

Este novedoso sistema de ataque a las plazas dará numerosas victorias a los franceses a partir de la guerra de Devolución (1667-1668), pero sobre todo a partir de la guerra de Holanda, quedando esta parcialmente ocupada en el año 1672 por las tropas francesas al estar sus fortificaciones ciertamente descuidadas, debido a la paz que había mantenido con los españoles durante varias décadas. Gracias al incremento de la artillería, el uso de morteros y la utilización de estas novedosas técnicas de asedio, los sitios se hicieron mucho más cortos. El ejército francés fue capaz, en las décadas finales del siglo XVII, de tomar plazas de importancia en Flandes con significativos circuitos amurallados en poco más de un mes, pero también gracias a otro factor clave, la presencia de

ejércitos mucho mayores, que podían ser de entre treinta mil y cincuenta mil hombres.



Arriba un grabado sobre el asedio de Grave por las tropas de Alejandro Farnesio (1586). Abajo el asedio francés sobre la ciudad de Maastricht (1673). Podemos apreciar los enormes cambios en el arte de asediar de ambos asaltos. A pesar de la acción de la artillería, en 1586 las tropas del ejército de Flandes que intentaban asaltar la plaza debían aproximarse sin apenas protección a los muros de la plaza. En 1673 los franceses que tomaron Maastricht realizaron obras y trincheras para evitar recibir fuego directo en su acercamiento. Sus fuerzas muy superiores en número precipitaron que la plaza se rindiera en veinte días, si bien los franceses tuvieron importantes bajas, entre ellas la de D'Artagnan, el personaje real e histórico recreado por la novela de Alejandro Dumas

Los tres mosqueteros. Rijksmuseum, Ámsterdam.

Conforme fue avanzando la centuria, la victoria militar será de los Estados que más hombres pudieron reclutar y mantener, destacándose en esa faceta los ejércitos franceses de Luis XIV, el rey Sol. A partir de la década de 1660, el Ejército francés multiplicará sus fuerzas, lo que hará que no tenga rival en Europa y que Francia comience a ambicionar su expansión territorial a costa de España. De hecho, el Ejército francés de esta época ascendía sobre el papel a unos 400.000 hombres, mientras que el ejército de Flandes en la década de 1670 oscilaba entre los 35.000 y 50.000 efectivos.

Los tercios: estructura y organización

EL TERCIO: ORIGEN Y CONCEPTO

Aun hoy en día es difícil saber el origen exacto y real de la palabra, que ha generado controversias desde hace bastante tiempo. El problema es que aunque sabemos más o menos cuándo surgió por primera vez el término –que quedó recogido textualmente en 1534, aunque desconocemos realmente si el modelo se podía haber inventado algunos años antes–, no hay unanimidad entre los diferentes historiadores para definir de dónde proviene la palabra. Es más fácil empezar por lo que no puede ser. Así, algunos hunden las raíces de la palabra en la Edad Antigua, en las legiones, y remontándose a Justo Lisipo afirman que el nombre vendría de la tercia legión que se quedó en España, algo que no parece probable. Otros aseveran que el nombre provendría por el empleo de tres armas diferentes según las ordenanzas impuestas por los Reyes Católicos (picas, escudos y espadas, y ballestas y espingardas), aunque todavía en esos momentos no había surgido el nombre. Otros como Girolamo Ramuzio, residente diplomático de la República de Venecia en Nápoles, decía en 1597 que se llamaban tercios porque la infantería española se había repartido en tres entre Sicilia, Milán y Nápoles. Incluso en 1691 un tratadista, Pozuelo Espinosa, afirmaba erróneamente que la palabra había cambiado de regimiento a tercio porque los soldados estaban armados principalmente con tres armas: picas, arcabuces y mosquetes.

Lo más acertado es quizá seguir las palabras de Sancho Londoño, que 1568 afirmaba que los tercios se llamaban así porque los primeros tuvieron tres mil hombres, y eran la mitad que las legiones. De hecho, cuando surgen las unidades permanentes en Europa en el siglo XVI, la mayoría de los Estados intentan hundir sus raíces en la tradición de las legiones romanas, algo que no es baladí. No se pretendía emular sus formas de combate o tácticas, sino su disciplina y profesionalidad. Alemanes y suizos organizaron sus compañías en regimientos, mientras que los franceses en un primer momento lo hicieron en legiones, y los españoles en tercios. A día de hoy no sabemos realmente de dónde vendría la palabra tercio, o su significado particular, pero lo que está claro es que su enorme éxito durante la primera mitad del siglo XVI hizo que otras naciones imitaran la concepción española.

No es fácil dar una definición rápida de qué era un tercio, pero la más cercana, sencilla y comprensible sería que los tercios eran unidades militares, más o menos equivalentes a los actuales regimientos. Centrando la definición en un marco espacial y temporal (y dejando de lado que el término tercio esté siendo utilizado por la legión actual), estas unidades fueron propias de la Monarquía Hispánica (aunque no exclusivas, ya que otros Estados, como Portugal tras rebelarse en 1640, utilizó este sistema), y estuvieron vigentes desde por lo menos 1534-1536 (ordenanzas de Génova) hasta 1704, y su definitiva supresión en España a la llegada Felipe V, convirtiéndose los tercios en regimientos, siguiendo así el modelo francés –y en el fondo el del resto de Europa–.

Los tercios eran estructuras orgánicas, administrativas y tácticas, y en menor medida de combate, ya que la unidad básica era la compañía. Aunque a veces se ha insinuado que no siempre un tercio formaba por sí mismo un escuadrón en batalla, en ocasiones se unían varios tercios para formar uno, ya que no siempre mantenían el número suficiente de efectivos para constituir un escuadrón. Podían

ser unidades autónomas de combate, aunque generalmente no era así, porque lo que importaba era la eficacia y la adaptabilidad, y dependiendo de las situaciones se debía combatir de una manera u otra.

La configuración definitiva del tercio data de la ordenanza de Génova de 1536, en donde por primera vez aparece en un documento oficial el término «tercio». En este ordenamiento se estructuran las fuerzas españolas estacionadas en Italia, dividiéndolas en tercios, que en ningún caso debían aceptar oficiales o soldados que no fueran españoles. Se intentaba así normalizar las diferentes tropas que conformaban los contingentes militares de la Monarquía Hispánica, adquiriendo la infantería el papel protagonista en el conjunto del ejército exterior. Esta instrucción sentó las bases del nuevo orden militar, su división territorial y administrativa basada en la figura de los tercios, que quedan guarneciendo Nápoles, Sicilia y Lombardía. El carácter profesional y permanente de estos contingentes militares, que no se licenciaban con la conclusión de cada campaña, rompió con la tradición medieval, inaugurando una nueva concepción de la guerra.

EFFECTIVOS: ENTRE LA TEORÍA Y LA PRÁCTICA DE LA GUERRA

Desde 1536, el tercio es considerado una unidad militar integrada teóricamente por diez compañías de trescientos hombres. Felipe II ordenó a finales de 1560 que la infantería desplegada en Lombardía pasase a estar compuesta por un tercio de tres mil efectivos divididos en diez compañías, estando dos de ellas compuestas exclusivamente por arcabuceros. Las restantes serían compañías ordinarias (o de picas), y tendría ciento cincuenta coseletes, cincuenta arcabuceros y cien picas secas. Pero a pesar de esta regulación, en la práctica la tendencia irá cambiando rápidamente debido a tres factores: la reducción de efectivos de las compañías, el aumento del número de estas y el incremento de la potencia de fuego. Lo que a nivel teórico sí que se mantendrá, incluso hasta las ordenanzas de 1632, será la idea de que los tercios continúen teniendo tres mil efectivos, algo que en pocos casos se cumplía.

La realidad solía ser otra, y no siempre estos mantenían dichos contingentes, salvo muy a principios del siglo XVI, ya que el número de efectivos de los tercios y compañías varió con el tiempo, algo que debemos ver como una evolución lógica. Lo que sí que se mantuvo –con escasas variaciones– fue la estructura orgánica y los cuadros de mando. La evolución de cada una de las unidades se fundamentó en la disponibilidad de recursos humanos, su desgaste y los problemas de mando y control. De esta manera, llegó a haber tercios en activo con menos de cuatrocientos efectivos, y otros con más de cuatro mil. En Flandes las unidades perdían fácilmente sus números teóricos en combate, y era muy difícil reemplazar las bajas cuando se combatía a miles de kilómetros de los principales centros de reclutamiento. Por otro lado, conocemos que algunos tercios como el de Nápoles llegaron a contar en algunos momentos con casi seis mil efectivos y más de cuarenta compañías desperdigadas en todo el reino, sin que se creara un nuevo tercio, ya que se reconocía que no convenía, no siendo necesario reducirlo a más unidades al no estar en ese momento combatiendo.

En los dos siglos de historia de los tercios, uno de los pasos fundamentales fue la paulatina reducción del número de soldados teóricos de las compañías –aumentando el número de estas–, algo que también ocurrirá en todos los ejércitos europeos, y que conllevará la reducción del ratio de soldados por cada oficial. Con ello, las unidades eran más manejables, más móviles y era más fácil mantener la cadena de mando, evitándose que una misma unidad tuviera compañías desperdigadas por cientos de kilómetros.

Durante el siglo XVI, era habitual que las compañías pudieran tener trescientos efectivos, pero a finales de siglo la cifra teórica se había reducido a doscientos cincuenta. En la transición entre el siglo XVI y el XVII se comenzará a gestar dicha evolución, de manera lenta –pero firme–, en casi todos los ejércitos europeos. Las ordenanzas de 1598 reorganizaban los tercios en no más de 13 o 15 compañías (de las cuales como mucho 2 podían ser de arcabuceros), cada una de 260 plazas, habiendo 10 oficiales y 250 soldados. Las compañías ordinarias debían tener 130 piqueros, 100 arcabuceros y 20 mosqueteros. Si bien esta era la teoría, la práctica se mostró algo diferente, y nos indica que pocas veces los tercios tenían 3.000 efectivos, como nos demuestra la documentación administrativa de la época. Comencemos por el principio, de entre los cuatro tercios de españoles

[illegible]

Las ordenanzas de 1632 reconocían que los tercios de fuera de España debían tener hasta 15 compañías de 200 hombres, si bien los formados en la península debían alcanzar los 250 efectivos en un máximo de 12 compañías. Incluso se regulaba que los tercios de 15 compañías debían tener como mucho 2 compañías de arcabuceros. Los tres tercios presentes en Flandes en 1633 estaban algo lejos de esos números teóricos, ya que mantenían 4.309 oficiales y soldados en 51 compañías, por lo que de media había 1.436 hombres por tercio, y 85 hombres por compañía, menos de la mitad de los teóricos. Pero las circunstancias podían cambiar con rapidez ante la llegada de nuevos efectivos desde la península, y la reorganización de fuerzas presentes. Así, tras la llegada de miles de españoles en 1639, la cifra de españoles en los tercios de Flandes había aumentado hasta los 12.219 efectivos distribuidos en 6 tercios y 110 compañías, con una media de 2.036 hombres por tercio y 111 por compañía. Pero dichas circunstancias, y un estado de fuerzas tan óptimo, no se solían mantener durante mucho tiempo. En 1659, tras la reciente Paz de los Pirineos con Francia, el estado de los tercios españoles era lamentable ante la reciente guerra, las continuas acciones bélicas, la falta de nuevos reclutas de refresco y la política de no suprimir unidades ni compañías para no

perder buenos oficiales. Así, los seis tercios mantenían en 122 compañías 1.243 oficiales y 2.520 soldados españoles (prácticamente un oficial por cada dos soldados), por lo que de media los tercios tenían 627 hombres, y las compañías 31. Unas cifras muy lejos de las teóricas.

A lo largo de una contienda se puede observar ese desgaste de las unidades, que se acelera con el recrudecimiento de los combates y ante la falta de reemplazos llegados desde España. Un buen ejemplo lo tenemos durante la guerra de Holanda (1672-79), que enfrentó a Francia contra Holanda y su bando de aliados, entre los que se encontraban España y el emperador. Los Países Bajos españoles terminaron siendo un escudo protector de los holandeses ante las ambiciones francesas, teniendo lugar en sus campos los más cruentos combates de la guerra como la batalla de Seneffe (1674). Al comienzo de la guerra, en 1672, había 9 tercios de españoles en Flandes, que contabilizaban 9.926 efectivos en 163 compañías, por lo que de media había 1.103 hombres por tercio y 61 por compañía. Durante los años siguientes estas cifras irán a la baja, en los primeros años de manera muy poco significativa, ya que continuaron llegando tropas de refresco, como nos confirma la muestra de 1674. En 1676 se empiezan a notar los primeros efectos, reduciéndose la media un 25 %, también en parte por la llegada de más unidades, ya que en ese momento había 12 tercios y 202 compañías que contabilizaban 9.361 españoles. Pero los años siguientes fueron muy duros, no pudiendo llegar a Flandes nuevos refuerzos. Las tropas españolas debieron defender las grandes ciudades del país, que pese a estar bien fortificadas no eran suficientemente fuertes para poder detener más que algunos meses la impresionante capacidad de movilización militar francesa, que en la mayoría de los casos multiplicaba por diez las fuerzas defensoras, disponiendo los ejércitos franceses de decenas de miles de hombres y cientos de cañones. En 1677 se perdieron Valenciennes, Cambrai y Saint-Omer, y en 1678 las ciudades de Gante y de Ipres. En ese último año los tercios españoles redujeron sus cifras hasta los 6.588 oficiales y soldados en 10 tercios y 153 compañías, por lo que prácticamente la media de los tercios y compañías se había reducido a un 70 % de los de inicios de la guerra (659 por tercio y 43 soldados por compañía). En 1679 el retroceso era todavía mayor al no llegar refuerzos, y ya la media –tras siete años de duros combates– era prácticamente la mitad que al inicio de la guerra, quedando en Flandes 5.337 soldados y oficiales españoles.

A nivel orgánico, todos los Ejércitos europeos tendieron a reorganizar sus unidades. Los batallones holandeses quedaron reducidos primeramente a 800 hombres a mediados del siglo XVII, hasta los 550 hombres a finales de la centuria. Si bien los españoles no lo regularían mediante nuevas ordenaciones legales, la práctica fue la misma durante toda la segunda mitad del siglo XVII, teniendo los tercios una media de entre 500 y 700 efectivos, y la compañía unos 50. Las nuevas ordenanzas de 1704 impuestas por Felipe V no se adelantaban a su tiempo, sólo dejaban por escrito lo que ya estaba sucediendo. Estas regulaban que los nuevos regimientos tuvieran 12 compañías de 53 oficiales y soldados.

LOS TERCIOS POR DENTRO

Los tercios tenían su estructura distintiva y diferente al sistema de regimientos que mantenían el resto de los Estados europeos, y que utilizaba también la propia Monarquía Hispánica para encuadrar, por ejemplo, a sus soldados de origen alemán. Una de sus principales diferencias al respecto era la escala de mando, ya que los tercios estaban comandados por un maestre de campo, ayudado por un sargento mayor, aunque en cuanto a la estructura de mando, a pesar de contar con diferentes cargos, por lo demás, no diferían mucho de los regimientos.

Otro elemento característico, y propio de los tercios, era el sistema de nombramiento de los oficiales, que difería del que se empleaba en otros países. Al ser unos cuerpos profesionales, los oficiales también lo eran. Para ser nombrado oficial, al menos en teoría, y según las ordenanzas militares, se debía demostrar que al menos se había servido en el Ejército diez años. No existían escuelas de oficiales, ya que la mejor escuela era el propio Ejército. Al contrario que otros Ejércitos, donde era habitual que se eligiera a los nuevos oficiales entre la nobleza o los sujetos adinerados, se intentó que los ascensos en los tercios fueran por valía y veteranía, y no por sangre o dinero, lo que no evitó que se cometieran irregularidades. A pesar de estas, lo cierto es que los tercios no tenían una estructura estamental, como por ejemplo ocurría con el Ejército francés, en el que muchos regimientos eran propiedad de sus coroneles, condes y marqueses, dándose el caso de que muchos coroneles eran muchachos nobles de diez a quince años que habían heredado la unidad de sus padres. En los tercios españoles no pasaba esto, y en la cúspide de estos podía haber sujetos de orígenes muy humildes, aunque siempre la nobleza lo tenía más fácil.



Representación de una compañía de milicia ciudadana holandesa. Los oficiales de estas compañías eran la élite local, de ahí su vestimenta, que nada o poco tenía que ver con la de los soldados españoles de los tercios. Unas tropas mandadas por soldados veteranos, y no por una élite económica y social. *Compañía de milicia del capitán Albert Bas*, de Govert Flinck, 1645. Rijksmuseum, Ámsterdam.

Un elemento interesante dentro de este fenómeno es el hecho de que los rebeldes holandeses criticaran ampliamente que muchos de los españoles enviados por Felipe II para gobernarlos y aplacar la revuelta procedieran de las clases humildes, hijos de artesanos que se habían ganado el nombre de don. A muchos, ser dominados, y tener que quitarse el sombrero en la presencia de personas que habían comenzado a servir como simples soldados, era algo que les levantaba ampollas, siendo un elemento más de crítica en las tensas relaciones, ya que pretendían que la cúspide social del Ejército fuera la misma que la suya propia y estuviera sometida por la alta nobleza.

Aunque los tercios eran unidades autónomas, y podían combatir así, no eran como las legiones y otras unidades modernas, y no disponían en sus filas de especialistas como ingenieros, ni de un destacamento de caballería o de exploración, al igual que tampoco contaban con artillería o artilleros. Por eso, cuando un tercio debía afrontar una operación que exigía contar con otras armas, o con fuerzas especializadas, el alto mando destinaba los hombres necesarios para ello, los cuales salían del conjunto del Ejército.

LOS TERCIOS Y SUS MOTES

En Flandes generalmente los tercios se conocían por el nombre de su maestre de campo, salvo en los primeros años, cuando las unidades mantuvieron los nombres territoriales de donde procedían (Tercio de Nápoles, Lombardía,...), algo que continuó sólo durante algunos años. Esa circunstancia hace que en ocasiones sea difícil seguir la cadena de mando de las unidades. Incluso esta labor se complica por el hecho de que muchos maestros de campo de unidades bisoñas pasaban a serlo de los tercios más veteranos cuando había una vacante.

La relación de sucesos sobre la guerra de Flandes escrita por Alonso Vázquez nos deja una descripción curiosa de los mote de algunos tercios españoles de las décadas de 1580-1590, siendo estos nombres no oficiales, sino los que el resto de los soldados les pusieron, por lo que en muchos casos fueron evolucionando. El Tercio de Queralt, formado fundamentalmente por catalanes, para los habitantes de los Países Bajos eran los Valones de España, por su particular forma de hablar; mientras que para el resto de los españoles eran el Tercio Papagayo por su marcado acento al hablar castellano. Al tercio de Francisco de Bobadilla lo llamaban el de los Colmeneros, por ser gente poco curtida que no se atrevía a forrajear, por lo que se conformaba con comer miel de las colmenas y beber agua empantanada, lo que les provocaría enfermedades. Al tercio veterano de Cristóbal de Mondragón le llamaban el de los Vivanderos, porque sus hombres sabían vivir del terreno y pocos pasaban necesidades. Incluso esta unidad compartía otro mote, el de los Sacristanes, por su costumbre de vestir ropas negras bastas de origen campesino. Al tercio veterano de Pedro de Paz, el resto lo llamaban el de Almidonados, o Pretendientes, ya que tras las victorias que la unidad consiguió en 1583 fue favorecido por Alejandro Farnesio, por lo que muchos soldados intentaban que se oyeran sus pretensiones en Bruselas, poniéndose galas y almidonándose los cuellos, algo que no era costumbre entre los españoles que combatían en Flandes. Unidad que años después cambiaría su mote por el de los Galanes, ante el gran número de telas que compraron para asistir a las fiestas de Malinas, en donde estaban de guarnición.

Al tercio que trajo Antonio Manrique se le llamó el de la Zarabanda, ya que ese baile no lo conocían en Flandes. La unidad de bisoños, tras los padecimientos de su largo viaje a Flandes, pasó meses alojada, tiempo en el que se dedicó a practicar bailes con la población gracias a algunas guitarras que llevaban, granjeándose su amistad. Algunos de los veteranos que llegaron tras combatir en las campañas de Portugal y las Azores fueron apodados como Cañutos, ya que tenía costumbre de meter las cuerdas encendidas en unas cañas para que por las noches su luz no fuera visible. A los soldados que trajo Antonio de Zúñiga se los denominó Tercio del Ducatón, ya que desde que se reclutaron en España hasta que llegaron a Flandes sólo se les había asistido con un ducatón de diez reales que cobraron en el Estado de Milán, por lo que padecieron mucho en el viaje.

Sabemos mucho menos de las unidades que combatieron en Flandes durante el siglo XVII, ya que en la documentación no suele trascender esta clase de comentarios. Pese a ello, parece que a algunas unidades se las llamaba también como tercios de gallegos, o canarios, debido a la procedencia mayoritaria de los reclutas. En el caso concreto del tercio canario que estuvo activo en

Flandes durante la década de 1670, a este se le apodaba entre la población local como el Tercio de los Negros, ante la tez más oscura de los canarios.

TAMBIÉN HABÍA TERCIOS DE NACIONES

Cuando hablamos de tercios de Flandes de manera genérica para referirnos a los españoles, realmente usamos mal el concepto, ya que no todos estaban compuestos por españoles. Al principio, los tercios fueron distintivos de la infantería española, pero rápidamente los otros vasallos de los reyes españoles se fueron encuadrando en ellos, siendo los primeros los italianos en la década de 1580 y los últimos los valones a comienzos del siglo XVII. Incluso se crearon tercios con otros contingentes de naciones con los que la monarquía tenía particular relación o amistad –y el nexo de la defensa de la religión católica–, como los irlandeses, ingleses, escoceses... Era un honor y un privilegio para las otras naciones organizarse en tercios, a la vez que la Corona mantenía a sus tropas mucho más vigiladas, ya que el rey (o sus representantes: virreyes o el consejo de guerra) era el único que podía elegir a los maestros de campo y capitanes, controlándose así los nombramientos. De hecho, la organización –pie, como se denominaba en la época– y sueldo de los tercios tenía de dos modelos principales. El español, que regía también en los italianos, borgoñones, irlandeses..., y el valón, algo diferente tanto en costes como en plazas, ya que por ejemplo las compañías de valones del ejército de Flandes debían tener más soldados y disponían de dos sargentos. El resto de los soldados, puramente mercenarios, presentes en los ejércitos de la monarquía, como alemanes o suizos, siguieron sirviendo encuadrados en regimientos.

LA PLANA MAYOR

Se denominaba plana mayor al conjunto de personas que conformaban el alto mando de los tercios como unidades militares. Su número podía ser variable, ya que no todas las unidades tenían todas las plazas cubiertas, por lo que podía haber entre ocho y dieciocho personas según las muestras analizadas, aunque generalmente la mayoría de los tercios mantenía a unas diez plazas. Estos oficiales controlaban toda la unidad, y tenían autoridad y responsabilidad sobre todas las compañías del tercio. Los oficiales mayores eran generalmente los que analizamos a continuación.

EVOLUCIÓN DE LA PLANA MAYOR DE LOS TERCIOS Y SUS SUELDOS

Presupuesto de lo que cuesta un tercio de infantería española en el ejército de Flandes (1602)		Plazas de primera plana de un tercio de infantería española según la reforma del Cardenal Infante (1636)	Relación y pie de la gente de guerra de todas las naciones en Flandes (1661)	
Plazas	Sueldo al mes (en escudos)		Sueldo vivo	Sueldo reformado
Maestre de campo	40 + 40 como capitán de una de las compañías	116 (40 por el puesto + 40 por capitán de una compañía + 32 por el sueldo de 8 alabarderos y 4 por un paje)	116 (40 por el puesto + 40 por capitán de una compañía + 32 por el sueldo de 8 alabarderos y 4 por un	
Sargento mayor	65	65	65	65
2 ayudantes de sargento mayor	24 (x 2)	24 (x 2)	24 (x 2)	24 (x 2)
Auditor	30	30	30	30
Escribano y 2 alguaciles	18	18	18	
Capitán de campaña	25	25	25	25
4 hombres a caballo y verdugo	20	4 hombres 5 escudos (x 4)	4 hombres 5 escudos (x 4)	
Cirujano mayor	15	15	15	15
Médico	20	Doctor 15		
Capellán mayor	15	25	25	
Predicador	15	2 capellanes ordinarios 12 (x 2)	1 Capellán ordinario 12	
Furriel mayor	15	15	15	15
Tambor mayor	12	12	12	12

Maestre de campo

Era el jefe de la unidad, y capitán de una de las compañías. Jerárquicamente podía imponer su autoridad sobre el resto de sus subordinados, pero si era necesario también sobre los capitanes de otras unidades de infantería o caballería. Al contrario de lo que sucedía en otros ejércitos –o en los regimientos alemanes que había en Flandes–, el maestre de campo no era el propietario de la unidad, ni tenía la capacidad para nombrar a los capitanes de las demás compañías, ni al sargento mayor. Los puestos que de los que sí podía disponer –siguiendo lo que marcaban las ordenanzas– eran cargos auxiliares de la unidad, debiendo los sujetos cumplir los requisitos impuestos por el rey. De hecho,

el rey los nombraba, dándole la patente, aunque los maestros de campo buscaban a los agraciados. Además, como capitán de una compañía, también podía nombrar al resto de oficiales (alférez, sargento y cabos de escuadra) de su propia compañía, atribución que también tenían el resto de los capitanes.

Esta diferencia era definitoria en los tercios, ya que era una maquinaria militar adelantada a su tiempo, bajo el control casi total de los monarcas y basados en la veteranía y el mérito, y no tanto en la sangre o el favor. No eran empresas capitalistas bajo el control directo de sus mandos, como lo eran los regimientos franceses, ingleses, holandeses o alemanes de los siglos XVI y XVII. Negocios de la guerra basados en el hecho de que los mandos financiaban el reclutamiento de sus huestes. Los soldados estaban bajo sus órdenes, pero al servicio de un monarca que pagaba por ello, aunque en ocasiones el empresario podía cambiar de bando. Negocios que requerían altas sumas de dinero por adelantado para reclutar, vestir y armar a las tropas, pero que podían dar pingües beneficios a la hora proveer los mandos a cambio de dinero u otras contraprestaciones, o en el momento de los saqueos u otras actividades predatorias. Si bien con el tiempo los regimientos de otros países estuvieron cada vez más controlados por los Gobiernos, limitándose mucho la capacidad de los particulares para reclutar tropas, una parte del sistema siguió igual. En el siglo XVII, muchos Estados controlarán más a sus regimientos, pero estos seguirán en manos de sus propietarios, generalmente la nobleza, que de manera hereditaria pasaban a sus hijos sus cargos, de ahí que en el Ejército francés hubiera coroneles de doce años. De hecho, en el Ejército francés o inglés del siglo XVII la manera de entrar a servir como oficial solía ser la de comprar la patente. En tiempos de Luis XIV, casi todos los puestos – salvo en algunas unidades de élite– estaban en venta, por lo que lo peor que le podía pasar a un capitán francés era morir en combate, ya que su inversión económica quedaría frustrada. Incluso en el Ejército inglés el sistema venal perduró como vía tradicional de entrada a la oficialidad hasta mediados del siglo XIX. Fórmula seguida por personajes tan ilustres como Wellington.

Sólo el rey –a través del consejo de guerra– tenía la facultad de nombrar a los maestros de campo de las nuevas unidades que se reclutaban en la península, aunque la provisión de los puestos vacantes en los ejércitos quedaba a cargo de los virreyes, gobernadores o capitanes generales. Los elegidos como maestros de campo debían ser personas de peso e importancia, a los que no les faltaba experiencia. Pasar por ese puesto era definitorio para las carreras de muchos, ya que alcanzarlo posicionaba a muchos militares de servicio que podían optar a cargos más elevados en el escalafón militar o puestos gubernativos de importancia. Por todo ello, se debía cuidar mucho la elección de estos. Ya las ordenanzas de 1598 insistían mucho en que los distintos consejos de la monarquía consultaran al rey las personas capaces para ser maestros de campo, proponiendo a los que tuvieran la calidad necesaria, mucha práctica y experiencia en el ministerio de la guerra, y además fueran valientes, buenos, honrados y de cristiano proceder, obedientes, libres de codicia y que tuvieran amor al servicio de Dios y de su rey. Tampoco se quería que fueran viejos o estuvieran enfermos, porque no podrían soportar el trabajo que el oficio requería, ni tan mozos que no tuvieran la prudencia y experiencia necesaria. Las nuevas ordenanzas de 1632 añadían y completaban las anteriores, estableciendo como requisito necesario el hecho de que los maestros de campo se eligieran de entre los capitanes de infantería o caballería que hubieran servido al menos ocho años ese puesto, aunque se abría la vía para que personas ilustres pudieran acceder al cargo con sólo atestiguar ocho años de servicio en un frente con guerra activa. Es decir, a los que pudieran atestiguar un padre o abuelo, que por línea masculina fueran hijo o nieto de un grande de España o un título

nobiliario. Con ello se intentaba paliar el cada vez mayor alejamiento de la nobleza del servicio de las armas, pero se introducían mecanismos que, al contrario que en el pasado, premiaban la sangre heredada frente a la experiencia, el servicio y la sangre derramada.

Los maestros de campo generalmente iban a caballo para mejorar la comunicación con sus oficiales, aunque en combate o en desfiles delante de algún dignatario se apeaban del caballo para situarse junto a sus hombres. Aunque no siempre era así, en combate tomaban las armas y se solían situar unos pasos por delante de sus hombres en formación, pero cuando empezaba la refriega se colocaban en la primera línea de picas para dar más cohesión al escuadrón. Eso explica el hecho de que en las batallas más duras, varios maestros de campo murieran o fueran gravemente heridos, como en la batalla de Rocroi (1643), ya que si estaban a caballo coordinando a sus hombres podrían haber huido sin problemas.

La compañía del maestro de campo solía ser la más lucida de todo el tercio, ya que la cercanía del jefe de la unidad hacía que muchos veteranos, aventajados o reformados, quisieran servir a la vista de su jefe. De ese modo, el maestro de campo los podría conocer y llamar por sus nombres, una ventaja reseñable a la hora de realizar méritos, o señalarse en las ocasiones de combate. Tal situación movía a muchos oficiales reformados a pedir el paso a las compañías de los maestros de campo, ya que de esa manera podrían estar mejor situados a la hora de acceder a nuevos cargos. Aunque en ningún caso los maestros de campo proveían los cargos vacantes de las compañías de su unidad, los mandos superiores solían pedirles consejo a la hora de realizar los nombramientos internos. Para un soldado que pretendía ascender era muy importante ser conocido por el maestro de campo de la unidad en la que servía, y a poder ser destacarse en alguna acción, algo que podría catapultarlo hacia un ascenso. La compañía del maestro de campo solía tener distintos privilegios, como disfrutar de la primera guardia, ser la primera en desfilar y la primera en ser pagada.

El maestro de campo tenía importantes atribuciones sobre su unidad, ya que ayudado de sus subalternos debía imponer la disciplina sobre sus hombres, entrenarlos, alimentarlos, alojarlos, cuidar la relación con la población civil o ejecutar su tránsito de un lugar a otro. Todo ello al mismo tiempo que debía ejercer de padre de sus hombres y atender todo lo que necesitaban. También sabemos que ajustaba con los vivanderos y proveedores locales las medidas y precios de los géneros que podían vender a los soldados. Por asegurar los géneros y las vidas de estos proveedores, le solían contribuir con algunas cantidades de dinero, beneficio económico extra que en ocasiones podía ser importante y no estaba regulado por el rey.

Si bien impartía justicia entre sus soldados cuando se efectuaban pequeños delitos, e imponía la disciplina, pudiendo imponer castigos, sus atribuciones de justicia eran limitadas. Los españoles estaban bajo la autoridad real, y el propio Ejército –a través del preboste general– era el encargado de impartir justicia, ejecutando las sentencias capitales. Desde el siglo XVI podía disponer de un séquito de ocho alabarderos para su protección directa (aunque en la península eran doce), que en esas primeras décadas solían ser alemanes, aunque a lo largo del siglo XVII las cosas cambiarán, siendo estos españoles que debían ser pagados a cargo del sueldo que se le entregaba al maestro de campo. Pero por lo que sabemos en muchas muestras estos hombres no aparecían, por lo que parece que no siempre los mandos los designaban, algo en lo que quizá influía el hecho de que les pagaban de su bolsillo, a cargo de su sueldo mensual. A mediados del siglo XVII, el sueldo de un maestro de campo ascendía a 116 escudos, 40 por el puesto, otros 40 por ser capitán de una compañía, 4 por la paga de su paje y otros 32 por la paga de los 8 alabarderos. Su salario había aumentado mucho desde

los primeros momentos del siglo XVI, cuando se creó la figura, no siendo este todavía capitán de una de las compañías y no teniendo prácticamente autoridad sobre el resto de los capitanes.

Sargento mayor

Era el segundo en la cadena de mando, pero no era capitán de ninguna compañía —como ocurría en el sistema regimental, que disponía de un teniente coronel y un sargento mayor que también tenían a su cargo una compañía—, siendo el encargado de que se guardase la disciplina y corregir esta, siendo sin duda un oficial esencial. Incluso algunos tratadistas escribieron más páginas sobre su figura que sobre la del maestre de campo, algo ciertamente sintomático. Ante la ausencia del maestre de campo, debía tomar el mando de toda la unidad, y cuando faltaba este, el capitán más antiguo. Eso solía ocurrir a menudo, ya fuera porque los tercios podían dividirse para una acción determinada, o porque el jefe de la unidad estaba ausente, asesorando al gobernador en Bruselas o en cualquier otra ocupación. Al no estar al mando de ninguna compañía, se contaba con su imparcialidad y su ecuanimidad, teniendo misiones tan importantes que a partir del siglo XVII solía contar con dos ayudantes que cobraban veinte escudos. Estos solían ser alféreces reformados, que con el tiempo podían llegar fácilmente a ser nombrados capitanes, siendo su función principal la transmisión de órdenes y el mantenimiento de la disciplina, siendo definidos por algún tratadista como ministros y voz de los sargentos mayores. En caso de estar la unidad repartida en varios alojamientos, suplían al sargento mayor en sus misiones. Durante el siglo XVII su sueldo era de sesenta y cinco escudos al mes, aunque sabemos que en tiempos de Carlos V este era muy inferior, sólo veinticinco escudos, por lo que muchos sargentos mayores sólo pretendían ser nombrados capitanes, cuestión que al llegar a oídos del emperador provocaría cambios.

El cargo se solía designar —como en el caso del maestre de campo— por el rey o sus *alter ego* en los ejércitos y territorios. Las ordenanzas expresaban que para el puesto se debían elegir a los capitanes más beneméritos y veteranos de las unidades, o a los más antiguos, preguntándose primero a los maestros de campo. Tenemos constancia de que cuando el consejo de guerra elegía candidatos para el puesto, solía elegir a personas de amplios servicios militares, llegando muchos a sobrepasar los veinte años de servicio. Por ello, era habitual que los designados tuvieran cierta edad, y es difícil encontrar sargentos mayores menores de cuarenta años.

En el día a día, se debía encargar de que la tropa mantuviera la disciplina y el orden en los viajes, cuidando de la impedimenta y distribuyendo a los soldados en los alojamientos, además de establecer las guardias y las rondas, por lo que no le solían faltar los enemigos. Al tener también atribuciones sobre la disciplina, podía imponerla por la fuerza, pero nunca ejecutar sentencias capitales o de importancia. Algunos tratadistas como Londoño comparaban la figura con el mundo romano, con los *Tesserarius Principalis* de las legiones, aunque sus funciones eran mucho más complejas, al tener una importante misión a nivel operativo y en combate.

Su papel también era táctico, ya que se encargaba de algo fundamental. En batalla debía formar y escuadronar a la unidad entera para que estuviera lista para combatir, eligiendo la formación precisa. Por ello debía saber leer, escribir y la aritmética suficiente para poder realizar las raíces cuadradas necesarias para formar un escuadrón y distribuir a los hombres en hileras. Por eso el sargento mayor

precisaba conocer el número y armamento de todos los soldados del tercio antes de proceder a la formación de un escuadrón. Por ello los sargentos de cada compañía debían prevenirle de todos sus efectivos y del armamento con que contaban. En combate se movía con libertad por toda la formación debiendo cuidar de que se mantuviera el orden y actuando según las necesidades. Como signo distintivo tenía un bastón de mando de unos tres pies de altura que le servía para imponer disciplina, pero sobre todo para ayudarlo a formar los escuadrones, ya que este era el espacio que debía ocupar un soldado en el escuadrón.

Furrier mayor

Debía saber leer, escribir y contar, debido a que era el encargado de recibir los víveres y municiones del tercio y repartirlos entre las compañías. A él llegaban también los socorros que en especie o dinero se entregaban a las tropas por la población civil o las provincias. En los movimientos y tránsitos tenía atribuciones importantes, y debía repartir a las tropas entre los alojamientos designados, estando directamente controlado por el sargento mayor. De esta manera –y al igual que los furrieres de las compañías– se adelantaban a la unidad en sus movimientos en territorio amigo o neutral, para así determinar los lugares por donde debía pasar, cuántos kilómetros se podrían recorrer en esa jornada y ayudar para que al final de la jornada las tropas estuvieran bien abastecidas, reconociendo los precios de las vituallas locales. Para atender todas estas cuestiones era necesaria una persona íntegra, trabajadora e inteligente, que no engañara o defraudara al rey ni a la tropa, debiendo tener algunos conocimientos geográficos y de lenguas, ya que debía elegir sabiamente los lugares de alojamiento.

Capitán de campaña

Era el principal encargado de la impedimenta de toda la unidad, y tenía funciones de cara al alojamiento y a la provisión de las tropas. Se necesitaban personas diligentes, por ser cuestiones de importancia, ya que de esta manera se evitaban los desórdenes, debiendo coordinar la marcha y los alojamientos, ya que le tocaba cuidar del bagaje de toda la unidad, y encargarse de moverlo, por lo que debía procurar mulas, animales de carga y carros para cada jornada de viaje. También era el encargado de los vivanderos locales, y de los que acompañaban a las tropas, por lo que debía tener mucho cuidado con ellos, determinando sus puestos dentro del alojamiento. Para ser reconocido entre la tropa se le recomendaba que llevara un bastón pintado de colores, aunque en Nápoles los capitanes de campaña solían portar cañas de la India.

También debía mantener el buen orden y tranquilidad en los alojamientos, evitando robos y delitos, regular la salud pública en ellos y la actividad de las prostitutas, a las que debía inspeccionar. De hecho, tratadistas como Eguiluz o Londoño establecen que la proporción óptima de mujeres públicas debía ser entre cuatro y ocho por cada cien hombres, cantidad que no deja de ser importante, de ahí la necesidad de controlar a estas mujeres.

Sus funciones fueron evolucionando durante toda esta época, ya que durante el siglo XVI su puesto se asemejaba más a un barrachel, y tenía importantes atribuciones a la hora de perseguir a los infractores, fugitivos y delincuentes de la unidad. Durante el siglo XVI, cuando las cuestiones de justicia eran dilucidadas directamente en los tercios y no dependían de la justicia del Ejército, a través de su preboste general, mantenía funciones muy parecidas al de la policía militar de nuestros tiempos. Evitaba los robos y delitos entre soldados, y sobre la población civil, funciones que ejercía por delegación del maestro de campo. Podía castigar a los soldados sin licencia, o a los que cometían infracciones, pudiendo ejecutar directamente las penas impuestas. Generalmente contaba con la colaboración de varios ayudantes a caballo que se encargaban de capturar a los soldados acusados o a los desertores. De hecho, a comienzos del siglo XVII contaban con la ayuda de cuatro hombres a caballo y un verdugo, aunque unos años después esta última plaza se suprimió.



Preboste del Ejército holandés según un grabado impreso por Jacob de Gheyn de la década de 1580. En él se advierte el bastón de mando característico del puesto. Rijksmuseum, Ámsterdam.

Auditor

Ejercía de asesor legal del maestro de campo y la unidad, por lo que convenía que fuera un hombre de buena vida y entendido en los oficios de justicia. Debía tener cierta preparación legal (civil y criminal), y conocer bien las ordenanzas y bandos del Ejército, además de tener capacidad para ser muy sumario sacando la primera información de los hechos y testigos. En ocasiones contaba con la colaboración de un escribano y uno o dos alguaciles, pero con el tiempo estas plazas desaparecieron. A él se le consultaban las cuestiones que competían en primera instancia a la unidad y al maestro de

campo, aunque los hechos graves sólo podían correr de la mano del auditor general del Ejército. También dirimía los enfrentamientos particulares entre los soldados, imponiendo justicia, al mismo tiempo que actuaba como una especie de notario del tercio, redactando testamentos y herencias. Por sus tareas de asesoramiento a los soldados no podía pedir derecho alguno, ya que estos no podían pagar debido a que apenas podían vivir de sus sueldos, por lo que convenía que no fuera una persona codiciosa o interesada.

Tambor mayor

Tenía la principal función de transmitir las órdenes al resto de músicos del tercio, recomendándose que usara una trompeta para ello. También debía preocuparse por el buen mantenimiento de todos los instrumentos. No sólo controlaba la música, sino que debía conocer los diferentes toques de música del resto de los ejércitos, y saber otros idiomas, ya que también eran designados como heraldos y se encargaban de comunicarse con los enemigos, por lo que debía saber pactar, e incluso tener ciertas dotes de espía, algo que siempre podía ser útil. También se ocupaba de publicar los bandos generales entre la tropa. Con el tiempo, el puesto perdió importancia con la paulatina reducción de efectivos de las unidades y con la aparición de intermediarios que ejercían funciones más específicas.

Cirujano mayor

Más que cirujano –tal y como hoy lo entenderíamos– era un médico encargado de la atención sanitaria de las tropas. Al contrario que los barberos que ocupaban plaza en las compañías, debían tener conocimientos médicos más avanzados, y se recomendaba que hubieran pasado por la universidad y fueran doctores en medicina. Pero en muchos casos sus conocimientos solían ser muy rudimentarios, y muchos de ellos no tenían la formación adecuada, como ocurría también en el resto de los Ejércitos europeos. También eran los encargados de la reducida farmacia de la unidad, pero sin duda alguna su capacidad era muy limitada. Por ello sus funciones se complementaban con los hospitales de campaña y el hospital fijo establecido en Malinas, con personal que solía estar más capacitado, mejor entrenado y provisto de medios. En algunos momentos del siglo XVI había también un médico en cada tercio, aunque el puesto terminó eliminándose. Cabe reseñar que la asistencia sanitaria no era realmente gratuita, ya que se retrotraía de la parte del sueldo que no se cobraba directamente.

Capellán mayor

Al igual que en cada compañía, la asistencia religiosa era básica, y como demuestran las ordenanzas –que inciden mucho más en ello– incluso más importante que la sanitaria. Durante todo el siglo XVI

hubo muchas quejas sobre la mediocridad de los capellanes de las compañías, y lo poco ejemplares que eran, por lo que se intentó que los capellanes mayores estuvieran mejor preparados y ejercieran como predicadores de la unidad, aunque el resto de los religiosos no estaban a sus órdenes. Sus misiones de asistencia religiosa se solían compaginar con las de elevar la moral y preparar las almas de los hombres para el combate. El capellán mayor también debía controlar la cofradía de cada tercio, evitando las injerencias de los maestros de campo en sus fondos, y cuidando de que los testamentos de los soldados se cumplieran sin que los capitanes se aprovecharan de ellos o se quedaran con sus bienes y ahorros.



En la parte superior derecha podemos advertir un tercio español en formación, con los piqueros en el centro y las armas de fuego en los laterales, con sus oficiales fuera de la formación. En la parte inferior un regimiento francés que se retira de la plaza tras su rendición, con el coronel montado al frente con su paje, y los capitanes en primera fila. Detalle del cuadro de P. Snayers que representa el asedio de Aire-sur-la-Lys (1641). Museo del Prado, Madrid.

En tiempos del príncipe de Parma, los jesuitas se encargaron de las capellanías castrenses mejorándose la situación y elevándose la moral y el espíritu contrarreformista de la tropa. Durante el siglo XVII las ordenanzas impulsaron la mejor selección de los capellanes, y la reforma de las malas costumbres, debiendo ser todos los capellanes clérigos presbíteros, evitándose que fueran frailes. También se impulsará la llegada de teólogos predicadores, elevándose el sueldo de los capellanes hasta los veinticinco escudos al mes, frente a los doce que cobraban los ordinarios de las compañías. Ya a finales del siglo XVII –al reducirse hasta las cincuenta plazas los soldados de las compañías– se terminó eliminando la plaza de capellán ordinario, por lo que en ocasiones el capellán mayor era ayudado por otro capellán.

LA COMPAÑÍA ORDINARIA (O DE PICAS)

En cuanto a sus dimensiones, algunos teóricos del Ejército formularon en sus escritos de comienzos del siglo XVI que las compañías debían asemejarse en tamaño al modelo alemán, y tener incluso 500 efectivos. Pero serían unos pocos los que demostraron este pensamiento, ya que la mayoría a la altura de la década de 1580 opinaba que estas debían tener 250 hombres. Algunos como Escalante argumentaban que el número debería ser de 300 para ahorrar el gran número de oficiales y su coste; pero en general todos consideraban que el tamaño ideal era el establecido en las ordenanzas militares, unos 250, y se conformaban con que tuvieran 200 soldados efectivos. Si bien en la transición entre el siglo XVI y el XVII se pudo mantener esa cifra, a lo largo del siglo XVII irá reduciéndose progresivamente, y a mediados de la centuria se podía dar por buena la compañía que mantuviera 100 soldados.

A nivel normativo, sabemos que durante todo el siglo XVII hubo importantes reformas que al menos teóricamente variaron la dotación de las compañías y su paga. En 1602, cuando gobernaba el archiduque Alberto, se estimaba que cada compañía de infantería española debía estar compuesta por 200 efectivos, incluidos los oficiales. Las ordenanzas de 1632 no establecerán muchos cambios al respecto, ya que si bien se regula que las compañías fueran de 250 efectivos, se permite que en Flandes tengan sólo 200. Pero los cambios más sustanciales estarán en la introducción de distintas ventajas sobre el sueldo para soldados veteranos y reformados, reconociéndose de manera progresiva su figura e importancia en el ejército; y sobre todo en la supresión de las compañías de arcabuceros y el fin de la figura del piquero seco. Con ello se aumentaba el gasto medio de las compañías, aunque se mejoraba la paga de los soldados más veteranos, y por lo tanto se esperaba que a cambio estos permanecieran en los ejércitos.

Las regulaciones no siempre se mantenían por mucho tiempo, ya que una cosa era la teoría y otra la práctica y las necesidades cambiantes de la guerra. Otra gran reforma se producirá en 1636, en tiempos del Cardenal Infante, cuando este ordene que los veedores del Ejército asienten plaza de mosquetero a todos los soldados españoles que fueran a propósito para su manejo, y tuvieran la fuerza suficiente para soportar el arma, siempre y cuando se contara con la aprobación de sus maestros de campo. A la vez establecía que, de manera compensatoria, todas las ventajas ordinarias las gozasen los coseletes. Teóricamente, las compañías tendrían sólo 69 coseletes y 120 mosqueteros, además de oficiales. Pero parece que la medida no pudo completarse, como nos muestra la documentación de los años posteriores. No siempre todos los soldados eran capaces de luchar con mosquete, además de que se aumentaban bastante los gastos medios en sobresueldos.

La medida no parece que tuviera el éxito esperado, ya que en enero de 1640 desde el ejército de Flandes se volvía a regular la infantería española ante la llegada de nuevos efectivos y las futuras campañas miliares. Los cuatro tercios veteranos mantenían veinte compañías cada uno, y los dos recientemente creados sólo quince. En estas circunstancias, se reconocía que las compañías de españoles no podían ser tan numerosas como las de otras naciones, debido a los problemas de reclutamiento y a la falta de medios de los capitanes para socorrer a sus hombres cuando las pagas

faltaban. Ante ello, se determinaba que las compañías fuesen de ciento veinte hombres, admitiéndose que al menos fueran de cien, teniendo en cuenta el posible desgaste por combate o enfermedad. También se reconocía la importancia de los oficiales reformados dentro de la infantería española, llegándose a afirmar que la defensa de la monarquía se fundamentaba en ellos y la gente particular, los cuales tenían el mayor peso en las batallas y sitios, animando con su ejemplo a los soldados de menos obligaciones y puestos más bajos. En cuanto a las armas, se insistía en que los enemigos de la monarquía (franceses y holandeses) no usaban otras armas que las picas y mosquetes, por lo que convenía que la mosquetería española se reforzase a imitación del pasado, y más cuando los españoles habían introducido este arma. Por ello se insistía en que se asentasen como mosqueteros a todos los soldados que tuvieran cuerpo para ello, ya que se consideraba que la arcabucería era de muy poco servicio en la guerra, porque sus disparos no llegaban tan lejos como los de los mosquetes. En cada compañía podría bastar que la cuarta parte fuesen armados con picas, los hombres suficientes para formar escuadrón. De hecho, meses después, el Consejo de Estado en Madrid iría más allá determinando que la mitad de los hombres debían ser mosqueteros, y los restantes repartirse entre arcabuceros y piqueros. A nivel interno se aconsejaba que los treinta escudos de ventajas ordinarias de la compañía se distribuyesen entre los piqueros, y en ningún caso a las bocas de fuego, cuestión en la que finalmente Madrid intercedió para que también los arcabuceros pudieran gozarlas.

Esta normativa no perduró por mucho tiempo. La guerra con Francia, el aumento numérico de la caballería –que especialmente en la década 1650 multiplicó sus efectivos– y los cambios tácticos hicieron necesario reforzar la presencia de picas, al mismo tiempo que se retomaba el tradicional y más ligero arcabuz. Progresivamente, entre la infantería se terminaría desechando el uso de todas las protecciones metálicas defensivas, aunque simbólicamente quedaría el sobresuelo del coselete. Desde mediados de siglo, la infantería sirvió armada a partes iguales entre picas, arcabuces y mosquetes. La ordenanza promulgada en Flandes en 1685 por el maestro de campo general don Francisco Antonio de Agurto para unificar voces y movimientos de los tercios estimaba en sus ejemplos que en suposición un tercio tenía 436 hombres para formar escuadrón, de entre los cuales había 144 piqueros, 144 mosqueteros y 148 arcabuceros. Posiblemente en aquellos tiempos esa estimación estaba bastante cercana a la realidad.

Las continuas reformas del contingente español no modificarían demasiado estas premisas, aunque progresivamente se iría reduciendo el número de soldados por compañía para ajustarse a la realidad y ante la tendencia en todos los ejércitos de incrementar el número de oficiales. Cuando en 1691 se reestructura el ejército de Flandes, se establece que los tercios españoles deben quedar reducidos a unidades que mantengan 15 compañías, compuestas cada una de ellas por 6 oficiales (capitán, alférez, sargento, barbero y tambor), 50 soldados (de los que 3 de ellos serían cabos de escuadra) y 5 oficiales reformados (1 capitán, 2 alféreces y 2 sargentos). De los 750 soldados rasos, 275 serían mosqueteros, 275 arcabuceros y 200 coseletes.

EVOLUCIÓN TEÓRICA DE LAS COMPAÑÍAS DE LOS TERCIOS Y SUS SUELDOS

Presupuesto de lo que cuesta una compañía de picas de infantería española en el ejército de Flandes (1602)		Real resolución del 30 de abril de 1633		Pie de una compañía de picas según la reforma del Cardenal Infante (1636)	
Puesto	Sueldo al mes (en escudos)	Puesto	Sueldo al mes (en escudos)	Puesto	Sueldo al mes (en escudos)
Capitán	40	Capitán	40	Capitán	40
Paje	4	Paje	4	Paje	4
Alférez (ventaja)*	12	Alférez	15	Alférez	15
Abanderado**		Abanderado	3	Abanderado	3
Sargento (ventaja)*	5	Sargento	8	Sargento	8
Furrier**		Furrier	3	Furrier	3
Barbero**		Barbero	3	Barbero	3
2 tambores (ventaja)*	3 (x 2)	2 tambores	6 (x 2)	2 tambores	6 (x 2)
Pífono (ventaja)*	3	Pífono	6	Pífono	6
Capellán (ventaja)*	3	Capellán	12	Capellán	12
199 plazas sencillas de soldados	3 (x 199)	239 plazas sencillas de soldados	3 (x 239)	189 plazas sencillas de soldados	3 (x 189)
ventajas de 8 cabos de escuadra (las cobraban además de la plaza de soldado que desempeñaban)	3 (x 8)	ventajas de 10 cabos de escuadra	3 (x 10)	ventajas de 8 cabos de escuadra	3 (x 8)
Ventaja de 60 coseletes	1 (x 60)	Ventaja de 90 coseletes	1 (x 90)	Ventaja de 69 coseletes	1 (x 69)
Ventaja de 30 mosqueteros	3 (x 30)	Ventaja de 60 mosqueteros	3 (x 60)	Ventaja de 120 mosqueteros	3 (x 120)
Ventaja de los arcabuceros de 1 escudo (1/3 del total de la compañía)	66 y 1/3	Ventaja de 89 arcabuceros	1 (x 89)		
50 ventajas ordinarias de 1 escudo	1 (x 30)	30 ventajas ordinarias de 1 escudo	1 (x 30)	30 ventajas ordinarias de 1 escudo	1 (x 30)
		4 ventajas para soldados particulares (de 6 escudos), para soldados que hubieran servido 12 años efectivos, aunque fuera con interpolación, o al menos 8 de manera continua	4 (x 6)	ventajas particulares para reformados, 9 alféreces y sargentos, en total	78
		4 ventajas de a 4 escudos para soldados	4 (x 4)	Entrenimiento de dos capitanes reformados	40 (x 2)
		2 ventajas de alféreces reformados, de 8 escudos	8 (x 2)		
		2 ventajas de sargentos reformados, de a 6 escudos	6 (x 2)		
Total del sueldo teórico de una compañía***	940 y 1/3	Total del sueldo teórico de una compañía	1.310	Total del sueldo teórico de una compañía	1.314

*= sólo se incluía la ventaja sobre el sueldo, por lo que también cobraban 3 escudos por su plaza sencilla.

**= no incluidos en la estimación por cobrar el sueldo básico de 3 escudos y estar incluidos en las plazas sencillas.

***= los tercios tenían 12 compañías, 2 de ellas de arcabuceros. Por ello se calculaba que estas 2 compañías costaban 123 escudos y 1/3 más por la diferencia. Según esta suposición, el tercio tendría aproximadamente 420 mosqueteros, 980 arcabuceros, 600 coseletes y 340 piqueros secos; por lo que el 60 % llevaba armas de fuego.

LAS COMPAÑÍAS DE ARCABUCEROS

Dentro de los tercios había compañías que tenían como particularidad que la mayoría de sus componentes estaban armados con armas de fuego. Scarión escribía en 1598 que un tercio ordinariamente debía tener quince compañías, cada una con doscientos soldados. Dos o tres compañías de estas debían ser de arcabuceros, que en opinión de este y otros tratadistas eran las compañías de más «cuenta» de toda la unidad, ya que sus misiones eran muy importantes, debiendo trabajar sin descanso. Cuando todo el tercio marchaba debían ir en vanguardia y retaguardia para cubrir los puestos más arriesgados, realizar escoltas y tomar puentes, siendo siempre las compañías destacadas para las expediciones, golpes de mano y otras actividades de esa índole. Sus soldados debían ser mozos adelantados, recios, diestros, sufridos y resueltos por los continuos trabajos que se podían suceder de día y de noche, por lo que a todos se les daba un ducado más al mes sobre su paga ordinaria.

Los capitanes de estas compañías eran los mejores y más adelantados de todo el tercio, generalmente los más veteranos, por lo que solían ser tenidos más en cuenta en ausencia del maestre de campo. En la práctica había más compañías de este tipo, y lo que todo capitán deseaba era que su compañía de picas pasara a ser de arcabuceros, algo que era un gran honor. En 1632 este tipo de compañías desaparecen, manteniendo todas la misma organización.

LOS ESPAÑOLES FUERA DE LOS TERCIOS: CASTILLOS Y GUARNICIONES FIJAS DE FLANDES

Aunque no es un tema demasiado conocido, también en Flandes había soldados españoles sirviendo exclusivamente en guarniciones. Una parte lo hacían en las guarniciones fijas de los tres castillos Amberes, Cambray y Gante, es decir, en las ciudadelas construidas en ellos. Estos mantenían como guarnición ordinaria un buen número de plazas que sólo debían ocupar los españoles, aconsejándose que ningún impedido o reformado sirviera en la dotación de estos castillos. En cada una de esas guarniciones había además cuatro capitanes entretenidos, que debían ser personas hábiles para el servicio, ya que podían ser enviados con parte de la guarnición a reforzar alguna otra ciudad más amenazada. En total, incluidos oficiales, artilleros y soldados había entre 1.600 y 1.900 efectivos en estas plazas, que a nivel de pagamentos generalmente cobraban media paga y el pan de munición. Pero incluso también había compañías libres de infantería española no adscritas a ningún tercio, cuyo número varió continuamente. A la altura de 1640 había nueve compañías de gobernadores de ciudades de los Países Bajos (entre ellas Ostende, Newpoort, Liera o Juliers), y otras diez que servían fuera de tercio en distintas guarniciones, fundamentalmente las plazas estratégicas situadas cercanas a la costa.

Además, la guarnición de Nuestra Señora de Dama de Hal estaba formada fundamentalmente por españoles e italianos impedidos o estropeados. A la altura de 1640 servían allí 2 oficiales y 236 soldados, habiendo entre estos últimos 23 alféreces reformados, 10 sargentos reformados, 65 aventajados y otros 14 oficiales entretenidos. Más que una guarnición, era el lugar de retiro tranquilo para los veteranos que no eran capaces de seguir luchando, ya que debemos tener en cuenta que no existían sistemas de pensiones, por lo que los soldados seguían en el Ejército hasta su muerte.

OFICIALES DE PRIMERA PLANA Y OFICIALES MENORES

El *cursus honorum* del soldado de una compañía no era fijo, pero lo ideal era que se fuera ascendiendo desde el cargo de soldado raso hasta el de cabo de escuadra, sargento y alférez, para llegar por último al grado de capitán. Dentro de la primera plana de una compañía se reconocía que había oficiales y oficiales menores. Es decir, por un lado los oficiales que estaban a cargo de la compañía y ejercían su mando y control, y por otro los sirvientes y el personal auxiliar de la compañía, que en la época se les llamaba oficiales menores. También existía otra diferencia importante entre oficiales, ya que no era lo mismo ser oficial en servicio, u oficial vivo, y por tanto con cargo ejecutivo en la compañía; que oficial reformado, y por lo tanto sin cargo en la compañía o cualquier otra figura de mando. Los reformados, si bien tenían el grado, no mandaban sobre oficiales vivos de inferior puesto, sino que servían como simples soldados y recibían a cambio importantes ventajas sobre el sueldo. Así, un capitán o un alférez reformado que servía en una compañía estaba bajo las órdenes del sargento de esta, que era el que imponía disciplina.

Capitán

Era el oficial al mando de la compañía, con amplias atribuciones y potestad sobre sus hombres, ya que ante el rey era el responsable de la actuación de la compañía, en su conjunto, y de la conducta de cada uno de sus soldados. Todo buen soldado esperaba ser capitán algún día, por lo que era un puesto muy codiciado, al significar el mando de una unidad manejable pero con bastante autonomía. Al contrario de lo que ocurría en el siglo XVIII, o incluso hoy en día, cualquier soldado podía convertirse en capitán si lo merecía, aunque al hijo de un simple campesino podía costarle mucho más esfuerzo y años de servicio que al de un caballero perteneciente a la oligarquía urbana de cualquier ciudad castellana. Aunque es difícil realizar los cálculos, a un mismo tiempo no había más de cuatrocientos capitanes profesionales de infantería española en activo en todas las posesiones españolas, aunque el número de reformados fácilmente podría multiplicar esa cifra por cuatro o cinco. Por ello, alcanzar el puesto no era fácil, y no todos lo conseguían.

Conseguir ser capitán daba reputación a un militar y el estatus social de hidalgo, algo nada despreciable, por lo que era mucho lo que se les exigía. Para sus hombres debía ser un ejemplo a seguir, tanto a nivel moral como militar. Como sus funciones a menudo rebasaban la esfera castrense, muchos tratadistas incidían en que debían cumplir unos determinados requisitos morales y religiosos, además de practicar sanas costumbres. Marcos de Isaba insistía en 1594 en que los capitanes debían ser buenos cristianos, prácticos en el oficio militar, inteligentes, de vida honesta y honrosa, celosos del servicio de su rey, ambiciosos de honra, castos y mayores de treinta años, ya que en su opinión la madurez y la experiencia eran muy importantes.

Debía ser un padre para sus hombres, por lo que muchos tratadistas coinciden en apuntar la conveniencia

de que el capitán no se casara y supiera de memoria los nombres de todos los soldados de su compañía para poder llamarlos directamente, algo que sólo se conseguía con frecuentes revistas e inspecciones. El capitán debía también enseñarles lo que debían hacer y cómo debían proceder, premiando a los mejores e intentando encauzar a los descarriados, ya que la mala o buena disciplina de la tropa dependía de las acciones del capitán. Debía mediar entre sus hombres para evitar los desafíos entre ellos, intentando apaciguar las disputas. Su misión era también ejemplarizante, por lo que los capitanes debían ser virtuosos y buenos cristianos. Podía imponer la disciplina directamente y castigar de su propia mano a un soldado, aunque otros eran los que se ocupaban de la captura de los fugitivos o de juzgar las penas más duras e importantes.

Aunque directamente no llevaba los libros de su compañía, debía saber leer y escribir, ya que debía seguir las órdenes de sus superiores, escribir cartas y tratar con los comerciantes locales. Algo que también le podía ayudar a la hora de procurar que su compañía fuera pagada puntualmente y que sus soldados recibieran su paga regularmente. También controlaba el juego practicado por los soldados de manera legal en los cuerpos de guardia en manos del sargento de la compañía. Sólo se toleraba este tipo de juego, pudiendo el capitán mediar en las disputas y determinar el ganador, evitando las desavenencias y que los soldados se jugaran sus propias armas. A cambio, parte de los beneficios de esta actividad se reinvertían en la propia compañía, por lo que el capitán debía ser limpio y no quedarse con estos fondos.

Los capitanes eran tanto compañeros como padres de los soldados, por lo que durante buena parte del

siglo XVI sabemos que usaba sus medios económicos para anticipar dinero a sus hombres o ayudarles a comprar mejores armas. El buen capitán también debía estar interesado por la conservación de los integrantes de su unidad. Era común que según sus medios económicos invitara a comer a su mesa a los soldados menos pudientes de la compañía, para que estos pudieran ahorrar para mejorar su vestuario o su armamento, algo que mejoraba la moral de grupo. Al mismo tiempo no debía aprovecharse de la relación con sus soldados y ocuparlos –como se ordenaba al resto de los oficiales– en servicios personales, o en tareas domésticas, a cambio de posibles ascensos o favores.

Los capitanes debían conocer el manejo de todas las armas, para así poder adiestrar a sus hombres y dirigirlos en combate, siendo aconsejable que tuviera conocimientos tácticos y sobre la guerra de sitio. Como responsable de la compañía, debía disciplinar y supervisar el entrenamiento de sus hombres, enseñando a los bisoños a usar sus armas y el orden a la hora de combatir según los diferentes enemigos de la monarquía. Las ordenanzas también recomendaban la organización de simulacros, escaramuzas fingidas y que los hombres formaran escuadrones habitualmente para estar preparados a la hora de combatir, realizando ejercicios de agilidad para ser lo más diestros posibles y evitar el mal de la ociosidad.

La insignia y el elemento distintivo del capitán era la jineta, que llevaba su paje, de ahí que en ocasiones se le denominase paje de jineta, aunque durante el siglo XVI era más frecuente que se le llamase paje de rodela. El sirviente del capitán era pagado por el Tesoro Militar a cargo del sueldo destinado al capitán. Este era en muchos casos quien portaba la insignia o la rodela hasta que el capitán la necesitaba, por lo que el capitán podía usar otras armas y tenía libertad de movimientos. El paje cobraba cuatro escudos, aunque este estaba asignado al capitán, por lo que no está claro si a veces se quedaba este dinero. Por sus funciones el capitán cobraba cuarenta escudos de sueldo mensual, cantidad nada despreciable al suponer el sueldo mínimo de una decena de soldados.

En combate iban armados según sus funciones, ya fueran capitanes de una compañía de picas o de arcabuceros. En caso de ser de una compañía de picas, se recomendaba durante todo el siglo XVI que llevaran coselete con todas sus piezas, morrión y una rodela, todo a poder ser a prueba de mosquete. Muchos capitanes grababan y decoraban profusamente estas piezas defensivas, algo que les daba distinción entre la tropa y el resto de oficiales, invirtiendo en ello altas sumas de dinero. Dirigiría a sus hombres y lucharía principalmente con la espada, pero también se recomendaba que pudiera coger una pica y se situarse en la primera línea del escuadrón. Los capitanes de arcabuceros, al desempeñar misiones más delicadas y que exigían rapidez, no llevaban tantas protecciones defensivas y generalmente debían luchar con arcabuz, dirigiendo las mangas que protegían los escuadrones. Debían ser valerosos, sin rozar la temeridad, siendo importante que tuviera la suficiente sangre fría como para tomar las decisiones adecuadas y si fuera necesario salvar a sus hombres del desastre.



Detalle de un cuadro de Adam Willaerts que representa una compañía de infantería española acudiendo al socorro de Gibraltar, durante la batalla naval de 1607. Abriendo y cerrando la marcha están las armas de fuego, y en el centro los piqueros con sus coseletes, la bandera y el tambor. Rijksmuseum, Ámsterdam.

Los capitanes eran nombrados por el rey, recibiendo la patente que le designaba como tal, recibiendo además diversas instrucciones sobre su conducta. El consejo de guerra elegía a los capitanes de las nuevas compañías que se reclutaban en España, siendo los propios virreyes, gobernadores o capitanes generales los encargados de cubrir las bajas que surgían en los ejércitos. A ese respecto, algunos tratadistas como Escalante criticaban las elecciones de estos últimos, que se mostraban mucho menos imparciales que los consejos, y que en muchos casos elegían a familiares y allegados para los cargos vacantes sin tener en cuenta los servicios o la calidad. Incluso alguno como Barroso pone el ejemplo de que en Italia un soldado compró la bandera de alférez por doscientos ducados al secretario del virrey, que mediante un decreto estableció el ascenso. Incluso miliares como de la Sala y Abarca criticaron las injerencias de gobernadores y la alta nobleza que pretendían que criados y paisanos suyos fueran favorecidos por capitanes para conseguir el puesto de alférez. Esta clase de métodos –en el que el favor estaba presente– existieron, aunque es difícil conocer su magnitud. Pese a esa posibilidad, el sistema militar español seguía un modelo de regulación de nombramientos regido por unos criterios de calidad, y los nuevos oficiales de los tercios debían ser previamente aprobados por el rey. Los ordenamientos legales estipulaban los requisitos de acceso a ese grado, basados en los años de servicio, los méritos militares destacados y la sangre.

Las ordenanzas militares imponían como requisito mínimo que los capitanes debían haber servido al menos diez años en el ejército como soldados, o tres años como alféreces y otros seis como soldados. Pero podía haber excepciones a la regla, ya que la regulación dejaba la puerta abierta para

que los caballeros de sangre ilustre –con «ánimo, virtud y prudencia», como indicaban las ordenanzas– pudieran ser elegidos con tan sólo cinco o seis años de servicio efectivo, ya que se presuponía en ellos más capacidad. Esas eran las ideas de la época. Incluso se aceptaba el nombramiento a soldados particulares u oficiales que se hubieran señalado en la guerra, destacándose en la defensa de una plaza o en la victoria en una batalla, al ser los primeros en alcanzar la muralla enemiga, etc. Hechos de valor que infundían entre la tropa respeto y admiración, por lo que debían ser premiados. Pero por encima de todo, las ordenanzas insistían en la necesidad de que los soldados de mérito continuaran en el Ejército, ya que ese era el camino más seguro para su aspiración de ser capitanes, por lo que en las elecciones de oficiales se debía tener en cuenta y premiar sólo a los soldados que estuvieran sirviendo en activo.

También había la posibilidad de conseguir el ascenso sin necesidad de los años de servicio expresados en las ordenanzas, a través de un supliniento. Este era un documento que eximía a los poseedores de cumplir con el tiempo de servicio estimado a la hora de desempeñar un cargo dentro del Ejército, ya fuera el de capitán, alférez o cualquier otro. El rey era el único que tenía la facultad de emitirlos. Con ellos se abría la puerta a que sujetos sin experiencia alguna, pero con contactos familiares o dinero, pudieran obtenerlos, regulándose de esta manera el favor real, ya que el rey siempre tenía la última palabra. Si bien su uso se extendió a lo largo del siglo XVII, siempre fueron una minoría los oficiales que llegaban a capitanes gracias a ellos, y solían ser muy pocos los que por esta vía culminaban una amplia carrera militar. Rápidamente las compañías de estos sujetos solían ser suprimidas en favor de los capitanes más veteranos, aunque estos podían volver a sus casas con el título de capitán reformado y los privilegios sociales que conllevaba el cargo.

El capitán nombraba al resto de oficiales de su unidad, prerrogativa que hoy puede sorprendernos, pero que en el pasado era lo habitual y así se practicaba en el resto de ejércitos europeos, aunque a diferencia de estos los españoles tenían sistemas que regulaban las calidades mínimas. Los capitanes debían cumplir dichas regulaciones, tipificándose las infracciones con importantes multas y la privación del mando de su compañía, por lo que sin permiso del rey –por medio de un supliniento– no podía conceder los puestos a personas que no cumplieran los requisitos, especialmente en los puestos jerárquicos importantes de alféreces y sargentos. También las ordenanzas de 1632 intentaban regular la concesión de estos puestos, y en especial el cargo de alférez, por la honra que se podía ganar o perder con las banderas, ya que era un importante inconveniente proveerlas en personas indignas, a pesar de que cumplieran los requisitos. Con ello se criticaba que se convirtiera lo que es reputación en granjería, al dar las banderas o quitarlas por dinero, por mera avaricia de los capitanes. Pero también se daban por ruego, favor o incluso por casar a los alféreces con las «amigas» del capitán. La práctica había elevado notablemente el número de alféreces, que sin haber llegado a entender la profesión, pretendían convertirse en capitanes, y que sin importantes ventajas no querían volver a servir en la infantería, marchándose muchas veces a la corte a pretender nuevos puestos y reclamar lo que no merecían. Por ello, se estableció que aunque se cumplieran los requisitos no se podían asentar como alféreces o sargentos a las personas que no tuvieran la aprobación por escrito de su maestro de campo, medida con la que se pensaba evitar la llegada a dichos puestos de apóstatas, borrachos, ladrones o personas con importantes defectos. Igualmente se prohibía que por amistad los capitanes diesen los puestos a personas ausentes del Ejército, ya estuvieran en España o sirviendo en otros frentes, para evitar así el trasfuguismo y el alto número de licencias que se concedían por ese motivo, sin que finalmente los sujetos desempeñaran el cargo. Lo

ideal para la Corona era que la provisión de estos puestos se realizase por antigüedad, promoviéndose al sargento como alférez, y al cabo de escuadra más antiguo como sargento. Pero cada capitán tenía sus intereses, y fue habitual que algunos nombraran en dichos cargos a hijos, hermanos o allegados, que a veces servían el cargo por poco tiempo. Por ello, en 1632 se introdujo el sistema de que los cargos de alféreces y sargentos debían desempeñarse por un tiempo máximo de tres años antes de ser reformados, y los sujetos que no cumplían este período no gozarían de los sobresueldos de reformados, que en Flandes eran sensiblemente superiores al de otros ejércitos, al ascender a diez escudos para los alféreces y ocho para los sargentos.

Los capitanes también eran los encargados de elegir a los ocho cabos de escuadra de su compañía, que cobraban tres escudos de sobresueldo mensual que sumaban al que también cobraban por el desempeño de su plaza. Incluso también era el encargado de repartir los treinta escudos en ventajas destinadas a cada compañía y otorgadas a los soldados sin que tuvieran que cumplir requisito alguno. Con estas prerrogativas, los capitanes tenían fácil premiar a los mejores soldados, aunque es difícil saber si premiaban a los que más se lo merecían o a sus amigos, o a las personas que les hacían favores, estableciéndose redes clientelares que beneficiaban al capitán, y no tanto al Ejército. Los soldados como máximo podían tener dos escudos de sobresueldo asignados, siendo en la mayoría de los casos los coseletes los que recibían estos sobresueldos.

Durante el siglo XVI, los capitanes tenían un enorme poder sobre los soldados bajo su mando, por lo que era común que los abusos se produjeran. Al estar a cargo de la disciplina, podía humillar o aplicar duros correctivos sobre sus soldados. También decidían quién entraba de guardia, o desempeñaba las obligaciones más desagradables o pesadas, perdonando a sus amigos o favoritos. Quizá se comportaba como el padre que el rey quería que fuera con sus soldados, pero no siempre era un padre cariñoso, y que velaba por todos, sino un severo padre del que muchos soldados decidían alejarse fugándose del Ejército.

El alférez, el abanderado y la bandera

Era el segundo al mando de la compañía y el brazo derecho del capitán. Era un oficial de su confianza —él lo nombraba—, que tenía a su cuidado el símbolo más importante de la compañía, su bandera, que debía proteger y cuidar. Ejercía el mando de la compañía ante las ausencias del capitán, ejerciendo el poder efectivo entre la tropa y el resto de oficiales, aunque no con todas las potestades o con la capacidad de nombrar subalternos o establecer ascensos. Por así decirlo, cuidaba la compañía en ausencia de su capitán, al que sustituía. Era un oficio distinguido, por lo que el puesto era muy estimado por los soldados que pretendían ascender en el escalafón, y especialmente entre la gente de origen noble u honrado.

El capitán era quien elegía a los alféreces, que debían ser aprobados por los maestros de campo de la unidad y cumplir ciertos requisitos. Las ordenanzas militares exigían para obtener el puesto haber servido seis años en el Ejército como soldado, o al menos cuatro de manera ininterrumpida en un frente con una guerra activa. Se recomendaba que antes hubiera sido cabo de escuadra y sargento, pero el criterio no era fijo, y pocas veces se cumplía, aunque sí que solía ser un paso previo al de capitán. Más que experiencia, muchos tratadistas afirmaban que lo que el alférez necesitaba era

gallardía y porte, al ejercer un puesto muy simbólico.

En combate debía llevar la bandera, por lo que muchos tratadistas afirmaban que al tener en sus manos un objeto tanpreciado debía ir muy bien protegido, y vestir un coselete con todas sus piezas, al estar siempre muy expuesto. No siempre las compañías llevaban las banderas en combate, por lo que cuando no la tenía en sus manos llevaban un venablo, que si bien podía ser un arma vistosa, en combate o cuando luchaba en la primera fila del escuadrón de picas, se recomendaba que lo hiciese con una pica, arma de mayor provecho.

Parte de sus funciones era supervisar algunas tareas realizadas por sargentos y cabos de escuadra, o cuidar el cuerpo de guardia, por lo que sus atribuciones eran más limitadas y estaban alejadas de la disciplina, por lo que para muchos estaba en mejor posición para intentar dirimir disputas y problemas entre los soldados y el resto de los oficiales.

La compañía solía disponer de un abanderado, que era el que portaba la bandera en las rutinas diarias, durante las marchas o en las ocasiones que el alférez no lo hacía en persona o realizaba otras tareas. Era considerado un criado suyo, y por lo tanto era elegido por él. Cobraba lo mismo que un soldado, tres escudos al mes. Hasta mediados del siglo XVII se les pagaba a través del alférez, algo que ocasionaba fraudes e irregularidades, ya que en muchos casos los alféreces elegían para el puesto a mozos muy jóvenes que les servían como criados y a los que apenas pagaban. En cambio, el alférez recibía tres escudos como soldado y doce escudos de ventaja por su oficio. Cuando eran reformados, y si cumplían el requisito de haber servido al menos tres años el cargo, en Flandes recibían diez escudos de ventaja, además de lo propio por su plaza como soldado, por lo que no perdían demasiado poder adquisitivo.

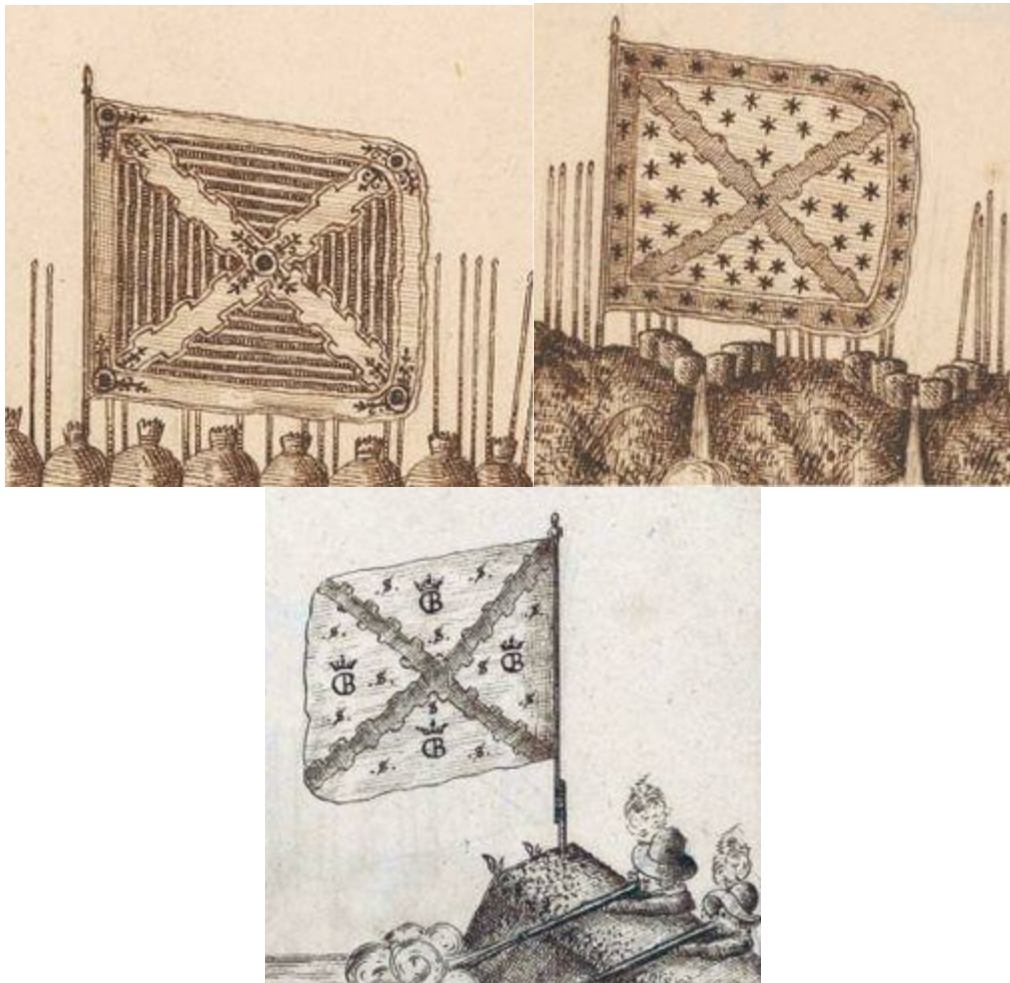
Las ordenanzas de 1632 intentaron regular la figura del abanderado. Al ser la bandera la principal insignia de los Ejércitos, por lo que cuando los abanderados la portaban en las marchas, o cuando los alféreces iban a caballo, estos debían realizar sus funciones con gran decoro. Por ello era importante que fueran personas de buenos hábitos, de más porte que la media, y que llevaran buenas espadas. Pero con el tiempo, ya a finales del siglo XVII, la figura del abanderado terminaría suprimiéndose. En esos momentos ya no tenía sentido, y el número de banderas en combate se redujo ante las reducidas dimensiones de las compañías, que a nivel teórico no pasaban de las cincuenta plazas y que de manera efectiva tenían menos hombres. No tenía lógica emplear a tantos hombres a su cuidado y tentar a la suerte con su pérdida en manos enemigas.

Bernardino de Escalante afirmaba por error que el significado de la palabra alférez venía del vocablo procedente del latín *aquilífero*, con el que se designaba al portador de enseña de las legiones romanas, el águila. Pero eso no es así, ya que es una palabra de origen medieval proveniente del árabe *al-fāris*, que traducido sería ‘el caballero’ o ‘el jinete’. En la España medieval era el portador del pendón real y en ausencia del rey dirigía sus huestes. El presunto origen romano da a varios tratadistas, como Brancacho, la idea de que fuera el alférez quien llevara en batalla los ahorros del resto de los soldados, por ser el hombre mejor protegido de la compañía y el que mejor se podía identificar en combate. Pese a esta teoría, esto no fue así, en parte porque con las exiguas pagas poco tendrían que proteger los alféreces.

La bandera era un objeto muy simbólico, que cuando estaba desplegada encarnaba la persona del rey, por lo que perderla en batalla significaba una enorme vergüenza y la degradación automática del alférez, que antes que permitir su captura debía entregar su vida para defenderla. En la época las victorias, más que por el número de muertos –algo demasiado estimativo y a veces irreal–, se

contabilizaban por las banderas ganadas al enemigo, que eran conservadas y expuestas como trofeos. De hecho, la mayor parte de las banderas que se conservan aún fueron trofeos ganados, por lo que la mayor colección de banderas españolas de la época está en los museos franceses. Para algunos tratadistas como Escalante, la bandera era el fundamento de la compañía, y en su conservación residía toda la honra y reputación de esta y de sus soldados. Por ello el alférez no sólo debía guardar la bandera, sino estar dispuesto a defenderla con su vida, algo que hicieron muchos. Por ello el alférez era visualmente el representante de la fiereza de sus hombres, y sostenía la bandera con la mano izquierda en combate y la espada en la derecha para defenderla.

La bandera era propiedad del capitán, por lo que este era su poseedor y suponemos que cambiaba según el mando, no habiendo una bandera propia de cada tercio. Las dimensiones de las banderas de las compañías eran variables, y solían oscilar entorno a las dos varas de ancho y algo menos de largo, y su asta no era demasiado larga, ya que debía ser muy manejable a la hora de ser custodiada en los cuerpos de guardia o ser colocada en ventanas y balcones. Solían ser confeccionadas de tafetán de cierta calidad, y podían estar profusamente bordadas y decoradas. El patrón esencial de todas era la cruz o aspa de san Andrés, que era modificada según el gusto del capitán, incluyendo colores o motivos propios, símbolos o escudos familiares, o incluso cuando las compañías se levantaban a cargo de ciudades o provincias los escudos o símbolos de estas.



Muestra de tres banderas sacadas de distintos dibujos del libro manuscrito *Arquitectura y máquinas militares*. Como podemos apreciar, son banderas españolas, que siguen el patrón esencial, aunque cambian colores y motivos a gusto del capitán que en su momento las confeccionó. Biblioteca Nacional, Madrid.

El sargento

En la época era considerado un oficial de primera plana, ya que todavía no había surgido en el Ejército español la figura y el significado de suboficial. Era el tercero en la cadena de mando, y en ausencia de sus superiores ejercía el mando de la unidad. De hecho se esperaba que los sargentos sustituyeran a los alféreces cuando estos pasaban a otros puestos, pero lo cierto es que no siempre fue así, y muchas de las carreras que conocemos indican que se llegaba al cargo con muchos años de servicio, y que fueron pocos los sargentos que alcanzaron puestos superiores al de capitanes. El cargo era designado por el capitán, y aprobado por los mandos del tercio y el rey. La experiencia era el requisito fundamental, y las ordenanzas establecían que los candidatos debían tener los mismos años de servicio previos que los alféreces, aunque conocemos casos en los que los sargentos desempeñaban el cargo tras casi veinte años de servicio. Pero otra diferencia que advertimos en la documentación es que entre los sargentos es mucho menos habitual la presencia de personas que anteponían a su nombre la palabra «don», algo bastante habitual entre los alféreces y capitanes. En cierta manera, esto podría significar una mayor presencia de gente del pueblo llano en dicho cargo, que no era tan bien considerado por los de origen noble que pretendían ascender de manera rápida en el escalafón.

Si atendemos a los diferentes tratadistas que nos hablan de la figura del sargento y sus funciones, nos damos cuenta de que era la pieza fundamental de la compañía, el verdadero cemento aglutinador de todas las piezas por separado. Algunos como Brancacho dicen del cargo que es uno de los más necesarios que hay en la guerra, ya que de ordinario debía atender a tres cuestiones esenciales: disciplinar a los soldados, ejecutar las órdenes y administrar el gobierno de la compañía. Es decir, que salvo dar las órdenes se solía encargar de casi todo. Eguiluz decía que era el cargo «más necesario, trabajoso y vigilante de una compañía de infantería, y de quien pende todo el cuidado de ella». Por todo ello, para muchos debía ser de buen cuerpo e ingenio, ágil y diligente, debía saber leer y escribir, y por encima de todo se recomendaba que sus servicios hubieran sido largos, siendo los más idóneos los veteranos que habían ascendido desde el puesto de cabo de escuadra. Era lógico que para algunos tratadistas como Barroso lo que nunca se podía permitir era que los sargentos fueran inexpertos, porque con la ayuda de un buen sargento la compañía podía sobrevivir a capitanes y alféreces poco preparados, algo que no podría suceder si no tenían un sargento adecuado. De hecho, la monarquía parece que era de la misma opinión, ya que en pocas ocasiones el rey concedía suplimientos para sargentos que no hubieran servido el tiempo exigido por las ordenanzas, por lo que ese puesto solía estar exento de cualquier compra o favor, ante su importancia, su perfil de trabajo y su reducido sueldo. El sargento cobraba tres escudos por su plaza de soldado y otros cinco de ventaja por el desempeño de su puesto. Cuando eran reformados en Flandes, cobraban ocho escudos de ventaja, un premio sensiblemente mayor que cuando servían con el puesto vivo, un signo evidente de la importancia de esta figura, ya que bajo ningún concepto se quería perder los servicios de un sargento reformado, por lo que se prefería premiarle con esos sueldos en compensación por no alcanzar el ascenso a alférez que seguramente desearía.

No estaba en su mano resolver ningún asunto, o dar órdenes, sino acatar las de sus superiores, aunque su carga de trabajo era muy amplia. Los sargentos debían conocer y manejar todas las armas para poder instruir a los soldados en su manejo, y desempeñar una de las funciones más básicas a su

cargo. Incluso debía fomentar y controlar que todos tuvieran las armas adecuadas y en estado óptimo para combatir, además de las municiones necesarias. Por ello debían tener listas de todos los soldados de la compañía repartidos por escuadras, conocerlos de vista y nombre y saber con qué armas servían. Con ayuda del furrier se encargaba de repartir los pertrechos y municiones entre la tropa, organizar su alojamiento y evitar los desmanes si se alojaban entre la población civil, organizar las guardias y rondas. También ordenaba la compañía en las marchas, distribuyendo a los hombres en sus posiciones estipuladas para evitar desórdenes y problemas de precedencia. Una misión que también realizaba cuando se formaba el escuadrón, ya que a instancias del sargento mayor colocaba a los hombres de su compañía, e incluso los dirigía si se le ordenaba, aunque lo habitual es verle representado en los cuadros de la época a los márgenes y detrás de los batallones y escuadrones, ya que su misión no era tanto combatir como cuidar la disciplina y el orden.

Se recomendaba que fueran hombres alejados de las pasiones, y preferentemente solteros, para poder atender mejor a sus hombres. Debían conocer bien a los soldados, y sus defectos, como el juego, el alcohol o la mala vida, para así poder poner freno a sus instintos, además de ser caritativos con los soldados enfermos.

En combate no debían llevar elementos defensivos demasiado pesados, ya que era esencial que fueran rápidos y ágiles, por lo que debían vestir a la ligera y evitar llevar coraza, aunque sí era habitual que llevaran al menos colete de ante. Aunque en algunos ordenamientos legales se habla de que su insignia era también la jineta, muchos tratadistas y representaciones pictóricas nos representan a los sargentos armados con alabarda, arma que muchos tratadistas también recomendaban. Los sargentos no vestían de manera especial, por lo que sostener esa insignia en las manos les daba la visibilidad necesaria y de esa manera eran reconocidos por los soldados y el resto de los oficiales.

Para el mantenimiento de la disciplina era importante que los sargentos fueran reconocibles mediante sus insignias, en concreto por sus alabardas. Un caso muy conocido y curioso es el que cuenta Bernardino de Mendoza en sus *Comentarios*, cuando en los primeros momentos de la guerra de los Ochenta Años un soldado aventajado no atendió como debía a las instrucciones de un sargento, al que decía no conocer por haber recibido el cargo recientemente, aunque llevaba en sus manos una alabarda y no llevaba coselete. Tras no atender a las órdenes, metió mano a la espada para acuchillarle, ya que le parecía una afrenta. El aventajado fue arrestado, y tras un juicio sumario fue ajusticiado, poniendo su cuerpo en un carro con un cartel que advertía al resto de la tropa que había muerto por no obedecer a sus oficiales. La obediencia y la disciplina eran importantes, y en los primeros tiempos de la presencia española en Flandes –y muy especialmente en tiempos del duque de Alba– esta clase de causas sumarias y ejecuciones fueron una tónica habitual para mantener la disciplina y evitar los abusos de la tropa.

Cabo de escuadra

En una compañía había un cabo de escuadra por cada veinticinco hombres, al que en Italia generalmente llamaban caporal. Dependiendo del tamaño de la compañía, en teoría esta podía tener entre ocho y diez, aunque generalmente eran muchos menos. El capitán era quien designaba a todos los cabos de escuadra, a los que el rey no exigía requisito alguno para ejercer el puesto, y por el que

cobran tres escudos de sobresueldo, además de la plaza que desempeñaban como soldados. En teoría debía ser un veterano conocedor de su oficio, con natural disposición y práctica, además de ser más despierto que los demás. Algunos tratadistas indicaban que los cabos debían tener al menos cinco años de experiencia militar, aunque eso es algo difícil de comprobar. Estaba claro que en las nuevas compañías reclutadas en España no siempre era posible encontrar a personas de este tipo, así que quedaba al arbitrio del capitán elegir a los candidatos idóneos por cuestiones que trascenderían el ámbito militar.

Entre la infantería española era un cargo más antiguo incluso que el de sargento. Aunque ejercían misiones de control, cuidado e instrucción de los hombres que tenían a su cargo, no eran considerados oficiales. El motivo es que no tenía autoridad sobre la tropa, ni les imponían castigos, función que debía desempeñar el sargento, cargo al que estaba íntimamente supeditado y al que ayudaban a mantener la disciplina. De hecho se recomendaba que el cabo de escuadra más veterano fuera nombrado como el siguiente sargento de la compañía, ya que ejercer el puesto daba mucha experiencia, pero si bien muchos sargentos pasaban previamente por este puesto, no todos los que llegaban a cargos más importantes lo hacían.

En teoría debía saber leer y escribir para tener asentados a todos los soldados de su escuadra y conocerlos de vista y de nombre, controlar el estado de sus armas y avisarlos y distribuirlos cuando les tocaba su guardia. Su función principal era atender a su escuadra y reclamar todo lo que necesitaban sus hombres, cuidar a los enfermos, distribuir equipos, municiones o bagajes. Si el capitán debía actuar como un padre con sus hombres, el cabo era una especie de hermano mayor que principalmente debía atender a los bisoños.

No tenían una indumentaria especial, ni ninguna insignia que les hiciera reconocibles, ya que vestían y estaban armados como el resto de soldados, aunque se les podría diferenciar de estos porque generalmente eran los primeros a la hora de formar y desfilar. Desconocemos cómo se formaban las escuadras, o si estas serían agrupadas exclusivamente por el armamento, algo que no parece probable. De las pocas referencias que tenemos sobre compañías que nos expresan pormenorizadamente los puestos de sus componentes sabemos que la mayoría de los cabos estaban armados con arcabuces, aunque en algún caso eran coseletes. Esta concentración de cabos en las armas de fuego nos hace pensar en que quizá en estos puestos eran más necesarios, ayudando a dirigir las mangas y formaciones itinerantes de armas de fuego, en donde el orden era esencial. Dentro del escuadrón principal de picas eran menos útiles, ante la gran proporción que había de reformados y aventajados entre los coseletes, formaciones por otro lado menos móviles y que necesitarían menos atenciones por parte de los oficiales.

Los oficiales menores de la compañía: furriel, barbero, capellán y músicos

El furriel era un oficial de intendencia que se encargaba fundamentalmente de funciones administrativas y del alojamiento de la compañía, siguiendo las instrucciones de su superior jerárquico, el furriel mayor. En muchas ocasiones las compañías se movían de manera independiente, por lo que el furriel tenía bastante autonomía, aunque siempre estaba a las órdenes de su capitán y el resto de sus oficiales. Su misión era bastante importante, ya que debía allanar el camino a su

compañía a la hora de alojarse y abastecerse. En los desplazamientos viajaba unas horas por delante de la tropa, o incluso con un día de ventaja, estableciendo las paradas y acordando los lugares de pernoctación de la tropa, ya que no existían los cuarteles. La tarea era bastante difícil, ya que debía pactar con los pueblos la distribución de los oficiales y soldados entre todas las casas particulares disponibles, quedando exceptuados los habitantes pertenecientes a la nobleza y el clero. Solía llevar consigo las órdenes del rey y documentación que lo identificaba, para evitar problemas con la población local, que solía ser remisa a colaborar. Debía por tanto ser justo y limpio, para evitar ser comprado por las autoridades de un pueblo para que pasara de largo, algo que fue bastante habitual, ya que las poblaciones evitaban por todos los medios que en ellas se alojaran tropas, aunque fuera durante una sola noche. En Flandes los furrieles no eran muy bien recibidos en los pueblos, e incluso alguno de ellos ocasionó problemas graves y disturbios entre las tropas y la población civil.

Debía saber leer, escribir y aritmética, y se recomendaba encarecidamente que fuera un hombre honrado, ya que otra de sus funciones era recibir los abastecimientos que proporcionaba el rey a la compañía, y que posteriormente se repartían a la tropa, como armas, municiones o vestuario, tomando nota de todo ello. En caso de que el rey distribuyera raciones o pan, también atendía a su reparto, y en caso de que se necesitara, compraba el material entre los comerciantes locales. También debía ayudar a organizar el bagaje de la tropa, ya que las compañías no tenían asignados carros, mulas o transportes específicos para llevar su equipo e impedimenta durante los viajes. Fuera de la campaña militar el bagaje se llevaba mediante la colaboración de la población local, que ya fuera de manera gratuita –como si se tratara de un impuesto más– debía llevar la impedimenta de los soldados en sus carros y mulas durante una jornada, como ocurría en Castilla. En otros casos se optaba por contratar a profesionales, o incluso se requisaban carros.

Las compañías tenían en nómina una persona que se encargaba de la buena salud de los soldados, un barbero que era nombrado por el capitán. En principio debería ser un cirujano militar que atendiera a los heridos en combate antes de que los oficiales médicos del tercio o del ejército pudieran atenderlos, pero no parece que realmente fuera así. De hecho la mayor parte de los tratadistas hacen referencia en sus escritos a que deberían ser personas preparadas, lo que nos hace pensar que sus capacidades eran muy limitadas. Más que médicos eran como mucho unos enfermeros de la época con conocimientos muy rudimentarios, que en muchos casos no pasaban de purgas y sangrías, además de reconocimientos rutinarios a los soldados para asegurarse que no tuvieran enfermedades infecciosas y las propagaran. Además desempeñaban otra función que les daba nombre, la de aseo y cortar el pelo y la barba de los hombres de su compañía. Su sueldo ascendía a tres escudos, lo mismo que el soldado más humilde de la compañía, por lo que queda claro que su preparación no sería la adecuada ante el poco atractivo del sueldo. De hecho, con el tiempo veremos cómo se va reduciendo su número, siendo normal que durante el siglo XVII sólo unas pocas compañías de cada tercio tuvieran barbero.

El capellán de la compañía debía cuidar de lo que en aquellos tiempos era aún más importante que la buena salud física: la salud moral y religiosa de la tropa. Quizá en la época muchos heridos no serían atendidos con la rapidez necesaria o con los cuidados adecuados, pero parece que las extremas unciones –algo que un hombre del antiguo régimen exigiría antes que atención médica–, no faltarían. El capellán debía administrar los sacramentos entre los hombres y cuidar de sus almas y su comportamiento. Debían ser buenos hombres, por lo que en ocasiones su calidad se puso en tela de juicio. Al principio cobraban lo mismo que un soldado, algo que parecía insuficiente para atraer a

sujetos de buena calidad, por lo que con el tiempo se optó por elevar su sueldo y poder atraer así a personas con mayor preparación y calidad moral. Aun así no siempre eran tan honrados como se esperaba de ellos, e intentaban cobrar por sus servicios cantidades abusivas.



Grabados holandeses que representan el vestuario de oficiales, soldados, sargento, pífano, tambor y abanderado, además de a una dama española, en Flandes hacia 1580. Se pueden advertir distintos tipos de indumentaria y colores, no habiendo ninguna uniformidad. Rijksmuseum, Ámsterdam.

En teoría las compañías también tenían dos tambores y un pífano, aunque su número se fue reduciendo con el tiempo, al mismo ritmo que se reducía el número de efectivos de la compañía, por lo que con el tiempo sólo se mantuvo la plaza de un solo tambor. El pífano era un instrumento de viento de pequeñas dimensiones. Una especie de flauta travesera que tenía un sonido muy agudo. Un instrumento que comenzó a utilizarse por la infantería suiza en el siglo XVI, y que con el tiempo el resto de las naciones lo introdujo en sus ejércitos al solaparse muy bien su música con el batir del tambor. La música servía para ordenar, levantar la moral e incluso distinguir a un bando de otro. Los tambores se usaban para indicar los principales movimientos a las tropas, las órdenes, el ritmo de estas y otros elementos importantes, cuestiones que en ocasiones era más difícil hacer a gritos. Además, la música militar solía ser otro elemento distintivo más a la hora de identificar una unidad

como enemiga o amiga, cuestión nada desdeñable en el fragor cegador de una batalla. Entre la infantería española se admitía que los músicos fueran de otras nacionalidades, e incluso más jóvenes que los soldados, estando a cargo de los alféreces que debían cuidar de ellos.

Reformados, aventajados, entretenidos y aventureros

La originalidad y profesionalidad del sistema militar español generaba muchos oficiales experimentados, que con el tiempo perdían sus puestos. Para acceder a la oficialidad realmente sólo había un requisito básico, servir durante años en el Ejército, por lo que todos los soldados aspiraban algún día ser oficiales. Anualmente se generaban muchas nuevas compañías que en poco tiempo eran suprimidas, dejando sin puesto efectivo a sus oficiales. Algunas porque nunca habían llegado a tener bajo sus filas al número suficiente de reclutas, otras porque sus hombres pasaban a reforzar a unidades veteranas. A esta masa de oficiales había que unirle la que generaban las propias compañías, ya que muchos oficiales intermedios como alféreces y sargentos sólo servían por un tiempo limitado de tres años, por lo que había muchos que se quedaban pronto sin sus puestos efectivos, no produciendo los ascensos a capitanes tanta movilidad.

Esta cuestión era difícil de solucionar, ya que la monarquía no podía permitirse que oficiales experimentados abandonaran el Ejército, por lo que optó por crear la figura de los reformados, algo bastante novedoso para la época y que incluso llegó a ser imitado por otras naciones. Los reformados daban experiencia a una unidad, e incluso honor, ya que era fácil distinguir a las unidades más antiguas y veteranas por el número de reformados que contaba entre sus filas, ya que estos siempre preferían estar en ellas. Era costumbre que estos solían combatir como piqueros coseletes en la primera línea de la formación de picas, posición en la que encontraban lucimiento y honor, además de que así demostraban ser valederos de mejores puestos y ascensos a vista de sus mandos, ofreciendo a la formación una mayor cohesión. Los generales confiaban mucho en esta clase de hombres, por lo que a menudo los enviaban a los puestos más arriesgados, o a plazas que iban a sufrir un asedio para mejorar su capacidad defensiva.

Especialmente durante el siglo XVI también prestaron servicio en los tercios algunos soldados *particulares*, fundamentalmente nobles –ya fueran hidalgos bien posicionados, caballeros o incluso hijos de títulos–, que generalmente recibían una ventaja sobre su sueldo, y que servían para ganar reputación y destacarse, aspirando a mejores puestos. Los *entretendidos* eran una especie de élite entre estos, ya que dichos puestos eran más limitados y estaban generalmente adscritos al general en jefe o a puestos similares, siendo personas de confianza del mando en cuestión. Estos solían ser personas de sangre ilustre y de buena familia y que comenzaban sus carreras de esa manera, o militares veteranos que por sus conocimientos se habían ganado el puesto, sirviendo todos muy cerca de la cúspide militar, ejerciendo funciones variadas y de enlace. Incluso en algunos momentos puntuales, algunos militares o nobles servían como *aventureros*, generalmente para campañas concretas, no estando adscritos a unidades o vinculados al Ejército, por lo que generalmente se podían marchar a sus casas al acabar la campaña.

Los tercios en combate: el armamento

LA EVOLUCIÓN DEL ARMAMENTO EN LA EDAD MODERNA: LAS ARMAS BLANCAS FRENTE A LAS DE FUEGO

Desde los siglos XIV y XV se fueron fraguando distintos cambios que provocarían una revolución táctica que conllevaría enormes transformaciones en el arte de la guerra. Durante la Edad Media, la caballería pesada era sin duda la reina de los campos de batalla, ya que sus cargas parecían imparables, estando la infantería prácticamente a su merced. La guerra de los Cien Años, y otras contiendas, demostrarían que la caballería podía ser vencida por la infantería, tanto de cerca como a distancia.

En Crecy, Poitiers o Azincourt, la flor de los caballeros franceses es derrotada por los arcos largos ingleses. Los ingleses sustituyen las cargas frontales de caballería, típicamente medievales, por una nueva baza que les dará la victoria en numerosas batallas, aunque no les ayudará a ganar la guerra. Esta será el uso masivo de los proyectiles contra las masas de caballería e infantería. Una lluvia de flechas lanzadas con enorme rapidez por plebeyos contra unos métodos en los que predominaba la lucha cuerpo a cuerpo, y en la que sobresalían los mejor equipados: los nobles.

Pero la caballería no sólo era vencida por los proyectiles. Cuando en la batalla de Morat (1476) el último gran señor feudal francés, Carlos el Temerario, duque de Borgoña, estrella a sus caballeros cubiertos de hierro contra una falange de piqueros Suizos –plebeyos convertidos en soldados de oficio–, moría una época. La caballería perdió su sitio en la batalla. Las enseñanzas suizas no cayeron en el olvido, y durante las décadas siguientes los ejércitos europeos fueron introduciendo el uso de la pica en formaciones compactas. Introducción que no sólo era fácil y barata, sino que permitía aumentar el número de hombres de los ejércitos ante el reducido coste y la facilidad de aprender a usar una pica. La pica entra en auge junto con los proyectiles, ya que los famosos cuadros de piqueros ganaban las batallas contra infantería y caballería al retomar la táctica empleada por las falanges macedónicas. La masa hacía su fuerza, que era tanto defensiva como ofensiva, aunque algo lenta y estática, siendo los escuadrones de piqueros sólo vulnerables a las armas de fuego o los proyectiles. El modelo militar español importó novedades de conjunto, ya que los suizos luchaban en formaciones compactas y lineales, verdaderas amalgamas de hombres que aunque juntos luchaban prácticamente de manera individual. Los lansquenets alemanes introdujeron los escuadrones, evolucionando la técnica y la táctica, mientras que los españoles llevaron el sistema más allá introduciendo e integrando a las armas de fuego en el conjunto, algo que muy pronto fue imitado por las demás naciones.



Grabado de Frans Hogenberg de 1569 que representa a un cuadro de piqueros y arcabuceros defendiéndose de caballería e infantería. La conjunción de ambos se complementaba y hacía que los cuadros de infantería pudieran defenderse con mucho éxito, a pesar de las condiciones. Rijksmuseum, Ámsterdam.

La pica se convirtió en el arma más común de los soldados del siglo XVI, hasta que las armas de fuego portátiles fueron ganando progresivamente la partida al evolucionar y perfeccionarse. La mayoría de los soldados europeos de la primera mitad del siglo XVI tenían la pica como su arma principal. En esta época las compañías de infantería españolas tenían a una tercera parte de sus hombres armados con arcabuces y el resto con picas, tendencia que fue evolucionando progresivamente. Durante el reinado de Felipe II, la proporción entre picas y armas de fuego continuaría cambiando a favor de las armas de fuego, y a la altura de 1594 una carta escrita por el rey a don Juan de Acuña Vela, capitán general de la Artillería, indicaba que las nuevas compañías que se reclutaban en Castilla para Italia debían contar con 125 picas, 100 arcabuces y 25 mosquetes. Las ordenanzas de 1598 volverían sobre el tema determinando que una compañía de 250 soldados debía tener 130 piqueros, 100 arcabuceros y 20 mosqueteros. A inicios del siglo XVII la proporción de picas continuó bajando hasta incluso menos del 45 % de los soldados de una compañía ordinaria.

Las nuevas ordenanzas de 1632 volverían a modificar la proporción de piqueros por compañía, a 70 de 200 soldados efectivos —sólo un 35 %—, haciendo evidente la progresiva importancia que iba cobrando el arma de fuego. A pesar de ello, durante el resto del siglo XVII el número de piqueros sólo llegaría a descender levemente debido el avance táctico y numérico de la caballería —fundamentalmente a partir de la década de 1640—, lo que contribuirá a que no se abandone la pica del todo. Esta seguía siendo el arma esencial para mantener a un escuadrón de infantería a salvo de la caballería enemiga. Sin la pica, las armas de fuego quedaban expuestas a ser arrolladas por cualquier carga. Durante la segunda mitad del siglo XVII el armamento de las compañías estuvo regulado a partes iguales entre arcabuces, mosquetes y picas. Los nuevos reglamentos acaecidos con la llegada de los Borbones hicieron que en 1703 la pica dejara de ser un arma reglamentaria dentro de la infantería española. La irrupción del fusil y la bayoneta la habían dejado obsoleta haciendo que rápidamente desapareciera de los campos de batalla, ya que tácticamente había dejado de tener sentido. Algunos países del este de Europa o Suecia la abandonaron décadas después, ante su fiabilidad en climas rigurosos y su bajo coste, pero en España y la Europa occidental la transición

sería bastante rápida.

Aunque las armas principales de la infantería serán la pica y el arma de fuego, todos los soldados llevaban una espada, y generalmente un puñal u otra arma cortante de dimensiones más reducidas. La espada tenía una clara simbología para la época, ya que quien la portaba estaba cerca de ser un caballero, aunque sus orígenes fueran oscuros o humildes, ante el ennoblecimiento que podía suponer la milicia. La espada era polivalente, aunque a esas alturas debemos considerarla más un elemento defensivo, y de defensa personal, que de ataque, ya que en batalla sólo se llegaba a las espadas en contadas excepciones, aunque estas eran útiles en asaltos y combates a menor escala, o en lugares cerrados. Quizá pueda ser algo exagerado, pero entre la infantería es posible que durante el siglo XVII hubiera más muertos y heridos de espada en los duelos que en combate, si bien la caballería tenía la espada como una de sus armas principales.

Las espadas que llevaban los españoles en Flandes solían ser de bastante calidad dada la fama de las armerías y ferrerías españolas. Durante el siglo XVI, sus dimensiones eran mayores, aunque no convenía que estas excedieran de los 4 palmos y medio (94 cm), ya que impedían a los soldados poder desenvainarlas desde la cintura, al estar colgadas del hombro por un tahalí, pero sabemos que también había espadas más largas de duelo, que por sus dimensiones beneficiaban a su poseedor en la liza. En los primeros momentos las guarniciones que cubrían la empuñadura eran de lazo, para tener posteriormente cazoletas que cubrían mejor las manos. Durante el siglo XVII, las espadas perdieron importancia, por su peso y por impedir la movilidad en trincheras y otros elementos estrechos, por lo que a finales de siglo se recomendaba que fueran más anchas y de 3 palmos y medio (73 cm). La introducción de la bayoneta a finales del siglo XVII, y fundamentalmente durante el siglo XVIII, hará que la espada desaparezca de la indumentaria básica del soldado, aunque se mantendrá entre los oficiales y la caballería.

Los piqueros

La pica era un asta de madera de gran longitud, preferentemente de fresno, que en su punta tenía un hierro reforzado, su argolla y tachuelas. En la época algunos denominaban la punta de la pica como espiga, teniendo en su base un recatón o protección de metal que la protegía y a la vez ejercía como contrapeso. La longitud de la pica solía variar. Según algunos documentos técnicos de las propias armerías vascas, la pica larga debía medir 26 palmos castellanos (unos 5,42 m), aunque algunos teóricos defendían que incluso debía llegar a los 27 palmos, teniendo un grosor de unos 3,5 cm. Las picas ordinarias debían medir entre 24 y 25 palmos, y todas las que no llegaban a esa altura se las consideraba de poco provecho, ya que no cumplían la máxima de ofender sin poder ser ofendido, además de que si no llegaban a esa largura, la cuarta línea de piqueros no sería capaz de unirse a las anteriores en el combate y ofrecer un frente común.

Se necesitaban soldados muy robustos para soportar el peso del armamento defensivo y a la vez sostener y marchar con una pica, que dependiendo de su grosor, altura, hierros empleados o sus refuerzos, podía pesar entre 3 y 4 kilos. La discusión continua sobre el tamaño ideal de una pica no dejaba de ocultar la realidad de que muchos soldados terminaban acortando la longitud de su arma para que así fuera más fácil de manejar, más ligera y menos engorrosa a la hora de marchar, algo

criticado por tratadistas contemporáneos como Eguiluz. A finales del siglo XVII ya se consideraba suficiente que las picas pudieran tener entre 18 y 20 palmos, ya que así eran más manejables. De hecho, aunque las picas debían tener la misma longitud, se estimaba que las más cortas debían estar en las primeras filas y las más largas en las siguientes, para que al menos las tres primeras filas de piqueros mantuvieran las puntas de sus picas a la misma distancia y ofrecer una mayor protección. Había una versión de la pica más corta denominada chuzo. Su versión larga técnicamente tenía entre 17 y 18 palmos, y la corta entre 11 y 12. Esta variante corta de la pica, por ser más manejable, se solía usar en los cuerpos de guardia y las rondas, o se daba a los nuevos reclutas, pero en principio no se debía usar en formaciones de combate.

Los piqueros luchaban en filas muy apretadas, formando un cuadrado con las armas apuntando hacia afuera como si fuera un gigantesco erizo. Mientras los piqueros mantenían su posición y cohesión, pocos jinetes se atrevían a cargar, ante la enorme ventaja de la infantería. Cuando los piqueros formaban en escuadrón para combatir (como describía Sancho Londoño) debían estar tan juntos que no pudiera pasar entre ellos ningún hombre, teniendo el pie izquierdo adelantado y llevando la pica lo más cercana al pecho, por encima del estómago. Con la mano izquierda estirada se cogía la parte delantera del arma hasta el codo de esa mano, que debía estar apoyado en el cuerpo, mientras que la pica pasaba por debajo de la axila y el piquero la cogía con fuerza con la mano derecha retrasada lo más posible del cuerpo para ejercer de contrapeso. En combate cerrado los piqueros movían sus pies y manos para que el vaivén de su cuerpo ejerciera de impulso. Contra la infantería, los piqueros avanzaba con el arma apuntando hacia adelante, listos para hundirla en la cara del enemigo, ya que era la parte más indefensa. Contra la caballería, la posición cambiaba, ya que debían apoyar la parte inferior del asta contra el talón de la pierna izquierda y apuntar al pecho del caballo.

La pica era considerada en el siglo XVI la reina de las armas por tratadistas como Londoño o Scarión. De hecho por un tiempo eso fue así, y la pica no perdió consideración ni importancia hasta bien entrado el siglo XVII. Ciertamente era un arma bastante versátil, especialmente en acciones defensivas frente a la infantería, y muy especialmente ante una carga de caballería. Incluso era útil a la hora de escalar murallas, cruzar fosos como si se tratara de una pértiga o combatir en un asalto a una plaza. Pero también era un arma poco manejable, pesada y que llevaba al agotamiento y extenuación a los menos preparados y robustos, por lo que Sancho Londoño reconocía que mantener el arma arbolada en posición de ataque era una tarea muy pesada, y a un soldado le cansaba más llevar diez pasos la pica en esta posición que una milla al hombro. Los piqueros debían ser fuertes, pero también tener cierta maña para manejar bien el arma, pero sobre todo ser disciplinados y entrenar lo suficiente en grupo, ya que la imitación y cierta práctica física eran suficientes para que un soldado estuviese listo para la batalla.



Detalle de un manual inglés de los primeros años del siglo XVII que ilustra las diferentes posiciones de la instrucción básica de un piquero. Gracias a los dibujos, un infante analfabeto podía memorizar las principales posiciones, lo que agilizaba el entrenamiento básico. Abajo del todo, en el extremo derecho podemos ver la posición que debía mantener un piquero para enfrentarse a una carga de caballería, manteniendo la pica apoyada en el pie en un ángulo de 45 grados. Rijksmuseum, Ámsterdam.

Los piqueros servían en dos grandes grupos. Por un lado los piqueros acorazados –la élite– equipados con una armadura defensiva básica, y que eran denominados *coseletes* por estar equipados con dicha armadura. Estos combatían en las primeras filas de los escuadrones, estaban mejor pagados –ya que recibían un sobresueldo sobre sus homólogos peor armados– además de que generalmente eran premiados con buena parte de las ventajas económicas extra que –como ya explicaremos– estaban a disposición de cada capitán para premiar a sus mejores soldados. Por otro lado estaban los piqueros ligeros que carecían de armadura defensiva más allá de un casco ligero, y que se denominaban *picas secas*.

Los coseletes

La pica, además de la reina de las armas, era considerada la más noble de todas, siendo

generalmente la elegida por la aristocracia que combatía a pie. Parte de todo ello venía por el hecho de que los piqueros ideales eran los coseletes, sin duda los soldados más parecidos visualmente al ideal medieval de caballero u hombre de armas protegido por una armadura de metal. Aunque algunas naciones solían llevar los coseletes pintados o barnizados de color negro, los españoles solían preferir los coseletes *blancos*, es decir, bruñidos y que tuvieran el color natural, ya que con su brillo cegaban y espantaban más al enemigo. También, al igual que ocurría con los morriones, había la posibilidad de que los coseletes estuvieran grabados con filigranas y otros adornos. Esta versión decorada era más cara y no estaba al alcance de todos, ya que podía valer casi el doble, pero era un signo de distinción y muchos soldados pudientes o de buena familia intentaban tener uno de este tipo. Durante el siglo XVI era costumbre que la nobleza española combatiera a pie entre la infantería al contrario que la de otros países que seguía prefiriendo luchar a caballo.

A lo largo de la Edad Moderna, las protecciones defensivas se fueron aligerando y reduciendo con la difusión de las armas de fuego portátiles. Así, las viejas armaduras completas medievales se mantuvieron para algunas unidades de caballería o los paseos militares, pero en general fueron evolucionando hasta quedarse en lo esencial: un armazón de metal que cubría el torso. Los coseletes debían llevar además de un morrión para proteger su cabeza, su coselete entero (o cumplido, como se denominaba en la época), que además de su peto y espaldas –que cubrían el pecho y la espalda–, debía constar de protecciones para muslos, cuello, hombros, brazos y manos: escarcelas largas, gola, guardabrazos y manoplas. Según las ordenanzas los que no mantenían todo el equipo completo podían perder la ventaja económica que gozaban como coseletes.

Generalmente no eran a prueba de bala, por lo que dichas protecciones libraban a los coseletes de muchas heridas –especialmente las de armas blancas–, reduciendo la importancia de las que recibían, que de otra manera podían matarlos o herirlos de mucha más gravedad. Dichas placas de metal no solían ser capaces de detener una bala, aunque todo dependía de la distancia y de la fuerza del impacto. Si bien a cierta distancia podían moderar mucho los daños de una bala de arcabuz, el calibre superior de los mosquetes les hacía mucho más potentes a la hora de atravesar armaduras, por lo que podían causar terribles daños y pocas armaduras podían parar sus balas. Para el caso de los petos y morriones existían versiones reforzadas «petos fuertes», e incluso a prueba de bala de mosquete, aunque dichas piezas eran mucho más gruesas y pesadas, por lo que su producción y uso estaba mucho más restringido. Un equipo completo de este tipo llegaba a pesar más de cuarenta kilos.



Detalle de un grabado coloreado de Frans Hogenberg de 1588 que representa a soldados españoles en Bruselas. Rijksmuseum, Ámsterdam. En el lado inferior izquierdo podemos advertir a dos sargentos armados con alabardas y portando morriones y coseletes completos, acompañados, más a la derecha, por varios piqueros que también llevan coseletes enteros. El coselete estaba compuesto por: peto y espaldar, dos piezas que se unían con correas y envolvían el cuerpo por el pecho y la espalda; gola o gorguera, que aumentaba la protección del cuello; guardabrazo y brazal, varias piezas que en muchos casos se unían para resguardar hombros, antebrazos y brazos, y que tenía un codal o pieza articulada que defendía el codo y unía el brazal; guantelete metálico para las manos que no siempre se usaba; y escarcelas o faldar, un conjunto de láminas de metal unidas por una correa al peto para dar protección desde la cintura a la parte alta del muslo.

Según la documentación de la época, un coselete sencillo pesaba dos arrobas, unos veintidós o veintitrés kilos, lo que dificultaba el uso de la pica, por lo que no es de extrañar que durante el siglo XVII paulatinamente se fueran desechando parte de los complementos, y que se considerara que el coselete no era apropiado para servir en climas demasiado cálidos como el africano. De hecho, en muchas ocasiones, teóricos como Bernardino Escalante consideraban que el coselete era demasiado pesado para que lo llevaran oficiales como los sargentos, que debían moverse con rapidez y libertad, por lo que consideraban que debían llevar coracinas compuestas con placas livianas más móviles y otros elementos menos pesados. De hecho, en Italia era común que se proveyera a las tropas de coracinas «aforradas de gamuza blanca, con sus tachuelas», protecciones más ligeras pero apropiadas para el calor y la movilidad. A la altura de la década 1630 sabemos que la infantería sólo llevaba como armadura defensiva el morrión, peto, espaldar y como mucho una escarcela corta que protegía la parte superior de los muslos. En esas fechas, en Flandes un coselete valía cuatro escudos, mientras que en España quince, aunque la calidad del material de este último era superior. El precio en Flandes suponía el sueldo de un mes de un soldado coselete: tres escudos más la ventaja de otro más por el puesto.



Ilustración de un piquero de mediados del siglo XVII. Como vemos, se aligeró la mayor parte de los elementos defensivos y sólo se mantenían el peto, el espaldar, las escarcelas y un casco. Para compensar la falta de protección metálica llevaban debajo un colete, una casaca o chaleco de cuero abierto por delante, con una especie de faldones, que mejoraban la protección contra cortes y estocadas. El cuero solía ser de ante o fundamentalmente de badana, pieles de carnero curtidas con polvo de corteza de roble, teniendo bastante fama en España la producida en Budía, Guadalajara. Grabado de Pieter Jansz de mediados del siglo XVII.

Rijksmuseum, Ámsterdam.

Los piqueros secos

En cambio, las *picas secas* combatían prácticamente sin protección, salvo un morrión o celada. Así disponían de mayor agilidad y libertad de movimientos, siendo útiles para perseguir al enemigo derrotado, en los asaltos o en las acciones irregulares, debido a que podían correr y acompañar a los arcabuceros, algo que no estaba al alcance de los coseletes. Al estar más desprotegidos solían ocupar las posiciones interiores del escuadrón. Eran los soldados peor pagados de las compañías, ya que al contrario que mosqueteros, arcabuceros y coseletes eran los únicos que no cobraban un sobresueldo por las armas que llevaban. Es lógico que el profesor Parker los haya denominado como proletariado militar, y que por ellos empezaran buena parte de los motines. Los piqueros secos solían

ser soldados bisoños, de hecho los nuevos soldados servían automáticamente en estas plazas, hasta que se compraban el equipo necesario para desempeñar otra función y podían pasar a servir con coseletes o armas de fuego. Esto lo podemos ver muy bien gracias a la documentación contable, ya que a su llegada a Flandes en 1567 el tercio de Cerdeña tenía más de un cuarenta por ciento de picas secas entre sus filas, al ser buena parte de sus compañías de bisoños. Al mes siguiente esa cifra se había reducido a un discreto quince por ciento, llegando a descender todavía más durante el año siguiente.

Para Sancho Londoño, en 1589 la compañía de infantería ideal debía tener 300 hombres, de los cuales 150 debían ser coseletes y 40 piqueros secos, llevando los restantes armas de fuego. Pero a esas alturas dicha proporción parece que no se cumplía y no había tantos piqueros. Con la progresiva evolución de las armas de fuego se revirtió la tendencia y los piqueros fueron perdiendo presencia. Parece que a comienzos del siglo XVII ya había muy pocos piqueros secos a los que se consideraba de muy poco provecho para la guerra, y las ordenanzas de 1632 determinaban que todos los piqueros cobrarían el sobresueldo de los coseletes, lo llevaran o no. A esas alturas en Flandes aún se mantenía de forma regular el uso de coseletes, pero en los ejércitos creados en España en esa época pocas tropas llevaban esas protecciones defensivas. En las décadas siguientes la mayoría de las tropas abandonaron los coseletes y cascos, demasiado pesados y ya incapaces de parar una bala de mosquete. De hecho el número de mosqueteros no había parado de crecer, por lo que en la segunda mitad del siglo XVII pocos piqueros llevaban protecciones defensivas metálicas, que tenían un elevado coste, eran pesadas, no aseguraban la suficiente defensa ante las balas y ya no eran tan útiles al limitarse cada vez más las luchas entre piqueros ante el avance de las tácticas militares con armas de fuego.

Otras armas enastadas: alabardas, jinetas y partesanas

La alabarda era otra arma de asta esencial, que aunque más corta se blandía a dos manos y podía ser muy efectiva en combates cuerpo a cuerpo y en espacios más cerrados donde las picas no podían ser útiles, como en brechas de murallas, bosques o habitaciones. El asta de madera acababa en una guarnición de hierro puntiagudo que podía llegar a tener un tamaño de más de treinta centímetros. Cerca de su base el hierro estaba cruzado por una veleta, una pieza que terminaba por un lado en forma de hacha y por el otro en forma de punta para ejercer cierto contrapeso. Los suizos habían extendido su uso ante la eficacia que podían mostrar esas armas para defender los laterales de las formaciones de piqueros, aunque en campo abierto eran mucho menos útiles para repeler a la caballería y no tenían tanto alcance como una pica, por lo que su uso en la infantería española fue bastante restringido. Orgánicamente no se reconocía la existencia de soldados armados sólo con alabardas, pero muchos tratadistas recomendaban su difusión, sobre todo para las compañías de arcabuceros, recomendándose que los veinticinco coseletes de ellas sirvieran con alabardas en vez de picas, lo que facilitaba su movimiento y los hacía más útiles a la hora de cubrir a las armas de fuego, aunque a la hora de formar escuadrón deberían luchar con picas.



Detalle de unos alabarderos con coselete, gola y celada, pertenecientes a la guardia personal de los generales. Antonio de Pereda y Salgado (hacia 1635), *El socorro de Génova por el II marqués de Santa Cruz*. Museo del Prado, Madrid.

Pero en general las alabardas, a pesar de su amplia presencia iconográfica, se usaron fundamentalmente por los soldados que formaban la guardia de los oficiales y generales, de hecho los maestros de campo podían contar con algunos. Además la alabarda era la insignia de los sargentos y su principal arma en el combate, muy útil para imponer el orden entre los soldados.

También existían otras armas propias de los oficiales y que por lo tanto se usaban en números más reducidos, como la partesana. Una lanza formada por una larga hoja de forma triangular, que tenía las dos alas laterales simétricas acabadas en forma de media luna, y que por lo tanto se parecía mucho a la alabarda. Este arma, y una variante muy parecida que se llamaba corcesca, solía emplearse también por los sargentos, dependiendo de las modas. También existía otra arma más sencilla, la jineta, una lanza más corta que era la insignia del capitán, y que si este lo deseaba podía portar el paje de jineta, al servicio personal del capitán. Era un arma de asta de dimensiones más reducidas —y por lo tanto muy manejable— cuya punta solía tener forma de lágrima.

LAS ARMAS DE FUEGO: ARCABUCES Y MOSQUETES

La génesis y las características generales de las armas de fuego

Las primeras armas de fuego portátiles se empezaron a hacer un hueco en los ejércitos europeos a finales del siglo xv, cuando las espingardas sustituyeron de manera progresiva a las ballestas. En la guerra de Granada se pudieron ver por primera vez en España compañías de espingarderos, los cuales eran considerados unos especialistas, que no estaban integrados en las compañías ordinarias. Pero estos artilugios sencillos eran poco más que un palo con un cañón de hierro. La verdadera revolución surgirá a comienzos del siglo xvi con la aparición del arcabuz y su rápida difusión. Un arma mucho más sofisticada que incorporaba un mecanismo de llave para la ignición de la pólvora, por lo que era más manejable. Su origen y su nombre son inciertos, habiendo distintas teorías, algunas de las cuales lo relacionan con Italia o el mundo árabe, pero lo más verosímil es que el origen sea alemán, ya que la palabra derivaría del vocablo *hanckenbüsche*, que significa ‘arma de fuego sobre un gancho’. El arcabuz era algo impreciso y al principio mostraba poco alcance efectivo, pero a su favor tenía un alto poder destructivo –ya que a cincuenta pasos era capaz de perforar armaduras– y que requería poca destreza para manejarlo con eficacia.

Casi todas las armas de fuego portátiles de la época tenían características técnicas parecidas, aunque variaban en dimensiones y calibre, siendo todas de avancarga, al tener que cargarse la bala por la parte superior del cañón, al contrario que la mayoría de los fusiles modernos. Arcabuces y mosquetes eran armas muy parecidas y la diferencia entre ellas estaba en sus dimensiones, que lógicamente afectaban a su calibre, siendo el mosquete mucho más pesado y potente, por lo que debía ser disparado apoyado en una horquilla. Las partes principales de estas armas de fuego eran su cañón de hierro, su caja de madera y su llave disparador. Según un informe de la Armería de Placencia de las Armas (Guipúzcoa) de 1652, cada arcabuz acabado se componía de cañón, llave, rascador, rabera y caja de madera con su baqueta, teniendo como complementos un frasco con su frasquillo de madera. Pero por partes vayamos analizando todos los componentes.

El elemento principal de cualquier arma de fuego portátil es su cañón, realizado a partir de una plancha de hierro forjado, y por lo tanto bastante dúctil pero no tan resistente como el acero que se emplea hoy en día. En las cercanías de la boca estaba aligerado, y en la parte de la recámara reforzado para soportar la inflamación de la pólvora y minimizar el peligro de que reventara o se sobrecalentara. Según la inspección realizada en Placencia en 1656, los cañones de arcabuz debían tener por lo menos cinco cuartas menos un dedo de largo (unos 102 cm), y los mosquetes cinco y media y dos dedos (unos 118 cm), siendo esta la medida mínima exigible. Pero las dimensiones nunca se llegaron a estandarizar. Por varios tratadistas sabemos que a finales del siglo xvi se recomendaba que los mosquetes tuvieran cañones algo más grandes, de al menos seis cuartas para así poder tirar balas que pasaran de una onza y media de peso, frente a las de los arcabuces, que debían

disparar balas de al menos $\frac{3}{4}$ partes de una onza (y que según Scarión debían tener cañones algo más pequeños, de unos 94 cm de largo). Otros tratadistas como Eguiluz recomendaban que los arcabuces fueran algo más grandes para que la munición pudiera llegar a la onza. Nunca hubo una unanimidad, por lo que uno de los grandes problemas de la época era que no siempre en una compañía todas las armas podían disparar las mismas balas, lo que era un problema logístico grave que casi todos los teóricos militares insistieron en subsanar.

La caja del arcabuz —el fuste sobre el que iba montado el cañón y lo que hoy denominamos culata— se debía confeccionar de madera noble para mejorar la durabilidad del arma y evitar un excesivo peso. Algo que no siempre era así. De hecho, el peso medio de un arcabuz rondaba los 5 kilogramos. El mosquete era más pesado, ya cuando estos se introdujeron —sin tener en cuenta el serpentín y la caja—, podían llegar a pesar 25 libras, unos 11,3 kilogramos. Al problema del peso se le unía además el de sus dimensiones, ya que teniendo en cuenta el fuste o caja de madera con su culata, la altura de un mosquete podía llegar fácilmente al metro y medio, prácticamente la altura media de un hombre de la época.

A mediados del siglo XVI muchas de las culatas de los arcabuces empleados por los soldados españoles eran curvas, disparándose desde el pecho, por lo que muchos intentaron modificar la moda hacia formas más rectas —como finalmente se consiguió—, y así mejorar la eficacia del tiro, controlando más el retroceso del arma al apoyarlo sobre el hombro.

Los mecanismos de disparo

En los primeros tiempos los mecanismos de disparo eran muy sencillos. De hecho la palanca que ejercía de gatillo para disparar era una herencia de la ballesta. El mecanismo consistía fundamentalmente en una mecha encendida que se colocaba manualmente en un trozo de hierro a modo de palanca, llamada serpentín, que era accionado mediante el gatillo del arma. Al pulsar este, la mecha prendía la pólvora de la cazoleta, situada en el lateral derecho sobre un pequeño agujero del cañón, produciéndose la explosión que disparaba la bala. A mediados del siglo XVI se perfecciona el método al introducirse la cubrecazoleta, una sencilla tapa metálica que actuaba como un seguro y que cubría esta parte de la llave para evitar que la pólvora se mojase los días de lluvia, y evitaba cualquier ignición accidental.

Este sencillo mecanismo fue el más habitual y extendido entre la infantería, por ser el más barato, el que requería un mínimo mantenimiento y el más efectivo, ya que solía fallar menos que los inventados con posterioridad. Aunque no está clara la fecha de creación, parece que a mediados del siglo XVI aparecía en Alemania el mecanismo que conocemos como de llave de rueda, mucho más sofisticado que el de serpentín. El sistema se basaba en provocar la ignición usando un pedernal mecánico. Su funcionamiento era algo parecido al de las ruedas de encendido de un mechero de bolsillo moderno. Todo actuaba al girar contra un resorte una palanca insertada en el eje de una rueda dentada, un mecanismo que se parece a dar cuerda a un reloj. Al disparar, la rueda giraba de vuelta a gran velocidad rozando una piedra (generalmente una pirita) sujeta por las mordazas de la palanca articulada, denominada gato, generando chispas que encendían la pólvora de la cazoleta. El mecanismo era sofisticado, caro y bastante delicado. De hecho, los artesanos debían emplear mucho

tiempo en fabricar estas piezas, ya que sólo los relojes eran más complicados y precisos. Estas llaves eran muy caras, al ser un producto artesanal que difícilmente se podía producir en masa, por lo que en general este tipo de llaves sólo era empleado en armas de gran calidad o en las armas de fuego de la caballería al ser un producto de lujo, por lo que nunca se difundió en masa entre la infantería.



Aquí podemos apreciar un mosquete de comienzos del siglo XVII según un grabado de Jacob de Gheyn:

1. Por un lado podemos ver la mecha encendida en su serpentín; 2. Esto sería la cazoleta y la cubrecazoleta giratoria que la cubre;
3. Disparador que accionaba el muelle que abatía la serpentina que sujetaba la mecha; y 4. Esta es la culata, denominada cola de pez por su particular característica. Muy típica en Flandes, Holanda e Inglaterra. Rijksmuseum, Ámsterdam.

El siguiente mecanismo en aparecer sería el que a la larga se convertiría en el estándar de la infantería del siglo XVIII, la llave de chispa. Aunque más caro y refinado que el sistema de serpentina, ambos eran muy parecidos, sustituyéndose la mecha por una piedra de pedernal que chocaba con el metal para producir la chispa, pasando a estar el disparador más cerca de la culata. El mecanismo empezó a extenderse progresivamente a las armas de la infantería en la segunda mitad del siglo XVII, aunque ya se conocía y usaba en las de caballería desde principios del siglo XVI. A su favor tenía versatilidad y una mayor simplicidad de pasos para el infante, que se podía ahorrar tener que mantener siempre encendida la mecha para proceder a la ignición. De hecho, esa faceta hacía que las armas con este sistema fueran mucho más útiles para las emboscadas o movimientos rápidos, ya que no delataban su presencia con la luz y el humo de las mechas encendidas. Por lo que sabemos, en 1682 se mandaron a Flandes varios miles de llaves de este tipo para que las tropas españolas las emplearan en marchas secretas, sorpresas y otras faenas militares de ese tipo, pero en ningún caso

eso significó que se dejaron de lado las tradicionales llaves de mecha.



Detalle del cuadro del socorro de Breisach (1635) del pintor Jusepe Leonardo de Chavacier. Podemos ver en detalle el mecanismo de disparo sencillo de un mosquete de serpentín de un infante español. En la parte izquierda a un capitán con su distintiva jineta, o lanza corta. Museo del Prado, Madrid.

En su contra, este nuevo sistema tenía que en las primeras versiones el mecanismo podía tener muchos fallos, y no siempre cuando se apretaba el gatillo se conseguía que la bala se disparase. Era difícil que un veterano fallase el disparo con un mosquete con llave de mecha, ya que sabía los trucos y poseía la maña suficiente para evitarlo, pero el sistema de chispa a veces fallaba con la humedad, o por falta de mantenimiento, algo difícil de saber de antemano. En los años finales del siglo XVII se empezaron a introducir los fusiles con llaves de chispa, aunque no en masa. Entre los mandos la medida se vio con muy buenos ojos, aunque se intentó que las armas mantuvieran dos llaves, de mecha y pedernal, ante el conocimiento de los fallos de estas armas. De hecho, muchos veteranos desecharon su uso y volvieron al viejo sistema, conscientes de que la novedad requería muchos cuidados y una limpieza continua, algo que no siempre aseguraba que el dispositivo fallase o que reventase. Pese a los claros y sombras, pocos años después las llaves de pedernal se terminarían imponiendo en todos los ejércitos europeos ante sus claros beneficios.

Pertrechos y municiones

La munición del arcabuz consistía en la pólvora y la pelota –como se denominaba a la bala–, que debía ser de forma esférica. Estas eran de plomo y generalmente eran fabricadas por los propios

soldados, que gracias a unos moldes convertían lingotes de plomo en balas, que para el caso del arcabuz no solían pesar más de diez gramos. Tratadistas como Cristóbal Lechuga conocían que las balas debían entrar con holgura en el cañón para que hubiera algo de espacio entre la pared del cañón y la bala, lo que ayudaba a que los gases que se producían en la explosión no obstaculizasen o frenasen el disparo, ralentizando a la bala. Pero todavía no se usaban cartuchos, por lo que esos gases no se maximizaban para disponer de disparos más potentes. La pelota se introducía por el cañón y se empujaba con la baqueta de madera reforzada en la parte superior con hierro, para que llegase la bala a la recámara, habiendo también un rascador que era usado para limpiar las paredes del cañón de los restos del disparo.

Como pertrechos básicos, los mosqueteros y arcabuceros llevaban dos tipos de recipientes para la pólvora, de diferente tamaño según el arma. Por un lado el frasquillo que contenía pólvora de grano muy fino y que se usaba para cebar la cazoleta y accionar el disparador. Los frascos eran más grandes y tenían pólvora no tan refinada que se introducía junto a la bala en el cañón del arma, teniendo capacidad para unas veinticuatro onzas. Como reconocía Eguiluz, cuando la pólvora era muy fina prendía mejor, por lo que bastaba una carga de la mitad del peso de la bala, media onza para el caso de un arcabuz de tamaño estándar. Cuando la pólvora era más gruesa, eran necesarias las dos terceras partes del peso de la bala. Debemos tener en cuenta que en ese momento se empleaba todavía pólvora negra, compuesta de salitre, azufre y carbón vegetal, que producía una gran cantidad de humo negro, por lo que buena parte de los campos de batalla terminaban bajo una tupida capa de niebla que limitaba la visibilidad, e irritaba ojos y gargantas.



Arcabucero (hacia 1600) según un grabado coloreado de Jacob de Gheyn. Podemos apreciar claramente colgados de su cinturón el frasco y los frasquillos, además de una bolsa con balas y mecha. Igualmente sostiene en su mano derecha una baqueta para poder introducir la bala. Como parte de su indumentaria defensiva sólo lleva un morrión en la cabeza. Además dispone de una espada como arma secundaria y elemento de defensa personal. Rijksmuseum, Ámsterdam.

En muchos casos se recomendaba que parte de esta pólvora se llevase en unos frascos pequeños con capacidad para una carga, lo que facilitaba la recarga del arma y su efectividad, ya que al dosificarse la pólvora había más posibilidades de éxito. Estos frascos solían ser doce e iban colgados de unas pequeñas cuerdas sobre una bandolera cruzada de cuero. Por su número muchos soldados los llamaban con el apelativo de doce apóstoles. Estos frascos se solían guarnecer con hierro y cubrir con cuero negro, e iban atados con cordones de lana o esparto. Además, los soldados debían llevar sus balas en unas bolsas de cuero. Eguiluz recomendaba que los arcabuceros llevaran hasta cincuenta, y los mosqueteros unas veinticinco. En una bolsa de cuero se llevaban las balas, junto con cuerda y un pedernal para poder encender la cuerda.

Para accionar la llave de mecha se debía utilizar cuerda confeccionada con lino o cáñamo que se impregnaba con agua y salitre, para que una vez seca prendiera con fuerza, aunque esta se consumía con rapidez. Se recomendaba que los soldados supieran hacer su propia cuerda, habilidad muy útil, ya que podía sacar a más de uno de un atolladero. Este elemento podía convertirse en una verdadera pesadilla logística, ya que abastecer de cuerdas a los arcabuceros durante el combate no era una tarea fácil. Generalmente había personal que iba cargado con cuerda para abastecer en combate a los hombres, dándoles fuego a los que se les apagaban las mechas. Incluso se ha calculado que para mantener las mechas encendidas de mil quinientos arcabuceros durante un día y una noche al menos serían necesarios doscientos cincuenta kilos de cuerda.

En cuanto a los costes, el equipo completo de un arcabucero (con todos los pertrechos esenciales como frascos y frasquillos), costaba en España –en 1615– treinta reales, y cincuenta el del mosquetero, aunque los precios variaron mucho, siendo más baratos los producidos en Flandes, aunque de menor calidad. Las picas en cambio eran mucho más baratas, sólo unos pocos reales. Esto suponía que un arcabucero podía costearse su equipo en un mes, lo que no suponía un excesivo esfuerzo, aunque para evitar problemas ya a finales del siglo XVI los Gobiernos solían proporcionar directamente las armas a la tropa.

Arcabuces y mosquetes en combate: alcance y versatilidad

El alcance útil de un arcabuz a comienzos del siglo XVI no superaba los cincuenta metros, por lo que habitualmente se prefería disparar a poca distancia del enemigo para que las descargas tuvieran un mayor efecto. Algunos tratadistas como Scarión inciden en ello indicando que en ocasiones se llegaban a disparar 10.000 arcabuzazos por hombres poco diestros sin llegar a matar a nadie, haciendo poco más que ruido. Con el tiempo, las mejoras introducidas dieron al arcabuz un alcance algo superior, pero parece que sus disparos no eran efectivos más allá de los 100 o 130 metros. En cambio su hermano mayor, el mosquete, tenía un alcance superior. Ya Martín de Eguiluz afirmaba a finales del siglo XVI que un mosquete podía matar a un caballo a 400 pasos, y otros tratadistas de mediados del siglo XVII afirman que su alcance útil podría rondar los 200 metros y llegar incluso a los 270. Pese a ello los combates solían producirse a menor distancia, para que las armas fueran más efectivas.

En relación con el arcabuz, el mosquete era un arma más pesada y potente. Aunque no conocemos

bien los detalles de su aparición, se piensa que pudo surgir a comienzos del siglo XVI, siendo inventado en Italia o España. Realmente surgió como una pieza de artillería ligera apropiada para defender fortificaciones, siendo los primeros en utilizarlo los españoles en el norte de África. De hecho, siempre hubo una versión más pesada de mosquete que sólo se podía utilizar apoyado en un muro, conocido como mosquete de muro o muralla, demasiado pesado para poderlo usar en campo abierto. Sería el duque de Alba en su primer paso por el Camino Español (1567) quién ordenó entregar a cada compañía de infantería española quince mosquetes, que debían hacer fuego apoyados en una horquilla de madera acabada en su punta en forma de U, de al menos siete palmos (1,46 m), recomendándose que estuvieran elaboradas con madera de espino, ya que la madera dulce no aguantaba bien.

El mosquete era esencialmente una versión de su hermano pequeño el arcabuz, siendo la diferencia sus dimensiones (calibre, longitud y peso), prestaciones de combate (alcance, potencia y cadencia) y su manejo, ya que su peso –entre 8 y 9 kilogramos– dificultaba su transporte y uso. El calibre de un mosquete solía ser como mínimo de onza y media de bala o dos onzas, aunque sabemos que había piezas de hasta dos onzas y media, aunque lógicamente eran demasiado grandes y pesadas. A pesar de su capacidad de penetración, era un arma muy lenta. Según los manuales visuales holandeses hacían falta 28 movimientos para cargarlo y dispararlo, lo que requería varios minutos, si bien un soldado bien adiestrado podía tardar mucho menos que un bisonño. Otro problema era el peso de arma, tres veces lo que un rifle moderno, por lo que se requería la horquilla para ser disparado.

Hay que llevar a cabo doce acciones para disparar:

1. Poner pólvora en la cazoleta, paso conocido como cebar.
2. Cerrar la cubrecazoleta y soplar encima para eliminar los restos de pólvora que hayan caído fuera de la cazoleta, y evitar una ignición fortuita.
3. Llenar el cañón con la carga principal de pólvora. Bien usando los frascos –o los doce apóstoles con la carga dosificada– o llevando directamente el frasco a la boca del cañón y calculando la dosis a ojo.
4. Introducir la bala por la boca del cañón.
5. Sacar la baqueta del fuste e introducirla por el ánima del cañón hasta tocar la bala, golpeando dos veces para prensar la pólvora.
6. Sacar la baqueta e introducirla de nuevo en el fuste.
7. Colocar la mecha en el serpentín para que su punta caiga justamente sobre la cazoleta.
8. Soplar sobre la cuerda para reavivar la llama.
9. Apoyar el arma sobre el hombro y apuntar.
10. Liberar la cazoleta de su tapa.
11. Pulsar el disparador.
12. Soplar la cazoleta para eliminar los restos de pólvora quemada y posibles rescoldos, quedando el arma lista para reiniciar el proceso.



Mosquetero del siglo XVII según un grabado de Jacob de Gheyn. Se puede observar que lleva una horquilla para apoyar el arma al disparar, además de una bandolera con los doce apóstoles y un frasco. No lleva protección defensiva alguna, sino sólo un sombrero de ala ancha. Rijksmuseum, Ámsterdam.

Si se apuntaba bien, una bala de mosquete —de unos tres centímetros de diámetro—, podía llegar a matar a un hombre a una distancia de incluso cuatrocientos metros. Pero muchas veces había algo que salía mal. Si no se ponía bastante pólvora, la bala se quedaba muy corta. Si se ponía demasiada, entonces el cañón del mosquete podía estallar en la cara del que lo disparaba. Incluso aunque la carga de pólvora fuera correcta, podía suceder que la pólvora de la cazoleta estallara sin prender la del cañón, algo bastante común en las armas de pedernal. Si el mosquetero no era muy cuidadoso, también era posible que se le cayera la bala antes de disparar. Aunque el percance más corriente era que la mecha se apagara en el momento crítico, sobre todo si llovía, con lo que el soldado quedaba indefenso.

Por eso, las armas de fuego siempre estaban junto a los piqueros, para poder refugiarse tras ellos en caso de apuro. Si bien en los primeros tiempos los soldados veteranos solían mofarse de las primitivas armas de fuego diciendo que sólo servían para asustar con el ruido de la pólvora a un enemigo sin experiencia, pero estos claramente se equivocaban. Sin duda alguna, las guerras del siglo XVI estuvieron marcadas por los éxitos de la arcabucería española, ya que sería España la primera nación en introducir el uso masivo de armas de fuego en los campos de batalla. Buena parte de los triunfos españoles de la primera mitad del siglo XVI se deben a esta arma.

El arcabucero se convirtió en el principal elemento ofensivo del tercio. Distribuido en el combate en mangas, con gran movilidad hacía fuego sobre el enemigo y podía refugiarse en el interior del escuadrón de picas ante cualquier ataque, especialmente de la caballería, ya que la escasa cadencia de tiro no les permitía hacerle frente, ya que a lo sumo un arcabucero podía efectuar un solo disparo antes de que una carga de caballería se le echara encima. Los arcabuceros eran soldados polivalentes, muy útiles para la clase de combates que practicaban los españoles. Eran esenciales en los golpes de mano y asaltos, ante su alta movilidad, ya que su armamento defensivo se había aligerado hasta quedar reducido a un morrión que les cubría la cabeza. El arcabucero se convirtió en el prototipo de soldado de los tercios del siglo XVI, ya que incluso algunos teóricos se hacen eco de

que todos querían servir en esos puestos, ya que los hombres iban menos cargados que con mosquetes y coseletes, y podían combatir de lejos, a la vez que eran mucho más versátiles y móviles que los mosquetes, teniendo muchas más opciones de participar en golpes de mano y saqueos.

Pero durante el siglo XVII la preminencia de los arcabuceros terminará, ya que el mosquete se apropiará definitivamente del campo de batalla, al ser un arma más potente y con más alcance. Serán en primer lugar los holandeses y suecos los que modifiquen sus mosquetes, recortando sus dimensiones y aligerándolos para que no hiciera falta el uso de horquillas para ser disparados, eliminando los arcabuces de sus armerías, quedándose sólo con un tipo de arma de fuego. Realmente esta arma estaba a medio camino entre el arcabuz y el mosquete que empleaban los españoles, que hasta la llegada del fusil no eliminaron ninguna de las dos armas. Pero el mosquete que usaban los españoles en la segunda mitad del siglo XVII en Flandes era algo menos pesado, y se le había recortado algo el cañón para aligerarlo y evitar el uso de la horquilla, aunque seguía siendo de fábrica de Vizcaya (en la época se aplicaba este término para referirse a las tres provincias vascas, aunque las fabricas estuvieran realmente en Guipúzcoa), al ser esta la más apreciada, debido a su hierro de mejor calidad y temple. En 1682 se decía de ellos en Flandes que «son los que por la gran ventaja de su alcance han dado horror siempre a los enemigos, y crédito grande a nuestras bocas de fuego».

Un informe del ejército de Flandes de 1672 insistía en que se aminorase el peso del mosquete vizcaíno, ya que los soldados quedaban extenuados al llevarlo en las habituales marchas de entre ocho y diez leguas al día, ya que al peso del arma había que añadirle el de los frascos y frasquillos, mecha, vajilla, pan, hacheta y efectos personales. De hecho, la medida se terminó tomando ante la continua práctica de los soldados de cambiarlos por los que se fabricaban en Lieja y otras partes, de peor calidad y con la tendencia a recalentarse más y reventar, pero más ligeros. Incluso sabemos que los disparos continuados de mosquete podían provocar importantes daños y moratones en los soldados por el retroceso, por lo que muchos usaban algún tipo de almohadillas para protegerse, no pudiendo hacer fuego continuo más de media hora. De hecho eso se recompensaba con mayores sueldos, ya que el mosquetero español del siglo XVII recibía una compensación por el enorme peso de su arma, siendo estos los mejores soldados de toda compañía.

EL COMBATE Y EL ARTE DE ESCUADRONAR

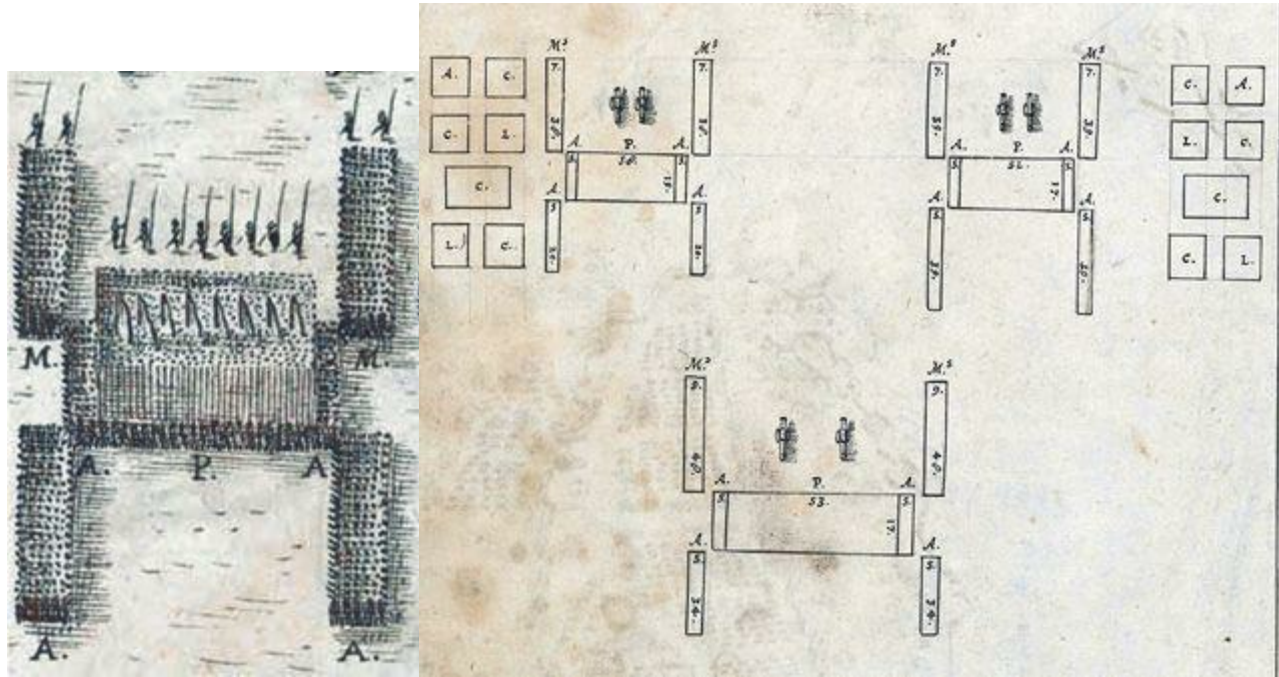
Durante la batalla, los tercios formaban en tres grupos diferenciados. El escuadrón formado por piqueros, su guarnición de arcabuceros –que daba protección a las picas con su fuego– y las mangas formadas exclusivamente por mosquetes y arcabuces. Los piqueros sólo combatían en última instancia, por lo que la parte ofensiva y móvil eran las mangas, que en general tenía el mayor peso de la batalla con su fuego constante sobre el enemigo. El escuadrón era la parte más defensiva, y estática. En el centro del escuadrón, lugar mejor defendido, se hallan siempre las banderas, pero también podía albergar los bagajes u otros elementos. A ambos lados, o en cada ángulo, del escuadrón podía situarse una manga de armas de fuego, cuya potencia de fuego podía resultar sumamente efectiva y que, en caso de ataque de la caballería, podía refugiarse en el interior del escuadrón.

El escuadrón era la formación fundamental de la infantería. La distribución de sus hombres en filas y columnas, formando un cuadrilátero erizado de picas y manteniendo firmemente la posición. Existían múltiples variedades de escuadrón, siendo las más habituales las denominadas *quadro de gente*, *quadro de terreno*, *gran frente* y *frente prolongado*, en función de la longitud de sus lados, adaptándose a las condiciones del terreno o a las necesidades del combate. La rapidez en la formación del escuadrón, su solidez, su capacidad para resistir las acometidas sin descomponerse o su capacidad para desplazarse sin romper la formación, fruto de la experiencia y del riguroso entrenamiento, lo convertía prácticamente en una fortaleza humana, siendo las filas de piqueros las murallas, y las mangas los bastiones.

Durante las últimas décadas del siglo XVI comenzarán a realizarse innovaciones tácticas importantes en los Ejércitos que se fundamentaban en el mayor uso de las armas de fuego. Así los holandeses Guillermo y Mauricio de Nassau, en 1590, pondrán en práctica una nueva formación para el campo de batalla llamada *contramarcha*. Pero las innovaciones tácticas holandesas y suecas no parece que fueran decisivas, pese al eco que han tenido entre la historiografía europea protestante. El sistema de dotar cada vez de más importancia a las armas de fuego frente a las picas era ya bien conocido en su tiempo por los españoles. De hecho, se recomendaba que los hombres no adiestrados debían seguir adoptando formaciones masivas en cuadro, mientras que los soldados experimentados debían constituir varios frentes armados con armas de fuego y dar cara al enemigo. Esto ya era bien conocido en las guerras de Flandes, debido a que era un conflicto muchas veces irregular, con frentes inestables y porosos en los que pequeñas partidas de hombres veteranos luchaban por el control del territorio mediante tácticas irregulares o de guerrillas.

En este ambiente había luchado Martín de Eguiluz, un soldado veterano del ejército del duque de Alba, que en su obra *Discurso y regla militar*, publicada en 1592, daba a conocer los procedimientos y avances de los que se habían hecho eco los holandeses, antes incluso de que los Nassau llegaran a difundir sus avances. Así recogía Eguiluz las ideas que estaban en el ambiente militar español de la época, en las que cada vez se daba más importancia a las armas de fuego en detrimento de la pica. Se recomendaba que en batalla se utilizaran filas alargadas de mosqueteros

que disparaban por turnos, formando una lluvia continua de balas, ya que mediante la disciplina habían aumentado su cadencia de tiro. Por ello, los campos de batalla serán más anchos y las filas de combatientes cada vez menos profundas, para producir más daños al enemigo y más blancos, evitándose así las formaciones cerradas que producían grandes bajas por la artillería. Pero esto suponía que un mayor número de hombres estuvieran expuestos a la lucha cuerpo a cuerpo, lo que exigía una mayor disciplina y rapidez de recarga.



Esbozo de tres escuadrones formados hacia 1600, sacados del manuscrito *Arquitectura y máquinas militares*. A los lados se pueden apreciar los cuadros de la caballería formados por arcabuceros a caballo (a), caballos lanzas (l) y corazas (c). En el centro los tres escuadrones nos indican el número de hombres que tienen de ancho y largo, encontrándose a los lados las mangas de mosqueteros (m) y arcabuceros (a) y en el centro los piqueros (p), junto a la artillería de campaña. Esta clase de despliegues eran idóneos para practicar fuego constante sobre las formaciones enemigas. Biblioteca Nacional, Madrid.

También Eguluz expresaba en su obra términos muy parecidos a los de la llamada «contramarcha» descubierta por los holandeses. Tanto en los ejercicios militares como en las escaramuzas era de la opinión de que los arcabuceros españoles debían combatir de forma abierta, mediante dos formaciones volantes que estarían a cada lado del escuadrón principal y más cerca del enemigo. En las escaramuzas, los arcabuceros y mosqueteros debían formar en «tres hileras de a cinco soldados cada una, largas la una de la otra quince pasos, y no con furia, sino con reposo diestramente; y en acabando de disparar la primera hilera, sin volver el rostro, hagan lugar a la otra, que viene a tirar, contrapasando al lado izquierdo, dando los costados al enemigo que es lo más estrecho del cuerpo, y largos en la hilera uno de otro tres pasos». Mediante este método se intentaba mantener un fuego constante por secciones contra los enemigos, ya que la carencia de fuego de estas armas era reducida por el tiempo que se tardaba en cargar y por el recalentamiento que se producía en los cañones.

Pero este sistema no era infalible. Los arcabuceros sin protección de los piqueros seguían siendo una presa fácil para la caballería. Aunque estos sólo tenían una posibilidad de acertar antes de que

los jinetes les pudiera atacar, la caballería les tenía gran respeto por la mortandad que causaba una descarga de arcabucería en las filas de cualquier unidad de caballos, ya que si no daba al jinete lo hacía al caballo, con lo cual el jinete perdía su ventaja y su costoso caballo. Así definía Eguiluz este hecho: «La caballería se guarda de los arcabuceros como del pecado, que si no los coge desapercibidos, a la improvista, se pagan bien los arcabuceros de ella».



Detalle del cuadro de Pauwels van Hillegaert que representa la batalla de las Dunas (1600), entre españoles y holandeses. En la batalla se puede advertir la acción constante de las armas de fuego sobre las formaciones enemigas situadas a pocos pasos.
Rijksmuseum, Ámsterdam.

En pocas ocasiones los holandeses pudieron demostrar esta supuesta superioridad táctica en las batallas, ya que durante la segunda mitad del conflicto de ochenta años, tras la Tregua de Doce Años finalizada en 1621, los ejércitos españoles y holandeses no se enfrentaron en casi ninguna batalla de envergadura, excepto Kallo en 1638, que resultó una victoria para el ejército hispano, lo que nos demuestra una vez más el claro predominio de las tácticas de asedio frente a las grandes batallas multitudinarias y decisivas.

LA CABALLERÍA

Durante el siglo XVI, la caballería pasó a ser el elemento principal que había sido en los ejércitos la Edad Media a un arma secundaria, usada simplemente para apoyar a la infantería. Una de las últimas cargas de caballería pesada de la época pudo ser en Pavía (1521), teniendo como resultado la total derrota de la caballería francesa y la captura del propio rey ante la buena actuación de los arcabuceros españoles. A nivel europeo se mantendrán algunas unidades de caballería pesada –como en España las Guardas de Castilla–, siendo su número bastante limitado. El viejo sistema de cargas de caballería pesada acorazada dejará de tener sentido. Su número se reducirá, de manera que en los primeros años de las guerras de Flandes la proporción entre caballería e infantería podía alcanzar fácilmente un caballo por cada veinte infantes, sobrepasando en muchos casos dicho promedio.

La Revolución Militar había permitido que los ejércitos aumentaran de tamaño, pero realmente la caballería redujo su importancia y sus efectivos. De poco servía la caballería en Flandes, al ser un terreno poco abierto, plagado de canales y sobre todo lleno de fortificaciones. El sistema de guerra de sitio que se practicaba en esas latitudes no dejaba lugar a la caballería, que a la vez era cara de mantener, lo que supuso la reducción de su tamaño. La caballería fue evolucionando hacia tácticas muy diferentes, desarrollándose la caballería ligera, orientándose sus funciones a labores de exploración y reconocimiento, protección de convoyes, la persecución del enemigo derrotado y a llevar a cabo acciones que requerían rapidez de movimientos. Este tipo de tácticas habían sido practicadas en la reconquista y las guerras de Italia, pero también se llevarán a cabo en Flandes. De hecho, cuando el duque de Alba transita por primera vez el Camino Español lo hace con un escaso contingente de caballería compuesto por 1.200 jinetes en 12 compañías de caballos ligeros, 5 de españoles, 3 de italianos, 2 de albaneses, y 2 de arcabuceros a caballo españoles. Parte de estas unidades seguían luchando con lanzas, pero también entre ellas se había introducido el arma de fuego.

Durante todo el siglo XVI continuaron llegando por el Camino Español unidades de caballería ligera española, italiana y albanesa acompañando a la infantería, aunque su número nunca fue excesivamente elevado. Según las cifras que recoge Parker, en las primeras expediciones (y hasta 1585) llegaron más de 7.000 jinetes por el Camino Español, pero tras esas expediciones su número se redujo notablemente. Durante el resto del siglo XVI sólo llegarían otros 636 jinetes en la expedición que llevó al archiduque Alberto a Flandes en 1596. De hecho, hasta las primeras décadas del siglo XVII su contingente fue bastante reducido dentro del ejército de Flandes, y sólo aumentaba la caballería cuando se debía combatir contra Francia, ya que al ser un país abierto se necesitaba más caballería, que se solía reclutar en los Países Bajos y sus cercanías para participar sólo en la campaña militar, prestándose poco cuidado a su reclutamiento, lo que a la postre provocará notables problemas en el ejército de Flandes. Durante la primera mitad del siglo XVII sólo las tres últimas expediciones que transitaron el Camino Español por su variante Alsaciana también llevaron caballería, ante la posibilidad de tenerse que enfrentar a fuerzas enemigas durante su trayecto, llevando casi cuatro mil jinetes más. Pero en total, en todo este período, por cada jinete que llegaba a

Flandes lo hacían casi veinte infantes. La presencia de españoles entre la caballería no era muy elevada. En 1620 el marqués de Belveder –general de la caballería ligera del ejército de Flandes– informaba que entre las once compañías de caballería española sólo había trescientos españoles realmente, estando muy lejos de los mil cien teóricos, ante la falta de reemplazos y la entrada en las compañías de soldados del país.

Las clases de caballería

Con los años, la caballería fue evolucionando, y como vemos en la imagen siguiente, a finales del siglo XVI quedó configurada en tres grupos principales. Por un lado seguía habiendo caballería pesada que combatía con lanzas, encuadrada en compañías de *lanzas*. Si bien los hombres llevaban amplias protecciones metálicas en la mayor parte del cuerpo, sus caballos no, aunque estos eran grandes corceles, herederos de los caballos de batalla del Medievo. También coexistía la evolución de esta caballería tradicional, que usaba también protecciones y armaduras, además de caballos más pesados, pero que fundamentalmente combatía con dos pistolas que descargaba cuando se acercaban al enemigo, pasando después a combatir con la espada u otra arma blanca, llamándose estas unidades compañías de *corazas*. El tercer grupo estaba formado por los *arcabuceros a caballo*, que montaban en caballos menos robustos, no contaban con armadura, y su principal arma era un arcabuz de arzón que podían disparar a lomos de sus caballos.



De izquierda a derecha podemos observar los tres tipos de caballería habituales de comienzos del siglo XVII. Por un lado los arcabuceros a caballo, mucho más ligeros. A continuación la caballería pesada acorazada con lanzas, y después los coraceros con sus dos pistolas. Detalle del cuadro del *Sitio de Ostende* de Peter Snayers. Castle Museum Schloss Friedenstein, Gotha (Alemania).

Las compañías de lanzas eran pocas, siendo una reminiscencia del mundo medieval noble. En todo el ejército de Flandes sólo había unas pocas compañías de este tipo, que generalmente servían como custodia de los principales dignatarios y jefes del Ejército, y sus hombres solían pertenecer a la élite

social. Sus cargas aún podían ser efectivas, siendo una fuerza de choque, pero su número era muy escaso y su papel fue muy limitado, ya que su táctica había quedado totalmente obsoleta.

Parece que fueron los españoles los primeros en introducir los arcabuceros a caballo, que actuaban como caballería ligera, y que en igualdad de condiciones estaban lejos de poder enfrentarse a sus compañeros que portaban corazas. Pese a ello, ejercían misiones muy útiles y esenciales para el Ejército, pero no se las usaba para cargar al enemigo. Eran más bien unidades de intervención rápida, que en batalla debían ofrecer cobertura al resto de la caballería. Con el tiempo estas unidades terminarán evolucionando hacia los dragones, infantes que se desplazan montados pero que combaten de pie.

Dentro de la caballería el grupo más abundante eran las compañías de corazas, que podemos considerar aún como caballería pesada. Pero en muchos casos sus tácticas eran muy conservadoras y secundarias en una batalla, al no poderse enfrentar a la infantería bien organizada en escuadrones por el miedo a sus arcabuces y picas. La caballería del siglo XVI solía luchar formando la *caracole*, que consistía en que la caballería descargaba sus pistolas sobre las formaciones enemigas en oleadas, para después situarse en la retaguardia de la formación, recargar sus armas y volver a disparar. Sólo en contadas ocasiones se cargaba. Sus armas principales eran de fuego, y a diferencia de las de la infantería tenían un tamaño mucho menor y llaves de rueda o chispa, ya que utilizar una mecha no era algo muy operativo a lomos de un caballo. El alcance de estas armas era mucho menor, y a menudo solía fallar la ignición, de ahí que a los jinetes se les instruyese para disparar a bocajarro sobre el enemigo, sólo cuando podían ver las pupilas de sus ojos. Para mejorar la precisión y alcance se inventaría la carabina, que a pesar de la mejora no tenía la versatilidad y alcance del mosquete.



En este cuadro podemos observar las armas propias de la caballería de mediados del siglo XVII. Por un lado protecciones defensivas, como corazas y celadas borgoñotas, además de una lanza con su estandarte, una trompeta, bridas y una partesana de infantería apoyada sobre el muro en la parte superior de la ilustración. En relación a las armas de fuego, colgadas en la pared podemos observar de izquierda a derecha una carabina de rueda, un par de pistolas con sus fundas y un arcabuz de arzón de chispa, que era algo más grande que la carabina. Detalle de un cuadro de David Teniers, que representa un cuerpo de guardia.

Museo del Prado, Madrid.

La evolución de la caballería y su presencia en Flandes

A la altura de las décadas de 1620-1630, el contingente de caballos corazas seguirá evolucionando y aligerándose, perdiendo protecciones defensivas para reducir el peso del equipo y ahorrar costes, ya que hasta el momento su indumentaria completa era excesivamente cara y muy pocos soldados se la podían permitir. La mayor efectividad de los mosquetes, su capacidad de penetración y su mayor difusión entre la infantería durante el siglo XVII también influirían en que se fueran desechando protecciones defensivas de metal, que frente a los mosquetes no servían demasiado. Sobre la base de estas premisas serían los suecos los primeros en ir introduciendo modificaciones, aligerando el armamento defensivo de su caballería para hacerla más rápida, generalizándose el uso de las cargas de caballería a galope con sables a imitación de la caballería polaca contra la que habían combatido repetidamente, aunque también seguían utilizando armas de fuego, que sólo usaban para realizar una primera descarga antes de enfrentarse a sus enemigos con la espada. Este modelo táctico hizo de la caballería un elemento más ofensivo y determinante en la batalla, pero también en la guerra. Durante la guerra de los Treinta Años las unidades montadas demostraron en Alemania su utilidad y mayor movilidad en un espacio geográfico mucho más amplio y no tan poblado de fortificaciones muy modernizadas, siendo básicas a la hora de forrajear, realizar incursiones o escoltar convoyes. Su enorme movilidad les granjeaba flexibilidad y les permitía aprovisionarse mejor, por lo que la caballería terminó representando la mitad de las fuerzas de campaña que luchaban en Alemania.

Estas innovaciones influyeron también en las guerras entre España y Francia, y a partir de esas décadas la proporción de caballería frente a la infantería terminó elevándose hasta que por cada jinete había en el ejército siete infantes, pasando la cifra a finales del siglo XVII a cinco infantes por cada montado, o incluso menos. La caballería ganó importancia y aumentó de tamaño, abaratándose su equipo para poder ser utilizada en mayor número, siendo en su mayoría caballos corazas, que ahora no llevaban una coraza completa, sino simplemente un peto y su espaldas, una celada borgoñota y como mucho alguna otra protección adicional en las extremidades, refundiéndose casi todas las compañías de arcabuceros en compañías de corazas, introduciéndose también las carabinas dentro del equipo habitual de la caballería. Incluso las Guardas de Castilla introdujeron armas de fuego, signo evidente del cambio.

Desde el principio, la caballería estaba organizada en compañías, que podían reunir hasta cien jinetes, aunque generalmente tenían menos. Las compañías estaban al mando de sus capitanes, pero salvo la caballería alemana, el resto de las naciones no se encuadraban en regimientos, tercios o cualquier instancia de mando superior. Este sistema tenía su lógica en el siglo XVI cuando había pocos jinetes, pero con el tiempo el método se convertiría en un grave problema difícil de solventar, ante las complicaciones organizativas y de mando. Los capitanes de caballos no querían estar supeditados a otros, lo que hacía que las unidades carecieran de la coordinación necesaria.

Todavía en tiempos del Cardenal Infante la caballería del ejército de Flandes –reforzada por algunos regimientos veteranos alemanes sacados del ejército imperial y gracias a algunos contingentes de alta calidad traídos por el Camino Español– fue capaz de dar excelentes resultados en la primera fase de la guerra franco-española (1635-1659). Pero en Rocroi ya quedaban pocos de esos veteranos, y la caballería española se demostró inferior a la francesa, que desde hacía algunos años sí que se organizaba en forma de regimientos. En Rocroi (1643) la caballería del ejército de

Flandes fue derrotada por la francesa, retirándose del campo de batalla y dejando desamparada a la infantería española. Pero la derrota sería incluso más doliente en Lens (1648), ya que aunque los tercios españoles iban ganando la batalla a la infantería francesa, se vieron obligados a retroceder por culpa de la caballería, en su mayor parte compuesta por mercenarios loreneses y de otras nacionalidades, que se retiró sin ni siquiera disparar un solo tiro.

La reacción dentro del seno del ejército de Flandes no tardaría en llegar tras la derrota de Lens, castigándose a los culpables y modificando la estructura de la caballería, que a partir de entonces se organizó (salvo para el caso de alemanes y croatas) en tercios. En España, en cambio, el sistema era algo diferente, y la caballería se organizó a través de trozos, aunque el sistema era muy parecido. La introducción de estas modificaciones, junto con la revisión de los métodos de ascenso en la caballería, y la inclusión en esta de muchos soldados veteranos procedentes de la infantería española o italiana mejoraría la situación, y en unos años la caballería ya estaba en condiciones de enfrentarse a la francesa. Su calidad mejoraría con el tiempo, hasta el punto que la caballería sería elogiada por los holandeses y aliados que lucharon junto a España frente a los franceses durante la segunda mitad del siglo XVII.

Durante este período, desde Madrid se intentó mejorar la caballería que combatía en Flandes enviando tropas veteranas desde la península, especialmente españoles. Entre 1668 y el final de siglo se remitieron a Flandes algo más de tres mil desmontados veteranos en varias expediciones, remitiéndose los hombres con su equipo, pero sin sus caballos. La primera entre 1668-1669, enviándose unos mil quinientos efectivos provenientes del ejército que había combatido en Galicia durante la guerra de Restauración portuguesa (1640-1668), aunque más de la mitad de ellos habían llegado años atrás de Flandes. En 1672 llegarán otras dieciséis compañías de españoles desmontados, veteranos de los conflictos peninsulares. Y en 1680 lo harán –por mar desde España– casi quinientos efectivos veteranos del Ejército que había combatido en Sicilia durante la Revuelta de Mesina.



A partir de 1630, las escaramuzas entre caballería serían una tónica bastante habitual en Flandes, como nos muestra este cuadro. En él podemos ver a una caballería con menos armaduras metálicas, disparando sus pistolas muy cerca del enemigo, para después combatir con espadas o cualquier otra arma. Detalle de un cuadro de A. Meulener que muestra un enfrentamiento de caballería.

Museo del Prado, Madrid.

Si bien en Madrid las cosas se veían como positivas, ante la reputación y veteranía de las tropas que enviaba, intentado que no se repitiesen los errores de Rocroi y Lens, evitando tener demasiada caballería mercenaria, en Flandes se consideraba que la llegada de tropas de caballería foráneas no era algo positivo. El motivo era que los capitanes eran los primeros que facilitaban la fuga de sus hombres para poner en su lugar a naturales del país, ya que estos conocían bien el territorio y la

lengua, algo necesario para las funciones que ejercía la caballería en Flandes. Al no haber grandes batallas, sus acciones se limitaban a romper convoyes, llevar avisos y realizar escaramuzas, algo «de que precisamente se hallan privados los españoles que no saben lenguar y el terreno del pays», como afirmaba el gobernador de los Países Bajos en 1671.

Los soldados

La mayor parte de los reclutas del ejército de Flandes –al menos durante el siglo XVI y el primer tercio del siglo XVII– eran voluntarios que se alistaban por muy distintas razones. Ser soldado era una actividad profesional al servicio del rey, por lo que los hombres que se enrolaban debían ser pagados por su trabajo, teniendo el servicio al monarca otras posibilidades de premio, como el ascenso social o en el escalafón, la posibilidad de ejercer otros puestos en la administración y otras variadas contraprestaciones.

LOS ATRACTIVOS DE LA VIDA DEL SOLDADO

Aunque es difícil generalizar, el servicio en las filas del Ejército profesional parece que progresivamente se fue haciendo más atractivo para los sectores más pobres –o menos pudientes– de la sociedad, independientemente de que los alistados fueran nobles o plebeyos. Esto era una realidad bastante habitual en los pocos Ejércitos profesionales de la época o del pasado, especialmente si tenemos en cuenta a las legiones romanas. Pero el caso de la infantería española quizá es algo peculiar, ya que entre los soldados rasos que cogían una pica (arma que durante el siglo XVI la nobleza consideraba más honrosa) también hubo nobles titulados, caballeros o fundamentalmente hidalgos. Es este último grupo el que hará peculiar a la infantería de los tercios, sobre todo en los primeros tiempos, ya que muchos hidalgos se alistarán, impregnando reputación y un halo noble a estas unidades, muy por encima de la infantería de otros países.

Esta cuestión merece una amplia explicación para su mejor comprensión, ya que atendía a las peculiaridades de nuestro país, y a nuestro particular Medioevo y Reconquista. Si bien lo habitual en Europa, salvo escasas excepciones, era una tasa de nobleza muy baja en relación a la población –entorno al 1 o 1,5 %–, entre el 10 y el 12 % de la población castellana era noble, siendo tras Polonia el país europeo que tenía un porcentaje más amplio de población privilegiada. Si bien en Castilla el número de nobles era muy elevado, en Aragón el porcentaje era menor, y en Cataluña no llegaba al 3 %, incluyendo a parte de la nobleza urbana o ciudadanos honrados. A pesar de su abundancia, en Castilla muy pocos eran realmente nobles titulados. Es decir, eran pocos los que poseían un título de marqués, conde, duque..., lo que en gran medida significaba la posesión de tierras y vasallos, pero también tener dinero, poder y un estatus. Realmente en Castilla la mayor parte de los privilegiados pertenecían a la baja nobleza de los hidalgos, que podían ser entre el 80 y el 90 % del estamento. Eso suponía que dentro de la pirámide social de la nobleza, la base –la baja nobleza– era muy amplia.

Los denominados hidalgos de «solar conocido» o «notorios», tenían una difusión territorial muy poco uniforme, concentrándose fundamentalmente en el norte, especialmente en Guipúzcoa, Vizcaya, Cantabria, la montaña burgalesa, Asturias, León –pero en mucha menor medida Galicia–, con la presunción de que casi todo el nacido en la cornisa cantábrica y las montañas ostentaban la conocida hidalguía universal. Algo parecido ocurría en Navarra y la Corona de Aragón, en donde abundaban más los hidalgos en los valles pirenaicos. Pero cuanto más avanzamos hacia el sur menos hidalgos encontramos, aunque al contrario de lo que ocurría en el norte de España, estos tienen más propiedades, tierras, poder y hacienda, frente a los hidalgos norteños que debían labrar la tierra y que en muchos casos no tenían más que unos pocos enseres, e incluso ni siquiera tenían tierras. Lógicamente esta gran masa de hidalgos, especialmente durante el siglo XVI, será particularmente proclive a alistarse en los tercios, donde podía encontrar una forma digna de vida para el estamento privilegiado al que representaban, y también unas posibilidades de mejora social y ascensos. Unas condiciones que en aquel momento sólo ofrecía la carrera profesional de los letrados y administradores de la monarquía, que debían estudiar y pasar primero por la universidad para poder

desempeñar sus funciones.

Parte del atractivo de la vida militar estaba en que el Ejército aseguraba a los soldados unas pagas con las que alimentarse y cubrir sus necesidades. Ciertamente, el salario de un soldado raso de los tercios no era alto, y con el paso del tiempo apenas evolucionó o subió, al contrario que los precios, que con la continua llegada de metales preciosos de América no pararon de subir. Pero si equiparamos el jornal que podía ganar un trabajador sin educación o formación especializada, nos damos cuenta de que un soldado podía ganar más o menos lo mismo. Pero sobre todo, los soldados debían recibir unos sueldos mensuales o socorros diarios combatieran o no, sin tener en cuenta los festivos, días en los que los obreros no trabajaban ni cobraban, pero sí que comían. Esto no dejaba de ser una ligera ventaja, y más si tenemos en cuenta el elevado número de festivos que había en el Antiguo Régimen, incluidos en ellos todos los domingos.

Ser soldado ofrecía cierto amparo y seguridad, además del acceso a una mejor sanidad, bastante avanzada para su tiempo, y la posibilidad de ser mejor atendidos físicamente y espiritualmente por las cofradías formadas en el Ejército. De hecho, el primer hospital militar lo constituyó Alejandro Farnesio en Malinas en 1585, y en 1630 disponía de al menos trescientas treinta camas. Junto con este factor asistencial, los soldados también tenían en el Ejército un sostén económico definido y mensual, que como es bien sabido no siempre se cobraba, pero que sí se podía reclamar al rey o a la pertinente contaduría del Ejército, ya fuera en persona o por medio de viudas o herederos. Pero sin duda un elemento muy importante es que todos los militares tenían ventajas ante la ley, ya que formaban parte de la jurisdicción militar, tenían un fuero propio, y por lo tanto la jurisdicción civil no podía actuar contra ellos, salvo con el expreso consentimiento del consejo de guerra, o en última instancia del rey o su representante directo en los territorios. Los mandos superiores del Ejército, y en esencial los prebostes, eran los que tenían capacidad de juzgar en primera instancia los delitos de los soldados y castigarlos, pudiendo estos apelar al consejo de guerra, los virreyes o gobernadores generales, o al rey. El fuero militar, entre otras muchas cosas, eximía a los militares de alojamiento de tropas en sus casas o viviendas, de algunos impuestos –fundamentalmente las cargas concejiles, gravámenes locales o impuestos directos–, de quedar presos por deudas o perder sus armas por dicho motivo. Además se les concedían otras prerrogativas sociales que los diferenciaban del resto del común, ya que se les permitía llevar armas blancas y de fuego prohibidas, o poder llevar trajes suntuosos a su gusto. En resumen, eran unos privilegios formales y sociales muy atractivos ante el común.

Si bien los militares podían disfrutar de estos beneficios, el precio era servir en el Ejército de por vida, ya que cuando se alistaban firmaban un compromiso que los ataba al Ejército hasta que murieran o el rey les concediera licencia para retirarse. Sin esta licencia oficial concedida por sus superiores, los soldados no podían abandonar sus unidades, por lo que si lo hacían eran considerados desertores y podían ser perseguidos, encarcelados o condenados a volver al Ejército o a destinos mucho peores como los presidios del norte de África. En ocasiones incluso eran condenados a galeras o ejecutados, aunque sólo en casos excepcionales se ponía en práctica la pena capital.

Realmente se reconocía a los soldados de los tercios como unos luchadores que combatían por honor, por lo que los ordenamientos legales les daban un estatus privilegiado, y ningún militar podía ser condenado a pena «afrentosa» por delito alguno, salvo excepcionalmente la traición, lo que en general significaba que en los castigos apenas se aplicaban penas corporales, ya que estas eran

consideradas indignas por los soldados españoles. Durante el siglo xvii la falta de pagas hizo empeorar las condiciones de vida y la disciplina, e incluso excepcionalmente algunos mandos aplicaron duros correctivos a sus soldados, penas físicas o el uso de grilletes; acciones que en pocos casos fueron aprobadas por el consejo de guerra, ya que se comprendía que faltando las pagas no se podía exigir el mismo grado de disciplina, ya que la necesidad y los padecimientos de los soldados podían estar por encima de la legislación militar. De hecho, incluso en el siglo xvii, era difícil ver alguna de las imágenes típicas de los ejércitos del siglo xviii, en los cuales los soldados padecían vejaciones e importantes castigos físicos como latigazos o baquetazos, ya que en ellos los oficiales tenían mucho más poder sobre sus subordinados. A pesar de todo, como veremos, la desertión fue un problema constante.

LOS MOTIVOS PARA ALISTARSE

Es difícil conocer las motivaciones particulares de los soldados que se alistaban en los tercios, ya que en muchos casos la tratadística militar y la literatura de la época nos transmiten una imagen algo distorsionada y demasiado idealizada. Muchos de los soldados que nos han transmitido sus memorias o diarios lógicamente sabían leer y escribir, y pertenecían al estamento privilegiado, por lo que su experiencia o sus motivos no son los habituales. Por otro lado, los tratadistas militares no dejan de ser teóricos que escriben a menudo con ciertos intereses y en honor a un patrón, y que en muchos casos pretenden premios, ascensos o reconocimiento, y en ocasiones no dejan de ser unos «generales de salón» que nos transmiten una imagen teórica e idealizada del mundo militar. En todos estos escritos, siempre palabras como «honra» o «servicio al rey» están presentes muy por encima de otras motivaciones que seguramente fueron mucho más comunes. Pero por encima de todo parece claro que los soldados de esta época eran unos profesionales que habían optado por ese oficio para ganarse la vida. Como bien decía una máxima de La Rochefoucauld (escritor, aristócrata y militar francés, 1613-1680): «En los soldados rasos el valor es un oficio peligroso que han abrazado para ganarse la vida».

En general parece que muchos de los soldados que sentaban plaza no lo hacían como primera opción, ya que huían de un severo padre, de la servidumbre o de su destino como aprendiz en un taller. En algunos casos también había sujetos que escapaban de la justicia, motivo por el que se alistaban e incluso cambiaban de nombre, para así evadir la jurisdicción ordinaria y empezar una nueva vida. Otras veces se trataba de jóvenes con ganas de ver mundo o personas que querían una nueva oportunidad o una vida mejor. Incluso algunos se alistaban para progresar socialmente y ganar honra, aunque estos últimos siempre escaseaban. Pero como expresan algunos autores de la época, la mayoría se alistaban por necesidad, como bien afirmaba Cervantes en el *Quijote*: «A la guerra me lleva mi necesidad; si tuviera dineros, no fuera, en verdad».

Los que se alistaban por motivos económicos, en busca de un trabajo digno o para intentar progresar, tenían diversos incentivos de carácter económico en el momento de alistarse y durante el proceso. Por un lado estaban los socorros, cantidades adelantadas periódicamente por la administración que en el fondo eran una parte del sueldo mensual de los soldados, entregadas para que estos se sustentasen durante el alistamiento, ya que aunque disponían de alojamientos gratuitos debían costearse su propia alimentación. Siempre se intentó que los soldados estuviesen puntualmente pagados por los comisarios mientras se alistaban, por lo que con el tiempo la administración fue mejorando el sistema para erradicar los problemas y las tensiones con la población local. A lo largo del siglo XVII, los socorros pasaron a ser diarios, y no cada diez días, pagándose a cada soldado en «mano y tabla propia», directamente sin la intervención de los propios oficiales, intentándose así remediar los frecuentes atropellos realizados en el siglo XVI, cuando los capitanes abusaban de sus funciones, reteniendo los sueldos de sus hombres y siendo su prestamista particular. Los socorros solían consistir en el pago diario de entre dos y cuatro reales de vellón, dependiendo de la época, de la evolución de los precios y la demanda de reclutas. Esta cifra suponía,

más o menos, el salario normal de un día de trabajo para un trabajador no cualificado, siendo suficiente para que los soldados cubriesen mínimamente su sustento diario.

Además de los socorros, en ocasiones también existieron las primas de enganche, dinero en metálico que se entregaba a los voluntarios en el momento de alistarse. Pese a la creencia popular, dentro del sistema administrativo de reclutamiento por el cual se alistaban los españoles, no se solían dar primas de enganche. Nunca esta había sido una norma escrita, sino más bien una medida puntual que se realizaba para acelerar el alistamiento. A los ojos del consejo de guerra, la entrega de primas de enganche suponía encarecer aún más los costes, por lo que sólo en contadas ocasiones se mostraba partidario de ello, pese a que las primas –si había voluntarios– propiciaban un menor desgaste en las compañías y la reducción del tiempo de recluta. En algunos momentos puntuales, y muy especialmente a lo largo de la segunda mitad del siglo XVII, se comenzó a dar un dinero extra a los que se alistaban, pero nunca más que el dinero equivalente a unos pocos días de socorro. Parece que hasta finales del siglo XVII la Corona no dio primas de enganche a los soldados alistados en las compañías que se formaban mediante su administración directa, en gran medida porque disponía de un verdadero monopolio reclutador y sus levas no tenían excesiva competencia. Pero la proliferación del reclutamiento intermediario, realizado por ciudades y particulares, que entregaban altas primas de enganche, hizo que el consejo de guerra se tuviera que rendir ante la evidencia y que se empezaran a dar primas de enganche a todos los voluntarios que se alistaban, como se hacía en muchos ejércitos europeos, o se practicaba por los asentistas que reunían soldados extranjeros para los ejércitos del rey de España. De hecho, dentro del reclutamiento intermediario, las primas de enganche estaban muy extendidas, y se usaban habitualmente por las asentistas y capitanes particulares para reunir cuanto antes el número de soldados a los que se habían comprometido con la Corona. Algunos empresarios pagaban cantidades muy elevadas a los que se alistaban, llegándose a ofrecer elevados pagos en plata, algo poco habitual. Esta medida podía hacer que las compañías se completasen rápidamente, aunque los alistados por esta vía no siempre eran de la mejor calidad, y cuando podían desertaban, algo que a los asentistas no siempre les importaba debido a que sus responsabilidades solían terminar al entregar las tropas a los oficiales del Ejército.

Desde siempre, la pobreza ha sido el mejor sargento reclutador, algo que corroboran diversos factores que indican que muchos de los que se alistaban lo hacían por dinero o por necesidad, como una manera de escapar de la escasez, la miseria y el hambre. Sin duda alguna el notable aumento del tamaño de los ejércitos que produjo la Revolución militar pudo tener lugar por la expansión urbana y demográfica del siglo XVI, pero también por la facilidad que había para encontrar gente sin recursos que abrazara la vida militar para intentar salir de la pobreza o la marginación. Con mucho acierto, F. Cardini ha identificado a la infantería, el arma triunfante del siglo XVI, como «el gran alarde de miseria de Europa». De hecho siempre existió una estrecha correlación entre los ciclos de malas cosechas y el aumento de los voluntarios. Esto lo podemos observar muy claramente en ámbitos isleños, donde la capacidad de emigrar era más limitada. Así, en las islas Canarias –en donde a partir de mediados del siglo XVII se empiezan a reclutar hombres, especialmente para Flandes– las levas más numerosas y que se ejecutaron en menos tiempo coincidieron con malas cosechas, plagas de langosta u otros fenómenos negativos para la actividad agrícola.

También era muy común que los originarios de las zonas fronterizas, o las arrasadas por un ejército o un conflicto bélico optaran por alistarse para salir de la pobreza a la que la guerra les había llevado. También la guerra, la derrota y la posterior huida del hogar o el país, en muchos casos

solía generar numerosos voluntarios para los ejércitos de otras naciones aliadas, algo que fácilmente se puede comprobar ante el elevado número de refugiados irlandeses católicos que se alistaron en los ejércitos europeos, y también muy especialmente en el ejército de Flandes. Si bien estos dos factores no originaron demasiados voluntarios en el caso español, ya que hasta bien entrado el siglo XVII la península ibérica se vio prácticamente libre de la guerra, sí que contribuyeron a aumentar los efectivos del ejército de Flandes, con hombres reunidos en los Países Bajos, Alemania, las islas británicas, Lorena y Alsacia o refugiados franceses, entre otros.

El botín

La idea de obtener un jugoso botín con el que hacerse rico e incluso cambiar de vida fue para muchos un motivo más para alistarse. La guerra siempre daba oportunidades para que algunos progresaran, aunque fuera a costa de otros, ya que pocos soldados se podían hacer ricos con la simple paga que recibían. Es cierto que algunos se enriquecieron con los saqueos y pudieron amasar una importante fortuna, aunque los que lo consiguieron no fueron demasiados, pese al bien conocido tópico. Los botines, y no las irregulares soldadas, fueron los que movieron y mantuvieron a buena parte de los ejércitos y mercenarios que combatieron durante la guerra de los Cien Años, que vivían principalmente del saqueo o de lo que podían sacar de la población. En esa época se practicaba un modelo de guerra económica basada en las cabalgadas, que pretendían arruinar al enemigo asolando las zonas por donde pasaban. Pero conforme se va fraguando el Estado moderno en Europa, y los conflictos se van alargando en el tiempo, esta clase de guerra de tierra quemada no parecía adecuada, ya que también podía producir el empobrecimiento y el hambre en las propias filas. Era mucho mejor pactar la rendición a cambio de dinero o cualquier contribución, e intentar conquistar las ciudades y fortalezas fuertemente defendidas donde los lugareños guardaban todas sus riquezas y pertenencias, ya que si estas no se rendían a tiempo, podían ser saqueadas a placer por sus conquistadores.

Si bien durante el siglo XVI el botín y el saqueo a las grandes ciudades continuó como una práctica habitual dentro de los grandes ejércitos europeos —especialmente cuando las tropas no podían ser pagadas—, el avance en los sistemas de fortificación hizo que los asedios costaran cada vez más dinero, tiempo y vidas humanas. La reducción de los asaltos y saqueos sobre las ciudades fue paulatina, y se debió tanto a las leyes como fundamentalmente a la evolución de la poliorcética, que no permitía que los asedios fueran fáciles. Las ciudades provistas con murallas con bastiones modernos, revellines y varios recintos fortificados eran una empresa costosa en recursos y hombres, por lo que los mandos militares preferían evitar un asalto frontal en el que perderían irremediablemente a miles de sus soldados. Generalmente los grandes ejércitos preferían llegar a un pacto para que la ciudad se entregase cuando una parte del lienzo de la muralla más interior se derrumbase por la acción de minas o la artillería, ofreciendo a la ciudad la rendición bajo condiciones a cambio de evitar el saqueo, y respetar las vidas y haciendas de la población civil. Esto permitía reducir la duración de los asedios, ahorrar hombres y recursos, mientras que las ciudades tomadas, aunque no fueran saqueadas, aprovisionarían y pagarían al ejército que las ocupaba. A la altura de la segunda mitad del siglo XVII, la posibilidad de un saqueo como el de Roma (1527) o Amberes (1576), era virtualmente imposible, salvo en regiones poco avanzadas o ciudades sin

fortificar, mermando notablemente la capacidad de beneficio de los simples soldados.



Grabado de Frans Hogenberg que representa la *Furia española sobre Amberes* (1576). Tras socorrer a sus compañeros situados en la ciudadela, los españoles vencen a los rebeldes y emprenden el saqueo de la ciudad. Sin duda el botín obtenido sería el más productivo de todos los de la guerra. Rijksmuseum, Ámsterdam.

Algunas coyunturas ayudaban a los soldados a enriquecerse, al solaparse distintas circunstancias. Así, tras la Pacificación de Gante, los 5.334 españoles supervivientes que recorrieron en sentido opuesto el Camino Español –de Flandes a Milán–, llevaban cada uno media tonelada de impedimenta fruto de los recientes saqueos como los de Malinas o Amberes, además de las bolsas llenas al haber cobrado recientemente parte de sus atrasos. Durante las primeras fases de la guerra de los Ochenta Años, se produjeron numerosos saqueos sobre las opulentas ciudades flamencas, que en muchos casos no disponían de importantes y modernos recintos amurallados. En ese período, el pillaje fue especialmente productivo para los soldados españoles, ya que un contemporáneo (F. Lanario y Aragón) afirmaba que los tres días que duró el saqueo de Amberes debieron de conseguirse al menos veinte millones ducados, e incluso algún soldado llegó a reunir diez mil ducados. Esta clase de beneficios rápidos hacían que algunos soldados optasen por retirarse a sus hogares sin esperar a cobrar sus atrasos, como ocurrió tras el saqueo de Malinas (1572).

Pero lo que rápido llegaba también se perdía con velocidad, porque no siempre el botín se podía transportar o servía para comer. Los que verdaderamente hacían su agosto con el botín eran los vivanderos y comerciantes que acompañaban y vivían de cubrir las necesidades de los ejércitos, que a la postre eran los que más ganaban con esta clase de actividades, ya que podían cobrar las deudas que los soldados tenían con ellos y comprar géneros de lujo a precios irrisorios.

Los saqueos, el mal comportamiento de las tropas, sus depredaciones y abusos influirán negativamente en la leyenda negra española, aunque la otra cara de la moneda era que las noticias de botín podían animar a muchos a alistarse. La buena fortuna adquirida por los que participaron en esos saqueos se transmitió boca a boca durante décadas, y habitualmente los reclutadores contaban esa clase de historias para animar a los jóvenes a alistarse. Pero esa posibilidad de enriquecerse, aunque era real, estaba muy lejos del alcance de la mayoría, siendo muy pocos los que se hicieron ricos. Un escritor francés contemporáneo, Émeric Crucé, afirmaba en 1623 que por cada dos soldados que se

enriquecían con la guerra otros cincuenta sólo conseguían heridas y enfermedades incurables. Es difícil valorar dicha afirmación, aunque está claro que conforme fue pasando el tiempo la capacidad de los soldados para obtener importantes botines, como hemos visto, se redujo considerablemente.

Ascenso social

Otro motivo que ofrecía el Ejército a la hora de alistarse era la posibilidad de promocionar socialmente —especialmente para un español llegar a ser hidalgo—, y poder conseguir honores que no estaban al alcance de personas humildes, como un hábito de una orden militar o incluso un título nobiliario. La profesión militar generó importantes procesos de ascenso social durante la Edad Moderna, de ahí la alta valoración de los militares y su mundo durante importantes períodos de la historia, y la capacidad de atraer voluntarios hacia los ejércitos españoles que luchaban en Europa. Los tratadistas militares del siglo XVI se empeñaron hasta la saciedad en formular las incomparables oportunidades que ofrecían las armas, que bajo su punto de vista eran la más virtuosa de todas las artes y ciencias, a la vez que la fórmula más meritoria para obtener la promoción social que toda persona de aquella época codiciaba.

El ennoblecimiento era sin duda una de las máximas aspiraciones de todos los plebeyos que luchaban en el Ejército. En teoría, la obtención del grado de capitán conllevaba la consideración de hidalgo, algo que era un premio a los que tras una larga carrera (en ocasiones más de veinte años de servicio en el Ejército) podían acceder a tal grado, al que optaban en mucho mayor número los privilegiados, consiguiéndolo con menos méritos y años de servicio. Durante el siglo XVI, y en menor medida durante el siglo XVII, este sistema premiaba a los soldados de fortuna que tras unos largos y destacados servicios podían aspirar a una merecida promoción social al estamento noble, convirtiéndose el Ejército en un verdadero aliviadero social y una oportunidad para muchos. Así expresaba este concepto uno de los tratadistas militares del siglo XVII (De la Sala y Abarca): «[...] los pobres soldados de fortuna, que con su sangre, y a fuerza de mérito, llegan a ser capitanes, podrán competir con los de más ilustre sangre, [...] siendo la sangre derramada, prueba de su hidalguía».

El cambio de consideración era un premio interesado, ante la preferencia de que los soldados no estuvieran mandados por hombres de sangre inferior, algo que podría provocar tensiones o enfrentamientos en el seno de una compañía. Los mandos militares intentaban así que las unidades militares fueran un fiel reflejo de la sociedad, y que la cúspide de estas estuviera en manos de sujetos privilegiados, los mismos que controlaban los ayuntamientos, copaban las regidurías y conformaban la elite social de cualquier municipio.

Pese a ello, no debemos ver el Ejército de Austrias como un Ejército estrictamente estamental, ya que muchos oficiales no eran de origen noble, algo que generalmente sí que ocurría en el resto de los grandes ejércitos europeos, como el francés, el inglés o el imperial; y que terminará imponiéndose en la España del siglo XVIII. El Ejército español de la época era, ante todo, un cuerpo abierto socialmente, por lo que la figura de los oficiales no estaba vetada a los plebeyos, que aunque no competían en igualdad de condiciones, sí que podían obtener el puesto de capitanes tras unos destacados servicios.

Durante el siglo XVI se producirán importantes procesos de ascenso social, ante las grandes

posibilidades que ofrecía la vida militar y sus recompensas. La creación de los tercios, pese a ser cuerpos de infantería, suscitó un alto grado de aceptación y atracción hacia sus filas de caballeros, hidalgos y plebeyos, especialmente por la creencia de que realizar cualquier trabajo manual o dedicarse al comercio era un deshonor a la condición privilegiada. Además, el ejercicio de las armas por parte de plebeyos, y la profesionalización de los ejércitos —y muy especialmente el de la Monarquía Hispánica—, supondrá un importante cambio mental, ante la clara relación entre la nobleza y la guerra. Pero con el tiempo, las posibilidades de ennoblecimiento y enriquecimiento a través de las armas fueron más escasas, y ser soldado dejó de ser algo bien visto, convirtiéndose en una profesión más marginal, a la que se llegaba por necesidad económica o por obligación, y no tanto por gusto. Aunque los voluntarios siguieron existiendo, parece que escasearon con respecto al siglo XVI, tanto por motivos demográficos, como porque durante el siglo XVII la guerra había cambiado, y ya no era una fuente de enriquecimiento fácil.

A mediados del siglo XVII ya ningún padre estaba orgulloso de que su hijo fuera soldado. Especialmente a partir de la década de 1640, la presencia de convictos y forzados dentro de las compañías que se reclutaban fue habitual, lo cual no sólo influía en la calidad de la tropa —especialmente en los ejércitos formados en España para actuar contra catalanes y portugueses—, sino que también en la estima de la vida militar. En 1648 llegaban a Cádiz 119 soldados alistados en Sevilla, de los que 30 eran voluntarios y los 89 restantes presos condenados a servir en el Ejército por algún tiempo, ya que no había sido posible encontrar voluntarios. Eso significaba que en algunas coyunturas más o menos tres de cada cuatro soldados que se enviaban al Ejército eran forzados. Esto ocurrió muy a menudo en los ejércitos peninsulares de mediados y finales del siglo XVII, pero aunque en algunos momentos se mandarían forzados a Flandes, parece que la élite de todas las unidades españolas siguió contando con muchos más voluntarios entre sus tasas de reemplazo, ya que la Corona intentó siempre no destinar esta clase de reclutas al ejército de Flandes. Por un lado estaba la reputación de la nación española, y de estos cuerpos de élite, pero también que la práctica no dejaba de ser ridícula y contraproducente, ante la enorme complicación logística y el coste de enviar un recluta a miles de kilómetros de su tierra de origen para que desertaran al poco de llegar.

La inclusión de condenados en las compañías voluntarias reclutadas en España, pese a que fuera de manera muy limitada, fue un problema difícil de solventar. Desde finales de la década de 1630 su inclusión fue habitual, ante la proliferación del reclutamiento y la urgente necesidad de soldados. La medida implicaba el alistamiento de forzoso de todos aquellos que por sus delitos merecieran ser encarcelados o desterrados, conmutándoseles la pena a servir por un tiempo limitado en el Ejército. Con ello se esperaba que el reclutamiento se agilizase en todas partes, y que las compañías voluntarias se completasen más rápidamente. Pero lo que realmente se consiguió no siempre fue eso. El agotamiento militar y la falta de fondos se tornaron dramáticos a la altura de la década de 1650, por lo que pocos eran tentados a alistarse, cumpliéndose los cupos para los ejércitos de Cataluña o los formados contra Portugal gracias a la aplicación de penados y forzados. Los voluntarios nunca quisieron servir junto a estos, por lo que el sistema, si bien podía aumentar las compañías, a la larga tuvo un efecto negativo, al desanimar a muchos a entrar en el Ejército. Ya en 1657 el consejo de guerra, en nombre de muchos militares, pedía al rey: «que a ningún delincuente se le condene a campañas, pues no es decente que personas que por sus delitos merecen ser castigados se pongan entre los que a costa de su sangre procuran adelantarse en el servicio».

Pese a la queja, lo cierto es que la solución era complicada, por lo que siguió siendo común que

algunos condenados se incluyesen en las compañías, aunque su número nunca fue excesivo. Durante el reinado de Carlos II se intentó minimizar la práctica, intentando mejorar las condiciones de servicio y paga en el Ejército, consiguiéndose algunos logros, como la formación de los tercios provinciales. Con el tiempo, los condenados y desertores empezaron a ser destinados a los presidios norteafricanos, ya que se necesitaban hombres en todos los frentes y era difícil encontrar voluntarios que accedieran a servir en ellos. Progresivamente, estas plazas fronterizas se llenaron de esta clase de tropa, hasta el punto de que el término «presidio» terminó degenerando a un significado diferente y mucho más peyorativo, cuya acepción hoy en día utilizamos.

La religión

En algunos casos se ha esgrimido la religión como un motivo para alistarse en los Ejércitos de la Edad Moderna. Es cierto que desde los pulpitos se insistió en la defensa de la cristiandad frente al avance musulmán y la lucha contra los herejes, pero es difícil valorar hasta qué punto repercutió en las tasas de reclutamiento. Ciertamente el odio religioso a lo distinto, o la lucha contra el hereje, conllevó algunas situaciones en las que grupos de nobles o caballeros sirvieran voluntariamente motivados por su afán de dar su merecido a los enemigos del catolicismo. Sin duda la Gran Armada (1588) contra Inglaterra se benefició de los odios suscitados, y muchos pudieron alistarse por ese motivo. Pero lo cierto es que cualquier situación de este tipo sólo conseguía aumentar el ejército preparado para esa actuación, y los voluntarios de ese tipo terminaban abandonando el ejército a los pocos meses, o al acabar la campaña. Después volvían a sus casas en donde podían esgrimir su actuación durante generaciones para conseguir mercedes ante el rey o una corporación municipal.

En una sociedad tan practicante y religiosa como la española de ese tiempo, en donde el activo catolicismo tradicional y el más reformado y redefinido tras el Concilio de Trento estaban en puja, es lógico que la fe motivara conciencias, en especial para luchar contra el hereje. La abundante literatura histórica y los cronistas de la época hablan de los ejércitos del rey católico en Europa de manera contradictoria. Por un lado, la rama más oficialista, y los grandes cronistas, nos pintan un ejército de Flandes de manera muy idealizada, con unos soldados muy devotos, practicantes y muy apegados a sus santos. Si bien esto podía ser cierto, y podía haber muchos devotos entre ellos, no sabemos hasta qué punto sería una realidad generalizada o mera propaganda. De hecho, otros escritores religiosos critican al ejército e intentaban que los soldados cambiaran sus malas costumbres, como la irreverencia hacia los sacerdotes, a la vez que advertían de la poca vocación cristiana de los soldados, y su enorme afición al juego, la blasfemia, el saqueo de iglesias, la bebida o las mujeres públicas.

La lucha contra el enemigo musulmán, y en especial contra el turco, motivó el alistamiento en algunas situaciones concretas, como la campaña de Lepanto (1571), pero no parece que esta idea de cruzada perviviera de una manera continua. La situación de los presidios norteafricanos, siempre amenazados, y la problemática de los socorros para liberarlos demuestran que aunque siempre tuvieron el apoyo local, no siempre hubo los suficientes voluntarios que quisieran luchar por la cristiandad en África. Un caso opuesto, pero que sí obtuvo un apoyo popular significativo –ante la gran difusión en las gacetas de la época– fue la cruzada imperial para liberar Hungría a finales del

siglo XVII, que propició que muchos soldados veteranos de Flandes pidieran licencia para servir en el Ejército imperial, en el que se incluyeron algunos nobles españoles y un grande de España, el duque de Béjar. La cruzada tuvo una especial acogida entre la nobleza, participando en la liberación de Buda (1686) un selecto grupo de españoles que se destacó en la toma de la ciudad. El gran apoyo popular de la empresa coincide en el tiempo con el imparable avance marroquí en los enclaves cristianos del norte de África, que no conllevó que en España hubiera tantos voluntarios que quisieran ir a socorrer dichos enclaves, o liberar los ya perdidos.

Entre los exiliados que tomaron las armas por España la religión sí que fue un motivo más para alistarse, según lo que ellos mismos decían. Pero ciertamente, por mucho que se empeñaran en ello, este no era el principal, ya que al tener que exiliarse forzosamente debían consagrarse al servicio de las armas para sobrevivir, como les ocurrió a muchos irlandeses que en diferentes coyunturas huyeron de la isla, debido a la represión inglesa, para incorporarse a los ejércitos españoles.

Durante la Edad Moderna siempre estuvo presente en España la cuestión religiosa. La lucha contra la herejía o la expansión otomana fueron factores importantes en la política y la diplomacia, pero dentro del Ejército no parece que las cosas fueran de igual modo. Desde el siglo XVI, soldados protestantes habían luchado en los ejércitos de la Monarquía Hispánica, especialmente alemanes, al igual que en las plazas musulmanas siempre se contó con soldados musulmanes, mogataces, y en Orán incluso algunos judíos. Estos últimos, siempre que se pudo, sirvieron en pequeños números, poco relevantes en el conjunto. Pero desde mediados del siglo XVII los reparos hacia la religión se dejaron totalmente a un lado. Los primeros soldados protestantes llegaron a España para servir en el ejército de Cataluña en 1648, tras la paz con Holanda, habiendo en los primeros contingentes una amalgama de holandeses, británicos, alemanes e incluso suecos. Nunca antes se había permitido abiertamente el servicio de soldados de otras religiones en los ejércitos de España, aunque las primeras tropas protestantes sirvieron en el ejército de Flandes mucho antes, incluso desde finales del siglo XVI.

Otro elemento más que incide en esa apreciación, de que la religión no fue un elemento tan esencial, es el hecho de que especialmente durante la segunda mitad del siglo XVII hubo muchos menos religiosos entre las tropas. Si bien desde el siglo XVI se había establecido que podía haber un capellán por compañía, además de un capellán mayor por cada tercio; a partir de esa época las unidades españolas sólo dispondrán de un capellán mayor y su ayudante, bajando mucho el ratio de presencia de religiosos entre las tropas, todo un signo de cambio.

LOS REQUISITOS DEL SOLDADO

El capitán reclutador era el encargado de comprobar la calidad de los soldados que alistaba, algo que era verificado por los comisarios reales y los contadores que recibían las tropas al sueldo, y procedían a su inspección, especialmente si se embarcaban para Flandes o Italia. Las instrucciones despachadas a los capitanes por el consejo de guerra les aconsejaban que tuvieran cuidado, y siempre recibieran en sus compañías a gente útil y «conocida», sin admitir a rufianes, fulleros y gente de mal vivir. Cuestión que estos debían tener bien presente, ya que todos los gastos provocados por los posibles daños ocasionados por la compañía –tanto en el alojamiento, como en su tránsito a su destino– correrían por cuenta de los capitanes, que sin duda cuidarían la disciplina de su tropa para que su bolsillo no se resintiera. También el capitán debía cuidar no admitir a ningún soldado que hubiera servido antes, ya lo hubiera hecho en España o en los ejércitos no peninsulares, salvo en caso que hubieran tenido licencia de sus superiores. En caso de que se descubriera que el capitán admitía desertores, podría ser castigado por los comisarios. Para atajar el problema, también se les prohibía poder dar licencia a cualquier soldado o admitir a cualquiera con licencia, para evitar el paso de los soldados de una compañía a otra, siendo el transfuguismo otro problema bastante grave.

Pese a las reglamentaciones siempre se aceptó de buena gana la presencia de militares veteranos y oficiales reformados –que ya no tenían puesto en activo, pero que cobraban un sueldo superior pese a servir como simples soldados– entre los nuevos reclutas. Para un capitán esto significaba más experiencia al conjunto de sus hombres, y si el capitán lo necesitaba podrían ayudar a sus oficiales a disciplinar y entrenar a los bisoños, recibiendo a cambio alguna de las ventajas o sobresueldos que el capitán podía repartir entre sus hombres. Pero el problema de la desertión fue tan grave a la altura de mediados del siglo XVII que en muchos casos se intentó prohibir la presencia en las nuevas reclutas de reformados, para evitar alistar de nuevo a gente que ya habían servido en el Ejército y que había desertado o huido de él por la falta de pagas. Con esta orden, la Corona intentaba que no se repitiesen excesos, ya que lo que se pretendía era el reclutamiento de nuevos soldados, y no que los desertores tuvieran una salida fácil tras permanecer durante meses en sus hogares o en la corte pretendiendo nuevos puestos y ascensos.

Las instrucciones despachadas a los capitanes reclutadores insistían en que estos debían corroborar que sus hombres cumplieran unas condiciones mínimas aceptables para ser soldados. Estas exigencias no variarían demasiado a lo largo del tiempo, determinándose que todos fueran útiles, y que no fueran demasiado viejos o demasiado jóvenes, ni que estuvieran enfermos o tuvieran algún mal contagioso, insistiéndose en que entre los hombres no hubiera ningún fraile o clérigo en hábito de soldado, exceptuándose al capellán. Los hombres debían estar sanos y no tener ninguna afección, sobre todo enfermedades contagiosas como la sarna, lepra o tiña, ante la posibilidad de que pudieran propagarlas entre sus compañeros.

Pese a la creciente dificultad de encontrar voluntarios para el Ejército, durante casi todo el siglo XVII las autoridades militares españolas seguían decididas a contratar a los mejores soldados que podían encontrar, especialmente si se pensaban destinar al servicio en Flandes o Italia, ante el

enorme coste material y económico de su transporte. Con el paso del tiempo, la única variación dentro de estas órdenes la encontramos en cuanto a la edad mínima para aceptar a los soldados. Si bien en el siglo XVI se exigía que los nuevos reclutas tuvieran al menos veinte años –algo que por lo que sabemos no siempre se cumplía–, desde comienzos del siglo XVII se rebajará esta cifra en las órdenes a los dieciocho años. Siempre se esperaba que los capitanes lograran ir enganchando a todos los soldados que pudieran, siendo necesario que estos fueran «de nación española y hábiles para el manejo de las armas», y que tuvieran al menos dieciocho años y no pasasen de los cuarenta. Cambio en los requisitos de edad que sin duda nos demuestra hasta qué punto ya la necesidad de hombres habría hecho que en el siglo XVII se exigiera menos a los reclutas, ante la pérdida poblacional que sufrió especialmente Castilla a partir de la década de 1580.

En ocasiones también se pedía a los nuevos reclutas ciertas cualidades morales y buenos hábitos, pretendiendo así alistar hombres de buena moral. De esta manera, al capitán don Diego de Hoyos se le pedía, en 1658, que los hombres que reclutara en la ciudad de Tarifa tuvieran una calidad óptima, ordenándole: «Tendréis particular cuydado de no reçivir soldados inquietos y de mala vida, y que tengan delitos por donde deban ser castigados, y principalmente rufianes, ni fulleros, sino que sea gente vtil, conocida y de servicio, procurándolo berificar como mejor se pudiere».

No siempre las instrucciones eran específicas en cuanto a diferentes cuestiones, como por ejemplo lo que denominaríamos el estado civil de los soldados. Las instrucciones, salvo en contadas excepciones, no hacen referencia a la necesidad de que los alistados fueran solteros, algo que sólo vemos presente en algunas unidades de élite, como el reclutamiento en Castilla, en 1676, de nuevos refuerzos para el Regimiento de Guardia, o también conocido como Chamberga. Si bien algunos autores, como Parker, afirman que por lógica los capitanes reclutadores elegían a gente fornida, de más de quince años y menos de cincuenta, sanos y solteros, nunca los comisarios corroboraban esto último. Es cierto que los capitanes preferían gente joven y soltera, ya que tener que mantener una familia era considerado una carga para el Ejército, ante la mayor necesidad de fondos de los soldados casados y con familia. Los soldados debían cambiar de destino continuamente, algo que no siempre permitía crear unos profundos lazos familiares, o dar estabilidad alguna. Por eso mismo los mandos siempre preferían que sus soldados fueran solteros, por lo menos al inicio, lo que no quitaba para que aceptaran que buena parte de sus soldados –en especial los más veteranos o los oficiales– hubieran formado una familia, formara esta parte de los acompañantes del ejército o no.

En cuanto a las edades –a pesar de los requisitos–, lo cierto es que a partir de 1640 se permitía el alistamiento de menores de dieciocho años, algo que fue bastante común, y el de mayores de cuarenta años, aunque estos solían ser muy pocos. En este sentido, el consejo de guerra demostró distintos raseros de tolerancia, ante la enorme necesidad de tropas. Si bien los alistados de menos de doce o trece años eran despedidos y enviados de vuelta a sus casas, debiendo incluso acudir a la medición de la estatura de las tropas para intentar estimar las edades, los de dieciséis años o más solían ser aceptados sin problemas, mientras que a los que tenían catorce o quince se les permitía permanecer en las compañías siempre y cuando pudieran ser despachados a Italia, ya que en poco tiempo se podrían entrenar y formar como soldados, teniendo allí unos buenos alojamientos en donde permanecer hasta estar listos para servir.

Parte de esta problemática la podemos observar gracias a la correspondencia de los representantes del rey en los puertos cantábricos por donde se embarcaban las tropas hacia Flandes. En el reclutamiento voluntario se intentaba continuamente revisar la calidad de las tropas

despachadas por los capitanes. Si bien la mayoría de los hombres remitidos por estavía era de buena calidad, no en todas las compañías ocurría lo mismo, y en alguna se tuvieron que desechar bastantes hombres por estar enfermos o por no tener la edad necesaria para servir como soldados. Si bien en 1671 las instrucciones enviadas habían rebajado la edad mínima de los reclutas a los dieciséis años, no todos los capitanes observaron dicha orden. Así, de la compañía del capitán don Mateo Montero de Espinosa, que llegó de la ciudad de Valladolid con ochenta y un hombres, se hubieron de despedir once hombres por ser muchachos de once a doce años, mientras que de la compañía reclutada por el capitán don Fernando Rocafull se despidieron tres por el mismo motivo y otros siete por enfermos que padecían «achagues incurables».

Peor resultado daban los reclutamientos que tenían un carácter más obligatorio, y que se gestionaban a través de los poderes locales, que sólo estaban interesados en cumplir con el número, aunque los alistados no tuvieran la calidad necesaria o cumplieran los requisitos. En 1676, el Principado de Asturias formó un tercio para servir en el ejército de Flandes, ocupándose directamente del reclutamiento de tropas, siendo forzados la mayoría de los alistados por sus propias comunidades. Se prefería que los soldados fueran solteros y sin cargas familiares, por lo que los jóvenes menos pudientes fueron una presa fácil para cumplir los cupos impuestos a los pueblos y concejos. Las tropas se apiñaron durante meses en las cárceles del principado y un seminario adecuado como cuartel, cundiendo las enfermedades entre la tropa, ante la demora de su pasaje a Flandes. Los informes realizados en Flandes a su llegada afirmaban que los hombres enviados desde Asturias eran inútiles para el servicio, estaban mal equipados y la mayoría enfermos. A pesar del tradicional valor de los asturianos, se decía que la mayor parte de los alistados eran niños de once a trece años, a la par que otra gran parte demasiado viejos e imposibilitados, ante las enfermedades, con lo que se decía «es lastima verlos», afirmándose también que «es raro el que escapa de enfermedad peligrosa, y muchos los que mueren en el hospital». La obligatoriedad y otros fenómenos paralelos influían también en los requisitos del soldado. Si a esto le unimos la mala gestión y planificación, el resultado podía ser desastroso, aunque este tipo de casos eran la excepción.

En el siglo XVII, la escasez de hombres parece que también hizo reducir las exigencias físicas. Siempre los capitanes intentaban reclutar mozos fuertes y sanos, pero con la perentoria necesidad de completar sus compañías ante la falta de candidatos fueron rebajando continuamente las exigencias. Los oficiales reclutadores examinaban con minuciosidad el tamaño y aptitud física de los hombres, siendo la altura un factor importante. Sin embargo, salvo para algunas unidades de élite, en general se aceptaba que los hombres fueran más bajos, pero de buena constitución, ya que este sí que era un factor más determinante para un soldado que la mera altura, que si bien imponía más respeto y temor, no servía para empuñar una pica o aguantar la fuerte descarga de un mosquete.

En esa época, la altura era más reducida, siendo varios centímetros menos de la media actual, por lo que muy pocos hombres superaban el 1,80, y la mayoría no llegaba al 1,60. Las indagaciones realizadas en el puerto de Málaga en 1675 sobre la altura de más de una decena de mozos jóvenes, de entre 13 y 18 años, que se habían alistado nos indica que ninguno de ellos llegaba a medir dos varas castellanas (1,68 metros), teniendo casi todos una media de 1,50, por lo que en general buena parte de ellos fueron aceptados como soldados. Curiosamente, esta altura media parece más alta que la de los quintos españoles del siglo XVIII, que en general no era muy superior de 1,40 metros; pero muy inferior a la altura de los legionarios romanos, que pese a ser considerados bajos por sus enemigos celtas y germanos debían medir como mínimo 1,70 para servir en la caballería o la primera

cohortes de la legión. Esto queda explicado fundamentalmente por la evolución de la altura media, y su disminución a partir de los años oscuros que vinieron después de la caída de Roma y durante el Medievo, por lo que durante la Edad Moderna la altura media era baja, recuperándose hasta parámetros más parecidos a los actuales a partir de los siglos XIX y XX.

LOS HOMBRES Y SUS ORÍGENES

Durante la Edad Moderna siguieron vigentes parte de las consideraciones heredadas de Roma, recogidas por Vegetio, sobre la procedencia ideal de los reclutas, basadas en parte en algunos prejuicios raciales y mitos médicos. Ideas recogidas también por algunos teóricos como Maquiavelo, y que tendrán un amplio recorrido. Se suponía que los hombres reclutados en clima templado serían mejores soldados que los provenientes de zonas muy cálidas u oriente, como afirmaban los romanos. Estos eran los mejores soldados, ya que se consideraba que los provenientes de zonas cálidas eran prudentes pero carecían de valor, lo contrario que los de zonas frías, una generalización y prejuicio que ha seguido latente durante siglos, ya que Mancini en el siglo XIX escribía que en todas las épocas los habitantes de regiones calurosas habían mostrado debilidad y pusilanimidad.

Si bien la idea perduró, ya el propio Maquiavelo consideraba que dicha cuestión estaba superada, debido a que lo que la naturaleza no daba se podía suplir con el esfuerzo. En cambio, seguía manteniendo las consideraciones romanas sobre que era mejor encontrar los reclutas en el campo y no en la ciudad, recogiendo el viejo ideal de del campesino-soldado que tenía una importante base práctica. Los hombres provenientes del campo eran los mejores reclutas ya que estaban avezados en la incomodidad, criados en las fatigas y acostumbrados a soportar el sol y las inclemencias del tiempo, al mismo tiempo que vivían acostumbrados a usar herramientas, cavar zanjas o cargar pesos, cuestiones muy útiles y habituales en los ejércitos. Incluso moralmente se prefería a estos debido a que se decía que eran menos propensos a la malicia y la astucia, cuestiones poco demostradas.

Incluso los tratadistas militares incidían mucho en la preferencia de soldados que en su vida anterior hubieran realizado unos oficios frente a otros, aseverando que se debían rechazar a los pajareros, pescadores, cocineros y cualquier otro que hubiera ejercido un oficio relacionado con la diversión. Por encima de todo se prefería a los labradores, al ser los más útiles al estar acostumbrados al esfuerzo de labrar la tierra, y en menor medida a los provenientes de oficios varoniles como herreros, carpinteros, carniceros, cazadores u otros parecidos. Pero la realidad solía ser bien distinta a la teoría, y no siempre los alistados habían tenido un oficio, ya que en general los reclutamientos voluntarios no siempre se nutrían de los hombres más hábiles, valientes y honrados de una región, sino en muchos casos de los más revoltosos, holgazanes, blasfemos, licenciosos y sin ley de Dios; los que habían sido sustraídos de la autoridad paterna, los jugadores, y sobre todo los que vivían tan precariamente que no tenían otra opción que presentarse voluntarios.



Durante toda la Edad Moderna había la creencia de que los mejores reclutas eran los que habían realizado tareas relacionadas con el campo, como demuestra este dibujo holandés. Rijksmuseum, Ámsterdam.

Una apreciación habitual en el contexto europeo es que los soldados provenían fundamentalmente de tres ámbitos: las regiones montañosas, las ciudades y las zonas de frontera cercanas a los conflictos bélicos. Esta hipótesis, tras una investigación más exhaustiva, no es del todo válida para el caso español.

Las regiones montañosas, debido a su pobreza, la falta de tierra cultivable y a sus excedentes de mano de obra, han sido a lo largo de la historia la cuna de grandes ejércitos o grupos de mercenarios bien cualificados, como los suizos, escoceses u otros. De hecho, diferentes teóricos incidían siempre en la buena calidad de los soldados provenientes de regiones montañosas, ya que las montañas habían criado poblaciones guerreras, fuertes e independientes. Pero para el caso español, sabemos que de las zonas montañosas no salieron grandes contingentes de soldados, en parte porque no ocurrió como en otras partes del mundo, donde los excedentes poblacionales eran controlados y organizados para servir como soldados. En España no ocurrió eso, pese a que se considerase a los soldados originarios de la cornisa cantábrica como buenos soldados, influyendo otros factores, lo que no quitó para que originarios de estas zonas se alistaran en compañías reclutadas muy lejos de sus hogares de origen.

Aunque algunos partidos de reclutamiento estaban situados en territorios que tenían una altitud media elevada, y en zonas meseteñas, no podemos considerarlos como lugares de montaña, ya que su economía era mixta, y se centraban en un núcleo urbano importante. Sólo esporádicamente —y sin mucho éxito— se realizaron reclutas en lugares que podemos denominar plenamente de montaña, o en

territorios rurales elevados, como el Bierzo, la montaña palentina o burgalesa, Trasmiera o Liébana, por poner algunos ejemplos. En estas zonas era difícil captar voluntarios, ante su escasa densidad demográfica, algo que dificultaba aún más el hecho de que tradicionalmente los habitantes desocupados de esas regiones optaban pronto por la emigración a zonas agrícolas más importantes, o a centros urbanos, en donde podían encontrar trabajo. Esto era particularmente habitual en toda la cornisa cantábrica, especialmente en Galicia, Asturias, Cantabria y el norte de León, Palencia o Burgos. Antes de la década de 1630 se realizaron pocos reclutamientos en estas zonas, aunque en las compañías reclutadas en Castilla todos los años se alistaban gran número de estos emigrantes.

En este sentido, los encargados del reclutamiento no siempre consideraban adecuado el reclutamiento en estas zonas rurales cercanas a las montañas, ya que como decía el corregidor de León en 1674 en «esta montaña no cría espíritu en la gente común que les dé lugar a desear salir de la cortedad en que se crían». Pero el verdadero problema era que los reclutadores tenían muy difícil su misión en estas zonas, por lo que la mayor parte de las levas efectuadas no solían tener demasiado éxito, con la excepción de que fueran realizadas por un oriundo con buenos contactos. Dos capitanes forasteros fueron enviados en 1668 al Bierzo a reclutar hombres para Flandes, ya que se pensaba que en la zona podrían encontrarse suficientes voluntarios, pues en la comarca hacía tiempo que no se reclutaba. Pero el resultado estuvo lejos de ser aceptable, y entre los dos sólo pudieron reunir sesenta y cuatro soldados. Mejor suerte tuvo en 1594 el capitán Lázaro de La Madrid, perteneciente a una ilustre familia montañesa. Aunque debía reclutar en Villadiego (Burgos) y sus alrededores, dejó allí al cargo a su alférez, trasladándose a su Cantabria natal, en donde continuó la recluta. Allí, fundamentalmente en la zona de Liébana, pudo alistar incluso más hombres que su alférez, cerca de cincuenta, incorporando a varios parientes en su compañía.

El sistema de reclutamiento voluntario empleado por España, realizado por capitanes profesionales que generalmente no eran de la zona donde reunían hombres, no era un sistema que pudiera tener éxito en valles de montañas y pequeñas pedanías en donde no había grandes núcleos de población. Para los capitanes reclutadores, la mejor zona para reclutar eran las tierras fértiles y populosas, que tuvieran a su disposición importantes excedentes de mano de obra. En particular, los núcleos urbanos que rodeaban este tipo de ámbitos eran los más interesantes y codiciados por los reclutadores. Las concentraciones urbanas que se encontraban cerca de los grandes ríos castellanos, con sus fértiles vegas, aglutinaban el grueso de los lugares de reclutamiento.

Distintos estudios a nivel europeo han analizado la incidencia del mundo urbano y rural dentro del reclutamiento. El clásico estudio sobre el origen de los soldados franceses que participaron en la guerra de los Treinta Años, junto con otros estudios ingleses, avalan el hecho de que gran parte de los soldados tenían una procedencia urbana —el 52 % para Francia (aunque las ciudades sólo representaban el 15 % de la población francesa), e incluso hasta el 57 % para el caso inglés—. Para el caso español, evidentemente el análisis de este marco está siempre sujeto a numerosas distorsiones, ya que no siempre los orígenes eran claros, y es más que posible que algunos que decían provenir de las ciudades no hubieran nacido en ellas, sino que eran del campo, desde donde habían emigrado previamente. Aun así, ateniéndonos simplemente al lugar de donde indican proceder los reclutas en los listados de los que disponemos, podemos afirmar que, para el caso de Castilla, más del cincuenta por ciento provenían del mundo urbano. Las cifras en este sentido no son siempre unánimes, y el análisis pormenorizado de cada compañía puede arrojar un resultado diferente. A pesar de todo, parece que a lo largo del siglo XVI y hasta mediados del siglo XVII, dentro de las

compañías voluntarias formadas mediante el sistema tradicional, cerca de la mitad de los soldados procedían del mundo urbano, entendido este como poblaciones que tenían más de quinientos vecinos, y que equivaldrían a unas dos mil o dos mil quinientas almas. Teniendo en cuenta el censo de Tomás González de 1591, y tomando las reclutas más cercanas de 1594, muchas de las compañías reclutadas en Castilla reunían esta condición. Así, casi el sesenta por ciento de los 121 soldados alistados por el capitán Antonio de Salas en Segovia procedían del mundo urbano, mientras que de los 99 que reunió Cristóbal de Salamanqués en Valladolid, el cincuenta por ciento procedía de ciudades y villas de al menos quinientos vecinos.

No siempre las condiciones eran las mismas, y si bien la presencia de sujetos del mundo urbano era alta en los partidos de reclutamiento que pertenecían a entramados urbanos importantes –como el valle del Guadalquivir o el centro de la meseta central–, los reclutas alistados en partidos distantes y más periféricos presentaban un sesgo más rural, como podemos comprobar en los casos de Logroño, las Merindades, Soria o Cuenca, en cuyos casos la presencia urbana no llega a la mitad y puede bajar hasta el cuarenta por ciento, ya que en las cercanías había una menor preponderancia de centros urbanos de importancia. Pero conforme fue avanzando el tiempo advertimos una ruralización de los componentes voluntarios, pudiendo bajar la cifra de provenientes de las ciudades hasta el treinta por ciento en la segunda mitad del siglo XVII. La evolución parece que fue bastante progresiva, y se debió a unos claros factores demográficos y a la notable decadencia que sufrió el mundo urbano castellano durante el siglo XVII.

Las compañías de voluntarios, como ha afirmado el profesor Thompson, eran unos verdaderos crisoles de integración nacional, y en ellas se alistaban sujetos de múltiples procedencias. De hecho, generalmente más de la mitad de los levantados no eran oriundos de la misma región donde sentaron plaza. Esto supone que en la época había una población itinerante mucho mayor de lo que se piensa, y que los emigrantes y vagabundos eran una tónica bastante habitual en las ciudades, siendo estos los más susceptibles al enganche ante su desarraigo y falta de medios. El análisis, gracias a algunos ejemplos, del origen de los soldados y su distancia con respecto al lugar donde se alistaron nos da resultados curiosos. En algunos casos eran más abundantes los oriundos de territorios más allá de los quinientos kilómetros que los naturales de la misma ciudad donde se alistaban o de veinte kilómetros a su alrededor. La tónica habitual era que hubiera muchos reclutas de fuera, aunque el marco de acción no solía ser excesivamente amplio. Así, unánimemente en todos los casos analizados, entre el 74 y

el 80 % procedían de zonas situadas a menos de doscientos cincuenta kilómetros. Sorprendentemente, también había sujetos de zonas situadas a más de mil kilómetros del lugar de reclutamiento, haciendo que las compañías voluntarias tuvieran siempre un toque exótico. Así, en la compañía reclutada en Burgos en 1594 había un borgoñón y un sujeto procedente de las islas Azores, además de varios portugueses, navarros, vascos, aragoneses y andaluces. En la compañía levantada en Valladolid para Flandes en 1668 había cuatro que afirmaban ser españoles nacidos en Flandes y un irlandés.

Los ejemplos de esta disparidad de procedencias son amplios. Dentro de los emigrantes, el grupo más nutrido solía ser el de los provenientes del norte peninsular, especialmente Galicia, Asturias y Cantabria. En algunas compañías los originarios de estas zonas podían representar entre el diez y el treinta por ciento del total. Los flujos migratorios tradicionales norte-sur condicionaban la procedencia de los reclutados, ya fuera porque los emigrantes estuvieran de paso buscando trabajo,

de camino a otros lugares, o se hubieran avecindado en la zona. De igual manera, también en las compañías reclutadas en Andalucía podemos advertir la presencia de personas originarias de León, el valle del Duero, la meseta norte y La Rioja, emigrantes que descendían desde la meseta norte, en continua decadencia a lo largo del siglo XVII, hacia el mundo urbano andaluz y su demostrada vitalidad.

Otra de las pautas habituales a nivel europeo es que las zonas de frontera aportaban –en relación a su población– más soldados a los ejércitos que los territorios más alejados del eje de los conflictos. Esta tendencia tenía cierta lógica, ya que muchos campesinos de las zonas de frontera optaban por alistarse debido a la devastación y miseria ocasionadas por la guerra, prefiriendo formar parte de los ejércitos que vivían del terreno y los sometían, en vez de quedarse de manos cruzadas ante las vejaciones. El ducado de Milán o Flandes fueron campos de batalla primordiales de la monarquía, y en ambos el aporte local fue importante en hombres y dinero, pese a que la población sufrió notablemente los rigores de la guerra. En Milán, la infantería lombarda podía ascender en tiempo de guerra al quince o el veinte por ciento del total, aunque en coyunturas más complicadas, cuando no se podían enviar españoles u otras naciones, los lombardos podía ser más del treinta por ciento. En Flandes la relación era parecida, aunque tal tendencia siempre dependió de la época, habiendo años en los que la infantería del país podía suponer casi la mitad del ejército.

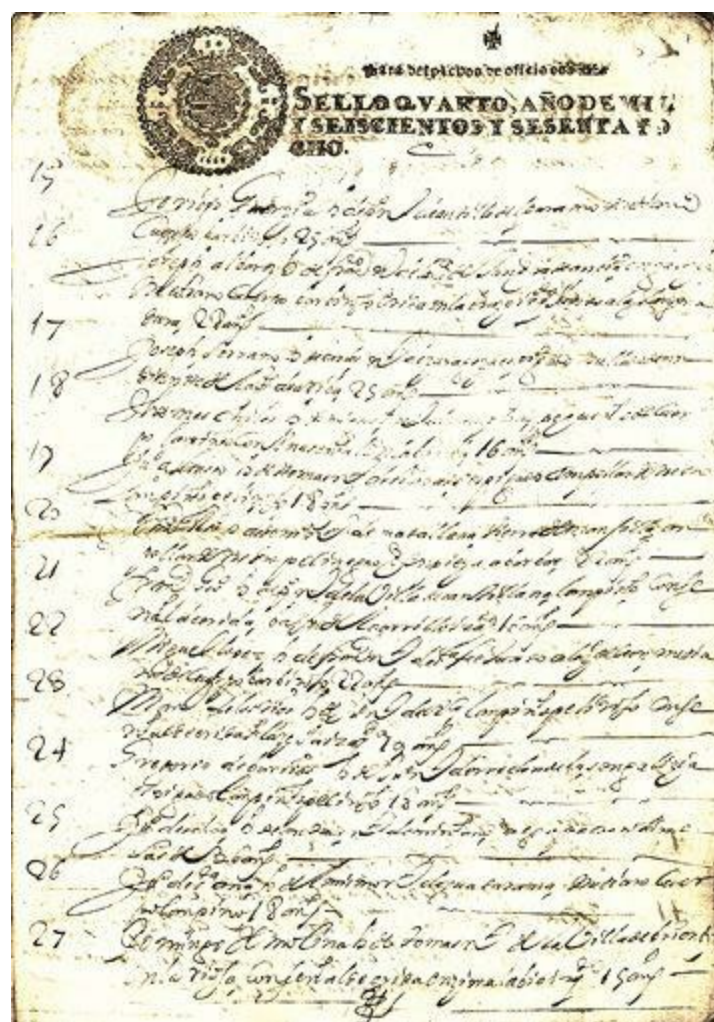
Pero en los ejércitos de campaña formados en otras provincias no siempre ocurría lo mismo, y en ocasiones las tropas locales sólo suponían una pequeña parte del total. En el ejército de Cataluña la presencia local era en ocasiones bastante escasa, y en tiempo de paz había muy pocos soldados catalanes destacados en la frontera. Durante la segunda mitad del siglo XVII se consiguió que Cataluña movilizase tropas cuando había guerra con Francia, aunque a veces estas eran poco representativas, menos de un diez por ciento de la infantería destacada en la frontera durante la década de 1670. La aportación aragonesa al ejército de Cataluña era prácticamente igual, aunque hay que tener en cuenta que durante el reinado de Carlos II no se reclutó ninguna compañía en estos reinos para servir en el exterior.

EL RECLUTA TÍPICO

Una de las grandes preguntas que los historiadores nos hacemos es quiénes eran los soldados que lucharon en los tercios. Muy poco se sabe de estos reclutas, de sus orígenes, condición social y procedencia. Hasta el momento, nos encontramos con muy pocos avances en lo que podríamos denominar la sociología del soldado del ejército de los Austrias. Para poder ahondar en este tema, el instrumento básico es conocer las listas de las compañías reclutadas, las cuales no siempre se conservan.

Realmente, muy pocos ejércitos llevaban un registro detallado de sus soldados, aunque en los archivos españoles se conservan bastantes documentos que con minuciosidad nos transmiten los pies de lista de las tropas reclutadas. Estos papeles, realizados en el momento en que los hombres eran recibidos por primera vez al sueldo, nos ofrecen una información de primera mano sobre los hombres que componían las compañías. En estos documentos se citan los nombres y apellidos de los soldados, el nombre de sus padres, su edad, lugar de origen y una breve descripción física para hacerles reconocibles entre los demás hombres. Descripciones muy subjetivas y breves, que en muchos casos no parecen suficientes para reconocer a una persona, y que generalmente incidían en los defectos físicos, marcas y heridas, y de manera general y poco particular o sistemática informaban de la altura, complexión física, color de pelo, ojos o piel, pero no de todo a la vez.

Aunque generalmente estos papeles pueden llegar a ser muy esquivos, se conservan los suficientes para hacernos una idea de cómo sería un recluta típico. En general, los alistamientos voluntarios reunían soldados jóvenes, de entre veinte y treinta años, aunque a veces había algunos más jóvenes, de incluso catorce años. Pero en general casi un noventa por ciento no pasaba de treinta, o treinta y pocos. Más de la mitad provenía de ciudades y villas de cierto tamaño, y la mayoría parece que optaban por la vida militar para ganarse la vida, aunque parece que esta podía ser su segunda opción, ya que muchos eran emigrantes que habían llegado a las ciudades. Pero al menos una tercera parte de ellos serían mozos de la propia ciudad y sus cercanías, siendo una parte de ellos incluso de origen privilegiado. Esto era lo ideal, por lo que muchos representantes del rey en los municipios intentaban que los alistados tuvieran también buenas capacidades físicas para el ejercicio de las armas, así el corregidor de la ciudad de León escribía a Madrid en 1684 felicitándose porque los hombres enviados en la leva para Flandes eran «casi todos mozos de buena calidad y condición física, de los que la mayoría se podrían aplicar al trabajo del pesado mosquete».



Pie de lista de los soldados reunidos en una compañía de voluntarios reclutados en Valladolid en 1668. Esta clase de documentación es básica para conocer el origen de los reclutas de los tercios. En este documento se puede leer el nombre de los reclutas, de quién eran hijos, su lugar de nacimiento, su edad y una breve descripción física. Archivo General de Simancas.

A pesar de la existencia de algún recluta forzoso en las compañías voluntarias, lo cierto es que estos fueron poco comunes, ante la insistencia de la Corona de que los hombres fueran siempre voluntarios. En algunas ocasiones, y en regiones como Galicia o Asturias, sí que se ejecutaron reclutamientos que tenían un carácter más obligatorio, los cuales nos dan un perfil de soldado algo diferente. En los reclutamientos forzosos el sesgo de edad es algo distinto. El prototipo de soldado alistado por métodos más coercitivos era también el de un mozo joven de veinte años o menos, procedente de la misma zona donde se realizaba el reclutamiento, seguramente soltero y sin cargas familiares, con más hermanos y sin una madre viuda, y generalmente con una ocupación laboral común. Al ser la mayoría de extracción rural, generalmente el grueso de ellos se dedicaría anteriormente a la agricultura y el pastoreo, actividades en donde otros rápidamente podrían tomar su lugar al no ser oficios que necesitaran una notable especialización.

Otra de las grandes preguntas que se han vertido sobre el origen de los soldados que combatieron en los tercios es su procedencia social. Ha sido común la creencia de que la infantería española del siglo XVI se reclutaba en su mayor parte entre la nobleza y los hidalgos. Si bien para mediados del siglo XVI, cuando los compromisos militares no eran excesivos, la tendencia podría ser en parte cierta, para momentos posteriores no es verosímil que la mayor parte de los soldados fueran de ascendencia hidalga. En los casos concretos que conocemos, su presencia entre los alistados era mínima, no más de un dos o tres por ciento del total, algo que se puede atestiguar por la presencia en las listas de la palabra don. Pero lo cierto es que también entre los alistados podría haber más gente

de esta condición, ante la presencia de componentes de regiones donde existía la hidalguía universal, aunque estos seguramente eran demasiado pobres para poder reivindicar sus orígenes. La mayor parte de los datos recabados inducen a pensar que los hombres se solían asentar en las compañías en busca de un sustento, una nueva profesión o por simple necesidad, y no por reivindicar su condición hidalga.

Si bien este es el prototipo que nos transmiten los documentos administrativos, atendiendo a las autobiografías de soldados (como las de Jerónimo de Pasamonte, Alonso de Contreras, Domingo de Toral y Valdés, Félix Nieto de Silva o Miguel de Castro) –no muy realistas, pero que contienen descripciones detalladas–, la mayoría se alistaron muy jóvenes, con dieciocho años o menos, habiendo alguno que se alistó con catorce ejerciendo primeramente funciones de paje. Casi todos decían ser cristianos viejos, e incluso alguno era hidalgo, aunque provenían de familias humildes y con pocos recursos. Estos mozos de carácter rebelde cambiaron su suerte como sirvientes o aprendices por la de soldados, huyendo varios de la justicia ante su actitud pendenciera. Todos pretendían una vida mejor, y algunos consiguieron ascender de soldados a oficiales, progresando también socialmente. El perfil que estos nos muestran es algo diferente, por lo que está claro que este pudo variar a lo largo de los dos siglos que estudiamos, y que sobre todo no había sólo un motivo para abrazar la vida militar.

Incorporándose al ejército: el reclutamiento

En 1653, el marqués de Aytona decía que las levas y reclutas eran en lo que consistía «lo principal de la milicia, pues de la buena o mala elección de los soldados depende la fortaleza y vigor de los ejércitos». Al marqués no le faltaba razón, ya que los soldados constituían la base de cualquier ejército, y conseguir los suficientes para hacer la guerra fue un verdadero quebradero de cabeza para los gobernantes, por lo que el reclutamiento –y la manutención y paga– será una de las labores más destacadas de la administración militar.

Durante el siglo XVI, los ejércitos europeos no fueron excesivamente grandes, de ahí que más o menos siempre hubiera los suficientes voluntarios. La evolución de la Revolución Militar cambió las pautas de juego, por lo que los ejércitos cada vez se hicieron más y más grandes, y fue necesario que los soldados combatieran durante largos períodos de tiempo. Con el continuo aumento del tamaño de los ejércitos, y la multiplicidad de frentes y enemigos, a mediados del siglo XVII la Corona española tuvo importantes dificultades para completar las filas de sus ejércitos, por lo que el reclutamiento fue uno de los problemas más difíciles de solucionar.

MÉTODOS Y ETAPAS

La historiografía ha sido excesivamente simplista a la hora de explicar cómo se reunían los ejércitos europeos durante los siglos XVI y XVII, y no ha hecho especial hincapié en los métodos de reclutamiento empleados. En líneas generales, este período ha sido definido como una época en la que el reclutamiento voluntario era el más importante, al proporcionar este el mayor número de soldados, aunque fueran mercenarios. Dentro de esta fórmula voluntaria convivieron dos modelos de reclutamiento que en muchos casos eran complementarios: la comisión y el asiento. El primero era un sistema de reclutamiento directamente planificado por los Gobiernos, que elegía a los capitanes y determinaba los lugares de recluta, pagándose todo a cargo de la Hacienda Real, siendo este el sistema empleado para reunir a la mayoría de los españoles que combatieron en el ejército de Flandes. En cambio, el asiento era un sistema de reclutamiento intermediario, en el que un particular se comprometía a reunir cierta cantidad de hombres a cambio de algo, generalmente dinero por hombre reclutado. Este segundo sistema se empleó en contadas ocasiones para incorporar españoles para el ejército de Flandes, pero era el sistema empleado para reclutar en la mayoría de las otras naciones que combatían para el rey de España en los Países Bajos.

A lo largo del siglo XVII, la conscripción se extendió, a la vez que los ejércitos europeos se fueron haciendo cada vez más nacionales, aumentando de tamaño y multiplicando vertiginosamente sus efectivos. La evolución en el tamaño de los ejércitos complicó notablemente la capacidad de los estados por hacerse con los servicios de soldados voluntarios, ya fuera en su propio territorio o en el extranjero, por lo que se debieron desarrollar nuevos sistemas de reclutamiento que por diferentes métodos incidían en el alistamiento forzoso. Puntualmente, el ejército de Flandes utilizó estos métodos para reunir españoles, aunque por lo que parece no fueron la norma, sino más bien la excepción.

EL SISTEMA ADMINISTRATIVO DE RECLUTAMIENTO

La Monarquía Hispánica, como primera monarquía global compuesta por múltiples territorios inconexos entre sí, adquiridos por herencia o por conquista, fue la única potencia que se debió enfrentar a esta particular problemática que otras no tenían, y la primera en tener que crear un ejército permanente y siempre movilizado que debía actuar fuera de su área principal de reclutamiento. Estos factores hicieron que la Corona creara esta complicada técnica de reclutamiento directo, en un tiempo en el que los ejércitos no eran realmente permanentes, y en el que el método más usado era el indirecto, mediante la acción de los particulares, ya fueran asentistas, condotieros o simples mercenarios.

Este sistema de reclutamiento centralizado y controlado directamente por los Estados era sin duda el más avanzado, ya que requería una administración desarrollada y moderna, la posibilidad de tener importantes cantidades de dinero en metálico para hacer frente a los costes por adelantado y fundamentalmente una organización militar profesional que ocupara a los soldados todo el año, y no sólo durante las campañas bélicas, y más allá de los conflictos. Esto hizo que durante el siglo XVI pocos Gobiernos, salvo la Monarquía Hispánica, pudieran utilizar a gran escala esta fórmula, de ahí que este modelo fuera paradigmáticamente el más característico y conocido de la España de los Austrias.

Esta técnica necesitaba una enorme coordinación administrativa, de ahí que no fuera fácil y que primero se extendiera sólo por Castilla, y más tardíamente por Navarra y los reinos de la Corona de Aragón. La elevada burocratización permitió que durante el siglo XVI y las décadas iniciales del siglo XVII el reclutamiento militar en España se basara –casi exclusivamente– en un complejo sistema administrativo fundamentado en la incorporación de voluntarios, aunque posteriormente la falta de estos hizo que aparecieran nuevos modelos y que el sistema, aunque pervivió, sufriera fuertes transformaciones. El proceso se mantuvo casi invariable desde mediados del reinado de Carlos V, aunque este fue evolucionando y perfeccionándose. La administración militar era la encargada de gestionar, regular y pagar todo el proceso, estando representada en las primeras fases por el consejo de guerra, que era el encargado de determinar el número de soldados que se pretendían reunir por cada capitán y el área concreta donde se iba a desarrollar el reclutamiento.

El reclutamiento en España durante la Edad Moderna era un monopolio real, y sin el expreso consentimiento del rey no se podía levantar gente, o como se decía en la época, no se podían «tocar cajas» (batir los tambores) o «arbolar banderas», elementos públicos de todo alistamiento, algo que controlaban las autoridades locales. Eso no significaba estrictamente que no se pudiera reclutar a pequeña escala, a través del boca a boca, sino que el reclutamiento no se produciría de una manera pública, sino más soterradamente y sin el expreso conocimiento y consentimiento de las autoridades locales. En la península no se realizaron reclutamientos para servir a otros reyes porque la monarquía siempre necesitó hombres. Quizá esta cuestión pudiera parecer lógica y habitual en todos los países, pero esto no era así. El reclutamiento de tropas en Centroeuropa o en otros países no estaba tan sumamente controlado como en España, lo que hacía que muchos empresarios tuvieran

como negocio el reclutamiento de contingentes desoldados, alquilando sus servicios mediante un contrato a los diferentes Estados según los conflictos o necesidades. Muchos de estos empresarios – entre los que había un gran número de pequeños nobles– no siempre tenían el permiso de sus monarcas, y hasta la Paz de Westfalia (1648) muchos príncipes alemanes no controlaron estrictamente este negocio en sus posesiones, por lo que fue muy común el establecimiento de pequeños ejércitos privados de mercenarios que no tenían ningún control estatal. Por eso destaca especialmente que el monarca español acaparara ya desde el siglo XVI la capacidad para reclutar españoles, los más valorados de entre todos sus soldados, imponiendo un férreo control administrativo sobre el reclutamiento de españoles.



Buena parte de las tropas que luchaban en el ejército de Flandes se reclutaban, en Alemania u otras partes, a través de empresarios (asentistas) particulares que a cambio de dinero reunían los hombres acordados con el Gobierno. *Reclutamiento de tropas por Fernando I de Medici, 1614-1620, Jacques Callot. Rijksmuseum, Ámsterdam.*

El reclutamiento voluntario se solía gestionar fundamentalmente a través de los llamados capitanes reclutadores, que acudían a las zonas donde se ordenaba una leva para realizarla. Estos sujetos constituían la clave del sistema, ya que eran los encargados de realizar las labores reclutadoras, aunque a partir de mediados de la década de 1630 comenzaron a estar apoyados muy activamente por los corregidores de las ciudades. Normalmente dentro del consejo de guerra se elegían los capitanes de las compañías que se iban a formar con los nuevos reclutas de entre los militares pretendientes a ese honor que hubiera disponibles, valorando notablemente su experiencia militar.

El reclutamiento voluntario fue una fórmula que presionaba poco a los municipios, y que tenía escasos costes directos para ellos, ya que se trataba sólo de colaborar en el enganche ejecutado por un capitán. Este sistema no evolucionó demasiado desde tiempos de Felipe II, y reunirá el número necesario de hombres para los ejércitos europeos de la monarquía hasta la década de 1580, pero a partir de entonces la crisis demográfica en España motivará –en parte– la falta de reclutas. Ante esa situación se producirán toda una serie de cambios, que no aparecerán hasta la década de 1630, momento en el que finalmente entre en crisis el sistema de comisión. A partir de esas fechas, el sistema tradicional de banderines de enganche convivirá con otros sistemas intermediarios que se centrarán cada vez más en la obligatoriedad. Con la falta de reclutas voluntarios, y ante la

multiplicidad de compromisos bélicos, la Corona acudiría a métodos de coacción para poder enviar más hombres a sus ejércitos, apareciendo nuevas fórmulas de reclutamiento mediante intermediarios, basándose muchas de ellas en los poderes locales, métodos que en general poco influirán en el reclutamiento de españoles para Flandes.

A lo largo del reinado de Felipe II se pedía a los reclutadores que reuniesen hasta doscientos cincuenta hombres por compañía, cifra que fue la más habitual durante el resto del siglo y las primeras décadas del XVII. A partir de 1580, los efectos de la crisis demográfica se hicieron cada vez más visibles, haciendo que las compañías estuvieran lejos de completarse. La eficacia del reclutamiento bajó bruscamente a partir de esas fechas, y el tamaño medio de las compañías que se reclutaban mantuvo un inexorable retroceso hasta finales de siglo. En las primeras décadas del siglo XVII a duras penas las compañías reunían cien hombres, a pesar de que teóricamente debían tener doscientos cincuenta. Ya en 1624 se reconocía que bastaría con cien hombres para dar por completas las compañías, cifra que más o menos se mantendrá durante todo el resto del período. Pero a causa de la falta de hombres a partir de la década de 1630, se admitía que las justicias locales ayudasen aplicando a los condenados que había en las cárceles por delitos leves, a los ociosos y malentretenidos que vagaban por las calles, y toda una serie de grupos de marginados y de gentes que no tenían ningún oficio y que no eran necesarias para el buen estado de la economía de los municipios.

En 1657 se ejecutó la recluta de varios tercios para el ejército de Flandes, arbolándose banderas en diversos puntos de Castilla para reclutar compañías que debían tener cien hombres cada una. Para ello se establecía que en diversas ciudades de la meseta norte: «[...] se podrá levantar infantería voluntaria, y para que puedan asentar plaza las personas que se inclinaren a servir». También se contemplaba que los corregidores ayudarían aplicando a las compañías que se formaban los presos por delitos leves, los ociosos y los malentretenidos que hubiera en las ciudades. Por lo tanto, estas reclutas no pueden considerarse forzosas, ya que no imponían cupos, sólo la aplicación –algunas veces– de determinados individuos en contra de su voluntad, los cuales completarían las compañías, aunque siempre se va a mantener el carácter voluntario prioritario de esta clase de reclutamiento. En 1666 se reclutaron distintas compañías de voluntarios en la corte para Flandes. Aunque la capital era un centro económico y social importante en donde nunca faltaban los voluntarios, también a ellas se aplicaron distintos penados por la justicias de la corte y la ciudad. Así se ordenó que se entregase a alguno de los capitanes que realizaba la leva para Flandes a don Joseph de Mena Ortiz, un alférez reformado que había sido condenado por lo mal que había procedido en su cargo, bajo pena de seis años de presidio si se ausentaba de su obligación de servir en Flandes.



El aumento de la conscripción durante el siglo XVII hizo que la desertión fuera un problema grave. Esta intentó ser atajada mediante la aplicación de correctivos sobre los soldados, que eran expuestos ante sus compañeros o recibían tratos de cuerda.

Castigos sobre los soldados, Jacques Callot, 1633. Rijksmuseum, Ámsterdam.

LA PLANIFICACIÓN Y LOS LUGARES

El monopolio reclutador del monarca se extendía por todos los reinos peninsulares y abarcaba todo el territorio, ya fuera realengo o señorío. En Castilla los distritos solían hacer referencia a un corregimiento o adelantamiento, o a veces a varios más pequeños. Generalmente el reclutamiento se centraba en corregimientos de realengo, pero también había distritos formados en parte o exclusivamente por territorios de la nobleza o del clero. En ocasiones se ha afirmado que el rey solamente podía reclutar en los territorios de realengo, pudiendo alistar contingentes en territorios de la nobleza con su permiso y gracias a su intervención, pero lo cierto es que esta apreciación no se sostiene. Bajo el sistema administrativo, los capitanes reclutadores se concentraban en los municipios más importantes y poblados –generalmente cabezas de un corregimiento de realengo–, pero el reclutamiento también podía extenderse por lugares de señorío o de las órdenes militares.

A lo largo del siglo XVI los partidos utilizados para el reclutamiento fueron evolucionando, haciéndose cada vez más fijos. Dentro de este proceso algunos permanecieron sin cambios, como los formados por ciudades grandes con voto en las Cortes. Otros, especialmente los más extensos, se fueron transformando y modificando siguiendo parámetros más racionales, evolucionando hasta ser dos o tres partidos nuevos, mientras que algunos terminaron desapareciendo totalmente al no ser lo suficientemente importantes para reunir hombres. Un proceso que no dejaba de ser lógico ante el aumento de las compañías reclutadas, ya que en 1516 en el ámbito castellano se ordenó el reclutamiento de veintitrés compañías, mientras que cien años después, en 1617, eran ya cuarenta y cinco.

A finales del siglo XVI, los distritos eran fijos y casi inamovibles, repitiéndose las órdenes de reclutamiento año tras año casi sin modificación. La elección de unos lugares u otros solía depender de diversos factores, siendo la demanda y la efectividad los más importantes. Cuando se intentaban reclutar menos compañías, el reclutamiento se concentraba en las zonas donde se esperaba tener más éxito, pero cuando la demanda de soldados aumentaba se exigía la formación de más compañías, las cuales se debían reclutar en distritos más pequeños y menos atractivos, en donde a duras penas se podrían reunir los voluntarios precisos.

Durante las primeras décadas del siglo XVII había aproximadamente cincuenta distritos distintos de reclutamiento. Algunas jurisdicciones podían soportar el reclutamiento de varias compañías anualmente, como Sevilla, Córdoba, Toledo o Valladolid, por lo que en años excepcionales se podían reclutar cerca de sesenta o setenta compañías en toda España. Los distritos estaban más perfilados y delimitados para el caso de Castilla, siendo mucho más genéricos para los otros reinos, como Navarra, Aragón, Cataluña, Valencia, Mallorca o Cerdeña, en donde el sistema administrativo de reclutamiento se extendió de una forma más tardía, y con un menor número de capitanes.

Según el estudio del profesor Thompson, antes de 1580 se reclutaron muy pocas compañías fuera de Castilla, aunque a partir de entonces fue más común, ante la necesidad de reunir más hombres para atender los compromisos bélicos de Felipe II en Europa. Hasta entonces, de Cataluña sólo habían salido grupos de bandidos con los que se había pactado su alistamiento en el Ejército a cambio del

perdón, ya que el reino ponía trabas al reclutamiento, sobre todo debido a que los costes del alojamiento de las tropas durante su alistamiento debía correr a cargo de las comunidades locales, algo que iba contra los fueros. Aun así, progresivamente Cataluña y los restantes reinos de la Corona de Aragón se fueron convirtiendo en lugares habituales de reclutamiento, aunque en ellos se prefería que tanto los capitanes como los comisarios encargados fueran de origen local. En Mallorca la presencia de capitanes reclutadores fue mucho más escasa, al tenerse en cuenta su insularidad y que los habitantes de las islas desempeñaban un importante papel en su defensa, siendo la mayoría de ellos sujetos de la zona, lo que evitaba las reticencias locales y aseguraba el éxito de la recluta. Esto hacía que Castilla resultara más sobrecargada de reclutamiento, ya que según algunos cálculos, en Castilla se levantaba a comienzos del siglo XVII una compañía cada 20.000 vecinos, frente a lo que ocurría en la Corona de Aragón, en donde la proporción era de una compañía por cada 38.000-40.000 vecinos.

Los destinos influían notablemente en la política reclutadora y su propia planificación. A lo largo del siglo XVI y las primeras décadas del siglo XVII, las plantillas de reclutamiento se establecían de manera anual, determinándose cuántas compañías querían reclutarse y dónde se formarían, por lo que en contadas ocasiones se formalizaban en España dos proyectos en un mismo año. Eso suponía un esfuerzo extra para el consejo de guerra, y una gran claridad de objetivos y prioridades. Durante el siglo XVI, sólo el diez por ciento de los reclutas españoles que llegaron a Flandes lo hicieron por mar. Cifra que cambiará notablemente en el siglo XVII, ya que según nuestros cálculos, durante todo el siglo sólo entre el treinta y el cuarenta por ciento de los reclutas hicieron su viaje por tierra, aunque en esta cifra habría también muchos reclutas italianos.

Esto suponía que la mayor parte de las tropas españolas enviadas a Flandes desde Italia, a través del Camino Español, eran en su mayor parte veteranos formados en las guarniciones hispanas presentes en las posesiones italianas. La primera gran expedición, la del duque de Alba de la primavera de 1567, sólo fue posible gracias a que en Cartagena y Tarragona embarcaron en la escuadra de galeras diecisiete banderas de nuevos reclutas para sustituir en parte a los veteranos que marcharían con él. Esa primera expedición estuvo formada, según Bernardino de Mendoza, por 8.778 infantes españoles encuadrados en 49 compañías divididas en 4 tercios (Nápoles, Sicilia, Lombardía y Cerdeña), de las cuales sólo 4 eran de bisoños. Además, había 1.200 jinetes, encuadrados en 5 compañías de caballos ligeros españoles, 3 de italianos, 2 de albaneses y 2 de arcabuceros a caballo españoles.

Cuando se determinaba enviar nuevos reclutas para «rehinchir» —como se denominaba en la jerga de la época— los tercios españoles en Italia, en muchos casos se planeaba una recluta a gran escala en casi toda la geografía peninsular. Esta intentaba concentrarse en los lugares habituales, y especialmente en los más cercanos a los puertos mediterráneos, aunque era habitual alistar tropas también en las dos mesetas, Navarra e incluso Extremadura. Pese a ello, en la cornisa cantábrica en muy pocas ocasiones se reclutarán hombres directamente por la Corona para Italia, ante la importante distancia que los separaba de los puertos de embarque, ya que el viaje podía ser penoso y duro debido a los pasos montañosos, prefiriéndose siempre el transporte por mar. Las tropas se concentraban en los puertos mediterráneos para ser transportadas desde Cartagena, Málaga, y en menor medida Barcelona, los Alfaques o Tarragona, en las galeras de las escuadras hispanas o en cualquier otro navío de la Armada, o incluso en mercantes contratados para tal efecto.

La planificación durante el siglo XVI y el primer tercio del siglo XVII podía ser complicada, ya que

llevaba meses ajustar todo el proceso. En muchos casos, los embarques se realizaban en una sola expedición de cierta magnitud, por lo que había que esperar a que todas las compañías terminaran el proceso reclutador y llegasen a los puertos de embarque, aunque la distancia fuera de varios cientos de kilómetros. En ocasiones, el sistema podía funcionar muy bien, pero también había muchas posibilidades que la gestión generara contratiempos y problemas. En algunos casos extremos, la tardanza de la marcha o del embarque generaba que los soldados no fueran pagados o quedaran desabastecidos. Una falta de socorros que hacía que los soldados tomaran de los civiles lo que necesitaban, algo que Domingo de Toral y Valdés –por aquel entonces un joven soldado recién alistado– sin sonrojo alguno describía de esta manera en su relato autobiográfico: «Dos meses estuvimos esperando sin socorro ninguno, buscando la vida con los modos á que da licencia la soldadesca cuando no hay superior que lo estorbe ni remedio a la necesidad».



Los reclutas sólo se reconocían como soldados después de haber recibido la primera paga del rey. A partir de entonces, solían ser armados y enviados a Flandes. *Reclutamiento de soldados en el ejército francés, 1633*, Jacques Callot. Rijksmuseum, Ámsterdam.

La falta de dinero y la mala gestión eran errores caros. Por un lado el desgaste sufrido por estas tropas era mucho mayor, al igual que los problemas que estas generaban en sus tránsitos. En 1615 se proyectó el reclutamiento de 44 compañías en toda España, de las que 42 llegaron a Lisboa y fueron embarcadas a Flandes. Al desembarcar, estas reunían 2.687 soldados, menos de 64 por compañía, por lo que llegaron a su destino una cuarta parte de los soldados que se pretendían reclutar. Evidentemente, en los distintos distritos se habían reclutado más hombres, pero ese año varios condicionantes hicieron que llegaran muchos menos. Por un lado, los capitanes habían llegado a sus circunscripciones a mediados de enero, pero al no saberse el destino final las compañías no se despacharon hasta finales de junio. Tan largo tiempo de recluta provocó problemas y roces con la población, además de falta de fondos, por lo que muchos desertaron. Al enviarse todas las compañías a Lisboa por tierra desde lugares tan alejados como Valencia o Navarra, muchas tuvieron un importante desgaste en el trayecto. Aunque se esperaba que en total pudieran traer 3.500 bisoños, sólo lograron embarcarse las tres cuartas partes.

Con el tiempo se fue desarrollando una mejor planificación, más ordenada y coherente a los resultados que se pretendían, la cual atendía a multitud de parámetros lógicos que garantizaban el ahorro, intentando minimizar las bajas y el desgaste dentro de las tropas que se reclutaban, sobre todo en su transporte, procurando la reducción de los tránsitos hasta el puerto de embarque. Durante la segunda mitad del siglo XVII, cuando se necesitaban hombres para Flandes –y estos harían su viaje directamente por mar–, se buscaban zonas cercanas a los puertos cantábricos para facilitar el embarque. Dentro del reclutamiento voluntario gestionado directamente por la Corona –dejando de lado otros modelos–, el alistamiento se focalizaba fundamentalmente en el mundo urbano de la

meseta norte y en Madrid, en donde el reclutamiento voluntario generalmente daba muy buenos resultados. Si bien en otras zonas se establecerán reclutamientos para ese mismo destino, como Galicia o la cornisa cantábrica, el método utilizado será algo diferente y atenderá a coyunturas muy concretas, por lo que merece un análisis muy diferente.

EL PROCESO DE ALISTAMIENTO

Todo comenzaba con la emisión de las órdenes por parte del consejo de guerra, en las que se establecía el número de compañías que se pretendían reclutar, se nombraba a los capitanes, se determinaban los distritos y se daban precisas instrucciones tanto a los capitanes como a los comisarios que debían velar por la organización y el pago de los hombres. Desde la autoridad central se expedían otros documentos que servían tanto para acreditar al capitán ante las justicias locales donde debía reclutar (cartas de justicia), como la orden real de reclutamiento (conduta), en la que se le ordenaba cuántos hombres debía reclutar y en qué partidos, unas instrucciones que debía seguir para mantener la disciplina y el orden entre sus tropas, bajo pena de perder su compañía si no lo cumplía (instrucciones), como a veces también un título oficial de capitán en el caso de que el sujeto nombrado para tal cargo lo fuera por primera vez (patente).

Estos papeles llegaban a las ciudades en donde se debía realizar el reclutamiento de la mano del capitán designado, o en su ausencia de su alférez, que traían consigo las cartas y cédulas reales. Esto suponía una vía directa de reclutamiento, en la que el capitán sólo debía dar cuentas al rey y a los comisarios enviados por el consejo de guerra. Tras la reunión de los cabildos de las ciudades –que comprobaban la validez de los despachos y cartas que llevaban los capitanes, además de nombrar comisarios para velar por el buen orden de las tropas en los alojamientos–, se daba comienzo al alistamiento, ya que en pocas ocasiones las ciudades se negaban a ello. Estas tenían pocos mecanismos de resistencia ante el reclutamiento, algo que en general no las perjudicaba al exigirse sólo voluntarios. Las ciudades debían encontrar un lugar apropiado para albergar el cuerpo de guardia de la compañía –habitación o espacio físico donde los militares se reunían, guardaban la bandera y hacían guardia–, arbolando la bandera en un paraje público, a poder ser en un lugar de paso importante y céntrico. A partir de ese momento empezaba oficialmente la captación de voluntarios. En un mundo tan simbólico como el del Antiguo Régimen, la presencia de una bandera en la ventana de alguna casa o ayuntamiento significaba claramente que en la ciudad se estaba reclutando una compañía, como nos lo demuestra la literatura de la época.

don J. de Harman mi Capitan de Infanteria, por la conduta que os he mandado dar, vereis, como mi voluntad es, que leuanteys dozientos y cinquenta Infantes en el distrito que se os ha señalado, y en la instruccion que tãbiẽ os dara el mi Secretario de la Guerra, vereys el sueldo q̃ vos, y la dicha gente aueys de ganar, y porque se ha entendido, q̃ por lo passado se han hecho muchas desordenes contra el seruicio de Dios, y el mio, y en mucho daño de mis subditos, y vassallos, he resuelto cõ acuerdo de mi Consejo de Guerra, que se dẽ instrucciones de nueuo, assi a los Capitanes que leuantan la gente, como à los Comissarios que la guian, y la que vos aueys de guardar, es la siguiente.

1. Primeramente, como os tiene aduertido el dicho mi Secretario de la Guerra, por ningun caso aueys de dar vuestra vandera, ni gineta por dineros, y despues de auella proueydo en persona que sea aprobada por el dicho Consejo, no la aueys de poder quitar sin orden del mismo Consejo, el tiempo que estuviereis en España, y auiendo salido della, sin orden, y licencia del Capitan general, o persona debaxo de cuya mano siruiereis, con apercibimiento q̃ en qualquiera cosa que vays contra esta mi instruccion os priuaràn de la dicha compaña.

2. Las personas que propusiereis, para que sean aprobadas por Alfercz, y Sargento de vuestra compaña, han de auer seruido por lo menos scys años cõtinuos debaxo de vandera, ò en la guerra, y no se han de auer hallado en ningun motin, ni alteracion, todo lo qual ha de constar por fee del Vcedor, ò Contrador

A

dor

Instrucción impresa a un capitán para que levante 250 soldados. El reclutamiento administrativo ha generado abundante documentación que permanece aún en los archivos. Gracias a su estudio, ahora sabemos mucho más de los soldados que lucharon en Flandes. Archivo General de Simancas.

Un elemento importante dentro del reclutamiento era el alojamiento de los soldados durante el proceso de enganche, algo de capital importancia para el mantenimiento de los hombres en perfectas condiciones. La presencia de los soldados en las ciudades siempre podría suponer una posible molestia para el devenir diario de los quehaceres del común, por lo que era de capital importancia que estuviesen hospedados correctamente para evitar las desavenencias y quejas que podrían dar los vecinos. Mientras que en la ciudad Valladolid, por ejemplo, el cabildo utilizaba una de sus casas, en Madrid, Burgos, Toledo, Carmona o Écija, entre otros lugares, las compañías estaban normalmente alojadas en mesones, mientras que en Medina de Rioseco, Medina del Campo o Málaga se solía usar esporádicamente alguna casa vacía o yerma, dándose el caso de que en Medina del Campo los soldados podían ser alojados en el castillo.

Aunque las órdenes reales indicaban que el reclutamiento se debía desarrollar en una ciudad u otra, lo cierto es que la búsqueda de soldados también se extendía por otros lugares cercanos. Normalmente, el capitán centraba su actividad en la ciudad o villa en donde reclutaba, pero también en ocasiones alguno de sus oficiales se encargaba de visitar temporalmente otras localidades

menores para intentar captar más voluntarios. La bandera del capitán don Juan de Echandía se arboló en la ciudad de Valladolid a principios de 1668, pero los distintos oficiales de la compañía también se movieron por el distrito para intentar captar más reclutas. El alférez estuvo reclutando en Medina de Rioseco durante nueve días, mientras que el sargento asistió en la villa de Tordesillas durante trece días, ya que estas eran las partes en donde se creía que se alistaría más gente. Los tres cabos de escuadra de la compañía también ayudaron en el reclutamiento, por lo que recibieron algunos sobresueldos por la captación de voluntarios.

LOS MÉTODOS DE CAPTACIÓN

Después de que las ciudades destinaran un lugar apropiado para alojar el cuerpo de guardia de la compañía, se arbolaba la bandera en un paraje público, lo que simbolizaba el comienzo del reclutamiento. Debía ser un lugar de paso importante y céntrico. Esto era debido a que la bandera era el distintivo del reclutamiento voluntario, de manera que cualquiera que la viera sabría que un capitán se hallaba reclutando en esa ciudad. La elección de la ubicación donde arbolar era un punto importante, especialmente para los capitanes, que si querían tener éxito en su proceso de captación debían asegurarse de que su insignia estaba a la vista de todos los transeúntes, vecinos y visitantes de la ciudad. De hecho, la bandera era más simbólica y visible que el propio batir del tambor. En Madrid, particularmente, siempre se intentaba que el corregidor de la villa señalase para arbolar «casas capaces en los puestos más públicos». Por ello era común que los reclutadores izaran sus estandartes en puertas u otros espacios transitados de los cascos urbanos. Así, un capitán estableció su cuerpo de guardia en la madrileña Puerta del Sol en 1658. En Sevilla, en 1666, un reclutador pedía arbolar en la Puerta del Arenal y en la Puerta de Carmona. Esta petición estaba vinculada a la enorme capacidad reclutadora que se podría realizar si se concedía arbolar en las citadas puertas, lugares de paso y llegada de arrieros, emigrantes, maleantes, transeúntes y otros pícaros, muchos de los cuales –más por necesidad que por vocación–, podrían alistarse en las compañías, junto con los jóvenes y muchachos que al ver las banderas y a los militares podían estar tentados de abandonar sus quehaceres y probar la vida militar, ante los elogios y lo bien que la pintaban el capitán y sus hombres.

Los oficiales reclutadores tenían múltiples medios para intentar que los hombres entraran a formar parte de sus compañías. Los procedimientos seguidos eran simples y antiguos, y tenían mucho de teatralidad. Uno de los más comunes era el paseo constante del capitán y sus ayudantes por las calles engalanados y al son del tambor, para que los mozos con espíritu militar resolvieran entrar a formar parte de la compañía. Los reclutadores no desperdiciaban cualquier oportunidad para contar historias sobre la vida castrense y sus virtudes, pintadas siempre desde una perspectiva de enriquecimiento, aventuras, camaradería, botines, vino y mujeres, mostrando una visión bastante alejada de la realidad. Pero la multitud de métodos y engaños para captar los nuevos reclutas eran infinitos, muy acordes con la picaresca propia de la sociedad española.

En los cuerpos de guardia donde se reunían los soldados durante su reclutamiento estaban permitidos los juegos de azar, mediante las llamadas tablas de juego. Al permitirse el juego organizado, con apuestas incluidas, los cuerpos de guardia se llenaban de ociosos deseosos de realizar apuestas ante la usual prohibición de estas prácticas en casas particulares por las autoridades locales. La acción de estas casas de juego legales como foco de atracción y el endeudamiento de muchos, hacía susceptible de ser reclutada una masa de hombres importante, aunque no siempre eran gentes de la máxima calidad moral. Pero también las tablas de juego permitían unos ingresos adicionales a los oficiales y soldados que mejoraban su nivel de vida, aunque siempre esta práctica estuvo prohibida por las reglamentaciones vigentes, que generalmente

eran continuamente incumplidas. También era usual la práctica de las malas artes y tretas para alistar a los hombres, emborrachando a muchos y engañando a algunos a través de mujeres y alcahuetas, que los encerraban hasta que los pobres infelices se comprometían a alistarse en la compañía del capitán que había contratado sus servicios. Mediante estas argucias algunos hombres terminaban siendo reclutados, aunque su uso era puntual y siempre penado por las autoridades.



El juego estaba permitido dentro de los cuerpos de guardia, lo cual no sólo era un pasatiempo para los soldados, sino también un atractivo método de captar nuevos reclutas. *Cuerpo de guardia*, por David Teniers, 1641. Rijksmuseum, Ámsterdam.

Durante el reclutamiento, los soldados solían estar bien asistidos económicamente, y a lo largo de la segunda mitad del siglo XVII sabemos que en pocas ocasiones hubo quejas. Pero los problemas para los soldados recién alistados comenzaban realmente cuando llegaban a su destino, en donde no siempre recibían los socorros correspondientes, comenzando para muchos una época de agonía en busca de algo que comer, llegando incluso a mendigar. En 1686 se reclutó un tercio entero de voluntarios en Madrid y otras partes de Castilla a cargo del conde de Peñarrubia, inicialmente para ser enviado a Flandes, pero por la necesidad de reforzar la presencia militar en la frontera, los hombres permanecieron acuartelados en San Sebastián y Fuenterrabía. En diciembre de 1686 se hizo balance del tiempo que habían estado en los presidios de Guipúzcoa las compañías del tercio, gracias al memorial entregado por el conde al consejo de guerra. En este documento se decía que en los ocho meses que con su tercio servía en esos presidios sólo se había socorrido a los oficiales con la paga de un mes sin haberles concedido ningún alojamiento en casas de particulares. A los soldados solamente se les habían dado treinta reales de vellón en socorros y estaban durmiendo sobre tablas en sus alojamientos por la falta de ropa de abrigo y mantas. Por estos motivos, ya se habían perdido cuatrocientos hombres a raíz de las fugas y las muertes. Muchos de los hombres al intentar escapar se habían roto las piernas al arrojarlos por las murallas del presidio, mientras que los que aún subsistían vestían con harapos ante el desgaste de los uniformes con los que habían venido, por lo que la mayoría estaban en camisa y descalzos, por lo que con urgencia se pedía dinero y medios para socorrer a los hombres y evitar mayores fugas. Las condiciones de vida de estos hombres en Guipúzcoa fueron ciertamente críticas, pero no en todos los lugares eran tan malas, aunque sí que solían ser peores tras el reclutamiento. Mientras este duraba los soldados estaban mejor asistidos y los socorros eran puntuales y diarios.

Lo que más podía influir en que una compañía se completase mejor que otra era la estación en la que se realizaba el alistamiento. La época del año idónea para realizar cualquier reclutamiento era el invierno, a poder ser a partir del mes de noviembre hasta marzo o abril. A partir de estos meses, la captación de voluntarios era siempre difícil, ya que los desocupados de las ciudades castellanas podían encontrar fácilmente trabajo en el campo, por lo que los socorros diarios ofrecidos poco les podían tentar. Esto repercutía notablemente en las arcas reales, ya que cuanto antes se completara la recluta menos dinero se tendría que invertir en ella. En general, siempre se esperaba que la recluta voluntaria de cien hombres, si se realizaba en un período propicio, debía durar cuarenta días. Estar más tiempo en la zona supondría más gastos, pero sobre todo que el ritmo de desertores podría igualar al de alistados.

Durante el siglo XVI y buena parte del siglo XVII, los hombres de un mismo ejército no tenían atuendos del mismo color. De hecho, los hombres elegían sus propias ropas, se adornaban con plumas, jubones y calzones de la forma que más les gustara, debido a que se pensaba que de este modo lucharían con mayor motivación y más valor, al mismo tiempo que les hacían parecer más fieros, y ciertamente diferentes a la población civil, al poder llevar prendas más parecidas a las que llevaba la nobleza, y que la población civil no podía vestir ante las pragmáticas y leyes suntuarias que restringían su uso. Pero la ropa se desgastaba y rompía con facilidad, y era sustituida de la mejor manera posible, cogiendo la de los compañeros muertos, la de los enemigos o ropas civiles, sobre todo si las tropas no cobraban. Así, el mote que recibió uno de los tercios que combatía en Flandes en la década de 1590 se llamaba de los Sacristanes, porque iban vestidos con telas propias de labradores locales de paño negro, sin adorno alguno, muy al contrario que muchas unidades que llevaban plumas, galas y prendas de vivos colores.

Ante estas circunstancias, la única manera que les quedaba a los jefes para distinguir a sus tropas era obligar a todos sus soldados a que portaran un signo coloreado, ya fuera un fajín, banda, galón, pluma o escarapela en el sombrero. Así, los Habsburgo (austriacos y españoles) utilizaban el rojo, los suecos el amarillo, los franceses el azul, los holandeses el naranja. De hecho, distintas instrucciones, como las de 1591 en España o 1596 en Flandes, intentaban regular la indumentaria con la intención de que los militares se distinguiesen de la población civil y de sus propios enemigos. Por ello debían llevar una banda roja si llevaban armadura, y si no cruces coloradas cosidas a los vestidos que llevaban, teniendo que ser siempre visibles, estando prohibido que las cubrieran o quitaran. De esta manera era más fácil distinguir a las tropas, aunque parece que no siempre todos cumplían la norma, estableciéndose que el que la incumpliera debía ser tratado como a un enemigo. La medida también tenía mucho que ver con los problemas con la población civil, intentándose así evitar que en nombre del rey los soldados cometieran saqueos o delitos.

Con el tiempo, los Gobiernos se darán cuenta de que era conveniente acudir y reparar las necesidades de sus hombres, para que pudieran vestir adecuadamente, y que tras unos meses movilizados no parecieran un ejército de harapientos. Será a partir de las décadas de 1580-1590 cuando el Gobierno se haga cargo de reponer el vestuario de las tropas en el ejército de Flandes. A partir de esta época, se equipará a los soldados con un mismo modelo de ropa que incluía: jubón, calzones, camisa, ropa interior y medias; siendo los sastres y empresarios locales los que confeccionarán esta indumentaria para el Ejército, estableciéndose contratos a tal efecto para proveer miles de uniformes a la vez, los cuales intentaban cuidar la calidad de la tela y su confección, pero que nada decían de los colores de las prendas. Esta clase de indumentaria producida en masa terminará llamándose vestidos de munición, siendo el equivalente a lo que hoy en día llamaríamos uniformes. Estos estaban compuestos de distintas piezas y prendas que se entregaban a los soldados a la hora de alistarse o cuando desgastaban sus primeros equipos, lo que suponía para muchos gozar de una indumentaria decente que costaba el jornal de incluso meses de trabajo.

La moda y el aspecto de los soldados fueron cambiando con el tiempo. Muchos soldados durante el siglo XVI se dejaban barba completa, algo que les hacía parecer más fieros, aunque ya en el siglo XVII muchos llevarán el pelo más largo y preferentemente bigotes o perillas, pero no barba entera, evolucionando durante el resto del siglo hacia aspectos más aliñados y con menos pelo. Durante el reinado de Felipe II, la moda general tiende a oscurecerse, usando la indumentaria cada vez colores más apagados y sobrios frente al colorido propio del reinado del emperador Carlos V, aunque los soldados generalmente vestirán con tonalidades mucho menos austeras, ya que se creía que cuanto más engalanados mejor lucharían, no poniéndose excesivas trabas al lucimiento y a la ostentación que, en definitiva, influía en la captación de nuevos reclutas.

Durante el reinado de Felipe IV, la moda también tiende a colores apagados, aunque el negro pierde algo de protagonismo, modificándose la indumentaria militar hacia los colores pardos, como nos demuestran los cuadros de la época. En las pocas muestras documentales en las que se informa de la indumentaria y los colores de los vestidos de munición de los soldados alistados en España durante las décadas de 1640 y 1650, vemos que todos los soldados iban vestidos con jubones y hungarinas de paño pardo. Esta última prenda era una especie de capotillo o gabán de mangas sueltas o perdidas de origen balcánico que se popularizó durante la guerra de los Treinta Años, siendo una pieza fundamental hasta la introducción de la casaca a finales del siglo XVII. De hecho, como podemos apreciar en la obra del pintor flamenco Snayers, el pardo y los colores apagados serían la tonalidad predominante dentro del mundo militar, aunque los oficiales podían permitirse vestir mejor y con colores más vivos. La presencia de fajines, plumas, galones y cintas coloradas, que diferenciaban a los soldados de los Habsburgo del resto de sus enemigos, daba un poco de color al conjunto, a la vez que ayudaba a distinguir a los soldados de un ejército y otro, cuestión que a menudo era difícil, por lo que no es de extrañar que conociéramos casos en los que dos unidades de un mismo bando empezaron a dispararse entre ellas hasta que fueron advertidas de su error.

Hasta la segunda mitad del siglo XVII no podemos hablar de una verdadera uniformidad entre las tropas españolas. Es cierto que generalmente todos llevaban piezas muy parecidas, pero no de los mismos colores. Los vestidos de munición estaban compuestos por un determinado número de prendas, que debían mantener un mismo patrón, pero no siempre todos los hombres llevaban los mismos trajes, ni sus vestidos tenían los mismos colores, por lo que las unidades no podían identificarse por su indumentaria. La mayor parte de los reclutas embarcados a Flandes durante las décadas de 1640 y 1650 vestían vestidos de munición de paño de color pardo, generalmente de géneros de escasa calidad.



Durante las décadas de 1630-1640, casi todos los soldados vestían con más o menos las mismas prendas, aunque no de los mismos colores, siendo los colores pardos o apagados los más habituales. Tras un tiempo la ropa se desgastaba, como nos muestran estos veteranos harapientos retratados por P. Snayers durante el asedio de Aire-sur-la-Lys, tomada por las tropas españolas en pleno invierno en 1641. Museo del Prado, Madrid.

Será especialmente a partir de las décadas de 1660 y 1670 cuando definitivamente surjan los uniformes dentro de todos los ejércitos de la Monarquía Hispánica, un fenómeno que ocurrirá a nivel europeo, aunque ya los suecos introdujeron esta práctica en sus ejércitos durante la guerra de los Treinta Años. Era lógico que, con el tiempo, la Corona se diera cuenta de que merecía la pena invertir en el vestuario de las tropas, por lo que la confección de los vestidos de munición pasó a ser uno de los principales gastos en las levadas. La indumentaria era un factor que influía notablemente en los reclutas, ya que los uniformes eran también un gancho importante para los soldados, sobre todo para los más jóvenes, que se veían vestidos con unas flamantes casacas de vivos colores que no sólo servían para abrigarles de las inclemencias del tiempo, sino también para diferenciar unas unidades de otras y para darles un espíritu de cuerpo. Será a partir de esas fechas cuando en todos los reclutamientos realizados en España se invierta un dinero muy superior en la confección de los vestidos, a sabiendas de que este gasto valdría tanto para motivar el alistamiento como para que los soldados pudieran estar mejor vestidos y durante más tiempo. Así, en la década de 1670 se llegaban a gastar hasta 250 reales de vellón por soldado cuando en la década de 1640 los costes no llegaban a la mitad, mejorando mucho la calidad de los paños utilizados.

Pero también otros factores aconsejaban dar a los soldados vestidos de colores representativos. A partir de mediados de 1660, los nuevos tercios provinciales creados en Castilla dispondrán de una indumentaria diferente los unos de los otros. La medida servirá para diferenciar a unas unidades de otras en el ejército de Extremadura, pero también a los desertores, que eran reconocidos más fácilmente. En 1665 los soldados del denominado Tercio Provincial de Madrid vestían de colorado, lo que les hacía fácilmente distinguibles del resto de la población rural. Con los vestidos se mejoraban las condiciones de vida de los soldados, a la vez que se ponían trabas a la desertión, ya que los fugitivos no tenían más remedio que cambiar sus buenos uniformes rápidamente, porque con facilidad podían ser localizados y capturados por las autoridades locales.

Pese a la poca información de la que disponemos sobre la uniformidad, gracias a la documentación custodiada en los archivos sabemos en muchos casos cómo vestían los hombres

reclutados en España. En la década de 1660 la moda y el vestuario militar evolucionaron hacia un estilo muy parecido al que podemos observar en todas las cortes europeas a través de los cuadros, apareciendo nuevos modelos en el vestido. En ese momento los soldados comenzaron a ir vestidos con una casaca larga abotonada de paño de diferentes colores, estando el interior forrado de un color diferente. Las mangas de la casaca eran anchas y se doblaban por su extremo hasta el codo, por lo que dejaban entrever el color del forro interior, algo que también ocurría generalmente con la solapa. Aunque la prenda más importante era la casaca, los soldados también iban ataviados con más prendas. Bajo la casaca llevaban habitualmente una camisa blanca de lienzo, sobre la que llevaban la denominada chupa, que solía ser del mismo color del forro de la casaca. Esta era una prenda que tenía como antecedente el antiguo jubón, y que es el origen del chaleco que aún hoy perdura en la moda más formal. Por encima de ambas prendas, los soldados llevaban una corbata denominada de bocadillo, que en muchos casos con el tiempo quedó convertida en un simple paño que protegía el cuello de los soldados del viento y el frío. De hecho, la corbata entra en la moda europea en 1636 de la mano de los soldados croatas (de ahí el nombre) que formaban parte de las tropas francesas, popularizándose fundamentalmente en la corte francesa de Luis XIV.

Los hombres, además, vestían un calzón que les llegaba sólo hasta las rodillas, realizado con el mismo paño y color de la casaca. Por debajo de las rodillas disponían de medias de color. Como calzado usaban zapatos de baqueta de varias suelas, pero muchas veces también se les daban un par de alpargatas para que pudieran andar más cómodamente. Para cubrirse la cabeza los nuevos reclutas disponían de sombreros de ala ancha, que en esa época se denominan chambergos, por ser introducidos en la península por el mariscal Schomberg, cuando este, durante la década de 1660, combatió en el Alentejo al frente de las tropas portuguesas. Los sombreros eran generalmente de color blanco, aunque también podían ser negros, estando estos decorados con plumas y otros distintivos.



Detalle del cuadro de Francisco Rizzi que representa el auto de fe celebrado en Madrid en 1680. En él podemos ver a soldados españoles de la época engalanados para la celebración regia portando una bandera, aunque al ser un acto festivo los hombres no respetan ningún tipo de uniformidad. Pese a ello, son una buena muestra de la moda militar española de la época. Museo del Prado, Madrid.

Aunque no sea nuestra intención hablar de temas de uniformidad, ni alargarnos más en esta materia —pese a que sea un tema bastante desconocido—, podemos establecer algunas pautas sobre los colores predominantes de los tercios españoles. En general, lo que más influía en la uniformidad de los nuevos reclutas era su destino, sobre todo a partir de la década de 1680, con la estabilización de unos colores en las casacas. Dentro de la península, las diferentes unidades militares utilizaban una amplia variedad de colores representativos. Serán los cinco tercios provinciales creados a principios de la década de 1660 las unidades de las que mejor conocemos su indumentaria, hasta el punto que con el tiempo se les llegará a conocer por sus colores: como los verdes, los morados, los

colorados... Este apelativo no cambiará con el tiempo, ya que aunque en 1694 se formarán otros diez nuevos tercios provinciales, con los que los antiguos compartirán protagonismo, las viejas unidades se seguirán denominando por sus colores, al que unirán el apelativo de «viejos», como los verdes viejos o los amarillos viejos.

Los destinos exteriores serán los que contemplen una uniformidad mucho más organizada e importante, ya que en general se pretendía diferenciar las naciones de las unidades militares según el color predominante de su casaca, como hacían los franceses. Algo que en ocasiones era un problema, ya que en España no siempre se acertaba a la hora de elegir los colores de los tercios españoles que servían en Flandes, por lo que en varias ocasiones el gobernador de los Países Bajos escribió a Madrid para evitar que los reclutas fueran uniformados, ya que en Flandes se podrían vestir a las tropas con menos dinero y respetando más los uniformes de las unidades a las que se incorporarían los nuevos reclutas. De hecho, la documentación nos muestra que se tardó un tiempo en que todos los reclutas de una misma unidad fueran vestidos de la misma manera. El contrato efectuado con el empresario que vistió a los 1.400 reclutas del tercio del conde de Amarante levantado en 1674 en Galicia hacía referencia a que los nuevos reclutas vistieran de plateado u otro color que no fuese azul o verde, siendo las vueltas del uniforme en bayeta plateada de Palencia. De hecho, parece que la tendencia de las unidades españolas en Flandes fue la de vestir casacas del color de la lana crudo, plateado o de un blanco grisáceo.

La confección de los vestidos de munición de los soldados reclutados en Valladolid y Madrid para Flandes, dentro del tercio del conde de Grajal (1682), se ejecutó en Madrid confeccionándose por un empresario 1.521 vestidos de munición compuestos por las siguientes piezas: «ungarina de paño de las nabas (Navas del Marqués) forrada en guerguilla encarnada de Toledo con dos ½ docenas de ojales y botones de seda de vara y tercia a vara y quarta de largo por mitad, calçón del mismo paño de las nabas forrados en lienzo de pontarreas (Ponteareas, en Galicia) con dos faldriqueras de vadana y dos varas de cinta de yladillo encarnado en las jaretas, chupa de guerguilla encarnada de Toledo con mangas forradas en lienzo de pontarreas con dozena y media de ojales y botones de yladillo, camisa de lienzo de pontareas, corbatta de vocadillo de vara y tercia de largo, medias de estambre de tres hilos de la Mancha, zapatos de vaqueta de Moscobia de a tres o quatro suelas, sombrero negro a la moda con su cerquillo de vadana, spadaguarnezida con su bayna (la oja de Alemania) y tahaly de cuero de Valladolid».

Las piezas de estos vestidos suponían que los hombres vestían aún con el antecedente de la casaca en la moda militar, la hungarina, que era un capote sin mangas que se podía ajustar al cuerpo a través de distintos botones. Su color estaba entre blanco y gris, si bien los forros de los uniformes y otras prendas solían ser de otros colores, especialmente rojo o azul, lo que solía diferenciar unas unidades de otras. De hecho, las dos compañías reclutadas en 1684 en León para Flandes estaban así vestidas, teniendo las vueltas de color rojo, y los reclutas reunidos en Castilla en 1693 vestían con una casaca larga de paño plateado, estando el interior forrado de azul. Otras informaciones que nos han llegado del vestuario confeccionado en Bruselas confirman más o menos esta indumentaria, aunque en algunos casos la casaca variaba algo de tonalidad, más hacia el gris. Durante el reclutamiento, los soldados sólo recibían como armas espadas, ya que tanto las picas como las armas de fuego se suministraban a la hora de embarcar o al llegar a Flandes, por lo que generalmente los hombres realizaban su viaje desarmados, para intentar evitar así delitos, fugas, motines, muertes y accidentes.

En los dominios españoles de Italia el color predominante, fundamentalmente a partir de 1680,

será el rojo, ya que la mayoría de las casacas de la infantería de los tercios fijos de infantería española de Italia tenían ese color. Los uniformes que se hacían para las levadas que se realizaban para Milán y Nápoles en general coincidían en que los uniformes tenían unas casacas de color encarnado, forradas interiormente de color pajizo. En Sicilia, en cambio, parece que en 1690 las compañías iban pertrechadas con casacas de color colorado, al igual que los calzones, pero con los forros y vueltas de las mangas de color azul.



Soldados holandeses durante el reinado de Guillermo III de Orange (entre las décadas 1680-1690). En esa misma época vestían de manera muy parecida a los soldados españoles de los tercios de Flandes, llevando una casaca larga de paño que tenía las mangas remangadas hasta casi el codo, lo que dejaba ver el forro interior de la casaca, que era de un color diferente. The Royal Collection, Londres.

El viaje a Flandes por tierra

La creación del ejército de Flandes –y por tanto de los populares tercios de Flandes– data de tiempos de Felipe II, cuando con motivo del comienzo de la Rebelión de los Países Bajos fue necesaria la creación de un ejército de intervención para derrotar a los sublevados, un ejército que sería permanente, y que se mantendrá en la región hasta el final del dominio español. Ya antes, los españoles habían luchado en tierras flamencas, pero hasta el momento la presencia de tropas foráneas en los Países Bajos había sido intermitente. En 1544, el emperador Carlos V había formulado un plan para establecer un importante ejército que defendiera los Países Bajos frente a la reciente agresión francesa, y que incluso pudiera invadir Francia. Para ello se encomendó a Álvaro de Bazán que condujera hasta Flandes a casi 3.000 españoles en las naos vascas y cantábricas que reunió en Laredo. Tras la Paz de Crépy se quedaron en la zona, participando años después en el siguiente enfrentamiento con Francia. Tras la llegada de nuevos refuerzos por mar a Flandes en 1557, unos 3.500 hombres, los tercios españoles de Alonso de Cáceres y Alonso de Navarrete participaron en la victoria de San Quintín (1557) contabilizando unos 9.000 efectivos, y en la toma de Gravelinas (1558), aunque tras la Paz de Cateau-Cambrésis los españoles abandonaron Flandes.

En 1567 Felipe II encomendó al duque de Alba la dirección de una expedición militar hacia los Países Bajos conformada por unos nueve mil infantes españoles, cuerpo entorno al que nace el ejército de Flandes. Ante la inestabilidad de los mares y el peligro que provocaba la presencia de importantes flotas enemigas, las tropas españolas debían conducirse por tierra desde Milán. Esta expedición será la primera que llegará a Flandes a través del corredor militar denominado Camino Español, vía que cruzaba media Europa a lo largo de aproximadamente mil kilómetros, desde Génova, Savona o el puerto español del Finale –donde desembarcaban los españoles de su viaje por mar cruzando el Mediterráneo– hasta Namur, pasando previamente por Milán, los pasos alpinos, el Franco Condado, Lorena y Luxemburgo. Esta ruta permitía el envío de tropas desde la Italia española hasta los Países Bajos, siendo una de las piezas claves del sistema militar hispánico.

El mantenimiento de las comunicaciones a través de este corredor militar, como el del continuo flujo de soldados hacia Flandes –junto con los metales preciosos que venían de América–, eran la sangre y los pulmones que mantenían el enorme cuerpo que era la Monarquía Hispánica durante los siglos XVI y XVII. La constante presencia hispánica en Flandes, una región en la periferia del imperio, distante del centro de gravedad de la monarquía, fue siempre necesaria, por lo que nunca se escatimaron esfuerzos, tanto para llevar soldados españoles e italianos a Flandes –reconocidos como *nervios* de ese ejército, y las tropas más leales y fiables–, como para mantener siempre abierto un corredor militar que pudiera comunicar Milán con Flandes. Mantener el Camino Español fue una necesidad tan importante que vertebró la política exterior de la monarquía durante casi un siglo,

siendo la clave de las relaciones diplomáticas con Saboya, Lorena, los cantones suizos, Francia o el Imperio. Buena parte de las intervenciones militares españolas en diversas contiendas centroeuropeas –en algunos casos achacadas al imperialismo español–, realmente tenían como telón de fondo la defensa de este corredor, vital para el mantenimiento de los Países Bajos españoles.

GÉNESIS DEL CAMINO ESPAÑOL: LA PRIMERA RUTA A TRAVÉS DE SABOYA

El Camino Español surge de la necesidad de llevar de manera segura tropas a los Países Bajos en la década de 1560. Si bien en un primer momento el motivo es claramente religioso, posteriormente el Camino Español por tierra o por mar tendrá una motivación todavía más importante para los monarcas españoles: mantener la soberanía de aquellos territorios ante las presiones de otros países, y muy especialmente de Francia. En la imagen colectiva habitual, cuando nos referimos a las guerras de Flandes, sólo nos acordamos de la feroz lucha por el catolicismo, y por someter a los rebeldes holandeses nuevamente bajo la tutela de su soberano. Si bien este largo conflicto duró ochenta años, el ejército de Flandes continuó en aquel territorio otros sesenta años, debiéndose defender fundamentalmente de Francia y sus ambiciones por dominar el continente. Una lucha que se revelaría incluso más trascendental.

Desde la época del Imperio carolingio, y seguramente mucho antes, el norte de Italia y los Países Bajos estaban comunicados por caminos comerciales que cruzaban los Alpes y conectaban dos de las zonas más ricas y pobladas de Europa. Era lógico que cuando el cardenal Granvela preparó en 1563 la segunda visita de Felipe II a los Países Bajos intentará usar esta ruta, que por aquel momento estaba más o menos definida, y que el propio Granvela –originario del Franco Condado– conocía personalmente y la había transitado anteriormente. El itinerario trazado iba desde las costas mediterráneas españolas a Génova, para pasar posteriormente por la Lombardía española, y dirigirse a través de Saboya hasta el Franco Condado, Lorena y Luxemburgo. La gran ventaja de la ruta era que transitaba por territorios propios, o de aliados adeptos y fieles a la causa española. Además, la travesía por el mar Mediterráneo solía ser por aguas más apacibles, y sobre todo seguras, ante la superioridad naval española en dichas aguas, ya que por aquel entonces la armada de galeras de la monarquía era la más importante de toda Europa occidental.

La Lombardía española no contaba con ningún puerto en la costa ligure que lo comunicara directamente con España o el resto de las provincias italianas bajo soberanía española. Pese a ello, las estrechas relaciones con la República de Génova garantizaban el uso de sus puertos como escala obligatoria para alcanzar el Milanesado. A cambio de esta fiel alianza, desde tiempos de Carlos V España prestó un importante apoyo al patriciado genovés frente a las aspiraciones territoriales galas, y la Monarquía Hispánica –como gran potencia– garantizaba la pervivencia de la república y el control de esta sobre la isla de Córcega. Algunos incluso definen la relación entre ambas potencias como un protectorado, aunque realmente se trataría más bien de una alianza muy duradera y estable. Esta alianza beneficiaba a ambas partes, ya que los genoveses participaban comercialmente en el imperio español, y sus banqueros se convirtieron en los grandes financieros de la monarquía, puestos que les garantizaron importantes beneficios. La estrecha alianza entre ambas potencias iba más allá, ya que incluso una escuadra de galeras, la escuadra de Génova –estrechamente ligada a la familia Doria–, participó dentro del esquema defensivo de la monarquía en el Mediterráneo hasta el fin de los Austrias. Si bien se trataba de un contrato entre un particular y la monarquía, por el cual España pagaba una importante suma económica por el uso de dicha escuadra, la implicación de Génova en

las guerras de la monarquía, y su financiación, fue muy alto, incluso en los peores momentos.

A finales del siglo XVI, España por fin consiguió hacerse con un puerto en la costa liguir, al intercambiar Felipe II el marquesado de Finale por un título de príncipe para la familia poseedora, si bien la ratificación efectiva tendría lugar en 1602 con la muerte del último marqués de la familia Del Carretto y la ocupación militar del marquesado desde Lombardía por el conde de Fuentes. A partir de ese momento, los españoles pudieron establecer una base sólida y un pequeño presidio con una guarnición fija, ampliándose progresivamente las instalaciones portuarias de la ciudad. Gracias a este puerto, los españoles podían establecer una ruta segura para sus comunicaciones sin tener que estar a expensas de los pertinentes permisos de la república genovesa a la hora de desembarcar o embarcar tropas, facilitándose las comunicaciones, que ya no estaban condicionadas por las relaciones diplomáticas.

El duque de Saboya fue un importante aliado de España, debido a que la cercanía con la frontera francesa había propiciado diversas invasiones y ocupaciones por parte gala durante las décadas centrales del siglo XVI. Este hecho acercó las posiciones entre España y Saboya, que en 1559 firmaron un tratado de alianza en cuya raíz estaba la necesidad saboyana de contar con un aliado poderoso en su lucha contra Francia, algo que Felipe II también ambicionaba. Mediante este pacto, ambos países ganaban un aliado en su lucha contra Francia, y España terminaría consiguiendo un corredor seguro que enlazaba directamente con sus posesiones en el Franco Condado. En 1585 el duque de Saboya entroncaba, tras su matrimonio con la infanta Catalina, con la dinastía real española, y hasta el nacimiento del infante Felipe en 1605 –hijo de Felipe III y futuro Felipe IV–, los príncipes saboyanos eran los primeros dentro del orden sucesorio al trono español, al ser sobrinos de Felipe III.



Puerto de Finale a mediados del siglo XVII según el atlas del marqués de Heliche. A partir de comienzos del siglo XVII escala obligada de las tropas españolas que se dirigen al Milanesado.

La ruta planteada a través de Saboya se terminó denominando en la zona como el Chemin des Espagnols, de ahí que ahora lo denominemos Camino Español, ya que realmente en la documentación original española de la época no se utilizaba ese apelativo. Esta vía de llegada a Flandes era sin duda la mejor. Era más corta que la que se podía practicar por el Tirol, u otros pasos, y sobre todo se

realizaba por los mejores pasos alpinos frecuentemente utilizados por mercaderes durante todo el año, y que disponían de instalaciones adecuadas para descansar entre jornada y jornada. Estos eran los desfiladeros de monte Cenís y el Pequeño San Bernardo, utilizándose principalmente el primero, ya que durante el deshielo en el paso desaparecía la nieve un mes antes. Incluso en algunas ocasiones los españoles enviaron ingenieros y zapadores a la zona para mejorar y ensanchar los caminos que debían utilizar las tropas.

Pero el corredor que ofrecía Saboya no fue siempre seguro. Todo cambiará a partir de la década final del siglo XVI, cuando Francia empieza a darse cuenta del notable daño que significaba para su integridad que los soldados españoles pudieran a pocos kilómetros de sus fronteras recorrer el Camino Español, reforzar el ejército de Flandes y enviar hombres y dinero a la Liga Católica francesa. Desde 1591, el duque de Saboya contaba con varios miles de soldados españoles e italianos del ejército de Lombardía y actuaba en el Delfinado en apoyo del duque de Nemours y la liga católica, frente a las fuerzas hugonotes. En 1594, Enrique IV de Francia declara abiertamente la guerra a España, y a través de los Tratados de Greenwich y La Haya teje una alianza con los rebeldes holandeses e Inglaterra para intentar debilitar a toda costa a España. Si bien en la Paz de Vervins (1598) ambos contendientes sellan su disputa y se devuelven todas las conquistas, durante el año anterior los franceses habían invadido una parte de Saboya desde el Delfinado, cortando las comunicaciones con el Franco Condado y por lo tanto el Camino Español. Con facilidad se había cortado la arteria principal que permitía el envío de hombres y dinero a Flandes, que sólo tras la paz pudo volver a ser operativa. Conocedores de la situación, los franceses vuelven a invadir Saboya en 1600, ya que sus reclamaciones sobre el marquesado de Saluzzo, pequeño y aislado enclave francés en los Alpes piemonteses, ocupado por el duque de Saboya en 1588, no se habían contemplado en Vervins. Con extrema facilidad, los franceses ocupan importantes plazas fronterizas como Bourg-en-Bresse, Chambéry y Montmélian, sin apenas oposición. Desde Milán, el conde de Fuentes envió a la zona un importante socorro de tropas, que si bien estabilizó la situación, no consiguió recuperar el territorio perdido. Por medio del Tratado de Lyon (1601), el marquesado de Saluzzo –enclave en medio del ducado de Saboya– pasa oficialmente a manos de Carlos Manuel, aunque Saboya pierde el control del Ródano y de un amplio territorio que iba hasta las cercanías de Lyon. Con ello, Francia se quedaba con una rica y extensa región, mucho más importante que el Saluzzo, debiendo Saboya renunciar a su expansión hacia el oeste.

Los acuerdos de Lyon también reconocían la necesidad española de contar con un paso hacia sus posesiones en el Franco Condado, condición a la que Francia también accedió. Si bien se planeó una ruta alternativa atravesando la Confederación Suiza hasta Lausanne para posteriormente entrar en el Franco Condado, las reticencias de la ciudad de Ginebra –gran reducto calvinista– y su miedo a cualquier ataque español contribuyeron a que la diplomacia se movilizara. La paz terminó concediendo a Saboya un estrecho paso montañoso a través de un valle, el de Chézery, escasamente habitado, pero que comunicaba el Ródano con el Franco Condado a través de un estrecho puente: Pont de Grésin. Virtualmente, eso significaba la continuidad del Camino Español, pero el corredor quedaba enormemente limitado a un estrecho pasillo demasiado cerca de la frontera francesa. De hecho, al año siguiente los franceses destruirían el puente ante el temor de que las tropas españolas que pensaban utilizar el corredor para llegar a Flandes realmente intervinieran en la política interior francesa y apoyaran una insurrección contra Enrique IV. En poco tiempo, las comunicaciones pudieron restablecerse y el puente se reconstruyó, pero para asegurarse de que el corredor podía

continuar, España tuvo que enviar tropas a la zona.

Las diferencias entre Francia y Saboya no desembocaron en un acercamiento de esta última a la Monarquía Hispánica. Debido a su enfado con el Rey Católico, a raíz de la poca asistencia que España le había prestado en la lucha contra Francia, el duque rechazó la idea de incrementar el contingente de tropas españolas estacionadas en territorio saboyano para asegurar el Camino Español. Pero ante la presión del conde de Fuentes, en 1601 debió consentir la llegada de más tropas españolas como guarnición, y envió a tres de sus hijos a educarse a la corte de Felipe III. En pocos años, el viraje Saboyano se hizo una cruda realidad para España, ante la cada vez mayor francofilia de la corte de Turín. El duque mudó su alianza, acordando con su antiguo enemigo un ataque conjunto contra España, para así intentar extender sus posesiones hacia el este. En 1609, el duque expulsaba a las guarniciones españolas, y un año después demostraba su acercamiento a París con un tratado de alianza, firmado en el abril de 1610 en Bruzolo. En él se concertaba el matrimonio entre el primogénito del duque y una hija de Enrique IV, acordándose la invasión y conquista de Milán, que debía pasar a las manos del duque. Sin embargo, el asesinato del rey francés en mayo de 1610 frustró toda la operación. Carlos Manuel eludió el duro castigo de España ante la muerte del conde de Fuentes, y el perdón que consiguió el príncipe Filiberto, educado en Madrid, que gozaba de muy buena reputación en la corte.

La situación no volvería a ser la misma, y el Camino Español a través de Saboya había llegado a su fin. Carlos Manuel terminaría declarando la guerra a España en 1615, contando con ayuda francesa. El nuevo rey de Francia, Luis XIII, retomaría la idea de una alianza, y por fin en 1619 se confirmaría el matrimonio de Cristina de Francia con Víctor Amadeo I de Saboya. Cualquier pretexto, por leve que fuera, era utilizado por París para oponerse a los Habsburgo en el marco Europeo. La crisis sucesoria provocada por la muerte del duque Francisco de Gonzaga por la posesión de Mantua y Monferrato, entre su hija y su hermano, provocó la ocupación de este último por Saboya, en apoyo de los derechos hereditarios de su sobrina, frente al emperador, favorable a Fernando de Gonzaga, destinado a la carrera eclesiástica, lo que provocará una guerra. Los españoles derrotaran a los saboyanos, y tras la breve tregua que concede la Paz de Asti (1615), el conflicto cambiará de magnitud al ofrecer Francia y Venecia su colaboración a Saboya en 1616, expandiéndose el conflicto por toda la frontera. Los españoles reconducen nuevamente la situación, por lo que la Paz de Pavía (1617) devolverá Monferrato a manos de su señor, y ambos contendientes se devuelven las plazas conquistadas.

Durante la guerra de Sucesión de Mantua (1628-1631), Saboya vuelve a aliarse con España, pero ya era tarde para el Camino Español, que había perdido su principal paso de comunicación con Flandes. Durante el resto del siglo XVII, el ducado de Saboya cambiará a menudo de aliado, intentado siempre posicionarse a favor del bando más fuerte y con más posibilidades de vencer, cambiando incluso de bando en el transcurso de una guerra.

LA POLÍTICA EXTERIOR Y LOS CORREDORES MILITARES: LOS VALLES ALPINOS

España empezó a contemplar nuevas alternativas a la principal ruta especialmente desde inicios del siglo XVII.

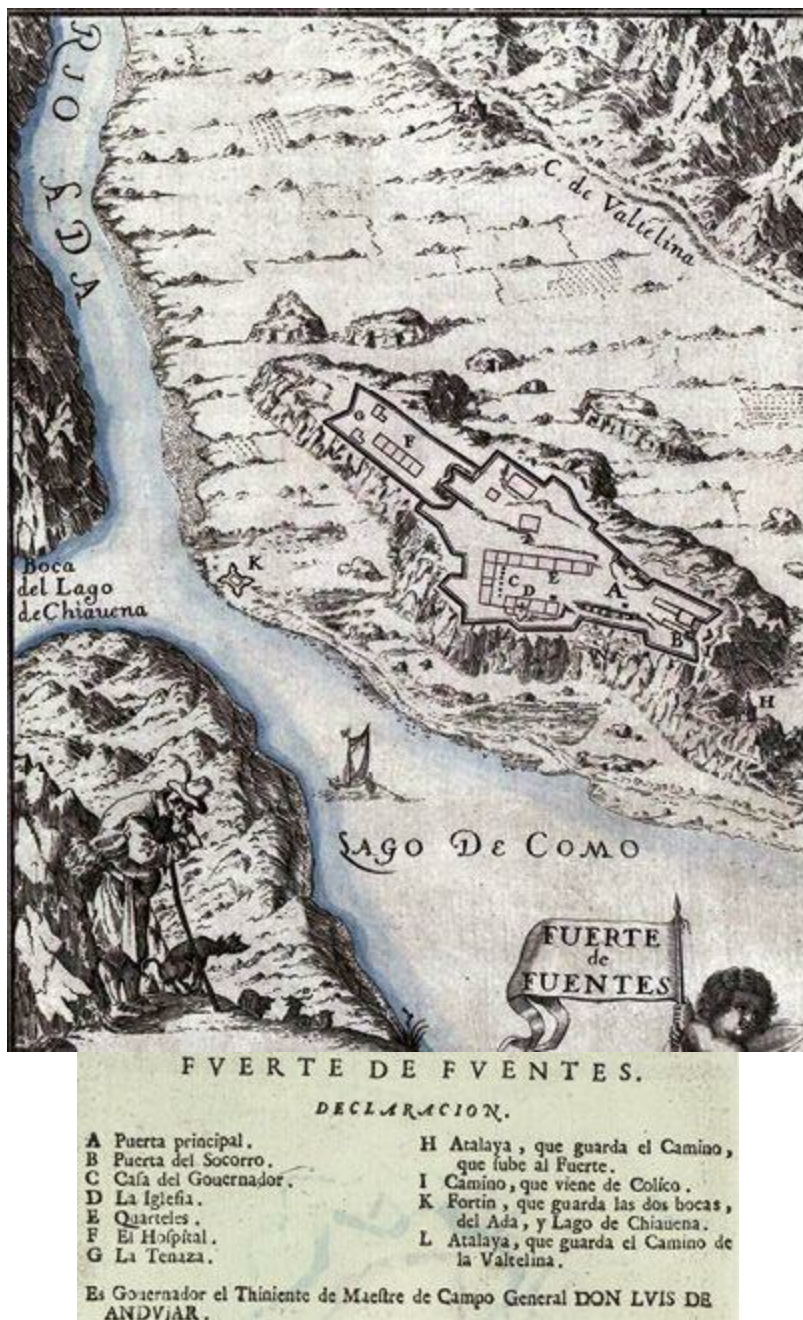
La diplomacia española había acercado posiciones con los cantones católicos de la Confederación Suiza en las décadas finales del siglo XVI, ya que controlaban importantes pasos alpinos. En 1604, el gobernador del Milanesado, conde de Fuentes, fue un paso más allá y consiguió mejorar el tratado con los cantones católicos, y a cambio de una fuerte subvención económica estos concedían el paso de las tropas españolas por su territorio hasta el Rin, aunque las tropas debían pasar en pequeños grupos y desarmadas, transportándose las armas aparte. La ruta fue utilizada por las expediciones enviadas a Flandes en 1604 y 1605, pero tras la muerte del conde de Fuentes, pocos años después, los franceses consiguieron revocar el tratado a cambio de más dinero. En la década de 1630, los españoles pactaron un nuevo acuerdo de colaboración con los cantones católicos, pero nunca más se reabrió la posibilidad de volver a utilizar el corredor militar. Durante buena parte del resto del siglo, los cantones recibirán una pensión económica de España a cambio de garantizar la defensa del Franco Condado y esporádicamente permitirán el reclutamiento de tropas mercenarias suizas. Pero a pesar de su virtual neutralidad, Francia fue durante esta época su verdadero referente diplomático, y los ejércitos franceses contaron con miles de soldados suizos.

Los pasos alpinos también contemplaban otras opciones estratégicas. En 1593 se consiguió firmar un tratado con la Liga Grisona que controlaban los valles alpinos de la Valtelina y Engardina, que comunicaban directamente Lombardía con el Tirol. Este nudo de comunicación era esencial para el eje Madrid-Viena, ya que permitía que los españoles recibieran en Italia refuerzos imperiales permitiendo la ruta la colaboración militar entre ambas ramas de los Habsburgo.

En 1603, el conde de Fuentes comenzó a edificar el fuerte de Fuentes, al norte del lago Como y en el rincón más al norte del Estado de Milán, en la entrada del valle de la Valtelina, controlando los valles de los ríos Mera y Adda. La fortificación, que se terminó de construir hacia 1612, se levantaba sobre un altozano casi inexpugnable y era un verdadero propósito de intenciones. Un año antes, los Grisones habían renovado su alianza con Francia, que les debía gran cantidad de dinero por el empleo de mercenarios en sus guerras. En 1603, los Grisones y Venecia firman una alianza mutua que a su vez permite a los franceses asegurarse la comunicación con su gran aliado italiano, entorpeciendo el Camino Español. El fuerte de Fuentes no sólo defendía la entrada natural al estado de Milán desde la Valtelina, sino que era un verdadero acto de intimidación que demostraba el poder español en la zona, generando su construcción una gran controversia para grisones, franceses y saboyanos.

En 1620, los habitantes católicos de los valles de la Valtelina se levantan contra la minoría gobernante, los Grisones o Ligas Grises calvinistas, aliados de Francia, acaeciendo la matanza de Sacro Macello. Los católicos pidieron ayuda a España para evitar la represión de los Grisones, y el gobernador de Milán, el duque de Feria, aprovechó la ocasión para intervenir pese a que en Madrid se llamaba a la prudencia. Desde Milán se enviaron tropas para apoyar a los católicos, a los que

también financió, estableciendo a lo largo del valle toda una serie de pequeñas fortalezas para asegurar la nueva ruta militar. Al mismo tiempo, el ejército de Flandes ocupaba el Palatinado Renano, controlando un importante paso en el Rin que abría una nueva ruta de comunicación con el Imperio.



José Chafrión, plantas de las fortificaciones de las ciudades, plazas y castillos del Estado de Milán (1687), Milán. El lugar elegido para el emplazamiento era una pequeña montaña (Montecchio) que se elevaba doscientos setenta metros, pero se encontraba demasiado cerca de un pantano. Si bien la situación estratégica era envidiable, la cercanía del pantano provocó innumerables muertes a causa de la malaria. Quizá por eso existía un hospital en la plaza.

Las incursiones francesas en la zona obligaron a que durante 1621 se debieran enviar nuevos contingentes de tropas a la zona desde Milán para desalojar a los grisones de los valles, que al ser expulsados se vieron obligados a abrir negociaciones de paz con España. Como contrapunto, ese mismo año el emperador pierde Alsacia, lo que dificultaba las comunicaciones, haciendo cada vez más largo el camino hacia los Países Bajos. Francia y España llegaron a un compromiso diplomático a través de la mediación papal de Gregorio XV, y mediante el Tratado de Aranjuez (1622) las fortalezas construidas por el duque de Feria quedaban en manos del Papado, pudiendo ser transitado el valle por las tropas españolas e imperiales. La llegada de un nuevo papa, Urbano VIII, cambió la

situación. Richelieu le presionó para que abandonara y demoliera las fortificaciones, sin cosechar ningún éxito, por lo que a finales de 1624 Francia acuerda con los cantones protestantes suizos y los ducados de Venecia y Saboya la ocupación de la Valtelina, enviando un ejército de nueve mil hombres que desalojó a las guarniciones papales del valle. Entonces el papa pidió ayuda a España, pero la mayor parte de los fuertes cayeron rápidamente en manos francesas, salvo el de Riva de Chiavenna, en donde la guarnición española enviada por el duque de Feria ofreció una gran resistencia.

En estas circunstancias, en 1625 Saboya –con ayuda de tropas francesas– invade el Monferrato, y Francia intenta conquistar Génova, bloqueando la armada gala el puerto de la ciudad, para así cortar definitivamente las comunicaciones españolas. Las tropas del ejército de Milán fueron movilizadas para hacer frente a la amenaza franco-saboyana, mientras que las fuerzas navales al mando del marqués de Santa Cruz conseguían levantar el bloqueo de Génova. España consigue que Parma, Módena, Toscana, Génova y Luca se unan a la causa, y las fuerzas capitaneadas por Feria consiguen detener a los franco-saboyanos y avanzar sobre Turín, aunque la impresionante fortaleza de Verrua consigue detener su avance. La presión de la opinión pública francesa ante la agresión a las fuerzas papales, el resurgir de una nueva revuelta hugonote en Francia, la presencia militar española en la zona y la presión diplomática de los duques de Parma, Módena y Toscana, obligan al monarca francés a firmar el Tratado de Monzón (1626). Con ello, Francia abandonaba sus posiciones en el valle y su alianza con los protestantes, la Valtelina se constituye momentáneamente como en un Estado independiente de las Ligas Grisonas, que garantiza el libre paso a los ejércitos de los Habsburgo y Valois. En 1639, el valle volverá definitivamente a manos de los grisonos, a condición de que se respetara la práctica de la religión católica.

El uso de la Valtelina fue vital para las comunicaciones militares españolas entre Milán y el Tirol, ya que permitió la llegada de refuerzos imperiales para la guerra de Mantua, al mismo tiempo que permitieron la salida de las últimas expediciones militares españolas por el Camino Español por su variante Alsaciana. Pero lo cierto es que la ruta no era fácil, y su coste en términos diplomáticos y humanos fue alto. En 1622 se debían emplear 4.300 soldados españoles e italianos en tareas de guarnición en la Valtelina, a los que había que sumar otros 3.600 en Alsacia para asegurar las comunicaciones con Flandes. Un coste demasiado alto para una ruta que se podía cortar con facilidad, como se haría patente con las actividades francesas en la zona de 1635-1637.

EL CAMINO A TRAVÉS DE ALSACIA, EL FRANCO CONDADO Y LORENA

Las últimas tres grandes expediciones militares españolas en la zona eran más que el tránsito de tropas al frente flamenco, eran verdaderos ejércitos que contaban incluso con caballería ante la posibilidad de que en parte de la ruta debieran combatir para abrirse paso. En 1633 incluso se debió crear el ejército de Alsacia al mando del duque de Feria para intentar allanar el camino a la expedición que protagonizaría el Cardenal Infante un año después. A esas alturas, Francia ya controlaba puntos tan estratégicos como Alsacia y Breisgrau, por lo que la fortaleza de Breisach y su vado sobre el Rin eran un punto clave, esencial si se quería continuar con la ruta militar. A finales de 1633, Feria cruzó los Alpes por la Valtelina con un contingente de ocho mil infantes y mil trescientos jinetes españoles e italianos, al que se le sumaría posteriormente un amplio contingente de alemanes reclutados en el Tirol. Feria debió abrirse paso liberando Constanza, tomando Rheinfelden, y liberando Breisach del sitio impuesto por los franceses. Las conquistas de Feria tuvieron un gran eco en España y en Alemania, pero a la postre resultarían efímeras y poco aportarían al mantenimiento del corredor militar terrestre, cayendo Breisach en manos francesas en 1638 tras seis meses de asedio. Pero las acciones de Feria consiguieron de manera inmediata que pudieran llegar refuerzos del Franco Condado, ayudando a los aliados católicos alemanes a restablecer la situación ante los suecos. La muerte de Feria en Múnich a comienzos de 1634 a causa de una epidemia de tifus y las enormes bajas que esta produjo entre las tropas serían un duro golpe al ejército de Alsacia. Pero este ya había cumplido su objetivo, y en 1634 el Cardenal Infante, se unía a las fuerzas alemanas en su lucha con los suecos y sus aliados protestantes, a los que vencerían con rotundidad en Nördlingen, pudiendo llegar el hermano de Felipe IV a Flandes a finales de ese mismo año. Esta sería la última expedición terrestre con destino a los Países Bajos, a partir de 1634 todos españoles e italianos que lleguen lo harán por mar. Durante la guerra contra la Inglaterra de Cromwell (1654-1659), ante los problemas de la ruta naval, se volvió a intentar resucitar la ruta terrestre, aunque con una cierta variante. Los españoles se enviarían a Nápoles desde donde continuarían su ruta por mar, junto con los soldados napolitanos, hasta Trieste. Desde allí se conducirían hasta Flandes atravesando toda Alemania. Pero este sistema era inviable, desechándose muy pronto la idea.



En la imagen vemos la toma de Rheinfelden por las tropas del duque de Feria (1633), dentro de las operaciones españolas para abrir paso al Cardenal Infante por el Camino Español. Podemos advertir que la ciudad alemana carecía de un circuito modernizado de fortificaciones, siendo estas medievales, por lo que con cierta facilidad pudo ser asaltada por las tropas del duque.
La expugnación de Rheinfelden, de Vicente Carducho. Museo del Prado, Madrid.

El Camino Español que cruzaba los pasos alpinos por Saboya se adentraba posteriormente en el Franco Condado, que los Austrias españoles habían heredado de la casa de Borgoña. Se trataba de un territorio mal comunicado y algo aislado, que administrativamente dependía de Bruselas, pero que suponía una escala segura para las tropas en tránsito hacia Flandes. En la región se hablaba francés, y mantenía una cultura muy parecida a la del resto de la Borgoña francesa a la que en otro tiempo había estado unida. Los contactos entre la nobleza de la región y la francesa eran habituales, e incluso ambas compartían fuertes lazos familiares. Sin embargo, la región siempre fue fiel a los Austrias, a los que debía una amplia autonomía, por lo que parece que nunca se generó ningún intento secesionista. Entre las dos Borgoñas siempre había existido cierto pacto tácito de no agresión, no siempre respetado, pero que había hecho que la guerra –salvo en algún momento concreto, como la década de 1630– no llegase a ellas y se situase siempre en frentes más alejados. El Franco Condado dejó de ser un elemento esencial de las comunicaciones españolas al caer el Camino Español. No es de extrañar que desde Flandes poco se hiciera ante la rápida conquista del territorio por parte de los franceses durante las guerras de Devolución (1667-68) y de Holanda (1672-78), perdiéndose la provincia tras la Paz de Nimega (1678).

Tras pasar por el Franco Condado, la ruta continuaba por el ducado de Lorena, hasta llegar al ducado de Luxemburgo. En la década de 1550, los franceses ocuparon las ciudades de Metz, Toul y Verdún, por lo que el duque de Lorena se mostró más partidario de los Habsburgo. En teoría, el ducado era neutral y según sus intereses apoyaba a ambas potencias, concediendo derechos de tránsito a ambas, por lo que parece que en pocas ocasiones hubo problemas durante el transporte de tropas. Las cosas cambiarán cuando en 1633 los franceses invadan el ducado, una represalia planeada por Richelieu por el apoyo que había prestado el duque a las guerras intestinas francesas y a la reina madre María de Médicis. Con ello, Francia no sólo cortaba la cada vez menos transitada

ruta de comunicación terrestre con Flandes, sino que se hacía con una posición estratégica muy importante para atacar a españoles e imperiales. El duque nunca más recuperaría sus estados, pasando a ser un expatriado que sólo contaba con un pequeño ejército que puso al servicio de España en virtud de su alianza con los Habsburgo para intentar recuperar su hogar. Su pequeño ejército contribuyó a la defensa del Franco Condado a cambio de una importante subvención económica, aunque los españoles nunca estuvieron satisfechos con su proceder. Si bien momentáneamente en 1641 recibió el perdón de Richelieu, rápidamente volvió a ser acusado de conspirar y al año siguiente el ducado volvería a ser invadido por los franceses, mostrándose el duque incapaz de poder recuperarlo. Desde entonces, Lorena quedará en manos francesas, y el duque y su ejército combatirán al lado de España.



Representación de la batalla de Nördlingen (1634), según la publicación alemana del Theatrum Europaeum de 1670. En el lado inferior podemos ver a las tropas españolas. En la batalla se enfrentaron suecos y españoles junto con sus aliados alemanes. A pesar de los avances tácticos suecos, la victoria fue a parar al bando Habsburgo. Lo que decidió la batalla fue su concepción defensiva. Las posiciones españolas se centraron en la defensa de una colina cercana a la ciudad, la cual fortificaron y en la que situaron sus mejores tropas (en la zona inferior izquierda de la ilustración). El acto decisivo de la batalla fue el asalto por parte de los suecos de esa posición, sobre la que cargaron en al menos quince ocasiones. La colina, pese a que estuvo defendida la mayor parte del tiempo por sólo dos tercios veteranos, uno de napolitanos y otro de españoles —ante la retirada de varios regimientos alemanes—, se mantuvo en manos españolas, ante la perseverancia de los defensores.

[LAS CONDICIONES DEL VIAJE](#)

El recorrido a pie por el Camino Español era lógicamente mucho más lento que el practicado por mar, básicamente porque no enlazaba directamente las costas cantábricas con los puertos flamencos. Por mar se podía llegar a Flandes incluso en sólo diez días si el tiempo era particularmente propicio, mientras que por tierra el viaje podía llevar meses. Desde Milán a Flandes el trayecto por tierra solía llevar de media entre 48 y 50 días de marcha, si bien el grupo más veloz fueron los veteranos que marcharon con Lope de Figueroa, que en 1572 completaron el recorrido en treinta y dos jornadas en pleno invierno. Pero esto sólo era una parte del viaje, ya que previamente las tropas españolas tenían que salir de sus lugares de reclutamiento, trasladarse a la costa española para ser embarcados en las galeras rumbo a Génova, para luego llegar a Milán, y desde allí recorrer el Camino Español, pudiendo quedar truncada toda la operación si faltaba el dinero y las tropas desertaban. De hecho, en términos generales, el trayecto entre los puertos mediterráneos españoles e Italia era más largo que entre los puertos cantábricos y Flandes, debido a que los vientos, las corrientes y sobre todo la tipología de los barcos usados para el transporte, las galeras. En conjunto todo este proceso, y el viaje por tierra hasta Flandes llevaba como mínimo entre cuatro y seis meses.

Esto suponía que un bisoño español transportado por el Camino Español fácilmente podía tardar en llegar a Flandes más de un año, algo que por la vía marítima era mucho más rápido, ya que podía estar sirviendo en el Ejército en sólo un par de meses. De hecho, este sistema terrestre sólo tenía sentido ante la problemática de que los transportes navales podían ser asaltados, y de que realmente el sistema estaba pensado para enviar tropas españolas veteranas ya estacionadas en Italia, de ahí que a menudo la documentación de la época se refiera al tema como el envío de españoles a Flandes por Italia.

Para hacer transitar a miles de hombres por tierra se necesitaba improvisar cierta infraestructura temporal debido a que la tarea no era fácil. El paso de miles de hombres, con sus necesidades, aunque fuera por una noche, requería cierta organización. Los caminos eran deficientes, no había cuarteles y no siempre la población tenía o quería vender a las tropas la comida disponible. En territorio propio las tropas podían recibir alojamiento gratis de la población, pero cuando pasaban por territorio neutral había que pagar por ello. Las cosas eran más fáciles cuando se podían aprovechar los caminos, postas e infraestructuras que habitualmente utilizaban los mercaderes. Pero si estas no existían se debían improvisar, intentando encontrar sitios para alojar a los soldados entre la población, además de buscar los bastimentos necesarios. Ante estas necesidades surgió el sistema de *étapes* o «tapas», como las llamaban los españoles. Eran puntos fijos en la ruta, en donde las tropas en movimiento podían recibir durante una noche todo lo que necesitaban, algo proporcionado generalmente por empresarios privados contratados por la monarquía para tal efecto. Con ello se cubrían las necesidades de los hombres a un módico precio, intentado no causar demasiados problemas entre la población, a la que se pagaba por el uso de sus casas. Un sistema que fue bastante eficiente ante el empeño con el que se llevó a la práctica, pero que lógicamente suponía unos sobrecostes en los países neutrales.

EL CAMINO ESPAÑOL, UNA RUTA DE IDA Y VUELTA

En ocasiones, el Camino Español también podía ser un vía de doble sentido, ya que podía ser transitada hacia Italia por los veteranos despedidos que viajaban desde el teatro de operaciones flamenco hacia Italia. El ejército de Flandes fue en varias ocasiones desmovilizado casi por completo. La ocurrida en 1577 fue una de las mayores desmovilizaciones, ya que tendría importantes repercusiones. El alto el fuego de finales de octubre de 1576 llevaría a la ratificación final de la Pacificación de Gante a comienzos de noviembre, una precipitada conclusión debida al brutal saqueo de Amberes por los españoles amotinados. Juan de Austria firmaría el Edicto Perpetuo el 12 de febrero de 1577, aceptando las condiciones de dicha pacificación, que suponía la repatriación de la totalidad de las fuerzas foráneas que combatían en Flandes, lo que afectó muy particularmente a los españoles, que por aquel entonces –y sin contar a la caballería– serían unos seis mil infantes. En abril, los tercios españoles abandonan Flandes hacia Milán, cargados con el fruto de los recientes saqueos, acompañados de sus familias y de gran cantidad de impedimenta. Antonio Carnero relata así la escena: «Y era grande la lástima de ver ausentarse de tierra que ya tenían por natural los casados, los viejos y mancos, y tantas mujeres y niños, con los cuales todo el ejército junto no era menos de treinta mil personas. Y muchos de ellos experimentados de la condición de los flamencos, dijeron que no tardarían en volver a defender la Fe Católica y la autoridad Real, a los buenos y fieles».

Los españoles que abandonaban Flandes no se equivocaban en sus vaticinios. A pesar de que se esperaba distribuir las unidades españolas entre los tres principales reinos italianos (Nápoles, Sicilia y Lombardía), su estancia en Italia será efímera, ya que en agosto don Juan vuelve a llamarlos alarmado por el empeoramiento de la situación. En septiembre nuevamente las unidades reciben la orden de volver a Flandes, a donde llegarán a finales de ese año de 1577 unos seis mil efectivos entre caballería e infantería. El breve paso por Lombardía no fue muy bien recibido, y los hombres se quejaron de ser maltratados al alojarse en zonas estériles, padeciendo hambre y cansancio por el viaje, además de enfermedades que minaron la moral e incrementaron las bajas.

La siguiente gran desmovilización se producirá a partir de abril de 1580. Después de que se volvieran a firmar las paces con los malcontentos, todos los españoles salen nuevamente de los Países Bajos, tras recibir seis pagas de sus atrasos, sin quedar ningún soldado español en el ejército de Flandes. Hasta tal punto llegaba el odio que profesaban los naturales del país y los malcontentos hacia los españoles que cuando se enteraron de que entre la caballería italiana había más de una veintena de españoles los hicieron también abandonar Flandes. Los españoles, de los tercios de Sicilia y Lombardía, se alojaron durante dos años en Italia, mientras que el de don Lope de Figueroa embarcará a finales de 1581 para España con mil quinientos efectivos distribuidos en veintiuna compañías, participando posteriormente en la conquista de las islas Azores. El tercio de Francisco de Valdés (antiguo tercio de Sicilia) con diecisiete compañías y mil doscientos cincuenta soldados, se envió a Sicilia, permaneciendo en la isla durante año y medio. En marzo de 1582 Felipe II resolvía que para conseguir el verdadero remedio de la situación que se padecía en Flandes era necesaria la vuelta de los españoles, por lo que el tercio de Francisco de Valdés y el de Hernando de

Toledo partirían para Flandes, siendo reforzados por algunas compañías de los tercios de Sicilia y Nápoles. Ese mismo año, la expedición de Paz llevó por el Camino Español 5.105 infantes españoles y 1.300 jinetes.

La vuelta de los españoles llenó de regocijo a Alejandro Farnesio, que se las prometía felices ante el notable refuerzo, mientras que causaba el desánimo entre las filas de Guillermo de Orange. Muchos de los que antes habían alentado la marcha de los españoles ahora los recibían con muy diferente ánimo, y como transmite la relación de Vázquez, para ellos, los españoles «era la nación más importante para la guerra y más bien disciplinada que ninguna», algo que les habían demostrado las otras tropas que se habían quedado, que se habían comportado con mucho menos orden y recato. Esta vez, los tercios españoles no se volverían a marchar, y de esa fecha hasta la evacuación de los Países Bajos a comienzos del siglo XVIII siempre habrá tropas españolas en el ejército de Flandes.

ESPAÑA MI NATURA; ITALIA MI VENTURA; FLANDES MI SEPULTURA

Esta vieja coplilla de la época resume bastante bien las bases del sistema militar hispánico, fundamentado en el continuo envío de soldados españoles desde Italia a Flandes a través del Camino Español. Periódicamente, los españoles veteranos de los presidios italianos y los soldados napolitanos y milaneses reclutados por la monarquía podían ser transportados a las guerras de Flandes. En especial, el envío de estos soldados veteranos y entrenados –que a su vez solían ser reemplazados por nuevos reclutas llegados desde España– permitirá en cierta manera que la calidad de estos hombres en Flandes fuera muy alta, de ahí la tradicional buena fama que mantuvieron los soldados españoles durante el Siglo de Oro, muchas veces considerados exageradamente como invencibles. Lo cierto es que la veteranía y mayor experiencia de los soldados españoles durante el siglo XVI se fraguaba en su profesionalidad, y el paso previo de la mayoría por las guarniciones españolas de Nápoles, Sicilia o Milán antes de ser enviados a Flandes, por lo que a su llegada, los soldados solían considerarse como milicia vieja.

El Camino Español también encontraba su sentido en el hecho de que los monarcas españoles siempre prefirieron tener pocos soldados, pero profesionales, siendo los españoles los soldados más codiciados y elogiados por los militares del siglo XVI. La teoría de la expatriación militar, ya esbozada por el profesor Parker tiempo atrás, también influía en el hecho de que los monarcas españoles intentarían por todos los medios enviar españoles a Flandes, en detrimento de las tropas reclutadas localmente. Dicha idea suponía que un soldado era más eficaz cuanto más lejos estaba de su lugar de origen, ya que la cercanía del hogar propiciaba y facilitaba la desertión. De esta manera, los soldados españoles en la península eran poco valorados. En cambio, los soldados profesionales españoles de los tercios, reclutados mediante los sistemas voluntarios, eran muy apreciados fuera de la península, debido no sólo a la idea de la expatriación militar, sino también a la mayor confianza que los mandos tenían en ellos.

BISOÑOS Y VETERANOS

Durante un tiempo, un factor muy importante en Flandes era el hecho de que durante las primeras décadas las tropas enviadas desde Italia fueran unidades veteranas que llevaban un tiempo movilizadas, enviándose muy pocos bisoños. Hasta mediados de la década de 1580 la mayor parte de las unidades que transitaron el Camino Español eran veteranos sacados de las guarniciones italianas, tropas que habían luchado en Lepanto, el norte de África, la campaña de Portugal, la conquista de las Azores, o veteranos que volvían otra vez al conflicto flamenco desde Italia. En cambio, las tres expediciones que transitaron el Camino Español en 1586, 1587 y 1588 traían por primera vez contingentes íntegramente formados por bisoños llegados desde España para incrementar el ejército de Flandes en vista a las operaciones militares contra Inglaterra. En total poco más de seis mil quinientos españoles encuadrados en dos tercios y varias compañías sueltas que tendrían una efímera existencia, ya que en menos de un año las unidades serían reformadas para pasar la tropa a reforzar las unidades más veteranas.

Esta era una cuestión de vital importancia para la nación española en Flandes, la élite del Ejército que tenía una fama bien ganada y un puesto de honor en todas las campañas. Por ello, se debía cuidar que las tropas disponibles fueran siempre las mejores y las más preparadas. A su llegada a Flandes muchos contingentes eran agregados a otras unidades para reforzarlas, o simplemente se les intentaba adscribir a las guarniciones fijas durante un tiempo, sacando a los veteranos de ellas, para que así tuvieran el tiempo suficiente para ser entrenados y formados como soldados, como ocurrió en 1587 con las diecisiete compañías que traía de España el capitán Antonio de Zúñiga.

El término «bisoño» viene de Italia, de cuando las tropas españolas llegaban a reforzar las guarniciones estables de Milán, Nápoles o Sicilia. Al desembarcar, los jóvenes españoles recién alistados solían pasar necesidades, por lo que una de las primeras palabras que aprendían para comunicarse con la población autóctona era el verbo italiano necesitar (*bisogno*), que empleaban para intentar conseguir pan, agua o cualquier otro elemento indispensable. Con el tiempo, el término se españoliza fonéticamente hasta la fórmula actual, «bisoño», que significa ‘un recluta nuevo’.

En muchos casos, las compañías sueltas reclutadas en España –ya vinieran por mar o por tierra–, eran reformadas al poco de llegar a Flandes, cuestión que podía tener circunstancias negativas y positivas. Por un lado, los soldados perdían la tutela de los oficiales que les habían reclutado y habían conseguido que salieran de sus casas, además del amparo y los premios prometidos, por lo que una parte perdía motivación, e incluso algunos intentaban abandonar el Ejército legítimamente o de forma ilegal, fugándose. Pero en general, la medida de repartir a los nuevos soldados para reforzar las unidades más veteranas hacía que las tropas españolas no perdieran veteranía, las compañías tuvieran un nutrido grupo de soldados experimentados entre sus filas para dar ejemplo a los nuevos, ahorrándose el Gobierno las pagas de los nuevos oficiales.

A veces, la llegada de un nuevo tercio no suponía la reforma inmediata ante el aumento del contingente español y la idea de que el mantenimiento de la unidad motivaría su reemplazo en las provincias donde era reclutado. Incluso en estos casos, como la llegada del tercio comandado por el

conde de Grajal en 1682, el alto mando establecía que la nueva unidad se «tripulase» de oficiales y soldados viejos, ordenándose la incorporación de compañías de los tercios veteranos y entresacándose a parte de los nuevos reclutas para reemplazar las bajas de las unidades más fogueadas. En otros casos, como en 1636, se estableció que con la llegada de cuatro mil españoles bisoños por vía marítima, estos se metieran en las guarniciones de Dunquerque, Ostende, Nieupoort, Gante, Amberes y Cambrai, sacándose de estas los españoles veteranos para que se incorporasen en el nuevo ejército que se debía formar en la frontera de Francia. Esta clase de medidas ayudaban a que los tercios españoles mantuvieran un alto grado de veteranía aún a finales del siglo XVII, a pesar de que a Flandes sólo llegasen tropas bisoñas. De esta manera, los españoles mantenían su reputación, y en los ejércitos formados por la Monarquía Hispánica y sus aliados (Holanda, el emperador y los príncipes alemanes) a partir de la década de 1670 para combatir a los franceses en Flandes, la infantería española mantenía el puesto de mayor consideración y riesgo en la batalla, el ala derecha.

La vía marítima

La ruta marítima hacia Flandes siempre había estado presente, pero era la más peligrosa, pese a ser económica y rápida. De hecho, los primeros soldados españoles que llegaron a Flandes lo hicieron en barco décadas antes de que se estableciese el Camino Español, como los que lucharon en San Quintín (1557). A pesar de la ventaja de la rapidez, el paso de una flota por el canal de la Mancha era siempre peligroso al quedar a merced de otras armadas hostiles, siempre más numerosas. En una costa plagada de enemigos, se necesitaba algún puerto amigo en el que poder atracar en caso de necesidad, ya fuera por las condiciones climáticas o los ataques enemigos. Esto condicionó notablemente la ruta marítima, hasta el punto que si no se contaba con un refugio seguro, la monarquía no se solía arriesgar a ninguna operación de enlace marítimo por miedo a perder hombres y barcos. Por todo ello, las expediciones de transporte naval fueron muy limitadas durante el siglo XVI.

A mediados del siglo XVII el panorama bélico internacional truncará la hegemonía española sobre gran parte de Europa, comenzando así la llamada decadencia. Poner una pica en Flandes será cada vez más difícil, debido a la falta de reclutas –ante las importantes crisis demográficas que asolaron especialmente Castilla– y porque el Camino Español por tierra, que se había mantenido hasta el año 1634 –fecha en la que el Cardenal Infante recorrerá este camino por última vez–, quedará virtualmente cortado ante la caída de la plaza imperial de Breisach. El cierre de este importante corredor militar supondrá el colapso del sistema que enviaba veteranos de las guarniciones italianas a Flandes. Pero el envío de españoles no cesará, aunque la empresa será cada vez más complicada, al tenerse que realizar por mar. Este sistema es aún poco conocido por los historiadores, ya que al no tratarse generalmente por grandes expediciones, su rastro documental es más limitado. Pero los españoles siguieron luchando en Flandes durante todo el siglo XVII en un número todavía bastante sorprendente.

Ante la falta de un estudio más completo es difícil dar la cifra exacta del número total de españoles enviados a Flandes por mar, aunque las nuevas investigaciones que se vienen desarrollando apuntan a que más de la mitad de los que llegaron a Flandes lo hicieron por esta vía, prácticamente cien mil hombres. Esto lógicamente contrasta con lo que hace años creíamos, con el imaginario popular, pero sobre todo con la mayor importancia que desde siempre se ha venido dando a la ruta terrestre –el Camino Español–, mucho más conocida.

LOS PROBLEMAS DE LA RUTA MARÍTIMA (S. XVI Y PPIOS. DEL XVII)

La ruta mejor y más rápida para comunicar Flandes con España era la vía marítima, un itinerario muy bien conocido por los marineros españoles. De hecho, los primeros soldados españoles que combatieron en Flandes –en las guerras franco-españolas– de las décadas centrales del siglo XVI habían llegado allí por mar. En ese momento –antes de la insurrección de los Países Bajos–, el transporte por mar había sido fácil al poder contar con numerosos puertos amigos, pero también por practicar una ruta marítima muy habitual. Desde hacía bastante tiempo, los puertos cantábricos tenían comunicaciones muy frecuentes con los flamencos, a donde enviaban la lana castellana de excelente calidad. Los marineros vascos y cántabros conocían muy bien la ruta, que transitaban anualmente. Incluso los poderosos mercaderes del Consulado de Burgos habían tenido una amplia presencia en Amberes, la plaza mercantil más importante de Europa, en donde confluían las rutas comerciales entre el norte y sur de Europa.

Todo cambiaría durante la segunda mitad del siglo XVI, cuando España tuvo que enfrentarse repetidamente a la hostilidad de las grandes potencias marítimas europeas del momento, con mayor presencia en el mar del Norte que la propia monarquía, cuestión que desaconsejó el envío por mar. El primer acontecimiento negativo surgiría en 1558, momento en el cual el esencial puerto de Calais, desde hacía siglos en manos inglesas, fue conquistado por Francia. Este puerto era el mejor de la región, al situarse antes de la barrera de dunas que iba desde Dunquerque hasta la desembocadura del Escalda, el más adecuado para el acceso de barcos de gran tonelaje. Además, su ubicación lo convertirá en una importante escala de apoyo –en caso de alianza con Francia–, o en una barrera que flanquear, si había guerra con este país.

A pesar de la pérdida de Calais, la ruta naval estuvo abierta durante algunos años más, y pudo ser practicada en 1568 por casi dos mil quinientos nuevos reclutas que fueron enviados directamente desde España. A partir de ese año, la situación cambió radicalmente, sumándose las amenazas que comprometían y dificultaban la ruta naval. En ese mismo año, la reina Isabel de Inglaterra atacó a los barcos de transporte que llevaban dinero a Flandes, y aunque no siempre hubo guerra entre ambas naciones, lo cierto es que durante su largo reinado (1558-1603) los españoles desconfiaron de los ingleses y nunca se sintieron a salvo, ante la continua escalada de agresiones piráticas inglesas. Durante este período, los puertos ingleses quedaron cerrados para los españoles.

A esta amenaza se sumó la protestante, ya que desde 1568 los hugonotes franceses empezaron a actuar desde el puerto de La Rochela construyendo una armada que tenía como objetivo emprender acciones piráticas contra el lucrativo comercio entre la costa cantábrica y la de Flandes. A este grupo muy pronto se unieron los «mendigos del mar», habitantes de los Países Bajos desterrados por haber tomado parte en las revueltas de 1566-1567. Con el tiempo, ambos grupos no sólo amenazaron el comercio marítimo, sino que prácticamente lo paralizaron, llevando al Consulado del Mar de Burgos a una terrible decadencia.

De hecho, las siguientes expediciones marítimas que pretendían conducir hombres a Flandes fueron atacadas. En 1572 partió de Santander una flota de transporte formada por navíos de la

Armada y otros barcos mercantes más pequeños encargados de llevar lana a Flandes, en la que se transportaban mil doscientos cincuenta reclutas a cargo del duque de Medinaceli. Tras tener que volver a puerto por encontrar vientos contrarios, pudieron partir hacia el canal de la Mancha, llegando sin problemas a la desembocadura del Escalda. Pero allí serían atacados por los corsarios protestantes, que pudieron quemar varios navíos mercantes y llevarse otros que se encontraban desprotegidos, encallando parte de los transportes al haber quitado los mendigos del mar las balizas que señalaban las zonas costeras de menor profundidad, aunque buena parte de la infantería pudo desembarcar.

En el pasado había existido una importante armada en los Países Bajos, con base en el arsenal naval de Veere, en Zelanda. En 1572 los rebeldes se apoderaron de ella y sus cañones, y durante los años siguientes la flota real fue perdiendo todos sus efectivos, tanto en combate como por la entrega de los buques a la causa rebelde. A la pérdida de los navíos se le sumaría la de casi todos los puertos capaces. Los rebeldes terminarían por hacerse con el control de Middelburg, la última plaza fuerte en Zelanda, por lo que en esos momentos controlaban todas las ciudades de Holanda y Zelanda excepto Haarlem, capturada por los españoles en 1573, y Ámsterdam, que aún se mantenía fiel al Gobierno. Esto suponía que los rebeldes controlaban las más importantes ciudades marineras de la región, lo que dificultaba cualquier empresa.

La siguiente expedición marítima, en 1575, correrá un destino parecido. Tenía como objetivo el envío de dinero y de dos mil soldados de refresco a cargo del experimentado marino Pedro de Valdés, y estaría compuesta en teoría por cuatro naos grandes, y casi setenta navíos de menores dimensiones, fundamentalmente zabras cantábricas. Pero en realidad se enviaron muchos menos hombres y barcos, tan sólo 600 reclutas con las 4 naos de la Armada y otros 39 barcos menores, tripulados por 1.300 marineros. Al salir de Santander, la armada topó con una violenta tempestad, aunque la mayor parte de los navíos terminó en la costa inglesa. Desde allí algunos volvieron a España mientras que otros partieron en dirección a Dunquerque, aunque antes de llegar otra tormenta les sorprendió dispersando nuevamente a la flota, hundiéndose una de las naos, aunque se pudo poner a salvo a la tripulación. La mayoría de los barcos se salvaron, pero nueve embarcaciones menores se perdieron al entrar en Dunquerque. Las tropas pudieron desembarcar, llegando a Flandes unos 430 hombres, pero las pérdidas en barcos y material fueron importantes. Si bien al año siguiente se pensó repetir la operación con los barcos que quedaban, el amotinamiento de las tropas que se transportaban de Andalucía, como otros factores desaconsejaron la empresa.

Durante los siguientes años no llegarían más tropas por mar, tanto por lo temerario de la operación –debido a la superioridad naval de los holandeses, que además contaban con la ventaja de conocer mejor la difícil costa flamenca–, como por el hecho de que la monarquía se quedó sin puertos a donde enviar sus reclutas. En 1583, el ejército de Flandes recuperó el puerto de Dunquerque, que se terminaría convirtiendo en uno de los más importantes de la región. Tras fundar un nuevo Almirantazgo, se constituyó una pequeña flota que sería el germen de la futura armada de Flandes, fundamentada en barcos contruidos en la región, con unas dimensiones y calado que los hacía propicios para surcar las aguas del canal de la Mancha. En preparación para la invasión de Inglaterra, se llegaron a construir decenas de transportes y buques menores, aunque en conjunto esta clase de embarcaciones eran filibotes y otros que no se podían comparar en dimensiones y capacidad con los grandes galeones usados por la Armada Invencible. Tras la frustrada operación contra Inglaterra –que incluso permitió la llegada de unos mil españoles evacuados de varios de los

galeones dañados en los combates navales con los ingleses a lo largo del canal—, la armada de Flandes se redujo a poco más de una docena de unidades que en su mayoría no pasaban de las doscientas toneladas, y cuya contribución a la guerra sería escasa.

Tras el saqueo inglés de Cádiz de 1596, Felipe II intentó formar una nueva armada para invadir Inglaterra. Ahora España contaba con una mayor ventaja estratégica en el canal de la Mancha, ya que debido a su intervención en las guerras de religión francesas, a favor de la Liga Católica, desde 1590 mantenía posiciones en la Bretaña y en 1596 había capturado el puerto de Calais. De hecho en 1595 una limitada expedición española realizada desde Bretaña, y formada por unos 400 españoles en 4 galeras, habían desembarcado con éxito en Cornualles, y tras hacer huir a las milicias inglesas quemaron y saquearon varias localidades costeras inglesas, hundiendo un galeón inglés que les hizo frente.

Mientras que la flota inglesa intentaba capturar a la flota de Indias en su viaje de vuelta, se preparó una flota de invasión que, al mando de Juan del Águila y el almirante Diego Brochero, debía partir de La Coruña con algo más de cien naves, a las que se sumarían otras fuerzas hasta completar ciento sesenta buques. Su misión era desembarcar en Inglaterra, en Falmouth (Cornualles), teniendo la expedición más de 12.500 marineros y soldados, una magnitud muy parecida a la de la Gran Armada de 1588. Nuevamente, la climatológica trunció la operación, y un fuerte temporal en la entrada del canal de la Mancha hizo que la flota se debiera dispersar. Siete barcos llegaron al destino acordado, y desembarcaron cuatrocientos hombres en las proximidades de Falmouth. Pero tras dos días se decidió reembarcar a las tropas, debido a que no se tenía noticias del resto de la flota. Pese a los contratiempos, y a la pérdida de decenas de navíos menores, la flota pudo volver a Galicia.

En febrero de 1598 se ordenó al almirante Martín de Bertendona y a Sancho Martínez de Leiva el transporte de cuatro mil infantes (cuarenta compañías) de los reunidos para la fracasada operación contra Inglaterra en veintiocho navíos, que llegaron sin contratiempos al puerto de Calais, siendo enviados por tierra hasta los Países Bajos. La operación sería un tremendo éxito que motivó futuros envíos ante la pericia que empezaban a tener los marinos cantábricos en la lucha en Bretaña y otras partes, pero también otro factor muy importante era la necesidad, debido a que era esencial intentar utilizar de nuevo la ruta naval ante la crisis desatada con Saboya, que ponía de manifiesto la debilidad del corredor militar terrestre que comunicaba Italia con Flandes.

El transporte durante los primeros años del siglo XVII no tendrá tanto éxito, debido fundamentalmente a que los holandeses toman conciencia de la necesidad de bloquear el canal ante cualquier intento de socorro naval. En 1602 se formulará una nueva expedición que tenía como objetivo el envío a Flandes de ocho galeras de la escuadra de España con un tercio de mil infantes a cargo de Federico Spínola, hermano de Ambrosio, en esos momentos gobernador de los Países Bajos. En su viaje desde el Puerto de Santa María a las costas portuguesas encontraron en las cercanías de Lisboa un galeón portugués que venía de la India con grandes riquezas, pero que estaba siendo atacado por siete barcos ingleses. Con ayuda de otras galeras que se encontraban en Lisboa se atacó a la escuadra inglesa. La actuación de las galeras se saldó con el hundimiento de dos galeras, aunque hombres y remeros se pudieron embarcar sin pérdida en el resto de los navíos, sin que se consiguiera detener a los ingleses. Tras pasar un tiempo en Lisboa, la pequeña escuadra de seis galeras partió de aquel puerto en septiembre, y tras recorrer toda la costa española con lentitud, parando en La Coruña, Ferrol y Santander, enfiló la entrada del canal de la Mancha, en donde fue interceptada por quince navíos holandeses que los esperaban. Durante la pelea se produce una gran

tormenta que se ensaña con los navíos españoles, menos preparados para afrontar mares embravecidos, hundiéndose dos galeras con casi toda su tripulación, encallando otra en la costa francesa cerca de Calais, y salvándose las otras tres al entrar en los puertos de Nieupoort y Dunquerque.

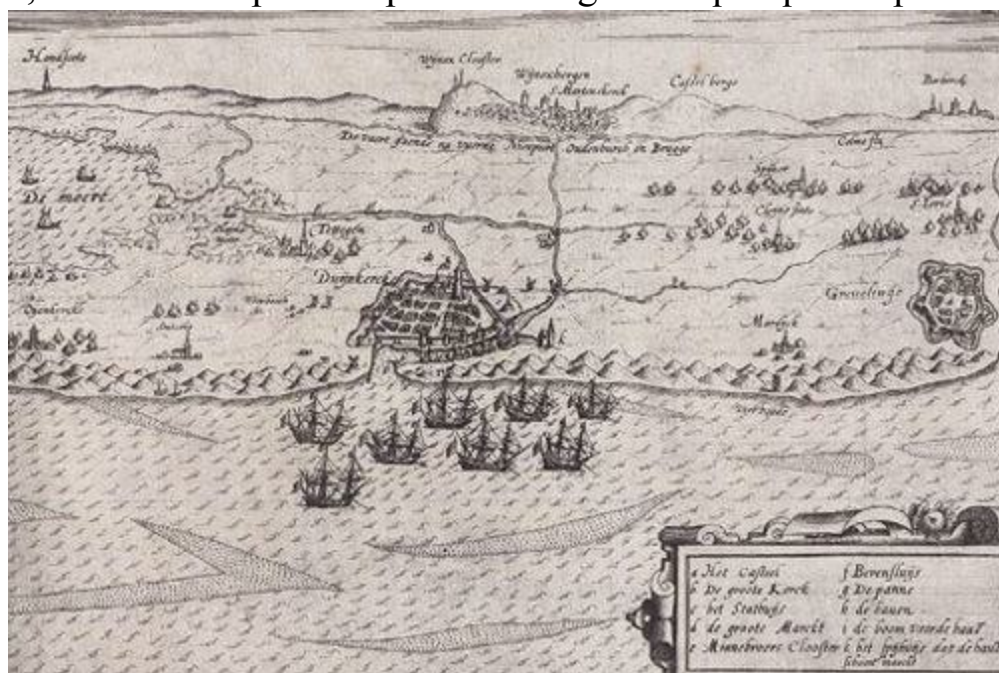


Cuadro de Hendrik Cornelisz, de 1617, que representa parte de los combates mantenidos en las costas flamencas, en 1602, entre las galeras de Federico Spínola y la Armada holandesa. Las galeras eran más rápidas y maniobrables en espacios cerrados, pero llevaban poca artillería pesada y no aguantaban bien los mares embravecidos. Esto hacía la lucha muy desigual, aunque en conjunto no debemos desdeñar los éxitos de la limitada escuadra de galeras que combatió en dichas aguas. Rijksmuseum, Ámsterdam.

Esta pequeña escuadra de galeras superviviente fue reforzada con nuevas unidades que se construyeron en Flandes, y en 1603 la escuadra de Federico Spínola de ocho unidades se enfrentó a los barcos holandeses que intentaban socorrer Ostende por mar. La galera de Spínola llegó a abordar el navío insignia de la flota enemiga, matando a su almirante, pero cuando el buque estaba prácticamente en manos españolas la superioridad artillera enemiga hizo que se debiera abandonar la presa, muriendo en el intento Federico Spínola. La refriega marítima no fue decisiva, perdiendo ambas partes un buque, aunque los holandeses tuvieron más bajas humanas. Las acciones de esta pequeña escuadra de galeras ayudaron a que Ostende pudiera ser bloqueado por mar, pero hicieron patente la necesidad de formular nuevas opciones navales, ya que las galeras no parecían los buques adecuados para hacer el viaje a Flandes.

La siguiente expedición naval tendrá lugar en 1605, siendo algo diferente a las anteriores. Estaba integrada por ocho naves grandes que debían transportar mil doscientos soldados veteranos del tercio del maestre de campo don Pedro Sarmiento, muchos de los cuales habían desembarcado en Irlanda y participado en las operaciones de Kinsale (1601), y antes de eso habían luchado en Bretaña. Otro factor a tener en cuenta era que tras la muerte de Isabel I, España se encontraba en paz con Inglaterra, por lo que podía contar con la posibilidad de realizar escalas técnicas en la costa inglesa. La armada estaba al mando del experimentado marino Pedro de Zubiaur, que conocía bien las costas del mar del Norte, al haber participado en operaciones de transporte a Flandes e Irlanda, y luchado en las costas inglesas y de Bretaña. La pequeña armada partió de Lisboa en mayo de 1605,

pero al entrar en el canal fueron interceptados por una poderosa armada holandesa, muy superior en número, que los esperaba al conocer la noticia de su marcha. Los españoles hicieron frente a los holandeses con ayuda de varios galeones que salieron de Dunquerque para socorrerlos, contra los que lucharon con mucho valor, perdiendo un navío que se quemó, mientras que otro encallaba en un banco de arena, siendo degollada su tripulación a sangre fría por los holandeses, airados por haber perdido en la lucha y los abordajes más soldados que los españoles, unos ochocientos. Los restantes seis navíos españoles se pudieron retirar con buen orden al puerto de inglés de Dover, cuya artillería les daría protección, si bien en la empresa se habían perdido quinientos hombres entre infantería y marinería, muriendo de sus heridas el almirante Zubiaur. Meses después, aprovechando la cobertura que ofrecía la noche, los navíos españoles pudieron llegar Dunquerque sin pérdida.

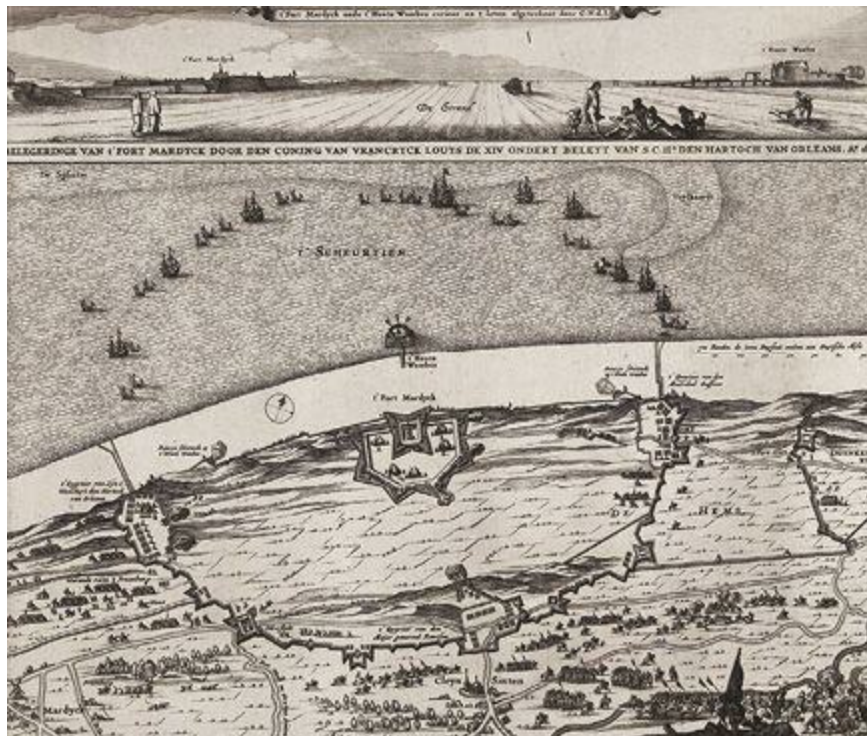


Grabado de 1605 que representa el bloqueo holandés sobre el puerto de Dunquerque. Se pueden apreciar las dificultades que ofrecían las costas flamencas, con escasos puertos. En cuanto a la ciudad de Dunquerque, se pueden ver los astilleros exteriores y el conjunto de ríos y canales que desembocan en la ciudad, de ahí también la importancia del puerto. Rijksmuseum, Ámsterdam.

La tregua con Holanda (1609) permitió que sin problemas se pudieran realizar operaciones de transporte entre la península y Flandes, ante la calma que la Pax Hispánica ofrecía con Francia, Inglaterra y Holanda. Durante la tregua de los doce años se enviaron a Flandes tres expediciones navales, las dos más importantes tendrían como punto en común la salida desde Lisboa, y que la mayor parte de la infantería se transportó en buques mercantes. La operación de enlace de 1615, comandada por el almirante Vidalcanal, estaba compuesta por catorce buques mercantes y cuatro galeones de la Armada que debían proteger a los transportes. A pesar de que la pequeña flota salió a finales de septiembre de Lisboa, tras casi un mes de viaje llegó a Dunquerque sin excesivos contratiempos, desembarcando tres mil nuevos reclutas para el ejército de Flandes. Nuevamente, los bancos de arena flamencos se cobraron su tributo en barcos, ya que el galeón San Luis, capitán de la expedición –aunque al parecer un navío algo antiguo– naufragó a la entrada de Dunquerque, aunque se pudieron salvar los hombres y la artillería. La expedición naval de 1620 traería a Flandes el primer tercio de portugueses que servirá en el ejército de Flandes, el de Luis de Oliveira, con 1.080 efectivos, si bien en aquellos momentos los portugueses servían en los tercios españoles, y a todos los efectos se les consideraba en Flandes como españoles, al utilizar un sentido amplio de la nación española.

LOS CAMBIOS EN EL SISTEMA (DE 1630 A 1700)

A finales de 1621, los marineros flamencos encontraron una nueva forma de entrar en Dunquerque por mar. Una ruta que sorteaba los enormes bancos de arena situados frente al estuario, y permitía el acceso a la rada formada por la confluencia de los ríos, siendo lo suficientemente profunda como para permitir el paso de los galeones de mayor envergadura. Los españoles tardaron poco en levantar un fuerte para dar cobertura artillera a esta nueva entrada del canal, cerca de Mardick. Hasta el momento sólo podían entrar en Dunquerque barcos de mediano tamaño, mientras que los más grandes debían quedarse fuera. Con esta novedad el puerto se mejoró, haciéndose más grande para permitir la entrada de más barcos y de navíos más grandes. Al mismo tiempo se conseguía una mejor defensa contra el bloqueo marítimo holandés, ya que ahora la escuadra podía contar con el apoyo de las baterías navales para intentar zafarse de la flota enemiga. En pocos años en Dunquerque se fabricaban barcos mucho más grandes, galeones de hasta 550 toneladas y 50 cañones que estaban en mejores condiciones a la hora de enfrentarse a los holandeses.



Asedio de Mardick de 1645 por los franceses, por Claes Jansz. La construcción del fuerte de Mardick facilitó mucho la entrada al puerto de Dunquerque, limitando la capacidad de los holandeses de realizar un bloqueo marítimo completo. Rijksmuseum, Ámsterdam.

Durante la primera mitad del siglo XVII –a pesar del fracaso de la Armada Invencible (1588) y de otras expediciones posteriores–, se comenzaron a enviar refuerzos desde la península por mar con mucha mayor asiduidad, gracias a una nueva política naval más ambiciosa que intentaba frenar a los holandeses en el mar, al practicar una guerra económica fundamentada en el corso, pero también gracias a que se contaba con la neutralidad que ofrecían los puertos ingleses del canal. A comienzos de la década de 1630, el transporte de tropas parecía estar solucionado gracias a las nuevas expediciones marítimas protagonizadas por las fragatas de la armada de Flandes y sus expertos

marinos, que exitosamente realizaron expediciones punitivas contra los holandeses, acciones de corso y también de transporte de tropas entre la península y los puertos flamencos. Entre 1631 y 1637 se sucedieron seis expediciones de transporte protagonizadas por la armada de Flandes, que condujeron con éxito a Flandes 17.000 hombres burlando el bloqueo holandés.

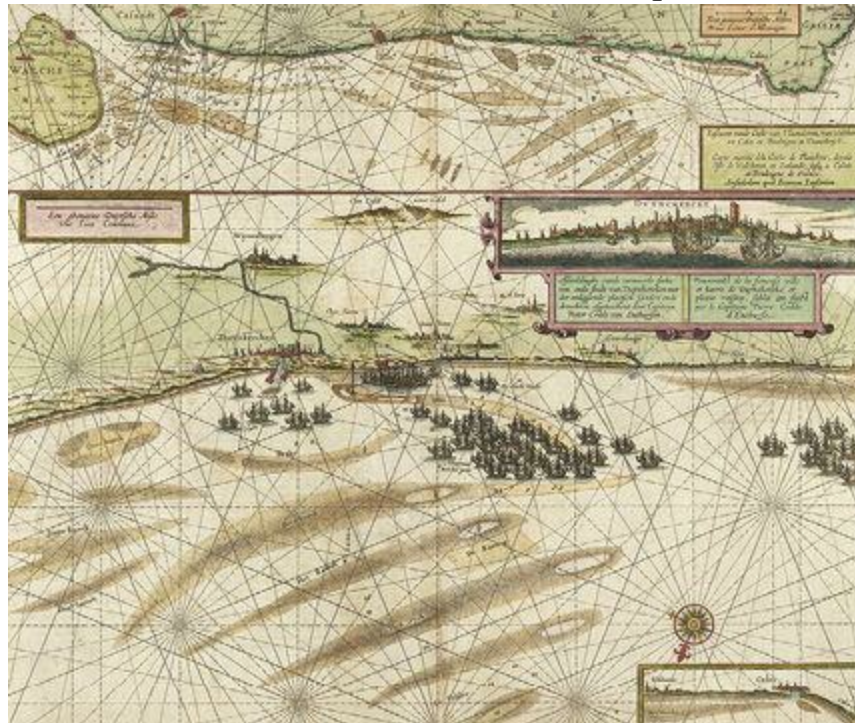


Ilustración de 1631 de los bancos de arena y accesos al puerto de Dunquerque. Como se puede apreciar, la existencia de aguas poco profundas era un problema muy grave que condicionaba la llegada de barcos. Al tener estos que pasar por estrechos canales, las baterías navales construidas en Dunquerque y Mardick se hicieron fundamentales para dar protección a los barcos de la armada de Flandes que intentaban eludir el bloqueo holandés, y a los que ahora ya no les bastaba con esperar pacientemente a que los barcos españoles se pusieran a tiro. Rijksmuseum, Ámsterdam.

La derrota de la expedición naval de Oquendo en 1639, enviada por la monarquía para intentar no sólo transportar tropas a Flandes, sino también para destruir a la armada holandesa, fue un enorme fracaso. En la batalla, la mayor parte de los navíos hispanos de mayor envergadura fueron capturados o hundidos, lo que hizo que la armada española quedara maltrecha, aunque los objetivos de transporte se cumplieron al desembarcar en Flandes la mayor parte de los infantes españoles que iban en la flota. A la importante derrota naval a manos de los holandeses le acompañaron por esas mismas fechas otras acciones que minaron las bases de la flota hispana, como los desastres de Guetaria y Laredo, en los que algunos galeones más fueron hundidos, destruyéndose incluso parte de los astilleros encargados de la fabricación de buques.

El desastre contribuyó a la debilidad de la marina hispana, pero gracias a las nuevas investigaciones sabemos que el enlace naval entre España y Flandes continuará. Pese a que continuamente se haya interpretado la derrota naval de las Dunas (1639), la pérdida de Breisach (1638) y la derrota de Rocroi (1643) como los hitos que marcarán el fin de la presencia española en Flandes, lo cierto es que en ningún momento los soldados españoles dejarán de llegar a los Países Bajos. Incluso en 1640, al año siguiente de la derrota de la flota de Oquendo, llegaron a Flandes tropas por mar desde la península, 1.200 sardos y 11 compañías de españoles reunidas en La Coruña.

A partir de la década de 1640 se debió buscar una solución al problema, ya que a pesar de contar con el abrigo de los puertos ingleses, cualquier expedición naval a esas latitudes tenía el peligro de

ser apresada por los holandeses. La monarquía experimentó sus peores momentos en esa fatídica fecha, ante las sublevaciones de catalanes y portugueses, por lo que se debieron multiplicar los reclutamientos en todas partes, quedando seriamente limitado el envío de españoles a los Países Bajos, a la vez que se comenzó a reclamar al ejército de Flandes una parte de sus efectivos extranjeros para formar un Ejército profesional y de importancia en la península. La unión entre la península y los puertos flamencos durante las décadas de 1640-1650 –a pesar de la precariedad del sistema– siguió realizándose gracias a los navíos de la armada de Flandes y a otros de corso, que en pequeñas expediciones se encargaron de transportar tropas de un lado a otro: españoles a Flandes, y soldados de naciones a los nuevos ejércitos que se formaban en España.

A diferencia de las expediciones pasadas, o las que se realizaban por vía terrestre, estas conexiones entre las costas cantábricas y Flandes eran limitadas, y en muchos casos estaban protagonizadas por barcos individuales o pequeñas expediciones de pocos buques. Se prefería la utilización de barcos dunquerianos, que gracias a su escaso calado, y la pericia de sus pilotos y marinos, intentaban zafarse del bloqueo holandés, no sin que algunos terminaran siendo capturados por estos. A pesar de las trabas, hubo años en los que pudieron llegar a Flandes entre mil quinientos y dos mil españoles, que fueron intercambiados por el mismo número de valones o alemanes.

Durante el reinado de Carlos II, a pesar de la crisis generalizada, el sistema continuó, y el transporte de tropas españolas hasta los Países Bajos se siguió realizando en pequeños barcos, sobre todo fragatas, remitiéndose a Flandes según recientes estudios unos 32.500 españoles. Pero durante esta época las expediciones a gran escala van a quedar reducidas a dos, en 1668 y 1680, y raramente varios barcos de la Armada realizarán juntos el viaje.

PUERTOS Y BARCOS

En los primeros momentos, el transporte de tropas por mar se basó en la utilización de navíos de guerra de la Armada del mar Océano, pero fundamentalmente en mercantes reconvertidos o embargados que tras unas pequeñas modificaciones se adaptaban para la guerra, ya que hasta bien entrado el siglo XVII, gran parte de la marina de guerra se basaba en esta clase de navíos, no tomándose conciencia de la necesidad de que los barcos se construyeran exclusivamente para el combate hasta la aparición de los navíos de línea. Los barcos utilizados en algunas expediciones eran navíos muy pequeños, zabras cantábricas y otras tipologías navales de escaso tonelaje que podían embarcar pocos soldados. Algo débiles a la hora de enfrentarse a barcos de guerra mayores, pero rápidas y de poco calado, y por lo tanto embarcaciones adecuadas para no encallar en las costas flamencas. A partir de la década de 1630 se producirán cambios en los modelos, empezándose a utilizar barcos más apropiados, y no sólo mercantes adaptados y reforzados con alguna pieza de artillería extra. Barcos mejores, dedicados al corso, que eran mucho más rápidos y veleros, aunque tenían menos capacidad de carga.

La continua debilidad de la Armada durante la segunda mitad del siglo XVII hará que progresivamente las rápidas fragatas flamencas pierdan efectivos, a la vez que estos navíos atlánticos tengan que ser empleados en las costas mediterráneas españolas e italianas. Así, por ejemplo, entre 1648-1700 solamente diez navíos de setenta barcos participantes en las expediciones navales que partieron de los puertos gallegos eran buques de la Armada, tanto de la del mar Océano o la de Flandes. En total, estos llevarían a Flandes 18.500 efectivos aproximadamente. Sólo en dos fechas concretas los navíos de la Armada fueron realmente los encargados del transporte. En 1668 siete navíos de la armada del marqués de Villafiel serán los encargados de llevar a Ostende a parte de los soldados de los tercios gallegos desmovilizados de la frontera, y en 1680 otros tres buques a cargo de Miguel de Oquendo transportarán los soldados reclutados para el tercio del conde de Grajal y al nuevo gobernador de los Países Bajos.

La experiencia más negativa de transporte privado de hombres a Flandes a través de navíos mercantes extranjeros tuvo lugar en 1639, cuando la expedición de Benjamín Wrigth, en la que varios navíos de pabellón inglés transportaron unos mil quinientos españoles desde Málaga y Cádiz hasta Dunquerque. Pero no salió tan bien como se esperaba, ya que varios de los barcos fueron apresados por los holandeses sin oponer estos casi resistencia. Pese a esta circunstancia negativa, la monarquía española debió contar habitualmente con contratistas privados para transportar hombres a Flandes, ya fueran españoles o extranjeros. En 1649 sabemos que el buque que llevó cuatrocientos hombres desde La Coruña a Flandes era un navío mercante inglés que se llamaba el *Globo de Londres*, ya que no se encontró a ningún patrón de navío vecino de La Coruña que quisiera hacerse cargo del flete. Pese a la continua presencia de mercantes extranjeros, cuando se podía el transporte se realizaba a través de navíos de corso, mejor preparados y habilitados para el transporte de tropas que los simples mercantes. Aunque en ocasiones los navíos corsarios podían ser gallegos o vascos, lo cierto es que estos eran una minoría, y en la mayoría de los casos el transporte estará monopolizado por

barcos originarios de puertos flamencos, especialmente de Ostende, tras la definitiva pérdida de Dunquerque en 1658.

La Paz de Westfalia (1648), y el posterior acercamiento entre España y Holanda, pondrá las cosas mucho más fáciles para el envío de hombres a Flandes, al consolidarse las Provincias Unidas como el mejor y más fiable aliado de España en la zona. En cambio, otro problema continuó siendo los permanentes virajes de la política internacional británica. De hecho, uno de los períodos más problemáticos fue la guerra contra la Inglaterra de Cromwell (1654-1659) y la definitiva pérdida de la base naval de Dunquerque. Desde la década de 1660, el transporte marítimo será mucho más viable al poder encontrar protección de cualquier flota enemiga en los puertos holandeses, además de la posibilidad de que el transporte se pueda realizar en navíos mercantes de su pabellón. Así, especialmente a partir de la guerra de Holanda (1672-1678), el transporte de tropas a Flandes desde Galicia quedará en manos de Adrián de Roo, un conocido empresario holandés asentado en La Coruña, que en numerosas ocasiones se encargará de concertar el flete de las embarcaciones necesarias para el transporte de los soldados a Flandes, casi siempre a un precio bastante razonable, siendo mucho más barato este método que la utilización de los cada vez más escasos navíos de la Armada.

Pero incluso este sistema privado de transporte llegará a convertirse en un método mucho más elaborado durante la guerra de los Nueve Años. En agosto de 1689, los 2.866 oficiales y soldados reclutados en Galicia se enviarán a Flandes en un convoy de mercantes holandeses, formado por cinco navíos mercantes, dos barcos menores que se encargaron de transportar armas de fuego para las tropas y al menos un galeón de guerra que protegía todo el convoy. La pequeña flota de transporte holandesa había sido fletada por asiento, gracias a la estrecha colaboración surgida entre Madrid y Ámsterdam durante la guerra en la que ambas naciones eran aliadas. Este sistema suponía el transporte privado de tropas por mercantes aliados, que además estaban bien armados y provistos de buques de guerra que ofrecían protección ante la posibilidad de un asalto corsario o de un ataque de la flota francesa.

En cuanto a los puertos de salida de las expediciones marítimas a Flandes, estos variaron con el tiempo. En los primeros momentos, al coincidir incluso con mercantes que transportaban lanas, los puertos de partida fueron Santander o Laredo. Décadas después, especialmente a principios del XVII, Lisboa se consolidaría como el puerto principal, ya que en esos momentos era el puerto de guerra más importante de toda la monarquía en el Atlántico.

Desde la década de 1630, los puertos gallegos, y en especial el de La Coruña, resaltarán con nombre propio dentro del tránsito de tropas a Flandes. Por un lado, ante las nuevas bases marítimas que se consolidaron en dicha ciudad desde finales del siglo XVI, pero también influyó mucho que Galicia fuera una cantera de hombres poco explotada hasta el momento, pese a su creciente población. De hecho, durante el reinado de Carlos II prácticamente la mitad de los españoles enviados a Flandes eran gallegos. También las corrientes oceánicas y los vientos facilitaban notablemente las comunicaciones entre las costas gallegas y el mar del Norte, haciendo más fácil la travesía que desde otras latitudes. A pesar de la mayor cercanía a Flandes de los puertos vascos –que incluso tenían más costumbre en realizar viajes a los Países Bajos, debido al tradicional transporte de la lana–, desde Galicia solía ser más barato y seguro el viaje hasta el mar del Norte. Las corrientes y los vientos favorables hacían que los barcos pudieran entrar en el canal de la Mancha en pocos días sin riesgo de acercarse demasiado a las costas francesas, aunque siempre la rapidez

dependía del estado de la mar. Aun así, también muchas expediciones partieron de San Sebastián, ya que la ciudad disponía de un puerto capaz y de un presidio militar, por lo que el alojamiento de las tropas a la espera de su embarcación –como en La Coruña– se podían realizar allí, por lo que era más económico y menos problemático.



Asedio de Dunquerque de 1646 por las tropas francesas, ayudadas por el bloqueo naval holandés. La segunda, y definitiva, pérdida de la plaza, en 1658, supuso un duro golpe para España, ya que perdía un importante puerto, pero también el centro marítimo más representativo de los Países Bajos españoles, con importantes facilidades, y astilleros navales, y una base corsaria de primer orden. Rijksmuseum, Ámsterdam.

También desde puertos mucho más alejados se embarcaron españoles a Flandes, organizándose expediciones puntualmente desde Málaga, Cádiz o incluso Santa Cruz de Tenerife, ya que entre tres mil quinientos y cuatro mil canarios combatieron en Flandes durante el siglo XVII.

Por otro, lado el principal puerto de desembarco en Flandes, tras la pérdida de Dunquerque, será Ostende, que monopolizará la práctica totalidad de las llegadas, aunque en algunos casos algún navío deberá recalar en puertos holandeses por problemas técnicos. Este será el caso de la fragata *Santa Ana* de la Armada del Mar Océano, que en agosto de 1668 debió realizar su viaje a Flandes separada del resto de los navíos de la Armada por encontrarse sus mástiles en malas condiciones, algo que hizo que finalmente el navío tuviera que arribar al puerto holandés de Flesinga.

LA TRAVESÍA: DISTANCIA, TORMENTAS, CORSARIOS Y NAUFRAGIOS

Ya fuera por tierra o por mar, llegar a Flandes no era fácil y entrañaba peligros. En ambos casos los mayores problemas eran la distancia a recorrer, la climatología adversa –algo que podía depender notablemente de la época del año en la que se emprendía el viaje– y los enemigos que se podían encontrar por el camino, problema más evidente en el camino marítimo. En conjunto la vía más rápida de llegada a Flandes era la marítima, ya que gracias a las corrientes desde Galicia se podía llegar a Dunquerque, Mardick u Ostende en quince días, aunque a veces se podía tardar la mitad.

No siempre llegar por mar era fácil, y en algunos casos podía ser muy duro y traumático, algo que podemos corroborar en el relato de Domingo del Toral y Valdés, un joven recluta que llegó a Flandes en 1615. Tras alistarse en Alcalá de Henares, llegó a Lisboa para embarcarse sin haber recibido paga alguna. Allí fue encerrado en un barco mercante que le debía transportar a Flandes, en donde permaneció durante siete semanas en condiciones infrahumanas, sin ropa de abrigo y con sólo un real de socorro diario con el que no podía comprar lo suficiente para comer. Las condiciones en los navíos eran deplorables, hasta el punto que al dormir sobre tablas embreadas muchos amanecían con la cabeza pegada a ellas. Sin poder cobrar una paga, los aproximadamente tres mil soldados que quedaban partieron para Flandes, pudiendo desembarcar en Dunquerque a finales de octubre tras un duro viaje de veintiocho días. La debilidad de los soldados y las malas condiciones eran patentes, ya que murieron en el mar más de ciento cuarenta, y cuatrocientos llegaron enfermos, de los que morían diez o doce todos los días en los hospitales. Tras pasar muestra a las tropas, el veedor del Ejército anotó que estaban «en cueros como cuando nacieron», de ahí que en los Países Bajos los terminaran apodando como los «adanes».

El transporte en mercantes a veces era muy problemático. En ocasiones los buques estaban demasiado sobrecargados de hombres, por lo que algunos de los viajeros afirmaban que debían dormir por turnos al no encontrar espacio libre, ya que hasta el momento no se usaban hamacas en los buques. El hacinamiento solía también provocar enfermedades, ante la debilidad que padecían los hombres embarcados, siendo otro problema la alimentación. En ocasiones los capitanes de los barcos limitaban las raciones diarias de las tropas transportadas. Así, los canarios transportados a Flandes en 1694 en un convoy de mercantes ingleses que cargaban vino en las islas recibieron un sustento insuficiente, basado en dos arenques diarios y algo de bizcocho: pan cocido al menos dos veces para que aguantara durante meses. Un alimento que tiene poco que ver con el bizcocho de nuestros días, ya que era bastante duro y seco para poder ser almacenado durante largas temporadas. En muchos casos, los soldados lo debían humedecer para poder masticarlo.

También siempre estaba presente el peligro de que las tropas pudieran caer en manos enemigas al ser capturados los barcos, aunque también era constante la posibilidad de algún naufragio. De los setenta navíos que conocemos que realizaron labores de transporte de tropas entre Galicia y Flandes, entre 1648-1700, solamente dos fueron capturados por los franceses, no naufragando ninguno. La fragata particular San Carlos de Ostende, con trescientos hombres a bordo, encalló en diciembre de 1676 en las complicadas costas flamencas, lo que permitió que la flota francesa de Dunquerque

capturara el navío. Durante años los franceses se negaron a devolver a los prisioneros, pese a la insistencia de los ministros españoles de Bruselas, lo que supuso un duro calvario para los hombres. En junio de 1684, tres mercantes holandeses transportaron a Flandes a parte del tercio de Antonio Mariño, pero uno de los barcos, un pingüe holandés con cerca de doscientos hombres, fue apresado por dos fragatas francesas en las cercanías de Dunquerque. Nuevamente, los intentos por rescatar a los cautivos, antes y después de firmar la tregua con Francia, no dieron los resultados esperados, y los franceses tardaron bastante tiempo en restituir a los prisioneros. La política empleada por los franceses era clara, intentar dificultar la llegada de españoles a Flandes.

Lo normal era que el trayecto de Galicia a Flandes durase entre doce y quince días con tiempo favorable, prácticamente lo mismo que se tardaba desde San Sebastián, aunque si el trayecto se iniciaba en Lisboa, de media se tardaba casi un mes. En 1631, la expedición del experimentado marino Jacobsen, compuesta por seis navíos de Dunquerque, realizó la travesía en marzo en sólo seis días, un verdadero récord. Pero lo normal era que las embarcaciones no fueran tan veleras, por lo que se solía tardar el doble.

La estacionalidad de los envíos a Flandes es otro factor importante dentro del transporte. La elección de la fecha de salida se basaba en tres factores: las condiciones de la mar, la finalización del reclutamiento y el estado de las contiendas internacionales de la monarquía. Siempre se intentaban buscar meses propicios para las travesías marítimas en el Atlántico, pero no siempre era posible que esto se cumpliera, ya que si se estaba en guerra con otras potencias había que intentar remitir los hombres en épocas en las que los navíos enemigos –ya fueran holandeses, franceses o ingleses– no estuvieran prevenidos. Además, las tropas debían ser remitidas al frente lo antes posible, para evitar así las enfermedades y desertiones entre los hombres. Todos estos factores hacían que por diferentes causas las expediciones navales pudieran desarrollarse casi en cualquier mes del año. Especialmente el período del año más corriente para realizar la travesía abarcaba de abril a agosto, cuando las condiciones del mar eran mejores, aunque también era habitual proceder al embarque durante los primeros meses del año, cuando los navíos enemigos no bloqueaban el canal de la Mancha. Esta existencia de barcos enemigos en el canal hacía también que desde la década de 1640 las expediciones navales estuvieran protagonizadas generalmente por navíos en solitario, o en parejas, ya que de esta manera no se llamaba la atención de las flotas enemigas. De hecho, más de la mitad de los navíos que realizaron el trayecto de transporte entre Galicia y Flandes lo hicieron así, siendo pocas las expediciones de más de cuatro buques.

A pesar de que el trayecto hasta Flandes podía ser realizado en apenas quince días, no dejaba de ser duro para los hombres, que en ocasiones habían soportado el hacinamiento durante su espera para ser embarcados. Especialmente relevantes fueron las malas condiciones que se encontraron los reclutados durante el año 1676, ya que muchos de ellos llegaron a Flandes contagiados de peste, que contrajeron por las malas condiciones higiénicas y de habitabilidad que tuvieron mientras estuvieron alojados en La Coruña. De los cerca de quinientos hombres embarcados en la fragata Santa Teresa el 12 de diciembre de 1676, setenta murieron en el viaje. Pero el resto no se libró de las penalidades, ya que de los que llegaron a Ostende el día de Navidad, unos trescientos estaban enfermos, por lo que iban muriendo cinco o seis cada día. Para afrontar las necesidades sanitarias de los recién llegados, se creó un hospital de campaña en la ciudad para cuidar de los enfermos, proveyéndose importantes socorros económicos y alimentos a los soldados, tanto por las autoridades del Ejército como por los propios vecinos de la villa. El estado era tan lamentable que con estas palabras en

Flandes se referían a estos pobres soldados: «No puedo sin las lágrimas en los ojos informar a Vuestra Excelencia del estado de estos pobres desdichados cristianos muchos muertos y más enfermos».

Pero aunque lo ocurrido en 1676 fuera un caso sin duda grave, no constituía la norma, ya que generalmente los hombres que llegaban a Flandes solían gozar –pese al duro viaje– de una salud aceptable. En mayo de 1684 se embarcaron en La Coruña para Flandes alrededor de mil hombres en tres fragatas particulares. En sólo quince días, los buques llegaron a las costas flamencas habiendo perdido a cuatro hombres en el trayecto, tanto por enfermedades como por otras circunstancias, un saldo más o menos normal en esta clase de embarques.

La vida cotidiana de los tercios

RUTINA DIARIA: LA VIDA EN UNA GUARNICIÓN Y LA VIDA EN CAMPAÑA

Los soldados, satisfechas sus necesidades básicas de alimentación y alojamiento, tenían mucho tiempo libre, por lo que a menudo se dedicaban a una vida de ocio. Realmente no se realizaban maniobras más allá de algunas escaramuzas fingidas, y a nadie le parecía importante que los soldados marcharan marcando el paso, o desfilando. Tampoco se hacían prácticas de tiro de manera periódica porque la pólvora y las balas eran demasiado caras como para malgastarlas cuando no había enemigos a los que disparar. Los soldados se instruían y aprendían a luchar y disparar, pero como en esencia la pólvora y las balas las debían pagar de sus bolsillos, no había costumbre de realizar prácticas semanales o diarias, ni en general las armas reglamentarias eran apropiadas para la caza, por lo que era común que lo que más se practicara fueran los movimientos necesarios para cargar y disparar, algo a lo que ayudaba la publicación de manuales gráficos, fáciles de seguir, y que habitualmente eran usados en la instrucción militar. De hecho, lo más común era practicar la cohesión de grupo a través de ejercicios en los que se escuadronaba continuamente, y en los cuales se intentaba que cada soldado conociese bien su puesto en el combate, ejercitándose la formación de mangas y los despliegues de tropas. No se creía tanto en la instrucción o el entrenamiento como en que la vida mida militar daba la experiencia necesaria a los soldados, y que la mejor escuela militar era el propio Ejército.

La disciplina, el orden y decoro eran muy diferentes a las imágenes que se nos muestran relativas al siglo XVIII. Aún en este período de la Edad Moderna, aunque ya comienzan a aparecer los uniformes, no tenía importancia el aspecto de las tropas, por lo que los oficiales no recriminaba a sus soldados por no ir aseados o limpios, no había botones que pulir, ni botas que limpiar hasta quedar relucientes. Por tanto, al no tener que emplear su tiempo llevando a cabo todas esas acciones sin recompensa que ocupan gran parte del día de los soldados actuales o del pasado, durante muchos meses al año los hombres tenían un montón de tiempo disponible, que muchas veces dedicaban al juego y otras actividades lúdicas de dudosa utilidad. Este era uno de los grandes atractivos de la vida militar. Los oficiales, en cambio, parece que en ocasiones tenían costumbres más elevadas y dedicaban su tiempo a leer, ya que la literatura militar era una de las más practicadas en su tiempo.

Si bien hubo momentos, sobre todo durante la década de 1570, en los que las tropas prácticamente estuvieron en campaña todo el año, dentro de un territorio que les era muy hostil, lo normal era que durante más de la mitad del año los soldados permanecieran tranquilos formando parte de las guarniciones o estuvieran alojados en la campiña, sobre todo la caballería. La rutina diaria de estas tropas era muy sencilla, y solía estar centrada en la realización de guardias y vigilancias, la realización de rondas y las estancias prolongadas en los cuerpos de guardia listos para cualquier contratiempo. Estas actividades eran aburridas y en ocasiones algo pesadas y monótonas para los soldados rasos, pero en general no exigían tareas físicas extenuantes. Eso daba tiempo a los hombres a buscarse la vida, completar su alimentación, o simplemente participar en actividades ilícitas o meterse en líos, siempre y cuando la relajada disciplina se lo permitiese.

Incluso durante la primavera y el verano, la época propicia para la campaña militar, más de la

mitad del ejército permanecía casi inactivo debido a la necesidad de que varios miles de hombres se encargasen de guarnecer las múltiples plazas, castillos y fortalezas que jalonaban los Países Bajos españoles. Cuando el ejército salía en campaña, solía tener una magnitud de 10.000 a 25.000 hombres, ya que ejércitos más grandes eran muy difíciles de mantener y aprovisionar. Cuando las tropas se incluían en estos cuerpos, que generalmente eran plurinacionales y contenían unidades de todas las naciones que luchaban en los Países Bajos, las tareas a realizar, y las exigencias hacia los simples soldados, eran mucho más complejas. Los infantes debían actuar como zapadores, ya que la guerra de sitio así lo exigía, realizando zanjas y trincheras para defender el campamento, abrir los ataques a la plaza, realizar explanadas para la artillería..., todo ello mientras podían ser alcanzados por la artillería o mosquetería enemiga. Además, debían luchar para defender sus posiciones, realizar escaramuzas improvisadas contra los defensores o forrajear para conseguir provisiones. El desgaste en estas actividades era alto, por lo que incluso muchos se veían afectados por enfermedades físicas y mentales, como ciertos grados de estrés postraumático. Por ello la inactividad estival, o los períodos de descanso en las guarniciones eran siempre necesarios, al poderse recuperar los hombres de sus afecciones y problemas.



Aunque en ocasiones se pudieran utilizar gastadores, o mano de obra pagada, durante la campaña militar los soldados debían trabajar duro para realizar explanadas, trincheras y zanjas para las obras de circunvalación de las plazas que se asediaban. Algo que llevaba semanas ante la magnitud de las operaciones, y que en ocasiones era peligroso ante el fuego enemigo o la posibilidad de cualquier salida de la caballería de la plaza. Grabado de Johannes Willemszoon que representa el asedio francés sobre la plaza Aire-sur-la-Lys (1641). Rijksmuseum, Ámsterdam.

En el ejército se hacían estrechas amistades, y la camaradería no sólo se practicaba, sino que también era potenciada por los mandos y por el rey. Los camaradas vivían juntos, e incluso dormían en la misma cama (eso no debe sorprendernos ya que hay que tener en cuenta que en el pasado esa era la costumbre, e incluso los huéspedes de muchos mesones debían compartir cama sin conocerse), distribuyendo beneficios y pertenencias, peligros e infortunios. Así los soldados sin familia solían designar a sus camaradas como testamentarios. Para el Gobierno, que los soldados vivieran en camaradas de entre seis u ocho soldados era algo útil y muy interesante, así completaban mejor su

dieta, en común tenían más capacidad adquisitiva, cocinaban su rancho con los mismos utensilios, y los lazos afectivos repercutían positivamente en la vida diaria e incluso el combate.

UN EJÉRCITO MARCHA SOBRE SU ESTÓMAGO

Esta máxima de Napoleón resume muy bien el principal problema logístico que tenía cualquier ejército. Alimentar y alojar a los soldados era un problema difícil de solucionar que requería procedimientos organizativos complicados que demandaban una estructura estatal avanzada. Con el tiempo, el suministro constante de pan se hizo uno de los mayores problemas a los que debía hacer frente un general. El aumento de los ejércitos no siempre hizo que estos estuvieran bien pagados ni abastecidos. Desde finales del siglo XVI, la monarquía española fue plenamente consciente de que suministrar directamente a la tropa el alimento básico, el pan, evitaba problemas y desertiones, ya que no siempre las pagas llegaban a tiempo ni los vivanderos o comerciantes locales tenían géneros suficientes, o a unos precios aceptables. En condiciones normales, las tropas debían procurarse la comida de sus bolsillos, pero por mucho que se intentara, el paso de las tropas propiciaba la subida de precios por parte de los comerciantes locales ante el aumento de la demanda, lo que repercutía muy negativamente en los bolsillos de los soldados, algo que era muy difícil de atajar, quedando estos a expensas de la fluctuación de los precios o las malas cosechas. El suministro diario a cargo de los Gobiernos incrementaba los gastos directos, pero aseguraba la subsistencia de la tropa con el elemento más básico de la dieta de la época: el pan.

En casi toda Europa, la administración militar recurrió a empresarios particulares, a través de los asientos, para proveer mejor a sus soldados, buscando así flexibilidad y ahorro, además de no tener que crear una administración burocrática permanente y duradera, elemento que a fin de cuentas tardaría varios siglos más en desarrollarse por completo. Aun así, muchas veces los Gobiernos no podían comprar todo lo que necesitaban sus soldados, por lo que estos llegaban a requisarlo, lo que claramente se intentaba evitar para no provocar conflictos sociales y quejas entre la población. Para hacer frente a este nuevo compromiso, se acudió a los empresarios, que generalmente a un precio bastante ajustado y competitivo se comprometían a suministrar todo el pan necesario por al menos un año en un frente bélico concreto a cambio de importantes sumas a plazos. La competencia entre asentistas, las pujas y el adelanto de las operaciones permitían que el Gobierno pudiera conseguir unos precios más bajos y uniformes. El precio era el mismo independientemente de las tres variables que modificaban su valor –como el lugar de entrega, la estación del año o las oscilaciones del precio según las fluctuaciones de las cosechas–, lo cual suponía un claro ahorro, asegurándose de antemano el Gobierno el suministro y el precio. Todo ello era una mejora para las condiciones de vida de los soldados, ya que los precios ajustados eran bajos ante la magnitud de las operaciones. Pero todo podía cambiar si no había dinero y la administración no cumplía con sus compromisos.

Este sistema era una importante novedad dentro de la maquinaria militar de los Estados, ya que hasta que se impusiera a lo largo de la década de 1590 en Flandes, nadie lo había ajustado de esa manera, y los soldados de toda Europa debían procurarse el sustento a cargo de las pagas. La novedad solucionaba parte del grave problema de fondo que era la falta de dinero. Este era un mal difícil de solucionar, pero que todos los ejércitos padecían. El pan intentaba paliar al menos que las

tropas padecieran hambre. De esta manera, en el siglo XVII se daba a cada soldado un pan de libra y media de peso, suficiente para cubrir la ingesta mínima diaria, aunque generalmente cada soldado debía completar su dieta a cargo de su sueldo. En Flandes el pan solía ser mezcla entre trigo y centeno, algo que lógicamente no gustaba a los soldados españoles e italianos, más acostumbrados al pan blanco elaborado sólo con trigo, y solían quejarse de la negrura del pan que se les suministraba. Pero el pan hecho a base de centeno era más barato, y se conservaba mejor, por lo que el Gobierno no cambió la práctica.

El pan de munición por sí solo no era suficiente para mantener a los soldados, pero las deserciones masivas se producían cuando a la falta de pagas se la unía la carencia en la provisión de pan, algo que en el ejército de Flandes ocurrió sólo en algunos momentos puntuales. Especialmente durante la década de 1650 tenemos noticias de que durante meses las tropas no fueron proveídas de pan, situación límite que no sólo generaba hambre y deserciones, sino que hacía peligrar la campaña militar. En 1659, la congelación de los fondos que se debían entregar a los asentistas del pan del Ejército crearon el pánico entre los mandos del Ejército, ya que las tropas andaban sin orden intentando encontrar sustento, viéndose probable que se dedicaran al saqueo, o que desertaran en masa. La necesidad carece de ley, por lo que el padecimiento extremo de los soldados al dejarlos sin pan podía llegar al motín o a la deserción si la disciplina no lo remediaba, convirtiendo un buen ejército en una masa de hambrientos dedicados a la supervivencia, y no a luchar contra el enemigo. Es normal que la extenuación económica y militar padecida en Flandes en esas fechas conllevara a la Paz de los Pirineos (1659).

Si faltaba el pan, no sólo los soldados huían arrastrados por la necesidad, sino también los oficiales más veteranos. Este círculo vicioso de falta de pagas provocaba el mal endémico de las deserciones, algo difícil de solucionar, incluso moralmente, ya que en muchos casos los prófugos alegaban que no estaban siendo pagados puntualmente, de ahí su determinación. Se castigaba a los infractores, aunque en muchos casos estos encontraban la comprensión de los mandos del Ejército y la población civil que los amparaba.

El pan ayudaba a los soldados, pero también fue un continuo elemento de fraude. Por un lado por los propios oficiales, que mentían sobre el número de hombres de sus unidades quedándose con las raciones extra que podían vender, por lo que el Gobierno debía potenciar medidas para controlar el expolio. Pero los grandes defraudadores solían ser los empresarios encargados del suministro. En ocasiones, estos podían arruinarse al contratar un precio demasiado bajo, o al verse sorprendidos por las fluctuaciones de precios. Pero muy a menudo podían enriquecerse si hacían bien su trabajo, consiguiendo amplios márgenes de beneficio ante los millones de panes que anualmente debían entregar al Ejército. Siempre había prácticas fraudulentas para elevar su ganancia, fabricando pan con harinas en mal estado, grano estropeado, o simplemente entregando panes con un menor peso o prácticamente huecos por dentro. Pero el problema estaba cuando el Gobierno no controlaba bien la provisión, y el grano usado para fabricar pan estaba en mal estado o contaminado, lo que podía provocar enfermedades, e incluso algunas muertes.

Lo que más contribuyó a mejorar las condiciones de vida de los soldados fue la determinación del Gobierno de entregar parte de los sueldos directamente en especie, para atender mejor a las necesidades de las tropas. Estas cantidades eran restadas del sueldo total que debería ser entregado en metálico, pero que pocos meses los soldados recibían. En 1661 la administración del ejército de Flandes restaba a cada soldado al mes nueve reales (45 placas) por el pan de munición, y otras cinco

placas por el hospital, lo que equivalía a un total de un escudo, es decir una tercera parte del sueldo básico de un soldado. Realmente, al Gobierno le costaba menos el pan. Según las cuentas del Ejército de 1669, las raciones mensuales de pan ascendían a poco más de la mitad del precio al que se cobraba a los soldados, aunque a pesar de ello los soldados tampoco perdían, ya que en un mercado libre el pan les podría salir más caro.



Era esencial que las tropas tuvieran pan de munición incluso durante la campaña militar. Para las campañas de Frisia (1606-1608), Ambrosio Spínola idea unos molinos de grano portátiles que acompañaban al ejército en las operaciones. Grabado de Frans Hogenberg. Rijksmuseum, Ámsterdam.

LAS CONDICIONES DE VIDA DEL SOLDADO: LA PAGA Y EL FRAUDE

Durante los primeros años de las guerras en los Países Bajos, parece que las tropas pudieron cobrar más puntualmente, sobre todo si lo comparamos con otros períodos. Pero conforme avanza el reinado de Felipe II, y se empiezan a suceder las distintas suspensiones de pagos a los banqueros y prestamistas de la Corona, la situación para las tropas comienza a empeorar de forma grave. Era muy raro que las tropas pudieran cobrar todos sus sueldos, por lo que era normal que un soldado acumulase varios años de atrasos y sueldos no satisfechos.

A mediados del siglo XVII, lo normal era que las tropas pudieran cobrar sólo algunas pagas al año, pero en el mismo año no solían cobrar más de tres o cinco pagas enteras, ya que muchas veces los pagos se fraccionaban, cobrando los militares entre la mitad y una cuarta parte de su sueldo. Un informe de 1645 advertía que al menos un infante necesitaba recibir seis medias pagas anuales y el pan para poderse mantener con lo mínimo, aunque se reconocía que ese año no se les podría dar tanto dinero. El procedimiento a seguir generalmente era ir entregando el dinero escalonadamente, siendo necesario dar al menos un pago al comienzo de la campaña militar y otro a la finalización, además de alguno más durante la campaña y al comienzo del invierno. Para evitar problemas, y el fraude, las cantidades percibidas eran remitidas en mano directamente a los soldados, prescindiendo de intermediarios y de que los oficiales pudieran quedarse con parte, estableciéndose un vínculo más estrecho entre el rey y sus soldados, evitándose así también que los capitanes cobraran por plazas inexistentes.

La falta de pagas hacía que los soldados vivieran sobre el terreno, a costa de los civiles. Puntualmente hubo saqueos, pero esta actividad era antieconómica a la larga, por lo que con el tiempo se fueron desarrollando métodos en los que los soldados recibían dinero o alimentos en especie a cambio de asegurar el bienestar y la protección de los pueblos. Evidentemente, el sistema en los Países Bajos no era perfecto, pero no se trataba de los ejércitos depredadores de la guerra de los Treinta Años en Alemania, que vivían íntegramente a costa del territorio que ocupaban, controlando y sistematizando los recursos de los pueblos que dominaban. Así fueron aparecieron complicados sistemas de extracción de recursos y contribuciones económicas a cambio de cartas de protección, que estaban incluso al margen de los Gobiernos, pactándose directamente entre los soldados y las autoridades locales. Las contribuciones eran un fenómeno de la guerra en Europa —y en Flandes—, una práctica común de muchos ejércitos para obtener dinero para alimentar y pagar a las tropas. En los Países Bajos, tanto españoles como franceses practicaban el sistema, especialmente cuando los recursos escaseaban, como durante la guerra de Holanda (1673-1678), siendo los sistemas depredatorios una pieza básica para el mantenimiento del ejército francés del rey Sol.

También había la posibilidad de que las provincias contribuyesen económicamente alojando a las tropas durante la internada estival, dándoles también socorros económicos diarios. Estos socorros se denominaban habitualmente plaquillas, ya que generalmente consistían en un socorro diario de entre tres y cuatro placas por cada infante y unas seis o siete por cada montado (desde 1590,

cincuenta placas equivalían a un escudo). Con estos socorros diarios, las tropas podían complementar su alimentación y acudir a algunos gastos básicos, ya que también recibían alojamiento y el pan. Gracias a este sistema, las tropas mejoraban su situación al mismo tiempo que las provincias de Flandes intentaban que las tropas se comportaran bien durante los alojamientos, no causaran problemas y defendieran mejor el territorio frente a los ejércitos enemigos. Aunque el margen de error podía ser estrecho, todos ganaban. De hecho, esta clase de pagos eran los únicos que en ocasiones las tropas cobraban ante la falta de fondos del Gobierno, ya que en conjunto podían ascender a unas tres mensualidades de la paga.



Grabado de Jacques Callot de 1633 que representa a unos soldados saqueando una población durante la guerra de los Treinta Años. Si bien esta clase de hechos fueron comunes en Alemania, parece que en Flandes —en donde se llevaba décadas luchando— se practicaba una clase de guerra más civilizada. De nada servía quemar y saquear poblaciones en un territorio muy limitado, por lo que se pusieron en práctica sistemas que a cambio de dinero libraban a los pueblos del saqueo y ayudaban a los soldados a sobrevivir, ante la falta de pagas. Rijksmuseum, Ámsterdam.

Durante el siglo ^{xvi}, los capitanes eran los que recibían las pagas de las tropas, y los que repartían los haberes entre sus hombres, lo que solía suponer muchas irregularidades y abusos. Cada compañía tenía una «caja» donde el capitán guardaba parte de los fondos para poder acudir a las necesidades de sus hombres, actuando en muchas ocasiones como los prestamistas de sus soldados, a los que adelantaban dinero cuando las pagas escaseaban. En esencia, los capitanes debían ayudar a sus hombres a alimentarse o armarse, entre otras cuestiones, pero generalmente los capitanes no eran tan honestos como debieran, por lo que los ávidos de lucro no desaprovechaban la oportunidad para beneficiarse de sus hombres, cometiendo irregularidades y abusos.

Hasta el siglo ^{xvii}, la Corona no difundirá métodos de pago más equitativos, intentado que los soldados recibieran sus salarios «en tabla y mano propia», con la intervención de un escribano que diera fe del dinero entregado. Con este nuevo sistema, se pretendían evitar los inconvenientes del pasado, dando el dinero directamente en la mano de cada soldado, utilizando para ello una mesa, de ahí la apelación de tabla. Así se evitaba el enriquecimiento de los capitanes, aunque no se frenó el fraude.

Otro medio habitual para enriquecer a los oficiales a costa de la Real Hacienda eran las plazas supuestas, o santelmos, ya que el santo poseía la habilidad de desaparecer y reaparecer con rapidez. Sujetos que por algo de dinero eran convencidos por los oficiales para aparecer el día que se pasaba muestra al ejército, y que por lo tanto sólo eran soldados sobre el papel. Civiles que únicamente eran soldados el día de la paga. Al coste meramente económico de la práctica solía sumarse otro incluso más negativo, el hecho de que la administración no conocía realmente las fuerzas de las que disponía.

En ocasiones, plazas en donde se suponía que había seiscientos hombres de guarnición, eran atacadas y la administración comprobaba con estupor que sólo había la mitad de los que mostraban las muestras, ante la desertión de algunos, pero sobre todo las plazas supuestas.

Al respecto de los santelmos hay una historia curiosa. Siendo el duque de Osuna virrey de Nápoles, se pasó muestra al tercio español fijo del reino, y los secretarios informaron al duque del número de soldados efectivos y del número de santelmos. Al conocer la noticia, el duque afirmó que sólo había un Santelmo en Nápoles –refiriéndose a la iglesia de dicho santo–, y al explicarle los secretarios la práctica y comentarle que eran hombres que tenían plaza pero que no eran de servicio, decidió tomar cartas en el asunto. Al pasarse una nueva muestra, él se encontró presente, y al mostrarle los santelmos comprobó que eran los mozos de mejor talla y vestidos, por lo que los apartó de sus compañías, llegando su número a los seiscientos. Sin dejarlos salir de las atarazanas de la ciudad, juntó otros cuatrocientos españoles del tercio ordinario a estos y formó un tercio que embarcó para ir a servir a Flandes, a donde llegó en 1620, cosechando la unidad buenas críticas de sus superiores, subsanando así los santelmos el daño que habían hecho a la Hacienda Real.

A pesar de esta anécdota, realmente el problema era difícil de solucionar, ante la clara complicidad de los mandos y la ineficiencia del Gobierno a la hora controlar y pagar adecuadamente a sus hombres. La práctica estaba muy relacionada con las largas estancias de tropas en zonas con relativa calma o en guarniciones fijas. En ocasiones, las tropas decidían tener otros oficios que les reportaran mayores beneficios al amparo del fuero militar, algo que les permitían sus mandos al sacar tajada a costa de sus sueldos. Otras veces ocurría al contrario, y eran primero artesanos o labradores locales los que lo hacían convencidos por los oficiales, que a cambio de parte del sueldo teórico se presentaban los días en los que se pasaba muestra.

LOS ALOJAMIENTOS

El alojamiento de tropas era otro de los grandes problemas militares a los que los Estados de la época se debían enfrentar, ya que de poco servía levantar un ejército si este se desbarataba ante la imposibilidad de hospedarlo y suministrarle todo lo necesario para que en pocos meses pudiera volver a la lucha. La dimensión de los conflictos, y su cada vez mayor duración, agravaban el problema ante la inexistencia de unos cuarteles apropiados en donde acantonar a las tropas durante los momentos que no combatían, por lo que la carga terminó recayendo sobre la población. En otros territorios de la monarquía, como Milán o Flandes –mucho más acostumbrados al trasiego continuo de soldados que la propia península ibérica–, los alojamientos estaban más reglados, ya que las comunidades pronto se dieron cuenta de que redundaba en su beneficio ajustar contribuciones económicas para mantener a los soldados y liberarse de los problemas que estos pudieran ocasionar.

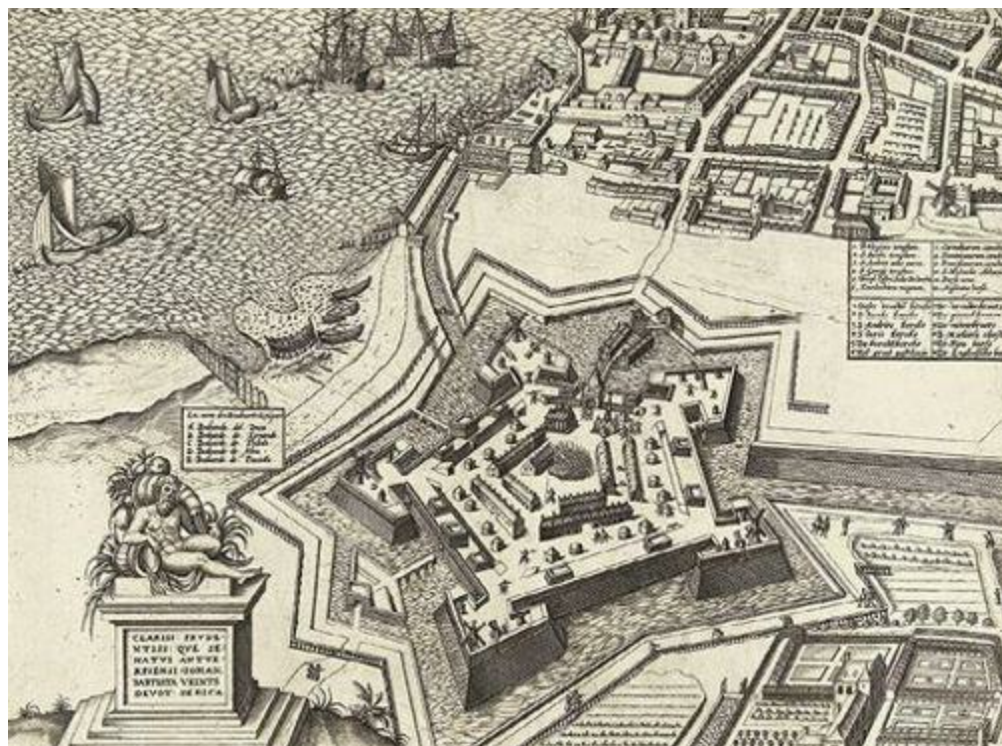
Los Estados no tenían medios suficientes para abonar todas las mesadas de sus sueldos a los soldados, y que estos pagaran su manutención, por lo que los soldados o desertaban –debiendo la administración militar reemplazar las bajas todos los años–, o podían hacerse con lo que necesitaban por métodos violentos, creando un sin fin de problemas de orden público, en los que el Estado se veía sobrepasado ante los requerimientos de sus servidores y su incapacidad para darles lo que necesitaban.

En la Época Moderna, los soldados tenían derecho a recibir gratuitamente por parte de la población el denominado alojamiento ordinario, que por ejemplo en Castilla consistía en cama, luz (es decir iluminación mediante velas y leña para el fuego), sal, vinagre, mesa y manteles y la preparación de la comida que las tropas compraran con su dinero o el Gobierno facilitase. Esta situación era ventajosa para los soldados, pero generaba muchos problemas e incertidumbres entre la población, que no deseaba que los soldados se alojasen entre ellos. Pero el problema es que no existían infraestructuras adecuadas o cuarteles para alojar permanentemente a las tropas, por lo que encontrar edificios apropiados y vacíos era a menudo complicado.

Las ciudades estaban mucho mejor preparadas que los pueblos pequeños para hacer frente a los alojamientos, por lo que generalmente se encargaban de hospedar a las tropas, aunque en ocasiones la carga podía llegar a ser excesiva, sobre todo si se prolongaba durante todo un invierno o largos períodos de tiempo. Pese a las abundantes quejas, en Flandes el Gobierno tardó varias décadas en darse cuenta de la necesidad de modificar el método tradicional de alojamiento. No será hasta principios del siglo XVII cuando el archiduque Alberto intente aunar los intereses de sus súbditos y soldados. Muchas ciudades terminaron pagando por evitar los alojamientos, mientras que en las plazas fortificadas comenzaron a aparecer construcciones permanentes de madera y piedra –en muchos casos patrocinadas por las mismas ciudades–, denominadas barracas. Algunas eran muy simples y con capacidad para cuatro personas en dos camas, dos soldados casados o cuatro solteros, pero también había barracas con capacidad para ocho personas. También las tres principales ciudadelas de los Países Bajos –Gante, Amberes y Cambrai–, todas ellas con una guarnición fija española, disponían en sus muros de instalaciones adecuadas para alojar tropas.

A pesar de las facilidades construidas por el Gobierno y las ciudades, lo cierto es que en muchos casos las tropas tuvieron que ser alojadas en casas particulares, repartiéndose a los soldados a través de boletas de alojamiento. Eso suponía importantes problemas sociales, ya que ante las exenciones de alojamiento, sólo los menos pudientes debían hacer frente a esta carga, por lo que en algunos casos tenían que alojar a varios soldados en sus casas.

A pesar de las molestias que causaban sobre la población, los alojamientos eran una práctica necesaria para conservar el ejército, por lo que la monarquía no tuvo más remedio que permitirlos. El motivo era que no siempre había espacio para todos en los barracones de las guarniciones fronterizas, y aunque los hubiera, estos no eran lo suficientemente cómodos para la tropa, que pasaba privaciones y muchas veces dormía en el suelo. En cambio, se reconocía que cuando las tropas se alojaban entre los paisanos, en sus casas, sobrellevaban mejor los padecimientos de la campaña y se recuperaban mejor. Además del alojamiento gratuito, en ocasiones los pueblos debían entregar ciertas cantidades económicas a cada militar, estipuladas según el puesto y grado. Estas cantidades sólo se daban bajo orden real, y en el caso de darse, quedarían como adelanto de los impuestos de ese año o del siguiente. Este uso de la fiscalidad ordinaria no dejaba de ser un inconveniente para las rentas reales, que eran obtenidas por los soldados en especie y dinero, por lo que el alojamiento durante varias semanas podía provocar que las rentas del rey nunca entraran en las arcas del Estado, o que los rendimientos impositivos de varios años de todo un territorio se vieran consumidas por los soldados en pocas semanas. A su favor, este sistema permitía a la administración recaudar los atrasos en el cobro de los impuestos, aunque la presión económica y las vejaciones de los soldados sobre la población civil conllevaban en muchos casos el empobrecimiento y la pérdida poblacional de los pueblos.



La ciudadela de Amberes hacia 1606, según el grabado de Johannes Baptista Vrints. Se puede advertir la ciudadela pentagonal construida por los españoles, que disponía de edificios y facilidades que sólo eran utilizados por las tropas que defendían la ciudad, en concreto una guarnición fija española. Rijksmuseum, Ámsterdam.

A menudo se optó por la configuración de nuevos impuestos, a modo de servicios voluntarios, que mejoraban la capacidad de extracción de recursos de la administración militar. Así, aunque el

alojamiento de las tropas podía ejecutarse sobre una localidad concreta y populosa, para tenerlas juntas y mejor disciplinadas, otras regiones cercanas contribuían con dinero, para pagar los denominados utensilios, efectuándose repartimientos económicos basándose en la población de cada municipio. Con estos fondos, los pueblos que no soportaban alojamientos compensaban a los que sí lo hacían, práctica que siempre era posible, ya que todos preferían pagar a tener que alojar. A pesar de los problemas generados, esta clase de alojamientos permitió que el ejército se mantuviera, a costa de la población, pero mediante métodos más racionales y sin excesivos brotes de violencia popular contra los soldados.

En campaña las cosas eran diferentes. No siempre los soldados llevaban tiendas de campaña, consideradas un lujo que generalmente sí que se podían permitir los oficiales. De esta manera, los alojamientos se solían improvisar en casas abandonadas, o realizándose chozas de madera con ramas, tablones o leña, por lo que la tropa podía vivir en condiciones algo insalubres, y como no siempre se elegía adecuadamente la zona donde construir el campamento, de improviso este podía quedar encharcado o anegado por las lluvias, causando bajas y enfermedades. Durante el verano de 1621-1622, un militar que participó en la campaña militar contra los holandeses –centrada en la realización de nuevos fuertes y posiciones entre los diques y pólderes cercanos a Amberes–, nos describe la situación algo dantesca, ya que ante el agua, el lodo, la nieve y el hielo muchos hombres perecían. El lodo impedía a los hombres avanzar, y por las noches, con el peso de las armas algunos caían y morían en los lodazales sin que sus camaradas pudieran ayudarlos. Eso lo conocían los holandeses, de ahí que en muchos casos fingieran ataques por las noches. El hielo también se llevó su tributo, y muchos soldados perdieron manos, brazos y pies debido a la congelación. Las tropas estaban mal equipadas para el invierno, y los cuarteles se realizaron en un terreno que se inundaba con facilidad, por lo que el lodo lo cubría todo. Si bien al comienzo de la campaña se habían movilizado unos nueve mil efectivos entre españoles, alemanes, valones, irlandeses e italianos, tras pasar el invierno, en el mes de abril, sólo quedaban dos mil, debido a las enfermedades, fugas y malas condiciones de vida, ya que se calculaba que sólo sesenta habían muerto por las acciones del enemigo. La guerra de posiciones, fortines y trincheras se cobraba más vidas por las malas condiciones de habitabilidad, y las enfermedades, que por los combates.

LA HUELGA ORGANIZADA: LOS MOTINES

Las difíciles condiciones de vida de los soldados, y el retraso en el pago de sus haberes —a veces de varios años—, provocaban situaciones de extrema necesidad en la tropa. El descontento y cualquier tensión acumulada provocada por los combates, las duras campañas militares, o cualquier otro motivo, podían conllevar el estallido de un motín, fenómeno muy común en las guerras de Flandes hasta las primeras décadas del siglo ^{xvii}. Pese a que se trataba de una destructiva ruptura de la disciplina militar, es fácil ver en los motines una especie de huelga organizada por los soldados, que en ningún caso trataban de traicionar al rey. De hecho, algunos motines se alzaban al grito de «Viva el rey. Muera el mal gobierno», y no pretendían otra cosa que mejorar las condiciones del soldado sin menoscabar la autoridad del rey. Los motines conllevaban la desobediencia colectiva con el fin de mejorar la suerte de los soldados.



Cuadro de Peter Snayers que representa el asedio de Jülich en el Palatinado. La plaza fue cercada por el ejército de Flandes desde el 5 de septiembre de 1621 al 3 de febrero del año siguiente. Tras tantos meses de asedio, las tropas del ejército de Flandes habían construido barracas improvisadas en los fuertes para aislarse de las inclemencias del tiempo y del duro invierno, pero también parte de los cuarteles estaban compuestos por tiendas de campaña, como nos muestra la imagen. Rijksmuseum, Ámsterdam.



La guerra en los diques y fortines contruidos en la barrera que protegía Holanda ponían a prueba a las fuerzas del ejército de Flandes, siempre peor asistidas de medios navales. El barro y el agua dificultaban los combates en las áreas semiinundadas ganadas al mar. Eran combates complicados. Grabado que representa la batalla entre españoles y holandeses sobre el fuerte de

En cuanto a los motivos que llevaban al motín, estos estaban muy relacionados con un factor clave, la necesidad. El profesor Parker contabiliza al menos cuarenta y cinco motines entre 1572 y 1607, concentrados en dos períodos: 1573-1576, (con algunos tan conocidos como los de Haarlem, 1573; Amberes, 1574, y Alost, 1576-1577) y 1589-1607 (en donde constan dos de los motines más largos, Zichem, 1594-1596 y Hoogstraten, 1602-1605). Estos dos grandes períodos coinciden con dos importantes crisis de subsistencia en Flandes, de escasez debido a las malas cosechas. Esto refuerza la idea de que los motines son el instrumento al que acuden los soldados en condiciones extremas de necesidad y que no les animan ideales revolucionarios o de subversión del orden establecido, sino el empeño en recibir lo que legalmente les correspondía y que necesitaban para su propia supervivencia. Si bien en los motines participaron tropas de todas las nacionalidades del Ejército, la falta de dinero y abastecimiento afectaba mucho más a los expatriados, de ahí que en general se mostraran más propensos al motín que los soldados naturales. Es curioso como algunos mandos critican el hecho de que los amotinados eran azuzados por sus mujeres a la sedición, algo que generalmente era usado por los teóricos para insistir en que era preferible que los soldados fueran solteros, al ser los menos propensos a la reivindicación extrema.

Conocemos bien cómo comenzaban los motines, e incluso obras contemporáneas nos describen detenidamente el proceso. Lo primero solía ser expulsar a los oficiales y a todos aquellos que por sus sueldos, o condición, preferían no rebelarse ante la autoridad. Eso solía dejar fuera a los oficiales, pero también a los aventajados, y a todos aquellos que por su origen social, o sus aspiraciones particulares, pretendían ascender pronto en el escalafón, y por lo tanto participar en un motín podría ser una tacha en su expediente. De hecho, generalmente los motines avanzaban de manera ascendente, comenzando entre el proletariado militar –los peor pagados–, hasta ascender ante los que recibían mejores sueldos, los mosqueteros. Pero el éxito estaba en conseguir que todas las secciones y compañías de la unidad se mostraran afines a la causa. En los primeros momentos, los soldados procedían a expulsar a los oficiales y a los soldados que no iban a colaborar al grito de «Afuera los guzmanes», retirando las banderas reales, para después proceder a elegir un cabecilla, el electo, que tenía autoridad sobre los amotinados y era el encargado de negociar las condiciones con el Gobierno, al mismo tiempo que se debía asegurar la disciplina y cohesión de los hombres. Este representante del común solía estar asesorado por un consejo e incluso la organización de los amotinados tenía secretarios y otros puestos, claro reflejo de que se trataba de grupos bien jerarquizados.

El siguiente paso de los amotinados era intentar encontrar un lugar seguro, una posición fuerte en la que aguantar el tiempo que fuera necesario hasta que culminaran las negociaciones con el Gobierno. Si los amotinados eran la guarnición de una ciudad, sólo tenían que retenerla; y si no era así, debían hacerse con una sin mediar un asedio. Asegurando su defensa tenían una posición fuerte con la que negociar. A partir de entonces, se dedicaban a vivir sobre el terreno imponiendo cargas económicas sobre las poblaciones limítrofes, convirtiéndose en una especie de gobierno paralelo que minaba la capacidad del verdadero para recaudar impuestos, imponer el orden o simplemente gobernar. Al mismo tiempo, solían generar problemas con las poblaciones, ya que los amotinados no tenían otro medio que tomar lo que necesitaban de la población.

Los amotinados solían reunirse para establecer sus reivindicaciones, que si bien se solían centrar

en el pago de sus sueldos atrasados, tanto a los vivos como a los muertos, también exigían mejorar las condiciones del servicio, y en ocasiones explícitamente reclamaron la instalación de un hospital de campaña, o la de almacenes con géneros a precios más moderados. Otra reivindicación habitual era que los oficiales no impusieran severos castigos, o que los hombres pudieran elegir a qué unidad servir. Tras ello, los amotinados solían pedir el perdón general de todos los implicados, y un pasaporte para que los cabecillas, y quien lo deseara, pudiera abandonar los Países Bajos.

Las negociaciones con la autoridad eran arduas y difíciles. El problema principal era el pago, sobre todo si se trataba de motines de grandes dimensiones. En ocasiones, no había tanto dinero en las arcas del Ejército, por lo que se debía pedir que de España llegaran fondos, intentando que los amotinados colaboraran con el Gobierno para evitar perjudicar la campaña militar. De hecho, el retraso en la resolución del conflicto multiplicaba las posibilidades de reacción del enemigo. El estallido de un motín en muchas ocasiones provocaba la pérdida de los éxitos obtenidos con tanto esfuerzo en una campaña, y la parálisis del ejército.

La mayoría de los motines se resolvieron con el pago por parte del Gobierno, que solía deber a los soldados varios años de sus salarios, siendo la vía más común por la que los soldados llegaban a cobrar sus atrasos. El método solía funcionar, y las pagas escaseaban, por lo que en varias coyunturas los motines se hicieron demasiado frecuentes, y cada vez más difíciles de solucionar. A pesar de que en algunos casos los mandos desearan acabar con los amotinados, las tropas leales no querían enfrentarse a ellos, un deseo mutuo. Sólo en una ocasión las tropas leales y las amotinadas se enfrentaron en un combate, ante la negativa de los últimos a socorrer una plaza asediada por los holandeses. Fue frecuente que las unidades fieles al Gobierno se quedaran sin las pagas prometidas porque sólo había dinero en ese momento para pagar a los amotinados, lo que solía generar un círculo vicioso que hacía que muchos sólo vieran una solución: el motín. Un verdadero mal endémico que evitaba el progreso de la guerra contra los rebeldes holandeses.

Sobre todo desde inicios del siglo XVII, la Corona actuó con mucho más rigor contra los líderes, buscando cualquier motivo para ajusticiarlos tiempo después de la resolución de los conflictos, demostrando que no se olvidaba de las actuaciones del pasado. Pero también las nuevas ordenanzas penalizaron a cualquiera que estuviese involucrado, apeándolos de cualquier ascenso. La represión y persecución de los amotinados terminaron minando la posibilidad de su aparición. A partir de 1607, con la llegada de la tregua con los holandeses, los motines prácticamente desaparecieron, en parte por la reducción de la actividad bélica, pero fundamentalmente por la mejora en las condiciones del servicio, con la generalización de sistemas como el pan de munición que entregaban directamente a las tropas el sustento mínimo, y otras medidas que aseguraban algunos socorros económicos puntuales. Pero por encima de todo parece que la solución a las penalidades de los soldados, incluso la de los expatriados, fue la de desertar. A partir de esos momentos, parece que huir, de forma individual o en pequeños grupos, era el camino más fácil. Si bien la Corona intentó poner freno a este problema, sus actuaciones no fueron tan rigurosas como con los motines, siendo fácil desertar ante la complicidad de la población civil, que ya no se mostró tan hostil, ante el mayor grado de civilización que mantuvo la guerra. Incluso los españoles llegaban a desertar y atravesaban sin problemas toda Francia para volver a sus casas.

Los motines tuvieron negativas consecuencias sobre el resultado de las campañas, que los holandeses pudieron aprovechar, por lo que en ocasiones se perdieron el fruto de meses de lucha y magníficas oportunidades de dar un vuelco a la contienda. Es cierto que entre los españoles –al

contrario que entre otras naciones— había costumbre de amotinarse después de las acciones bélicas, y no antes de entrar en combate, algo que muchos teóricos motivan por el honor. De hecho, los amotinados no se negaron a participar en combates, y en la primera batalla de las Dunas (1601), uno de los escuadrones de primera fila estaba compuesto íntegramente por los amotinados españoles. Pero eso no significó que esta clase de reivindicaciones arruinaran la campaña militar y provocaran importantes crisis en el Gobierno. Las tropas amotinadas en Alost en 1576 (1.600 españoles), acudieron voluntariamente a socorrer a sus compañeros sitiados en la ciudadela de Amberes, derrotando al ejército rebelde. Pero después procedieron al despiadado saqueo de la ciudad. La indignación generada por este hecho provocó que tanto rebeldes como leales al Gobierno exigieran la expulsión de las tropas españolas del territorio, aceptada a través de la Pacificación de Gante, haciendo inútil el esfuerzo realizado durante una década de lucha.



En la batalla de las Dunas (1600), los amotinados españoles de Diest toman parte en el combate pese a no haber cobrado sus pagas. Pese al esfuerzo, la batalla se saldó con una victoria holandesa, ante la superioridad de su caballería y el apoyo prestado por su artillería naval. La infantería española se portó bien en el combate, pero estaba demasiado cansada tras su penoso avance por las dunas, por lo que finalmente se retiró del combate. Rijksmuseum, Ámsterdam.

LA VIDA FAMILIAR Y LOS ACOMPAÑANTES DE LOS SOLDADOS

Dentro de un ejército en la marcha no sólo había militares, también había un gran número de civiles, que junto con los animales y caballos eran necesarios para transportar la artillería, la impedimenta y daban un apoyo logístico a los soldados. Las tropas necesitaban de otros servicios no militares, como caballerizos, carreteros, vivanderos y sirvientes, debido a que estas funciones no se realizaban por los propios soldados. Los ejércitos eran pequeñas ciudades andantes, tanto en magnitud como en variedad. En ocasiones, los soldados formaban familias, por lo que mujeres e hijos se sumaban a los acompañantes de las tropas. Durante el siglo XVI, el número de personas que seguían a los ejércitos era veces igual al de combatientes, y en ocasiones los superaba. Por ejemplo, según indica Parker en su obra, un ejército español de 5.300 hombres, que en 1577 se trasladaba de los Países Bajos a Italia, pidió raciones como para alimentar a 20.000 personas. Es decir, que por cada soldado había tres acompañantes. Esta misma expedición llevaba un equipaje que pesaba 2.600 toneladas.

En los ejércitos que permanecían movilizados durante mucho tiempo, los hombres se alistaban jóvenes e iban envejeciendo en el servicio activo, casándose muchos de ellos. El ejército se iba convirtiendo en el hogar de muchas mujeres y niños que no tenían ningún otro lugar donde ir. Muchos soldados se casaban a pesar de los intentos de los Gobiernos de prohibir o limitar el crecimiento del número de hombres casados en servicio a través de las distintas ordenanzas, que incluso establecieron que los militares debían pedir permiso a sus superiores para contraer matrimonio. La administración militar afirmaba que los casados resultaban más caros, más propensos al motín y menos valientes en la lucha. Incluso los extranjeros muchas veces se casaban con mujeres de la zona, como ocurría con los españoles, que sabemos por los testamentos encontrados que dos de cada tres que se casaban lo hacían con mujeres de los lugares donde habían estado de guarnición. Más de ciento cincuenta años de enlaces potenciaron la creación de una sociedad mixta, especialmente en las ciudades que mantenían una presencia fija de españoles, en donde muchos soldados contraían matrimonio y tenían hijos, los cuales solían elegir la vida militar. Personas nacidas en Flandes, pero que se consideraban españolas.

El resto de los soldados solían contraer matrimonio con españolas o italianas, en muchos casos hijas o hermanas de otros soldados. Incluso era costumbre que muchas mujeres, tras perder a sus maridos, se volvieran a casar con otros soldados. Era normal, ya que no tenían otro remedio. La vida de las esposas de los soldados era difícil, pues además de cocinar y encargarse de los niños, tenían que realizar tareas para otros, como limpiar, lavar, coser o arreglar ropa para poder conseguir un poco de dinero extra para su familia.

El problema de fondo era que la proliferación de familias aumentaba los gastos y el número de bocas a las que alimentar. En 1686, el gobernador de los Países Bajos se quejaba al rey de que los tercios no parecían de combatientes, sino aduarez de moros, cargados de familias, mujeres y niños, unas masas que sólo causaban molestias, confusión en las marchas y gasto a los lugares por donde pasaban y debían alojar a todos, indistintamente si eran personal militar o no.

Si los militares eran personas de buenas familias, se solían casar con mujeres sin dote, ante la

consideración de que la hacienda del marido era el sueldo venidero. Pero cuando morían los maridos el rey se veía obligado a sustentar a las viudas y los hijos, teniendo un ejército de vivos que servían, y otro de muertos que sirvieron, encarnado en viudas e hijos. Otro problema que generaban los matrimonios era que en muchos casos los oficiales se aprovechaban de sus cargos, se generaban fraudes e intentaban que los hijos, yernos o familiares heredaran sus puestos, algo que parecía intolerable. Pero las familias también sobrecargaban los alojamientos, provocando problemas, ya que los soldados que se casaban apenas les llegaba con el sueldo que gozaban, y como se casaban con mujeres pobres, e incluso de mala reputación, podían provocar problemas, ya que con el sueldo de soldado no se podía sacar adelante a una familia de varios hijos. La necesidad animaba a los soldados a toda clase de indignidades y violencias, y a la desatención del servicio al rey. Los ejércitos de campaña parecían campamentos de beduinos o gitanos, los cuarteles aldeas, estando todos ellos llenos de mujeres y muchachos que embarazaban la marcha de los ejércitos.



Cuadro de Sebastian Vrancx que representa a unos soldados de la guerra de los Treinta Años saqueando una granja. Como podemos ver a la izquierda, entre ellos también había una mujer y un niño. La necesidad de las familias también estaba detrás de estos actos de violencia y saqueos. Deutsches Historisches Museum, Berlín.

Por todo ello, las ordenanzas de 1632 ordenaban que de las tropas españolas e italianas que servían en los Países Bajos sólo la sexta parte de los soldados se pudieran casar, despidiéndose al resto de los casados. Los capitanes y oficiales superiores debían tener consentimiento expreso del rey, o del capitán general, para contraer matrimonio. Los oficiales de menor graduación o los aventajados podrían casarse pero con expreso consentimiento de sus superiores jerárquicos, que debían cuidar que los casamientos no fuera con mujeres pobres o infames, para que los militares vivieran con honor y buena fama.

Es normal que dentro de estas restricciones muchos mandos prefirieran que sus soldados no se casaran, ya que se pensaba que así los hombres aguantaban mejor las privaciones y eran más dóciles. Por eso existían reglamentaciones sobre el abastecimiento y la salud de las prostitutas que acompañaban a las tropas. Estas debían estar sanas, tener una edad adecuada, y a poder ser debían ejercer su oficio con disimulo, disfrazadas de lavanderas o algún oficio servil. La presencia de mujeres públicas debía de ser importante, incluso Diego de Mora afirmaba exageradamente en el siglo XVI que por cada cinco mil o seis mil españoles en Flandes había dos mil meretrices. Pero eso

no debía de ser así, y de hecho algunos teóricos incluso iban más allá, y daban por buena la proporción de ocho prostitutas por cada compañía de cien hombres. La presencia de estas mujeres se consideraba necesaria para la buena salud de los hombres y la paz del ejército, ya que su presencia era consentida como un mal menor, a fin de evitar que los soldados calmasen sus instintos en la población femenina y ofendieran a la población local raptando a mujeres o hijas.

Entre los acompañantes que no eran familia de los soldados, también había mozos, sirvientes y lacayos de los oficiales, que servían a estos. Durante el siglo XVI, un capitán podía tener a varios mozos a su servicio además de a su paje, e incluso había soldados veteranos, o de la nobleza, que se podían permitir tener a su servicio a un criado. Muchos de estos eran jóvenes mochileros que ayudaban a transportar la impedimenta de los soldados a cambio de compartir lo poco que tenían. Jóvenes que se unían al ejército sin tener la edad aún para ser soldados, pero que con el tiempo tomarían la profesión. Durante el siglo XVII, esta práctica se redujo ante las privaciones de la vida militar, aunque aparecen puestos como los de menores de edad dentro de las compañías. Niños que tenían plaza en las compañías y gozaban de un pequeño sueldo pese a no tener la edad para entrar a servir. Generalmente, estas plazas se concedían a hijos de soldados u oficiales por deferencia a sus padres, que por su escasa hacienda no tenían medios económicos para sustentarlos, aunque desde muy jóvenes se iban formando como soldados.



En los campamentos también había ocio. En los ejércitos había multitud de mujeres y no combatientes que se encargaban de transportar, aprovisionar y vender a las tropas lo que necesitaban. Estos eran pequeñas ciudades en donde se podía encontrar todo lo que los soldados necesitaban. *Detalle del sitio de Hertogenbosch, 1629, de Pauwels van Hillegaert. Rijksmuseum, Ámsterdam.*

Incluso para transportar el bagaje se contaba con civiles que hacían las funciones a cargo de la remuneración del Ejército, además de un sinnúmero de personas que hacían su negocio con los soldados, como cantineros, vivanderos e incluso prostitutas. Especialmente los vivanderos eran los que proporcionaban vituallas, equipo o crédito a las tropas. Incluso podía haber varios en cada compañía, ya que en ocasiones podía ser un buen negocio, ya que el botín que hacían los soldados no podían llevarlo consigo, por lo que tenían que venderlo a un precio muy inferior al de mercado.

Bibliografía

- AGURTO, Francisco Antonio de. *Tratado y reglas militares*. Barcelona: Joseph Llopis, 1695.
- AYTONA, Marqués de. *Discurso militar*. (Ed. de E. de Mesa). Madrid: Ministerio de Defensa, 2008.
- BARROSO, Bernardino. *Teoría, practica y exemplos*. Milán: Cario Antonio Malatesta, 1628.
- BENTIVOGLIO, Guido. *Las guerras de Flandes, desde la muerte del emperador Carlos V hasta la conclusión de la Tregua de los Doze Años*. Amberes: Geronymo Verdussen, 1687.
- CABRERA DE CÓRDOBA, Luis. *Felipe II, rey de España*. Madrid: Luis Sánchez, 1619.
- CARNERO, Antonio. *Historia de las guerras civiles que ha habido en los estados de Flandes desde el año 1559 hasta el de 1609*. Bruselas: Iván De Meerbeque, 1625.
- COLOMA, Carlos. *Las guerras de los Estados Bajos, desde el año de 1588 hasta el de 1599 (2 vols.)*. Barcelona: Viuda e Hijos de J. Subirana, 1884.
- CONTRERAS, Alonso de. *Discurso de mi vida...* Barcelona: So-pena, 1969.
- CORNEJO, Pedro. *Origen de la civil disensión de Flandes*. Turín: Herederos de Bebilaqua, 1580.
- ESCALANTE, Bernardino de. *Diálogos del arte militar*. Sevilla: Andrea Pescioni, 1583.
- ESTRADA, Famiano. *Guerras de Flandes: Primera década, desde la muerte del emperador Carlos V hasta el principio del gobierno de Alejandro Farnese*. Colonia, 1681.
- GIUSTINIANO, Pompeo. *Delle guerre di Fiandra*. Venecia: Bernadro Ciunta, 1612.
- HENRÍQUEZ DE VILLEGAS, Diego. *Levas de gente de guerra: su empleo en todas las facciones militares...* Madrid: Carlos Sánchez Bravo, 1647.
- ISABA, Marcos de. *Cuerpo enfermo de la milicia española*. Madrid: Guillermo Druy, 1594.
- LANARIO Y ARAGÓN, Francisco. *Las guerras de Flandes desde el año mil y quinientos y cincuenta y nueve hasta el de seiscientos y nueve*. Madrid: Luis Sánchez impresor, 1623.
- LONDOÑO, Sánchez de. *Discurso sobre la forma de reducir la disciplina militar a mejor y antiguo estado*. Bruselas: Rutger Velpen, 1589.
- MARTÍN DE EGUILUZ, Andre Bax. *Milicia, discurso y regla militar*. Amberes: Pierre Bellére, 1595.
- MENDOZA, Bernardino de. *Comentarios de don Bernardino de Mendoza de lo sucedido en las guerras de los Países Baxos, desde el año de 1567 hasta el de 1577*. Madrid: Pedro Madrigal, 1592.
- , *Teórica y práctica de guerra*. Madrid: Viuda de Pedro Madrigal, 1595.
- ROCO DE CAMPOFRÍO, Juan. *España en Flandes. Trece años del gobierno del archiduque Alberto*. Madrid: Ayuntamiento de Alcántara, 1973.
- SALA Y ABARCA, Francisco Ventura de la. *Después de Dios la primera obligación y glosa de*

órdenes militares. Nápoles: Gerónimo Fasulo, 1681.

SCARIÓN DE PAVÍA, Bartolomé. *Doctrina militar*. Lisboa: Pedro Crasbeeck, 1598.

VALDÉS, Francisco de. *Espejo y disciplina militar*. Bruselas: Rutger Velpen, 1589.

VÁZQUEZ, Alonso. *Guerras de Flandes y Francia en tiempo de Alejandro Farnese* (3 vols.). Madrid: Codoin, Imprenta Viuda de Calero, 1879-1880.

VERDUGO, Francisco. *Comentario del coronel Francisco Verdugo de la Guerra de Frisia, en XIV años que fue gobernador y capitán general de aquel Estado y Ejército por el Rey D. Felipe II*. Bruselas: Hayez, 1899.

VILLALOBOS Y BENAVIDES, Diego de. *Comentarios de las cosas sucedidas en los Países Baxos de Flandes desde el año de 1594 hasta el de 1598*. Madrid: A. Durán, 1876.

- ALCALÁ-ZAMORA Y QUEIPO DE LLANO, José. *España, Flandes y el mar del Norte (1618-1639). La última ofensiva europea de los Austrias madrileños*. Barcelona: Planeta, 1975.
- ALBI DE LA CUESTA, Julio. *De Pavía a Rocroi: los tercios de infantería española en los siglos XVI y XVII*. Madrid: Balkan Ediciones, 1999.
- ALMIRANTE, José. *Diccionario militar. Etimológico, histórico, tecnológico*. Madrid: Imprenta del Depósito de Guerra, 1869.
- ANDERSON, Matthew Smith. *Guerra y sociedad en la Europa del Antiguo Régimen, 1618-1789*. Madrid: Ministerio de Defensa, 1990.
- ANDERSON, Perry. *El Estado absolutista*. Madrid: Siglo XXI, 1994.
- ANDÚJAR CASTILLO, Francisco. *Ejércitos y militares en la Época Moderna*. Madrid: Síntesis, 1999.
- BELLOSO MARTÍN, Carlos. *La antemuralla de la monarquía: Los tercios españoles en el Reino de Sicilia en el siglo XVI*. Madrid: Ministerio de Defensa, 2010.
- BOERI, Giancarlo; MIRECKI, José Luis; PALAU, José. *The Spanish Armies in the War of de League of Augsburg (Nine Years War 1688-1697)*. Edición digital, 2002.
- DUFFY, Christopher. *The Fortress in the Age of Vauban and Frederick the Great 1660-1789*. Londres: Routledge, 1985.
- , *Siege Warfare: The Fortress in the Early Modern World 1494-1660*. Londres: Routledge, 1979.
- ECHEVARRÍA BARCIGALUPE, Miguel Ángel. *Flandes y la Monarquía Hispánica, 1550-1713*. Madrid: Sílex, 1998.
- ESTEBAN ESTRÍNGANA, Alicia. *Guerra y finanzas en los Países Bajos católicos. De Farnesio a Spínola (1592-1630)*. Madrid: Laberinto, 2002.
- FERNÁNDEZ DURO, Cesáreo. *La Armada española. Desde la unión de los reinos de Castilla y de Aragón* (Tomo IV). Madrid: Museo Naval, 1972.
- GIMÉNEZ MARTÍN, Juan. *Tercios de Flandes*. Madrid: Falcata Ibérica, 1999.
- GONZÁLEZ DE LEÓN, Fernando. *The Road to Rocroi. Class, Culture and Command in the Spanish Army of Flanders, 1567-1659*. Leiden-Boston: Brill, 2009.
- GRACIA RIVAS, Manuel. *Los tercios de la Gran Armada (1587-1588)*. Madrid: Ministerio de Defensa, 1989.
- HALE, John R. *Guerra y sociedad en la Europa del Renacimiento, 1450-1620*. Madrid: Ministerio de Defensa, 1990.
- HERRERO SÁNCHEZ, Manuel. *El acercamiento hispano-neerlandés (1648-1678)*. Madrid: CSIC, 2000.
- ISRAEL, Jonathan. *La república holandesa y el mundo hispánico 1606-1661*. Madrid: Nerea, 1997.
- LYNN, John A. *Giant of the Grand Siècle. The French Army, 1610-1715*. Cambridge:

Cambridge University Press, 1997.

- MAFFI, Davide. *En defensa del Imperio. Los ejércitos de Felipe IV y la guerra por la hegemonía europea (1635-1659)*. Madrid: Actas, 2014.
- MACKAY, Ruth. *The limits of Royal Authority. Resistance and obedience in Seventeenth-Century Castile*. Cambridge: Cambridge University Press, 1999.
- MARTÍNEZ RUIZ, Enrique. *Los soldados del rey. Los ejércitos de la Monarquía Hispánica (1480-1700)*. Madrid: Actas, 2008.
- MCNEILL, William Hardy. *La búsqueda del poder. Tecnología, fuerzas armadas y sociedad desde el 1000 d. C.* Barcelona: Siglo XXI, 1988.
- MESA, Eduardo de. *Nördlingen 1634. Victoria decisiva de los tercios*. Madrid: Almena, 2003.
- , *La pacificación de Flandes: Spínola y las campañas de Frisia (1604-1609)*. Madrid: Ministerio de Defensa, 2009.
- PARKER, Geoffrey. *Guide to the Archives of the Spanish Institutions in or concerned with the Netherlands (1556-1706)*. Bruselas: Archives et Bibliothèques de Belgique, 1971.
- , *La guerra de los Treinta Años*. Barcelona: Crítica, 1988.
- , *La Revolución Militar. Las innovaciones militares y el apogeo de Occidente (1500-1800)*. Barcelona: Crítica, 1990.
- , *El ejército de Flandes y el Camino Español 1567-1659*. Madrid: Alianza Universidad, 1991.
- , *La gran estrategia de Felipe II*. Madrid: Alianza, 1998.
- , *Felipe II: la biografía definitiva*. Barcelona: Planeta, 2010.
- PUDDU, Raffaele. *El soldado gentilhomme*. Barcelona: Argos Vergara, 1984.
- QUATREFAGES, René. *Los tercios*. Madrid: Servicio de Publicaciones del EME, 1983.
- , *La revolución militar moderna. El crisol español*. Madrid: Ministerio de Defensa, 1996.
- RIBOT GARCÍA, Luis Antonio. *La monarquía de España y la guerra de Mesina (1674-1678)*. Madrid: Actas, 2002.
- , *El arte de gobernar. Estudios sobre la España de los Austrias*. Madrid: Alianza, 2006.
- RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ, Antonio José. «El reclutamiento de españoles para el ejército de Flandes durante la segunda mitad del siglo XVII». En: GARCÍA HERNÁN, Enrique y MAFFI, Davide. (eds.), *Guerra y sociedad en la Monarquía Hispánica: Política, estrategia y cultura en la Europa moderna (1500-1700)* (Vol. II). Madrid: Laberinto, 2006.
- , *España, Flandes y la Guerra de Devolución (1667-1668). Guerra, reclutamiento y movilización para el mantenimiento de los Países Bajos españoles*. Madrid: Ministerio de Defensa, 2007.
- , «De Galicia a Flandes: reclutamiento y servicio de soldados gallegos en el ejército de Flandes (1648-1700)». En: *Obradoiro de Historia Moderna*, 2007; n.º 16: 213-251.
- , «Factores para un reclutamiento a larga distancia: Las levadas canarias a Flandes y otros destinos a lo largo de la segunda mitad del siglo XVII». En: *Revista de Historia Canaria*, 2007; n.º 189(mayo): 103-132.
- , «Poner una pica vallisoletana en Flandes. Reclutamiento y costes del transporte de tropas a los Países Bajos (1665-1700)». En: *Investigaciones Históricas*, 2008; n.º 28: 55-78.
- , *Los tambores de Marte: el reclutamiento en Castilla durante la segunda mitad del siglo XVII (1648-1710)*. Valladolid: Universidad de Valladolid-Castilla Ediciones, 2011.

- , «Los hombres y la guerra: El reclutamiento». En: Ribot García, Luis Antonio (coord.). *Historia militar de España*. Madrid: Real Academia de la Historia-Ministerio de Defensa, vol. 3, tomo 2, 2013.
- ROOMS, Etienne. *De materiële organisatie van het leger in dienst van de Spaans-Habsburgse monarchie in de Zuidelijke Nederlanden (1659-1700)*. Tesis doctoral inédita, Ecole Royale Militaire Bruxelles, 1999.
- SAAVEDRA VÁZQUEZ, M.^a del Carmen. *Galicia en el Camino de Flandes*. Coruña: Do Castro, 1996.
- STORRS, Christopher. *The resilience of Spanish Monarchy, 1665-1700*. Oxford: Oxford University press, 2006.
- TALLET, Frank. *War and Society in Early Modern Europe 1495-1715*. Londres: Routledge, 1997.
- THOMPSON, Irving A. Anthony. *Guerra y decadencia. Gobierno y administración en la España de los Austrias, 1560-1620*. Barcelona: Crítica, 1981.
- , «El soldado del Imperio: Una aproximación al perfil del recluta español en el Siglo de Oro». En: *Manuscripts: Revista d'història moderna*, 2003; n.º 21: 17-38.
- VAN DER ESSEN, Alfred. *Le Cardinal-Infant et la politique européenne de l'Espagne (1609-1634)*. Bruselas: Éditions Universitaires, 1944.

- *Breve historia de los samuráis*, Carol Gaskin y Vince Hawkins
- *Breve historia de los vikingos*, Manuel Velasco
- *Breve historia de la Antigua Grecia*, Dionisio Mínguez Fernández
- *Breve historia del Antiguo Egipto*, Juan Jesús Vallejo
- *Breve historia de los celtas*, Manuel Velasco
- *Breve historia de la brujería*, Jesús Callejo
- *Breve historia de la Revolución rusa*, Íñigo Bolinaga
- *Breve historia de la Segunda Guerra Mundial*, Jesús Hernández
- *Breve historia de la Guerra de Independencia española*, Carlos Canales
- *Breve historia de los íberos*, Jesús Bermejo Tirado
- *Breve historia de los incas*, Patricia Temoche
- *Breve historia de Francisco Pizarro*, Roberto Barletta
- *Breve historia del fascismo*, Íñigo Bolinaga
- *Breve historia del Che Guevara*, Gabriel Glasman
- *Breve historia de los aztecas*, Marco Cervera
- *Breve historia de Roma I. Monarquía y República*, Bárbara Pastor
- *Breve historia de Roma II. El Imperio*, Bárbara Pastor
- *Breve historia de la mitología griega*, Fernando López Trujillo
- *Breve historia de Carlomagno y el Sacro Imperio Romano Germánico*, Juan Carlos Rivera Quintana
- *Breve historia de la conquista del Oeste*, Gregorio Doval
- *Breve historia del salvaje oeste. Pistoleros y forajidos*, Gregorio Doval
- *Breve historia de la Guerra Civil española*, Íñigo Bolinaga
- *Breve historia de los cowboys*, Gregorio Doval
- *Breve historia de los indios norteamericanos*, Gregorio Doval
- *Breve historia de Jesús de Nazaret*, Francisco José Gómez
- *Breve historia de los piratas*, Silvia Miguens
- *Breve historia del Imperio bizantino*, David Barreras y Cristina Durán
- *Breve historia de la guerra moderna*, Francesc Xavier Hernández y Xavier Rubio
- *Breve historia de los Austrias*, David Alonso García
- *Breve historia de Fidel Castro*, Juan Carlos Rivera Quintana
- *Breve historia de la carrera espacial*, Alberto Martos
- *Breve historia de Hispania*, Jorge Pisa Sánchez
- *Breve historia de las ciudades del mundo antiguo*, Ángel Luis Vera Aranda
- *Breve historia del Homo Sapiens*, Fernando Díez Martín
- *Breve historia de Gengis Kan y el pueblo mongol*, Borja Pelegero Alcaide
- *Breve historia del Kung-Fu*, William Acevedo, Carlos Gutiérrez y Mei Cheung

- *Breve historia del condón y de los métodos anticonceptivos*, Ana Martos Rubio
- *Breve historia del Socialismo y el Comunismo*, Javier Paniagua
- *Breve historia de las cruzadas*, Juan Ignacio Cuesta
- *Breve historia del Siglo de Oro*, Miguel Zorita Bayón
- *Breve historia del rey Arturo*, Christopher Hibbert
- *Breve historia de los gladiadores*, Daniel P. Mannix
- *Breve historia de Alejandro Magno*, Charles Mercer
- *Breve historia de las ciudades del mundo clásico*, Ángel Luis Vera Aranda
- *Breve historia de España I, las raíces*, Luis E. Íñigo Fernández
- *Breve historia de España II, el camino hacia la modernidad*, Luis E. Íñigo Fernández
- *Breve historia de la alquimia*, Luis E. Íñigo Fernández
- *Breve historia de las leyendas medievales*, David González Ruiz
- *Breve historia de los Borbones españoles*, Juan Granados
- *Breve historia de la Segunda República española*, Luis E. Íñigo Fernández
- *Breve historia de la Guerra del 98*, Carlos Canales y Miguel del Rey
- *Breve historia de la guerra antigua y medieval*, Francesc Xavier Hernández y Xavier Rubio
- *Breve historia de la Guerra de Ifni-Sáhara*, Carlos Canales y Miguel del Rey
- *Breve historia de la China milenaria*, Gregorio Doval
- *Breve historia de Atila y los hunos*, Ana Martos
- *Breve historia de los persas*, Jorge Pisa Sánchez
- *Breve historia de los judíos*, Juan Pedro Caverio Coll
- *Breve historia de Julio César*, Miguel Ángel Novillo López
- *Breve historia de la medicina*, Pedro Gargantilla
- *Breve historia de los mayas*, Carlos Pallán
- *Breve historia de Tartessos*, Raquel Carrillo
- *Breve historia de las Guerras carlistas*, Josep Carles Clemente
- *Breve historia de las ciudades del mundo medieval*, Ángel Luis Vera Aranda
- *Breve historia del mundo*, Luis E. Íñigo Fernández
- *Breve historia de la música*, Javier María López Rodríguez
- *Breve historia del Holocausto*, Ramon Espanyol Vall
- *Breve historia de los neandertales*, Fernando Díez Martín
- *Breve historia de Simón Bolívar*, Roberto Barletta
- *Breve historia de la Primera Guerra Mundial*, Álvaro Lozano
- *Breve historia de Roma*, Miguel Ángel Novillo López
- *Breve historia de los cátaros*, David Barreras y Cristina Durán
- *Breve historia de Hitler*, Jesús Hernández
- *Breve historia de Babilonia*, Juan Luis Montero Fenollós
- *Breve historia de la Corona de Aragón*, David González Ruiz
- *Breve historia del espionaje*, Juan Carlos Herrera Hermosilla
- *Breve historia de los vikingos (reedición)*, Manuel Velasco
- *Breve historia de Cristóbal Colón*, Juan Ramón Gómez Gómez
- *Breve historia del anarquismo*, Javier Paniagua

- *Breve historia de Winston Churchill*, José Vidal Pelaz López
- *Breve historia de la Revolución Industrial*, Luis E. Íñigo Fernández
- *Breve historia de los sumerios*, Ana Martos Rubio
- *Breve historia de Cleopatra*, Miguel Ángel Novillo
- *Breve historia de Napoleón*, Juan Granados
- *Breve historia de al-Ándalus*, Ana Martos Rubio
- *Breve historia de la astronomía*, Ángel R. Cardona
- *Breve historia del islam*, Ernest Y. Bendriss
- *Breve historia de Fernando el Católico*, José María Manuel García-Osuna Rodríguez
- *Breve historia del feudalismo*, David Barreras y Cristina Durán
- *Breve historia de la utopía*, Rafael Herrera Guillén
- *Breve historia de Francisco Franco*, José Luis Hernández Garvi
- *Breve historia de la Navidad*, Francisco José Gómez
- *Breve historia de la Revolución francesa*, Iñigo Bolinaga
- *Breve historia de Hernán Cortés*, Francisco Martínez Hoyos
- *Breve historia de los conquistadores*, José María González Ochoa
- *Breve historia de la Inquisición*, José Ignacio de la Torre Rodríguez
- *Breve historia de la arqueología*, Jorge García
- *Breve historia del Arte*, Carlos Javier Taranilla
- *Breve historia del cómic*, Gerardo Vilches Fuentes
- *Breve historia del budismo*, Ernest Yassine Bendriss
- *Breve historia de Satanás*, Gabriel Andrade
- *Breve historia de la batalla de Trafalgar*, Luis E. Íñigo Fernández

PRÓXIMAMENTE...

- *Breve historia de la Corona de Castilla*, José Ignacio Ortega
- *Breve historia de los Medici*, Eladio Romero
- *Breve historia de la Camorra*, Fernando Bermejo
- *Breve historia de la Guerra Civil de los Estados Unidos*, Montserrat Huguet Santos
- *Breve historia de la guerra de Vietnam*, Raquel Barrios Ramos
- *Breve historia de entreguerras*, Óscar Sainz de la Maza

BREVE HISTORIA DE LOS EJÉRCITOS:

LOS TERCIOS DE FLANDES

Antonio José Rodríguez Hernández

Conozca a los soldados que defendieron y mantuvieron los Países Bajos durante ciento cincuenta años bajo la soberanía del Rey de España, forjando una leyenda y convirtiéndose en una infantería legendaria, cuyo halo de invencibilidad ha configurado un mito que ha llegado hasta nuestros días.

Descubra su vida, sus hazañas, desventuras y derrotas que han dejado huella en el arte del Barroco y, especialmente, en los cuadros de Velázquez o la pintura flamenca, pero también en la literatura, en autores como Cervantes, Lope de Vega, Garcilaso, Calderón de la Barca y Quevedo, entre otros muchos.

Su autor, Antonio José Rodríguez Hernández, doctor en Historia Moderna y especialista en Historia Militar, ayudará al lector a interpretar a través de las numerosas huellas documentales que se

encuentran en los archivos, como cartas y documentos administrativos las vivencias de aquellos hombres, sus inquietudes y necesidades, además de reconstruir sus vidas lejos de cualquier ficción o hecho novelesco.

En esta *Breve historia de los Tercios de Flandes* podrá saber cómo se organizaban los tercios a través de todo este período, cómo combatían, de qué manera y con qué armas, hasta llegar al verdadero pilar que originó la leyenda de la imbatibilidad de la infantería española de los tercios.

**BREVE HISTORIA**www.BreveHistoria.com

Síguenos en Facebook

www.facebook.com/brevehistoria

Visite la web y descargue fragmentos gratuitos de los libros, participe en los foros de debate temáticos y mucho más.